

ROY QUEREJAZU LEWIS

El Mundo Arqueológico del Cnl. Federico Diez de Medina

1983

Ilustraciones interiores: Federico Diez de Medina

*

© Rolando Diez de Medina, 2010
La Paz- Bolivia

INDICE

Introducción

“Soy un millonario pobre”

Notas de Prehistoria Americana.

Arqueología.

Tiwanaku y Chukiapu o Chukiago.

Nueva Teoría sobre la Famosa “Puerta del Sol” de Tiwanaku.

Simbolismo de las Cabezas Trofeo, Interpretación Arqueológica.

Tiwanaku y la Atlántida.

La Nueva Deidad Monolítica Tiwanakota.

Simbología del Puma en un Vaso Sagrado Tiwanacota.

Máscaras Tiwanakotas.

Animismo, Totems, Prácticas Idolátricas y

Supersticiosos de los Antiguos Aimáras.

El Ekeko, Diosecillo Tutelar Predilecto de los Aimaras.

Música e Instrumental Tiwanakotas.

El Uso de los Espejos en la Descollante Cultura de Aimara.

Arte de la Cerámica Prehistórica Boliviana.

Armas e Insignias de los Incas y su Procedencia Aimara.

Monumentos Funerarios y Cementerios de Viacha.

El Chimú Prehistórico y sus Correlaciones con Tiwanaku.

El Museo Diez de Medina.

Epílogo.

A mi esposa Rosana
mi sincero agradecimiento
por ayudarme
en la elaboración
de este libro.

Introducción

El 5 de agosto de 1940, el periódico "Ultima Hora" en honor a las fiestas patrias ilustraba un extenso artículo sobre el Museo Prehistórico del Coronel Federico Diez de Medina, titulado "Un Tesoro Arqueológico de América". Dicho artículo, al margen de resaltar al hombre y artífice del mayor Museo Tiahuanacota en el mundo, daba a conocer una noticia de gran importancia arqueológica. La noticia en el mencionado diario rezaba:

"Para poder reflejar algo de lo mucho que contiene su museo, el Coronel Diez de Medina prepara, desde hace dos años y espera concluir en algunos más, una obra de excepcional valor histórico y artístico, que se denominará "Arte y Cultura en Tiwanaku y en el Perú Prehistórico".

Este libro ha de suscitar grande inquietud en los centros científicos del continente, porque a más de constituir un aporte formal a la dilucidación del pasado americano, aportará también nuevas teorías e interpretaciones de la importancia y la significación que la legendaria metrópoli andina tuvo sobre todas las culturas del continente.

Fruto de una vida de estudios, contendrá abundante documentación arqueológica ilustrada con profusión de láminas en colores, reproducciones, estilizaciones y dibujos debidos, todos, a la mano del arqueólogo boliviano".

Desgraciadamente el mundo arqueológico, científico y artístico se vio privado de tal obra. "Arte y Cultura en Tiwanaku y en el Perú Prehistórico" no vio la luz. Felizmente ha quedado lo fundamental. Quedaron artículos en varios libros, revistas especializadas y prensa escrita, como también sus propios dibujos, pinturas y cientos de fotografías. Todo este material preparaba el Cnl. Diez de Medina cuidadosamente para su libro.

El objeto primordial del presente libro es el de dar a conocer el mundo arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina, de una manera que sea el fiel reflejo del libro que no se llegó a editar. Tal objetivo será logrado con la menor participación posible por nuestra parte. Nuestra intervención se limita a presentar las teorías con todo el material ilustrativo que para tal efecto tenía ordenado el Cnl. Diez de Medina.

A partir del segundo capítulo, "Notas de Prehistoria Americana" el lector podrá apreciar las diferentes teorías e investigaciones realizadas por el Cnl. Diez de Medina, escritas con sus propias palabras. Dichos capítulos (que estaban reservados para su libro) son la reproducción textual de sus diferentes trabajos.

En "El Mundo Arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina" queremos honrar la gran labor de quien consideramos fue uno de los pilares nacionales del estudio de la arqueología en nuestro país. Nuestra misión no es la de juzgar sus teorías o interpretaciones. Todo esfuerzo intelectual es válido y positivo si se lo hace con honestidad y dedicación desinteresada. En este sentido, no favorecemos ninguna teoría, ni la contradecemos, solamente nos limitamos a presentar con mucho orgullo "El Mundo Arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina".

Para poder absorber y comprender la labor efectuada por el Cnl. Diez de Medina, nos parece necesario palpar aunque sea brevemente el trabajo e ideas de otros arqueólogos, investigadores y aficionados de la época. Si bien el mundo arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina tenía sus raíces en el pasado prehistórico andino, también mantenía contacto con un mundo arqueológico externo, que, aunque exterior, resultaba contemporáneo a sus propios esfuerzos e inquietudes y como tal, no carece de importancia.

A tal efecto, solamente transcribimos algunos descubrimientos, teorías e interpretaciones arqueológicas contenidas en los archivos de prensa que guardaba el Cnl. Diez de Medina y que se

relacionan de alguna manera con las inquietudes científicas del Coronel. Existen muchas otras, pero al no estar en sus archivos, no pertenecían a su mundo.

En dichos archivos, la primera interpretación arqueológica es la de los bajos relieves de la Puerta del Sol de Tiahuanaco de Leo Pucher. Data de 1934. En ella decía que dicho monumento fue construido para controlar las plagas en la agricultura, ocasionadas, por un gusano. Los bajos relieves dan diferentes interpretaciones en torno al gusano, cuya voracidad estaba representada por el jaguar o el puma. (1).

La década de los cuarenta comienza justamente con un artículo sobre el Cnl. Federico Diez de Medina escrita por Herbert Kirchoff. El artículo describe la labor del Coronel Diez de Medina, su museo y se refiere a las teorías del Coronel sobre la Puerta del Sol, la Atlántida y la relación y contacto que existió entre los continentes. (2).

Un año después el tema del Museo Arqueológico del Coronel Diez de Medina sigue llamando la atención. Carlos Ponce Sanjinés en un extenso artículo que incluye los diferentes trabajos del Coronel, al referirse al Museo Diez de Medina dice: "En el momento actual cuenta alrededor de 60.000 piezas, cuidadosamente ordenadas, según un sistema creado por él". (3).

En ese mismo año, noticias e interpretaciones de diferente índole sobre la Puerta del Sol y su friso recorren los cinco continentes. En Buenos Aires, el Profesor Greslebin encuentra 24 coincidencias entre los motivos de la decoración de la Puerta del Sol y las palabras del texto bíblico. Su teoría se refiere a la similitud existente entre el texto del Apocalipsis de San Juan en su capítulo IV y el friso. (4).

En la ciudad de La Paz, Arturo Posnansky en "Tiahuanaco, la cuna del hombre americano", interpreta los jeroglíficos de la Puerta del Sol como un almanaque sagrado. Al mismo tiempo se adhiere a la teoría polar del origen humano; afirma que la transición del culto a la Luna al culto del Sol estuvo acompañada de una transformación paralela del matriarcado al patriarcado. Sus cálculos sobre la edad de Tiahuanaco se remontan de los 14.000 a 15.000 años y defiende la hipótesis referente al gran esfuerzo físico que implicó la construcción de Tiahuanaco a través de muchos siglos, posible debido a la innata superioridad mental de los Khollos, que se sirvieron de los más numerosos pero mentalmente débiles Aruwakes, a quienes esclavizaron. (5).

En el año 1947 F. Cossio del Pomar atribuye el origen de los fundadores de Tiahuanaco a gente proveniente de la Amazonía, después de una catástrofe desconocida. (6).

Las conjeturas sobre el origen del hombre americano en 1948 toman relieve cuando el antropólogo portugués A. Méndez Correa afirma que el hombre vino al continente americano desde Australia (concretamente, Tasmania) a través del Continente Antártico. Leo Pucher de Kroll después de cuatro viajes a la Antártida, contradice tal hipótesis. (7).

Durante el último año de la década de los cuarenta, el tema de la Atlántida toma actualidad. La hipótesis de su existencia es defendida por unos y atacada por otros.

Vladimiro Rosado Ojeda, arqueólogo del Museo Nacional de Antropología de México, niega la existencia de la Atlántida a base de exploraciones oceanográficas de diversa naturaleza efectuadas en el Atlántico, especialmente las del príncipe de Mónaco. En el caso de Mu o la Lemúrida, según Rosado Ojeda, la geología nuevamente destruye tan interesante leyenda. Al respecto dice: "No hay pruebas de ningún continente que hubiera existido en el Pacífico, cuyas islas son de origen volcánico o formadas por madréporas en fechas relativamente recientes". (8).

Un artículo anónimo en la revista "Mundial" de Montevideo, apoya la existencia de la Atlántida basado en el hallazgo de pinturas rupestres en el desierto del Sahara, concretamente en las rocas de Tanezrouft. Dichas pinturas según el desconocido autor representan los mismos héroes que describe Pierre Benoit, como también mucho antes Platón. En su conclusión, el artículo

dice: "Donde Herodoto ubicó el Atlas y los Atlantes, vuelvo a encontrar los dibujos de los caballeros cuya monta, única en el arte ecuestre, está descrita por Platón como la de los Atlantas. Y estoy sobre el nudo del problema. Y todos mis trabajos y esfuerzos están bien pagados por este hallazgo en las rocas de Tanezrouft, porque la Atlántida ya no es un misterio". (9).

En ese mismo año se publican en la citada revista en el Uruguay los notables resultados de las excavaciones efectuadas en la ciudad más antigua de Sumeria, en Tell Abu Sahrhian (Antigua Eridu). En todo el mundo, las revistas especializadas dieron la noticia del descubrimiento de una...

La década de los cuarenta concluye con un artículo de prensa publicado en Lima y escrito por Eduardo Lizárraga luego de su visita al Museo Diez de Medina. Los titulares de dicho artículo: "Santuario donde resplandece la Milenaria Cultura del Tiawanacu y de la América Pre-Histórica" y "Sorprendentes revelaciones recogidas en una visita al Museo del Sr. Crnl. F. Diez de Medina en La Paz" nos dan a manera de aperitivo una idea de la obra del infatigable investigador. (10).

El "Illustrated London News" de Inglaterra da comienzo a la década de los cincuenta afirmando que "el hombre" se originó y dispersó desde "el África en el Pleistoceno o último glacial".

Sin embargo una investigación arqueológica de mayor profundidad ese año germinó en México, donde José Alvarado hace un estudio de las culturas precortesianas (la cerámica Tarasca, en especial) a base de estatuillas pequeñas que muestran al hombre común en su quehacer diario y no en las estatuas o monumentos grandes que son de tipo religioso, de una representación del hombre frente a los dioses. Al respecto decía: "Todas las artes mayores están creadas con ansia y con zozobra, con admiración y con pavor. Son liturgia congelada de los mitos. Cada representación, cada figura tiene un sentido litúrgico: los hombres no se manifiestan ahí simplemente como tales, sino como sacerdotes, como danzantes, como guerreros; los animales tienen carácter divino. Esto ocurre siempre, cualquiera que sea la característica o la esencia de los elementos religiosos de una cultura. En las artes mayores se encontrará en el mejor caso, la figura del hombre frente a los dioses y eso no es el hombre, sino un esquema del hombre, es el hombre representando, porque toda adoración es, en el más noble de los sentidos, una representación. Empero lo que se busca es justamente lo contrario: el hombre frente a los hombres, el hombre en medio de los demás hombres. Viviendo, no representando; el estudio de las artes menores. En las figuras humanas representadas en la ornamentación de los instrumentos de guerra, de los útiles de trabajo, de los objetos de recreo, es donde el hombre aparece más humano y menos mítico" (11).

En 1951, Robert Heine-Geldern y Gordon F. Ekholm describen las significativas similitudes en las artes simbólicas del Sud del Asia y Meso América. Las similitudes de mayor interés se manifiestan entre el juego *pachisi* en la India y el juego *patolli* en México; entre las representaciones de la planta de lotus de México (Chichen Itza) y la India (Amaravati) y Cambodia (Angkor); entre los tipos de gobierno de los aztecas y del sudeste asiático; entre caras de demonio sin la quijada inferior, que datan de fecha posterior al 600 D.C., indicando que los contactos entre el Sudeste Asiático y América no eran exclusivos a períodos anteriores a la fecha indicada, sino que debieron continuar hasta después del 600 D.C. Heine y Ekholm concluyen advirtiendo que no puede haber otra explicación que la teoría de una relación cultural: "Debemos inclinarnos ante la evidencia de los hechos, aun cuando esto signifique un nuevo comienzo en nuestra interpretación sobre el origen y desarrollo de las más altas civilizaciones indígenas americanas (...) Esto indica la existencia de algún tipo de tráfico de doble vía entre el Sudeste del Asia y América en tiempos remotos". (12).

En el Perú, la Doctora Rebeca Carrión Cachot sigue los pasos de su maestro y fundador del Museo Incaico de Lima, don Julio Tello.

En Bolivia, el Sr. Fritz Buck poseedor de otra colección arqueológica de consideración, especialmente rica en piezas de oro, escribe sobre los asentamientos humanos en la zona que hoy es La Paz. En su primer artículo sostiene que los fundadores y constructores de Tiahuanaco era gente que provenía de la Cuenca del Choqueyapu y dice: "Esta aparición de restos de la Cultura

de Tiahuanaco en la Quebrada de Choqueyapu prueba con evidencia que esta cultura estuvo aquí arraigada y no se podrá desechar la idea de que Tiahuanaco, el Santuario del Lago, fue poblado en sus orígenes por aimaras, procedentes de la quebrada del Choqueyapu". (13).

El segundo artículo de Fritz Buck es referente a la antigua población de Anco-Anco (situada en Tembladerani-La Paz), destruida por un aluvión y los datos que al respecto da el cronista Antonio de la Calancha. En ella, según Buck, se encontró un yacimiento arqueológico del Tiahuanaco Clásico. (14).

El Centro Boliviano de Historia en la ciudad de La Paz inaugura el año 1952 con una conferencia dictada por el coronel Díaz Arguedas, sobre la Atlántida y Tiahuanaco. En ella, hizo referencia a las vinculaciones posibles entre la Atlántida y las culturas prehistóricas altiplánicas. Sus argumentos se apoyaban sobre estudios de otros autores y en las similitudes y/o relaciones con Egipto y el Mediterráneo Antiguo. La única explicación, de tales similitudes entre Tiahuanaco y el Viejo Mundo, según Díaz Arguedas, era un continente que uniese a los otros: la Atlántida, para quien las relaciones transpacíficas resultaban imposibles. El conferencista resumía su teoría de la siguiente manera: "Las relaciones entre ambas culturas sólo podían explicarse, dadas las dificultades de navegación, por la existencia de un continente atlántico que sirviera de puente". Al finalizar los relatos sobre la conferencia, el periódico "La Razón" incluía el siguiente comentario: "Los argumentos ofrecidos por el señor Díaz Arguedas a favor de la realidad de la Atlántida fueron rebatidos por el señor Max Portugal, quien expuso las conclusiones de la Sociedad La Atlántida, de la Argentina, creada con este propósito por el profesor Imbelloni, la que puso término a sus tareas, aseverando que ningún dato, ni mítico, ni geológico, ni racial, aportaba seguridad alguna al respecto". (15).

En noviembre de ese año, el mismo Sr. Portugal escribe sobre un monolito desenterrado en las proximidades de Guaqui, concretamente en Sullkata. (16).

Tres meses antes, el Sr. Luis Soria Lens escribió sobre los restos arqueológicos del Santuario de Copacabana. Según dicho autor, los nombres dados a La Horca del Inca, el Tribunal del Inca, el Asiento del Inca y el Baño del Inca no pertenecen a los incas, como tampoco los nombres que eran aimaras en origen. Todos ellos pertenecen a la cultura Tiahuanacota. Empero, dice Soria Lens: "Donde la nueva nominación resulta irónica y hasta burlesca, es en el de "La Bandera del Inca" dado a WIPLAL 'KHARKHA (estandarte tiwanakota), porque el hermoso estandarte pintado en ese farellón, es pues toda una obra de arte aimara con la reproducción del signo escalonado de los antiguos tiwanakotas..." (17).

En el 53, el Perú es centro de noticias de descubrimientos arqueológicos: una ciudad pre-incaica, construida de piedra tallada con canales de regadío, en el lugar denominado Huaman-Orco (Pasaje del Halcón Macho), en el departamento de Cajabamba, al norte del Perú; y el descubrimiento de las ruinas pertenecientes al grupo arqueológico de Cusi-Chaca, con muros de un pulimento y ensamble perfectos.

"¡Quince mil años no es un día, ADÁN NACIÓ EN TIHUANACO!", tal fue el inusitado título de la publicación del Sr. Carlos Dávila en Montevideo. Luego agrega: "Se le suponen 15.000 años de existencia, de acuerdo con las excavaciones y estudios de Arthur Posnansky. Y no olvidemos que muchos teólogos del siglo XVI no le daban más de 5.000 años al barro bíblico de Adán". (18).

A partir de ese año, el arqueólogo Dick Edgar Ibarra Grasso publica en La Paz una serie de artículos de prensa sobre la interpretación de los dibujos en la cerámica indígena. Uno de los puntos sobresalientes al referirse al signo escalonado y al zig-zag central de Tiahuanaco, expresa: "... el signo escalonado, sólo no tiene su origen en Tiahuanaco, como ha pretendido Posnansky y otros, sino que la forma más antigua en que lo hallamos representado allí es una forma largamente evolucionada e incluso con un principio de decadencia". Mas adelante continúa: "...el signo escalonado no es una unidad en sí mismo, sino que forma parte de un conjunto caracterizado por

la presencia de una línea central. El signo escalonado cuando se presenta aislado, sin tener por lo nos otro similar que se contraponga, es una degeneración". (19).

En el año 1954, el público estadounidense de Norte América, se maravilla con un lote de más de 400 objetos de arte andino, que a través de diferentes posiciones recorre varios museos y galerías de ese país. Las asombrosas piezas —muchas de ellas de oro— que incluían cerámicas, joyas, tapices y esculturas fueron obtenidas en calidad de préstamo de museos y colecciones privadas del hemisferio occidental. El lote de tesoros del "Arte Antiguo de los Andes", nombre que recibió la exposición en Nueva York, ya no pertenecía a Andes.

Ese año, en el Perú, el botánico cuzqueño Ricardo Olivera H., presenta al público interesado sus teorías acerca de dos yerbas muy particulares. Según el destacado botánico la primera, *la yerba Quechusca*, disolvía las piedras y la otra, parecida a la paja brava, *el Punco-punco*, también disolvía las piedras y huesos. "Se cree con fundamento", decía Ricardo Olivera en una entrevista con el diario "La Prensa" de Lima, "que además de ser empleados en el incanato para construcciones de templos, palacios y fortalezas, fueron también utilizadas en las trepanaciones, con el fin de ablandar los huesos y evitar dolores al paciente. El *tomein* o bisturí de los curanderos indígenas tuvo en estas yerbas auxiliares poderosos, sin los cuales es casi imposible que hubieran realizado las operaciones craneanas que aún asombran al mundo científico". El mencionado científico extendía el uso de estas yerbas al reino animal: "El pájaro *Jakkaclopito* fabrica su nido en el interior de una piedra horadándola la hierba".

Un aspecto importante para la prehistoria americana lo establece Paul Hermann en "L'Homme á la decouverte du monde" al afirmar que existía la rueda en los pueblos primitivos de América, pero que nunca se la empleaba para el transporte sino para los juegos y ciertos oficios.

Dick Edgar Ibarra Grasso plantea con José de Mesa y Teresa Gisbert una reconstrucción arquitectónica de la ciudad de Tiahuanaco a base de dos avenidas de Norte a Sud y de Este a Oeste. (20).

Simultáneamente Ibarra Grasso continua con su serie de artículos sobre la interpretación de los dibujos en la cerámica indígena y al referirse a la serpiente manifiesta: "La relación de la serpiente con la mujer y con la tierra madre parece que se remonta a las épocas más antiguas de la invención de la agricultura, al menos la hallamos siempre en pueblos agricultores primitivos, nunca en cazadores. La relación de la serpiente con el varón, con dioses, aparece en pueblos muy posteriores, con cultura de Estado y con vida en ciudades". (21).

Al finalizar ese año, Ibarra Grasso escribe sobre el yacimiento paleolítico de Viscachani, sin determinar todavía su antigüedad definitiva. Sin embargo ubica a la cultura Viscachanense en una época anterior a la de Ayampitín, y le supone una antigüedad que bien puede ser 15.000 ó 30.000 años. (22). El artículo sobre los restos paleolíticos de Viscachani desencadena una polémica por la prensa escrita, que habría de durar algunos años, con Leo Pucher de Kroll, quien sobre el tema señaló: "El material lítico del supuesto *tipo* chelense encontrado en la superficie de Viscachani y Oruro, debe considerarse coetáneo a los demás artefactos prehistóricos de la región, al cual se podría adjudicar aproximadamente de 1.000 a 2.000 años incluyendo tal vez la época de la invasión incaica acaecida aproximadamente entre los siglos X y XI de nuestra era, a no ser que hubiesen sido usados también durante la conquista hispánica, de acuerdo con lo que nos relatan los Cronistas, lo que ubicaríamos en primer lugar". (23).

Durante los dos años siguientes, las noticias arqueológicas emanan de varias partes del mundo:

El investigador noruego, Thor Heyerdahl (*) *Thor Heyerdahl, años antes, realizó la famosa expedición en su embarcación "Kon-Tiki", desde el Callao-Perú —hasta dicha isla, con el fin de probar su teoría de que los restos arqueológicos en ese lugar son obra de un pueblo peruano preincaico que emigró hasta Pascua en balsas arrastradas por*

las corrientes del Pacífico., efectúa excavaciones arqueológicas en la isla de Pascua estableciendo como resultado tres épocas históricas en la hoy renombrada isla.

El Dr. Francisco Cernadas escribe en La Paz sobre la vasta obra científica que dejó el Sr. Belisario Díaz Romero, incluyendo sus ideas sobre el origen del hombre americano y los fundadores de Tiahuanaco, los que tuvieron su origen en la Atlántida: "Estos atlantes, según Díaz Romero, pertenecía a la raza de Cro-Magnon y habrían sido los primeros pobladores de la meseta andina y, consiguientemente, los fundadores del primitivo Tiahuanaco". (24).

Apartándose de la polémica sobre el paleolítico en Bolivia con Leo Pucher, Ibarra Grasso escribe sobre un nuevo misterio de Tiahuanaco: la existencia del pantalón, representada en varios monolitos y vasos de cerámica pertenecientes a la época del Tiahuanaco Clásico. Siendo las incógnitas sobre dichos pantalones —únicos entre las prendas de vestir propias de las altas culturas suramericanas—, su procedencia y su parecido con el escaupil (coraza protectora de algodón) mejicano. (25).

Jorge Carrera Andrade publica en La Paz un reportaje sobre la alfarería de la cultura mochica del Perú: "El alfarero no olvida ningún hecho o detalle en su obra, que ejecuta con la minuciosidad de un verdadero cronista. Todas las costumbres, la organización social y las creencias de los mochicas están inmortalizadas en el barro". (26).

Alberto Rex González en "La Nación" de Argentina hace un comentario sobre la civilización Maya basado en el libro de Eric S. Thompson: "The Rise and Fall of the Maya Civilization".

Los archivos de prensa del Coronel Diez de Medina se extienden hasta 1956. Sin embargo dicho archivo contiene varios artículos sin fecha. Para concluir a continuación citamos a tres de ellos:

Jorge McCready Price en "El fetiche de los Evolucionistas" refuta la idea de las "eras geológicas", defendiendo la "creación en días" según la Biblia.

Finalmente, el tema de la influencia de la cultura tiahuanacota sobre otras culturas precolombinas, que tanto ocupó al Cnl. Diez de Medina, es abordado por Wanda Hanke y W.A. Ruysch. La primera en "La Razón" de La Paz, expuso sus interpretaciones sobre la influencia de la cultura andina en las zonas y los países vecinos. El segundo, planteó interrogantes en "El Diario" de La Paz, sobre las influencias en las culturas del norte argentino, en sentido de que provienen íntegra o parcialmente de la región andina, en particular de Tiahuanaco; o bien de la zona amazónica; o de ambas.

Tal era el heterogéneo y vasto mundo exterior del Coronel Federico Diez de Medina.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1) Pucher, Leo. "Una Nueva Interpretación de los Bajorrelieves de la Puerta del Sol de Tiahuanaco". En: "La Prensa", La Paz, 1934.
- 2) Kirchhoff, Herbert. "Un Museo de Antiguas Civilizaciones Americanas en la Ciudad de La Paz". En: "La Prensa", Buenos Aires, 24 de junio de 1945.
- 3) Ponce Sanjinés, Carlos. "Una Inapreciable Joya de la Arqueología Americana". En: "La Razón", La Paz, 5 de mayo de 1946.
- 4) Yole, Beatriz Lauri. "Enigmas de la Arqueología precolombina. Una atrevida interpretación de la Portada del Sol". En: "Historium", Buenos Aires, octubre de 1946.
- 5) Weiant, C. W. Comentario bibliográfico de: Posnansky, A. *Tihuanacu-La Cuna de! Hombre Americano*, Tomos I y 11, "El Diario", La Paz, 30 de enero de 1946.
- 6) Cossio del Pomar, F. "Hipótesis en torno del Arte de Tiawanaco". En: "La Razón", 1947.
- 7) Pucher de Kroll, Leo. "Una Nueva Teoría Sobre el Origen del Hombre Americano". En: "Mundial", Montevideo.
- 8) Rosado Ojeda, Vladimiro. "La Atlántida y la Lemúrida". México, 1949.
- 9) "La Atlántida no es un misterio". En: "Mundial", Montevideo, 5 de enero de 1949.

- (10) Lizárraga, Eduardo. "Santuario donde resplandece la Milenaria Cultura del Tiawanacu y de la América Pre Histórica". En: "La Crónica", Lima, 17 de julio de 1949.
- (11) Alvarado, José. "Hipótesis sobre la Cerámica Tarasca". En: "México en la Cultura", Méjico, 17 de septiembre de 1950.
- (12) Heine-Geldern, Robert y Ekholm, Gordon F. "Significant Parallels in the Symbolic Arts of Southern Asia and Middle America". En: "The University of Chicago Press", U.S.A., 1951.
- (13) Buck, Fritz. "Tiahuanaco y la Quebrada del Choqueyapu". En: "La Razón", La Paz, 5 de agosto de 1951.
- (14) Buck, Fritz. "El Cronista Antonio de la Calancha y sus valiosos datos sobre Anco -Anco". En: "La Razón", La Paz, 11 de noviembre de 1951.
- (15) "Actos del Centro Boliviano de Historia". En: "La Razón", La Paz, 18 de enero de 1952.
- (16) Portugal, Maks. "Sullkata, el Monolito desterrado recientemente en las proximidades de Guaqui". En: "La Nación", La Paz, Noviembre de 1952.
- (17) Soria Lens, Luis. "Un Estandarte Tiwanakota". En: "En Marcha", 10 de agosto de 1952.
- (18) Dávila Carlos. "Quince mil años no es un día. Adán nació en Tihuanaco". En: "La Mañana", Montevideo, 17 de enero de 1953.
- (19) Ibarra Grasso, Dick Edgar. "El Signo Escalonado y el Zig-zag Central en Tiahuanaco". En: "La Nación", La Paz, 22 de noviembre de 1953.
- (20) Ibarra Grasso, Dick Edgar; Mesa, José y Gisbert, Teresa. "Reconstrucción arquitectónica de la ciudad de Tiahuanaco". En: "Presencia", La Paz, 5 de agosto de 1954.
- (21) Ibarra Grasso, Dick Edgar. "La Greca Escalonada, el Zig-zag y la Serpiente Emplumada". En: "La Nación", La Paz, 17 de enero de 1954.
- (22) Ibarra Grasso, Dick Edgar. "Hallazgo de puntas Paleolíticas en Bolivia". En: "La Nación", La Paz, 7 de noviembre de 1954.
- (23) Pucher de Kroll, Leo. "Encuesta sobre equivocaciones arqueológicas". En: "La Nación", La Paz, 19 de diciembre de 1954.
- (24) Cernadas, Francisco. "Vasta Obra Científica dejó Belisario Diaz Romero". La Paz, 18 de junio de 1955.
- (25) Ibarra Grasso, Dick Edgar. "Un Nuevo Misterio de Tiahuanaco". En: "La Nación", 16 de julio de 1955.
- (26) Carrera Andrade, Jorge. "La Alfarería de los Mochicas", En: "El Diario", La Paz, 22 de mayo de 1955.

CAPÍTULO I

“Soy un millonario pobre”

En el presente capítulo mantenemos la posición de menor participación posible por nuestra parte, más aún por el hecho de disponer de comentarios sobre el Coronel Diez de Medina de personas e instituciones que lo conocían personalmente.

Las opiniones escogidas que presentamos a continuación, (incluyendo algunas palabras del propio Cnl. Diez de Medina), reflejan el aspecto íntimo de la personalidad del Coronel y su pasión por la arqueología. Posteriormente, finalizamos este capítulo, a manera de curriculum vitae, con los datos generales de su vida y que sintetizan las demás actividades que efectuó.

El Alcalde Municipal de La Paz, señor Juan Luis Gutiérrez Granier al imponer el "Cóndor de los Andes" a seis ciudadanos paceños dijo al referirse al Coronel Federico Diez de Medina: "... en este acto se hace entrega de la distinción más elevada a personalidades de la talla del Coronel don Federico Diez de Medina, cuya vida es una síntesis de las preocupaciones por nuestro glorioso pasado prehispánico y su maravilloso mundo artístico. Nadie como el Coronel Diez de Medina ha sentido más vivamente la necesidad de formar un cuadro objetivo y realista de nuestros antecedentes históricos; él con su monumental obra de recolección de los elementos materiales de nuestra cultura pasada, ha dignificado el estudio de la arqueología y su aventura del pensamiento".

El periódico "La Razón" de La Paz en 1950, en un artículo sobre el Museo Diez de Medina, publica las siguientes palabras expresadas por el propio Coronel durante una entrevista: "La pasión del coleccionista arqueólogo principió en mi y tal vez acabe en mi. Desde el día del primer jarrón aimara excavado en Siripaca, no hubo, no hay hora en que deje de lado el acumular mayores pruebas de la grandeza de la raza milenaria. Pudiera que más de una vez atravesase el trance de no comer hasta lograr el trueque o la venta de algún raro ejemplar arqueológico, de cualquier sugerente tipo de cerámica, de un resto antropológico, de un fósil, de una punta de lanza o de

flecha. Por eso, ahora, ante la posesión de tanta riqueza intrínseca y material acopiada con pasión y verdadero ahínco, puedo decir con la emoción que obliga la paradoja: *soy un millonario pobre*".

Su labor y su personalidad además de ser conocidas por personas afines a sus actividades y cercanas a su hogar, eran apreciadas y comentadas por la prensa en general, incluso en el exterior. En 1940, el periódico "Ultima Hora", escribía estas líneas sobre el Coronel: "Hombre de ciencia por vocación, no por profesión. El espíritu implacablemente analítico del Coronel Diez de Medina, su poder de síntesis y su potencia reconstructiva, lo han llevado, acaso inconscientemente, al plano superior donde elaboran los grandes creadores sus obras".

Finalmente, la constante y productiva labor del Coronel, basada en una pasión científica, sincera y profunda, sin afán de figuración, fue fielmente reflejada en "La Razón" de La Paz en 1948: "Puede decirse, sin hipérbole alguna, que el Coronel Diez de Medina ha contribuido en mayor grado en los últimos tiempos, que las entidades históricas y arqueológicas oficiales, a la investigación de las culturas nativas y debe señalarse su museo como uno de los aportes más valiosos a la ciencia nacional".

Los archivos del Coronel contienen el siguiente curriculum vitae, que nos muestra de una manera resumida, pero bastante completa, otras facetas de la vida del Cnl. Federico Diez de Medina.

Nombre y apellidos: Federico Diez de Medina Lértora.

Lugar de nacimiento: La Paz (Bolivia). *Fecha:* 3 de abril de 1882.

Padres: Federico Diez de Medina y María Lértora.

Esposa: Luz Ballivián Otero.

Hijos: Consuelo, Gonzalo, Federico, Jaime y María Teresa.

Profesión: Militar en retiro. *Especialidad:* Arqueología y trabajos sobre prehistoria americana.

Estudios: Colegio San Calixto y Colegio Nacional Ayacucho. Colegio Militar de La Paz y Colegio Militar de San Martín, Buenos Aires.

Actuación: Egresado del Colegio Militar de Buenos Aires, 1906. Retornó al país, 1907, obteniendo el grado de Teniente. Ascendiendo a los grados de Capitán, Mayor y Teniente Coronel de acuerdo con las Ordenanzas Militares, en los años 1913, 1916 Y 1919. Elevado a la alta clase de Coronel por el H. Senado Nacional en 1925.

Destinos: Siendo Teniente fue destinado al Reg. de Artillería de Montaña. De Capitán designado al Colegio Militar ejerció los profesorado de Armas de Guerra, Balística, Dibujo y Lavado de Planos, Hipología y Organización Militar. Con el grado de Mayor pasó al Estado Mayor General y de allí a la 2da. Comandancia del Reg. Bolívar 2 de Artillería. En 1917 y 18 Adjunto Militar en el Perú, y el año 1920 en Estados Unidos de N.A. Director y Redactor en Jefe de Revista Militar siendo Jefe de Sección del E.M.G. en 1922 y 1923. De Teniente Coronel, 1924-25, Director de la Escuela de Guerra y Profesor de Armas de Guerra y Lavado de Planos. De Coronel ejerció el Comando de 1ra. División en Oruro, 1928. Vocal y Presidente del Consejo Supremo de Guerra. Desde fines de 1931 Delegado Nacional en el Gran Chaco y Jefe Militar de la Frontera Sud. Al término de la guerra con el Paraguay, Jefe de la Casa Militar del Presidente, como nexo entre el Gobierno y el Ejército.

Obra: Monografías arqueológicas, militares y civiles publicadas en revistas y diarios del país y del extranjero. "El Camuflaje", "Tiwanaku como vestigio para la interpretación de la cultura prehistórica", 1948. "Museos Arqueológicos y Colecciones Culturales de La Paz", 1954. "El uso de los espejos en la descollante cultura de Tiwanaku", 1955, y otros. En prensa: "Estudios Arqueológicos".

Distinciones: Condecoración "al Mérito" de Chile, 1913 y ascenso 1935. La "Encomienda" de "El Sol del Perú", 1925. Diploma y "Medalla de Estado Mayor", 1930. Medalla de Oro y Diploma del H. Consejo Municipal de La Paz, 1948. Medalla y Diploma de Cuba, 1951. Medalla y Diplôme de "Chevalier de la Gran Croix d'Honneur de l'Ordre des Chevaliers Gardes de la Courone de Fer", Francia, 1951. Medalla y Diploma de la Declaración de "Hijo Predilecto de la Ciudad de La Paz",

1957. Diplomas Ratificatorios de Presidente Honorario del Consejo Municipal de Cultura para los años 1954, 55, 56, 57 y 58.

Asociaciones: Miembro de la Sociedad Geográfica de La Paz. Socio y Fundador de la Sociedad Arqueológica de Bolivia. Posteriormente, Presidente de la misma. Vocal del Departamento de Arqueología del Ministerio de Educación. Miembro y Presidente de la Academia Aymara. Fundador y primer Presidente de la filial boliviana de ICOM (Consejo Internacional de Museos, cuya sede central está en el Museo de Louvre de París). Socio correspondiente de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Socio Correspondiente del Instituto Histórico del Perú. Miembro de las Sociedades: National Geographical y Sociedad Geográfica de Estados Unidos de N.A., de la Sociedad Argentina de Americanistas de Buenos Aires; de la Sociedad des Americanistes de Suiza.

CAPITULO II

Notas de Prehistoria Americana,

Reveladores documentos arqueológicos que confirman la gran extensión del poderoso Imperio de los Kolla-aimaras. Los famosos estados del centro y norte del Perú estuvieron también bajo la influencia del dominio militar y cultural de la época del apogeo de Tiwanaku, durante millares de años.

Antes de iniciar el desarrollo del tema prehistórico que nos induce a escribir el presente artículo, aludiremos —con carácter personal y en forma abreviada— a personas y temas relacionadas con el mismo, para:

1°.- Presentar nuestro más vivo agradecimiento a las distinguidas damas limeñas las señoritas Cristina y Sofía Wiese, a la ilustrada escritora y arqueóloga doña Geraldine Byrne de Caballero y a nuestro noble amigo y egregio americanista el señor don Rafael Larco Herrera, por la gentileza que han tenido de obsequiarnos algunos de los valiosos ejemplares precolombinos, que sirven de fundamento al presente estudio, los cuales junto con las pictografías que cortésmente nos ha proporcionado el señor Don Fritz Buck, eficazmente dedicado a Estudios de Arqueología y, los que también poseemos en nuestro museo prehistórico, constituyen testimonios patentes para la comprobación de parte de las teorías que sustentamos desde años atrás.

2°.- Señalar que en la época actual —caracterizada por la acelerada evolución y el inusitado dinamismo en los actos y manifestaciones del hombre moderno— se ha incrementado en forma notable, el número de los adictos al estudio de una de las más modernas y apasionantes ciencias: la *Prehistoria*, basada en la indagación de la procedencia de los hombres, sus hechos y las leyes que los reglan, por medio del estudio y la aplicación de los métodos modernos en el análisis de los vestigios, ruinas y residuos (*Kjokkenmoddings*) que nos proporcionan los descubrimientos arqueológicos.

En el exterior, desde fines del siglo pasado, ese aumento de apasionados por la ciencia prehistórica era notorio. En nuestra patria, tal acrecentamiento se ha puesto de manifiesto en los últimos años y —de una manera singular— con motivo de la celebración del IV Centenario de la Fundación de Nuestra Señora de La Paz de Ayacucho, pues casi no ha habido periódico ni revista científica de esta ciudad que no hubiera publicado una, dos o más meritorias monografías sobre arqueología, folklore, etnografía y lingüística.

Necesaria y lógicamente debía producirse tan progresista acontecimiento, por la simplísima razón de que, en nuestro vasto territorio floreció una de las más extraordinarias y antiguas civilizaciones del mundo prehistórico, cual lo evidencia la profusión de las legendarias ruinas: de Tiwanaku, de las Islas del Sol y de la Luna, de Lukurmata, Copacabana, Samaipata..., y de los innumerables chulperíos, enterratorios y cenizales precolombinos que existen en casi todas las provincias de los departamentos de Chuquisaca, Cochabamba, La Paz, Oruro, Potosí y Tarija.

Ese es nuestro exorbitante acervo arqueológico. Esa la herencia primitiva que nos legaron nuestros gloriosos antepasados y la cual constituye una fuente inagotable de resortes y recursos para los estudiosos, los aficionados y los investigadores de nuestro pasado, tan célebre como remoto.

Datos Históricos.-

El puntual cumplimiento del documento real de Capitulación firmado por la Reina Isabel de Castilla, esposa de Carlos V, Emperador de Alemania, en nombre de la Corona Real de Castilla y el Capitán Francisco Pizarro, el 25 de julio de 1529, originó el inesperado arribo de los Conquistadores Ibéricos a las tierras sudamericanas. En ellas convulsionó radicalmente la vida político-social que regía en sus vastos territorios, a la par que transformó sus religiones, usos y costumbres.

El poderoso Reino de los Aztecas mexicanos y el opulento Imperio de los Incas peruanos fueron avasallados: sus creencias y cultos escarnecidos y metamorfoseados, sus esplendorosos templos, adoratorios y deidades derruidos, sus valiosísimas tumbas profanadas y vilmente saqueadas. La insaciable sed de oro, plata y pedrerías no tuvo limitación para ese puñado de victoriosos aventureros cuyo libertinaje se ensañó en la depredación y el aniquilamiento de los aterrorizados aborígenes.

Esos métodos de devastación y de deleite vandálicos fueron continuados con igual ensañamiento en las ciclópeas ruinas de la Metrópoli Prehistórica, en el opulento Palacio "*Pillco-Kaino*" (Isla del Sol), en el legendario Templo "*Iñak-Uyu*" (Isla de la Luna), en los ricos "*Wakanaka*" (adoratorios), en las setenta y tantas "*Pukaras*" (vigías) que atalayaban al legendario Sagrario de "*Kopakawana*", así como en millares de sitios donde se custodiaban ingentes tesoros.

La ensoberbecida soldadesca de Pizarro y sus asalariados socios, en su avidez de riquezas, no se detuvieron ante ningún crimen ni sospecharon —*por analfabetos*— el incalculable daño que hacían a la ciencia, cuyo valor arqueológico o histórico no es posible valorar.

Muy contado número de frailes eruditos y virtuosos, como el P. Las Casas, de algunos buenos funcionarios letrados y de no pocos cronistas de la Colonia, que integraban las huestes aventureras, dedicaron parte de sus actividades, inteligencia e instrucción a salvar o proteger cuanto pudieron de las cosas, tradiciones y leyendas prehistóricas, las cuales, junto con otros documentos posteriormente revelados, facultan a descubrir algo de nuestro pasado lejano.

Esos valiosos testimonios, hábil e inteligentemente aprovechados por un buen número de historiadores, sirvieron a notables escritores americanos —como Prescott— para reconstruir la historia de los dos más poderosos y cultos estados de América, al arribo de los aventureros peninsulares. Por el estudio de esos trabajos históricos se conoce —con la aproximación posible— la extensión territorial alcanzada por las naciones mexicana y peruana a la llegada de Cortés y Pizarro, respectivamente, a ellas: Humboldt asigna a la Monarquía Azteca una superficie máxima de 20.000 leguas cuadradas y Prescott la mínima de 16.000. Garcilazo dice que el Imperio Incaico tenía una longitud de 1.300 leguas y que se extendía desde Panamá hasta el río Maule. Prescott señala desde el grado 2 de Long. Norte, hasta el 37 de Lat. Sur.

Si ésas eran las dilatadas superficies territoriales donde se desarrollaron tan sorprendentes civilizaciones, con cuánta mayor razón lo sería la del milenario Imperio de los aguerridos y legistas kolla-aimaras, cuyo área abarcaba una extensión que sobrepasaba en mucho a la de aquellos grandes estados, como lo hemos afirmado y probado en varios trabajos anteriores. A las claras e indiscutidas pruebas etnográficas, lingüísticas y otras, concisamente expuestas en dichos estudios, agregamos hoy las siguientes, deducidas del análisis y la comparación relativa que hemos realizado en los ejemplares arqueológicos, mencionados al comienzo del presente artículo.

Es poco conocido que durante la época de la culminación del vigoroso Imperio de Tiwanaku, se realizaron las más grandes conquistas de innumerables pueblos y de estados bien organizados y guerreros, tanto de los circunvecinos cuanto de los más remotos y en dirección a todos los puntos cardinales, como lo atestigua el avasallamiento del Cuzco, Nazca, Pachakamak, Lurín, Wari, Charkas, Yampará, Chiriguano, Atakameño, Araucano, etc. De entre ellos Chanchán —capital del Chimú— según lo aseveran algunos cronistas tenía cerca de un millón de habitantes y una superficie de 50 kilómetros. El gran Imperio del Chimú enseñoreaba en los límites comprendidos entre el mar Pacífico y la Cordillera Andina, y de Norte a Sur, desde Lambayeque hasta los valles de Casma, Nepeña y Corongo.

Las causas primordiales que motivaron la realización de esas grandes conquistas no solamente tuvieron como único aliciente la vanagloria y el usufructo, que de ellas provendrían, sino también el de hacer partícipes a los pueblos vencidos de los beneficios de su sobresaliente cultura y la de sus sabias y humanitarias leyes. Estas últimas —se infiere— fueron recibidas con beneplácito general, por el hecho de haberse asimilado y apropiándose de ellas, adoptándolas a sus usos, costumbres y métodos de vida, al mismo tiempo que, en sus artes, recibieron la técnica y el sentir de los artífices aimaras en su textilería, cerámica y orfebrería. Estos artistas marchaban siempre aliados de las tropas conquistadoras, juntamente con los sabios, los sacerdotes y demás personajes representativos.

Testimonios que proporcionan los tejidos.-

Las anteriores aseveraciones se patentizan por el uso que hicieron los antiguos peruanos de los clásicos símbolos tiwanakotas, tanto en las vestimentas de los sacerdotes, jefes dirigentes y plebeyos avasallados, en el Centro y el Norte de las costas peruanas, cuanto en sus cobijas y demás enseres como se puede constatar *de visu en los museos de Lima, en el "Rafael Larco Herrera"* de Chicla, en el del Cuzco... y, finalmente, en nuestras colecciones prehistóricas, en las cuales se hallan reproducidos —a diferentes escalas— dos trozos de un primoroso tejido policromo (a siete colores). En éstos se puede apreciar la decisiva influencia del arte tiwanakense ya que se encuentran copiadas las estilizaciones típicas de los felinos, acompañadas de signos del movimiento, escalonado y otros. Esa suntuosa tela procede de Nazca (Perú). Es un manifiesto tapiz de ornamentación ritual. Está primorosamente tejida con lanas de vicuña y de alpaca a franjas horizontales, ocupadas por cuadros formados con los *signos y las figuras simbólicas de Tiwanaku*. Mide 2 metros y 30 centímetros de largo y 1,45 mts., de ancho.

Juzgando que a la evidente prueba, antes expuesta, basta —para el lleno de nuestro objetivo— dar a conocer una prueba más (tomada de entre las muchas que poseemos de Nazca, Wari, Pachakamak, —Cuzco...), presentamos la siguiente, obtenida del magnífico museo "*Rafael Larco Herrera*" que ratifica y coadyuva la teoría que sostenemos: La constituye la rica vestidura perteneciente a un personaje nazqueño, de elevada alcurnia y de gran estatura consistente en un poncho largo con mangas, ornado a franjas verticales y horizontales, en las que se hallan fiel y artísticamente bordadas y reproducidos los *Apus* o *Mallkus* (Generales o Jefes Superiores) *portando los emblemas, atributos y signos usados por los personajes laterales del Pórtico Monolítico de la Metrópoli Prehistórica!*... Esta ostentosa vestimenta está tejida con finísimos hilos de lana, teñida de vivos colores que armonizan entre sí y el conjunto.

Creemos innecesario señalar que este incontrovertible testimonio bastaría —por sí solo— para probar la decisiva influencia del arte kolla sobre el nazqueño.

Pruebas proporcionadas por la cerámica.-

La misma influencia y la apropiación de simbolismos de Tiwanaku, se comprueba en los objetos de la primitiva alfarería peruana, parte de cuyos ceramios están inspirados en los motivos característicos de esa avanzada civilización, como se puede reconocer en la fiel reproducción de un hermoso ceramio colorado de Nazca, del tipo de las vasijas romanas con cuello ancho, debajo

del cual lleva dos asas cilíndricas pintadas de blanco marfil. En su frente se destaca una figura semidesnuda policroma, cuya cabeza antropomórfica —con dentadura felínica— y dos discos blancos están hechos en alto relieve. Porta en las manos sendos *arpones que rematan en cabecitas estilizadas de pumas*. Cubriendo las partes pudendas, se encuentra una cabeza antropomórfica, de la que salen dos listas angulares que terminan en cabezas de cóndores. Posiblemente esta figura simboliza una divinidad felina nazqueña.

En cada costado está pintada una cruz policroma, de brazos a escuadra y que también *finalizan en cabecitas de aves de rapiña*. Entre las cruces se perciben los signos *astrales* y de *movimiento*, propios de la cultura tiwanakota. En la cara posterior —que es la que más nos interesa— se halla casi exactamente reproducido el *Apu-Mallku-Wirajocha, semejante al que está burilado en la Puerta del Sol*. Lleva en la cabeza una *aureola similar*, adornada con cabecitas antropomórficas, de *pumas, cóndores, peces y flores* y asimismo, porta un *cinturón con cuadritos policromos*, que finalizan en cabezas de cóndores. En la parte inferior de su vestido cuelgan tres *cabecitas-trofeo muy semejantes a las seis que posee el Personaje Central de la Portada Monolítica* de Tiwanaku.

La simple comparación de los objetos antes descritos, nos llevan al total convencimiento de la decisiva influencia del arte, la técnica, la ciencia y la religión de los hombres de la altipampa andina sobre los del pueblo norteño conquistado y gobernado por los kolla-aimaras, durante muchos siglos.

Idéntica convicción emana de la confrontación entre las cabecitas de los cóndores y pumas tiwanakotas, representados en los extremos de la cruz circunscrita alrededor del *Apu-Mallku-Wirajocha* con los similares de las otras figuras.

Deploramos que el limitado espacio de que disponemos no nos permita continuar, impidiéndonos —por consiguiente— exponer y presentar los documentos relativos al influjo decisivo sufrido por el arte de Nazca, Ankón, Lurín, Wari,... como consecuencia de la dilatada dominación Kolla-aimara; pero, antes de hacerlo siquiera, manifestaremos que, ya sea que se trate de las obras de los artistas del N. del Perú, joyeros u orfebres o ya de los fabricantes de armas, podemos asentar que la técnica, los motivos, el material... son los mismos, muy semejantes a los de los aimaras, v.g.: en los collares, el empleo y la fabricación de las cuentas huecas de oro y de plata, las que muchas veces van intercaladas entre las cuentas de las bellas y vistosas sartas, hechas de variadísimos materiales e *idénticas a las usadas en Tiwanaku*. Tanto en aquéllas como en éstas existen ejemplares de obsidiana (blanca y negra), cristal de roca, granito (varios colores), topacio, jades (verdes, azules y blancos), turquesas verdes, conchas (blancas, rosadas y rojas)... y de calcedonia con chispas de bronce, procedente de Turco, Oruro!... Lo que prueba palpablemente lo anteriormente afirmado.

Nota Final.— Hace poco tiempo que "El Diario" (12/XII/48) publicó un artículo del distinguido arqueólogo señor W.A. Ruysch, titulado "¿Tuvo influencia la Cultura Tiahuanacota Sobre las Demás Culturas Pre-colombinas?", pero en el cual, el autor no llega a determinar si la tuvo o no, a pesar de citar valiosas opiniones favorables al sí. Suponemos que con la lectura de los testimonios que presentamos —en estas notas— se convencerá de que la tuvo, y, de que dicha influencia obró en forma decisiva, sobre el arte de la mayoría de las culturas precolombinas.

CAPITULO III

Arqueología.

Milenaria cultura aimara-americana.— El vasto y poderoso Estado de los Kolla-aimaras.— La monumental Metrópoli Americana: Tiwanaku.— Invasiones, movimientos tectónicos, etc., la convierten en ruinas.— División de su gloriosa trayectoria en épocas.— Desarrollo, apogeo y decadencia de Tiwanaku.—

Tiwanaku (1) es el origen y el núcleo de la arqueología boliviana así como de la remota cultura aimara-americana que encierra tesoros de inapreciable valor arqueológico para el estudio prehistórico de la humanidad.

¿Habrá lector —aunque no sea sino medianamente ilustrado— que no haya leído o escuchado alguna referencia acerca de *Tiwanaku*, *Carnac*, *Tebas*, *Nínive*, *Mentis*, *Babilonia* y otras afamadas metrópolis de los tiempos antiguos? Consideramos que no lo hay, por ello y para ampliar ese conocimiento expondremos a continuación breves informaciones relativas al origen, desarrollo, culminación y decadencia de la cultura del vasto y poderoso Estado de los esforzados *aimaras*, *antis* (2), *kollas*, *kollanas* o *kollawas* y a la de su grandiosa capital: TIWANAKU.

Esta monumental e inigualada metrópoli americana prehistórica, se hallaba soberana mente recostada a orillas del legendario lago Titikaka; pero a consecuencia de sucesivas invasiones bélicas, cataclismos y movimientos tectónicos que originaron el solevantamiento de la cordillera andina y que ocasionaron el desborde de sus aguas glaciales, quedó el famoso puerto lacustre a veinte kilómetros del lago y totalmente convertido en ruinas!...

Parte de esos impresionantes restos permanecen aún erguidos desafiando el impetuoso embate de los fenómenos atmosféricos, el vandalismo y los despojos realizados por personas irresponsables!... Como consecuencia, en el transcurso de miles y miles de años, gran parte de esas ciclópeas ruinas, inconclusas, han desaparecido o se encuentran sepultadas con manifiestos daños y perjuicios irreparables.

La ciencia ha llegado a establecer —basándose en la geología tectónica, estratigráfica y dinámica— que América es uno de los continentes más antiguos del globo terrestre y que en él, a fines del período terciario y comienzos del cuaternario ya existía la especie humana. Partidarios de esta teoría paleontológica y del poligenismo, creemos cierta la existencia del originario en tierras americanas y, por ende, en *Tiwanaku* que era su centro geográfico y geopolítico prehistórico, al cual hombres de ciencia le asignan: Diaz Romero, 8.000 años; Vaca no, 12.000; Mueller, 14.000 y Posnansky hasta 18.000.

Amplia y científicamente se ha llegado a demostrar que desde tiempos inter y postglaciales se han efectuado emigraciones e inmigraciones recíprocas entre unos y otros continentes —incluso los desaparecidos, como la Atlántida— a través de los mares y de los estrechos intercontinentales. Como resultado de estas migraciones o el invasor llegó a imponer su idioma, religión, usos, armas y utensilios o se sometió a los del más fuerte y de cultura más adelantada, dejando en ambos casos, pruebas fehacientes de haber existido dichas conexiones, unas efectuadas por medio de las islas aleutianas o del estrecho de Behring y otras por los océanos, ya empujadas (sus embarcaciones) por los vientos o ya impelidas por las corrientes marítimas.

Mucho se ha escrito o se puede escribir aún respecto de las correlaciones intercontinentales y la de sus respectivas culturas, aumentando pruebas palmarias a las anteriormente exhibidas sobre la semejanza de los *menhires*, los hallazgos de *perlas agri* y cuentas de vidrio policromo (3), la similitud de las viviendas primitivas, la de sus creencias mítico-religiosas, costumbres, topónimos, instrumentos, armas y máscaras guerreras. Para abreviar, sólo señalaremos la de existir centenares de cabezas y bustos humanos fielmente plasmados en cerámica, bronce y piedra de los tipos raciales que pueblan los cinco continentes, todos los cuales proceden de Tiwanaku donde fueron hallados. Entre ellos podemos admirar exactas representaciones de caras árabes, abisinias, egipcias, etíopes, negroides, etruscas, caucásicas, malayas, mongoloides, pieles rojas y aztecas.

Igualmente poseemos imágenes y estilizaciones zoomórficas pertenecientes a la fauna de nuestro continente y de animales correspondientes a la de otros, como camellos, dromedarios, jirafas, cebras y otros, así como de animales extinguidos hace miles de años (v. gr.: de la *macrauchenia* y del *toxodonte*).

¿Cómo explicar la existencia en Tiwanaku de esas fidedignas representaciones plásticas, grabadas o pictografiadas de rostros raciales y de animales pertenecientes a otros continentes o desaparecidos desde eras remotísimas?

Juzgamos que dicho enigma sólo se resuelve con el hecho de haber existido conexiones entre los continentes y sus correlativas civilizaciones, así como con la presencia del autóctono altiplánico, quien necesariamente debió estar en estrecha comunicación con los representantes de esas diferentes razas y haber vivido coetáneamente con el toxodonte y el antepasado de la llama, vicuña, alpaca y guanaco para haberlos reproducido con tan sorprendente exactitud.

Sumariamente expuestos los anteriores conceptos pasamos a tratar sobre el origen, desarrollo evolutivo, apogeo y decadencia del renombrado Estado de los *kolla-aimaras* que abarca las siguientes épocas o periodos de su gloriosa trayectoria:

- Época Primitiva de Tiwanaku;
- Época Evolutiva de Tiwanaku;
- Época del Apogeo de Tiwanaku;
- Época de la Decadencia de Tiwanaku;
- Época de la Dominación Incaica.

Dentro de estas épocas —separadas por milenios— se hallan comprendidos periodos intermedios o secundarios: en la Primitiva, *Pre-Tiwanaku* y *Proto-Tiwanaku*; en la Tercera, de la *Piedra Poligonal o Engastada*, de los *Chullpas* y de la *Pirka*, construcciones que continuaron en la Época del Incario y de las edificaciones de *Adobes* y *Tapias*.

La *Época Primitiva* se caracteriza por la rudimentaria cultura de sus primigenios pobladores, quienes originariamente vivieron en las concavidades del terreno y en cuevas (trogloditas) y, posteriormente, en rústicas construcciones megalíticas y subterráneas, hoy casi totalmente deterioradas y cubiertas. En ellas se encuentran algunas toscas esculturas realistas de cabezas humanas y de animales, mezcladas con fragmentos de alfarería primitiva (lisa, incisa, y coloreada de uno o dos colores), algunas puntas de flecha o dardo, hachas y utensilios del tipo paleolítico.

La *Época Evolutiva de Tiwanaku* se distingue por su cultura más adelantada, porque la casi totalidad de sus edificaciones o esculturas son de material pétreo poco resistente (asperón rojo y blanco, toba, arcilla, etc.), por lo embrionario de su arte estatuario y de pintura claramente realista, sus representaciones de tipos humanos llevan cinco dedos en las manos y pies, y, por su cerámica menos tosca que la anterior y ya ligeramente pulimentada.

Pertencen a esta Época las ciclópeas construcciones de Akapana, los *menhires* y la monumental escalinata de Kalasasaya, los muros subterráneos con incrustaciones de cabezas humanas y de felinos, los monolitos trasladados —con posterioridad— al atrio de la iglesia del pueblo actual de Tiahuanacu, la gigantesca estatua monolítica llamada *Pachamama* y los ídolos excavados junto a ella, el nominado *Fraile*, etc. Parte de estas obras fueron continuadas en la época siguiente. Los últimos periodos glaciales y los interglaciales separan esta Época de la Primitiva y de la del Apogeo.

La *Época del Apogeo de Tiwanaku* se singulariza porque su glorioso esplendor irradió a casi toda la América, por lo refinado de su cultura, por la grandiosidad de su arquitectura, por el perfeccionamiento en la aplicación de sus conocimientos astronómicos y en el arte de la orfebrería, por su cerámica primorosamente coloreada y pulimentada, así como por la belleza y finura de sus tejidos simbólicos. El material empleado en sus ciclópeos edificios es de gran dureza, matemática y perfectamente burilado y pulido. Se amplía el uso de los metales, imperando el del *champi* (bronce). Los personajes representados en sus estatuas, pinturas, grabados y tejidos dejan de ser

realistas para transformarse en artísticas y simbólicas estilizaciones, las cuales solamente llevan cuatro dedos en las manos y tres en los pies (predominio del totemismo).

A esta Época pertenecen: La grandiosa portada monolítica indebidamente llamada *Puerta del Sol*, *Santuario*, *Puerta del Templo del Sol*. Es el monumento más asombroso y magnífico de la metrópoli tiwanakota. (En ella eximios artífices han burilado en su parte superior simbolismos manifiestamente guerreros y, en la greca de la parte inferior ideografías astronómicas). La puerta monolítica denominada del *Panteón*, las viviendas subterráneas de piedra finamente pulida, los gigantescos bloques de *Tunka-punku* (diez puertas) o *Puma-punku* (puerta del puma), algunos de los cuales pesan más de 300.000 kilogramos y que para moverlos se precisaba del esfuerzo colectivo de centenares de hombres (4), el friso del palacio de kalasasaya, etc.

La *Época de la Decadencia de Tiwanaku* se diferencia de las anteriores porque durante ella se produjeron las invasiones de hordas norteñas, atacameñas, de los makuri, kari, sapalla, etc., y los grandes movimientos sísmicos, la formación de volcanes, los so levantamientos andinos, los cambios del nivel de las aguas glaciales del lago Titikaka y, como consecuencia lógica, la emigración a zonas más propicias para la vida.

El menoscabo de la culminante cultura de la era anterior es notorio: la cerámica tosca, decadente en su colorido, pulimento e ideografías, plagiadas imperfectamente de los finísimos ceramios originales del apogeo tiwanakota. Las ciclópeas construcciones declinan en las de *piedra poligonal* o *engastada*, de la *pirka*, de *adobe* y de la *tapia*, separadas unas de otras por miles de años, edificaciones que aún podemos contemplar en la gran muralla de Coati, en los *chullpares* de Sillustani trabajados éstos y aquella con piedra poligonal, así como en las ruinas de Samaypata, del Cuzco, etc.

La *Época de la Dominación Incaica* está caracterizada por la peculiar cultura de los *Incas* y la *decadente* aimara. La fina cerámica del Incario y su bella orfebrería si bien son superiores a los de la Decadencia no alcanzan a igualar y menos a superar a los del Apogeo de Tiwanaku. Lo mismo se puede decir de los tejidos.

Según sea la región que se considere, las construcciones de *piedra poligonal* son más o menos numerosas que las de *pirka*, de *adobe* y de *tapia* o viceversa, como se puede apreciar en los diferentes edificios de la Isla del Sol (Palacio Pillkokayna, Chinkana, Fuente de Yumani, etc.), en la Isla de la Luna (Palacio Iñakuyu o de las doncellas, la Muralla, etc.), en los *chullperios* o *chullpares* de Kewayá, Koana, Kumana, etc., y en numerosas construcciones cusqueñas.

Actualidad.— En la época presente los originarios del Gran Estado de los Kolla-aimaras sólo conservan los rasgos característicos de la *raza de bronce*, cuyos gloriosos antepasados avasallaron cientos de pueblos americanos, dejando en ellos el inconfundible sello de su clásica cultura junto con el del vasallaje a través de miles y miles de kilómetros de su centro metropolitano. Hoy en día, los descendientes de tan altivos progenitores soportan una vida aflictiva llena de pobreza, de trabajos mal remunerados y de incesantes humillaciones.

Fisiológicamente debilitados por el alcohol, la coca y la deficiente alimentación e ignorantes de la gloriosa historia de sus antepasados, a sus mentes no les queda ni el más leve recuerdo de lo acaecido 200 ó 400 años atrás!... Absolutamente desconocedores de los sucesos de la Dominación Incaica, con cuánta mayor razón lo son de los del Apogeo Kolla-aimara!...

Tiempos idos, llenos de glorias y de hazañas imperecederas, en los cuales tenían lugar preferente las pomposas festividades mítico-religiosas, coreográficas y de selección sexual y cuyo pálido reflejo lo podemos observar hoy en sus actuales danzas rituales, guerreras, amorosas, satíricas y jocosas, las que tienen lugar en los aniversarios de fiestas cívicas, religiosas o lugareñas y a las que bailarines, invitados y simpatizantes concurren no para recordar añejas costumbres, sino para disputar primacías en los bailes, música o vestimenta y, muy

particularmente, para dedicarse —sin medida ni freno alguno— a las libaciones de la legendaria *chicha* (5) y del tan funesto como enloquecedor alcohol hidratado!...

La Historia del Mundo nos enseña que la trayectoria de los Grandes Imperios, tanto en nuestra América como más allá de los océanos, han tenido y tendrán —como TIWANAKU— su desarrollo, su culminación y su ocaso. Por ello, no es de extrañar que del culto y poderoso Imperio Tiwanakota no queden sino sus silentes y reveladoras ruinas!...

NOTAS DEL CAPITULO III

(1) Escribimos *Tiwanaku* en idioma aimara y no Tiahuanacu o Tiaguanacu en el castellano corrupto de los conquistadores ibéricos por múltiples razones y porque no hay un solo oriundo de la altipampa andina que no lo pronuncie fonética mente de esta manera.

(2) Nombre primitivo de los Andes.

(3) Originarias de Fenicia, Egipto y ant. Venetia, de las cuales poseemos varias que encontramos en Tiwanaku y Nazca, lo cual —por otra parte— confirma que los navegantes de estas naciones comerciaban con nuestra América, siglos antes de la llegada de los conquistadores.

(4) F. de Basaldua en la pág. 244 de su "Historia de la Civilización Indígena de Amerika": el Padre Acosta y Cieza de León. Miden sillares de 12 x 5.8 x 1.9 metros. Pesan 370.933 kilogramos.

(5) —El profesor Posnansky, en "Petrografía de Tiahuanacu", dice que algunos de esos bloques pesan cerca de un millón de kilos.

(6) Producto de la maceración y fermento de la quinua, maíz, kañawa, etc.

CAPITULO IV

Tiwanaku y Chukiapu o Chukiago.

Las dos milenarias Wiñaimarkas (capitales madres) del pasado primitivo altiplánico.

En la siguiente exposición monográfica del vasto y poderoso Imperio de Tiwanaku, del que formaba parte descollante la tradicional *Chukiapu-Marka* (Ciudad Lanza Capitana) —hoy, La Paz— con sus numerosos aillus o tribus como los de *Achachikala* (piedra tutelar), *Chchallapampa* (llano arenoso), *Chchijini* (con pasto), *Chakeri* (que gotea), *Chchokata* (cabeza envuelta), *Chchurupampa* (llanura de caracoles), *Kaikoni* (piedras deslizantes), *Kirkincho* (armadillo), *Kjallampayani* (con hongos), *Kjillikjilli* (cuervos rojizos), *Laikakgota* (lago de brujos), *Lurikjeri* (fábrica de fogones), *Llojeta* (deslizado), *Makollana* (de un kolla), *Pichu* (fogata, hoy Obrajes), *Pfutupfutu* (terreno horadado), *Supfukachi* (loma roída), *Uturunku* (tigre), *Jamachi* (pájaro), *Waichuri* (lugar con waichus, aves), etc., confederados bajo el mando de sus respectivos *apumallku* (jefes superiores), lo hacemos en forma sucinta y objetiva, con espíritu impersonal, desprovisto de todo prejuicio.

Al efectuar el estudio de las civilizaciones prehistóricas del Asia, África, América y Europa, surge esplendorosa la del Continente Americano y —singularmente— la de América Meridional, en cuyo corazón palpita la misteriosa, silente y célebre TIWANAKU. Metrópoli que constituyó el más destacado centro político-religioso de dicho continente y el núcleo fundamental de la civilización *kolla-aimara-americana*. La tradicional y descollante *Chukiapu Marka* (Ciudad Lanza Capitana) —hoy La Paz— la seguía en importancia.

Tiwanaku fue la capital del fabuloso imperio de los *kolla-aimaras*; cuyas artes, cultura, religión e idioma han trazado luminosas huellas en el continente Americano. Situada entre los 180 34' de latitud sud y los 680 48' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, se halla en una inmensa llanura de aluvión, cuyo ancho varía entre 10 y 25 kms., con un largo de cerca de 50 kms. y por cuya cuenca corre el riacho Wakira. Sus flancos están limitados por el N. y por el S. por sierras y montañas (Achuta, Kimsachata, Chilla, Antamarca, etc.), que la protegían de las inclemencias atmosféricas y de las invasiones guerreras. Por el O., lindaba con el Lago Sagrado, *Titikaka*, (Peña del felino) en cuyas orillas se alzaban arrogantes los milenarios muelles del puerto tiwanakota y del cual —en la actualidad— se encuentra a 20 kms., como consecuencia del retiro de sus cristalinas y misteriosas aguas, ocasionado por los movimientos telúricos del período glacial,

que continuaron el solevantamiento de la Cordillera Altiplánica y el descenso del nivel lacustre (aproximadamente, 34 m.). Hoy está a 3.812 m. sobre el nivel del mar, término medio entre la época lluviosa y la seca. El clima es frío y la flora, pobre.

Su origen es coetáneo con la aparición del hombre en la tierra. Su edad, sería aventurado expresarla en años. Juzgamos que solamente se la puede determinar en Épocas o Períodos. "Se tiene, desde luego como cosa evidenciada que Tiahuanaco ha sido una de las naciones más antiguas del mundo" (J.M. Camacho, "Tiahuanaco"). Se origina en la era del Chamakpacha (los tiempos oscuros), la cual correspondería a la del *último periodo glacial*, durante sus épocas: *Interglacial*, *Glacial* y *Postglacial*. Como se deduce de lo aseverado por algunos cronistas del Coloniaje, muy particularmente por uno de los más verídicos, Polo de Ondegardo. Las *markas* (ciudades) de *Tiwanaku* y *Chukiapu* fueron de esos tiempos y ambas tuvieron el mismo nombre primigenio de: *Wiñaimarka* (ciudad madre) y su edificación data del último período interglacial.

El Imperio de los Kollas.-

Las turbias fuentes que nos han legado los historiadores de la Colonia unidas a las noticias desentrañadas del folklore y los relatos indígenas, sumados al concurso de la lingüística y la arqueología, nos permiten señalar —aunq solo en forma aproximada— hasta donde alcanzaba el Imperio de los Kolla-aimaras. Sus fronteras —según las anteriores informaciones— se perdían en la lejanía de los territorios norteños: peruanos, brasileños, colombianos, ecuatorianos, venezolanos, panameños, mexicanos, etc. Así lo prueba la más ligera ojeada sobre la toponimia de cada uno de los mencionados países. Vamos a los ejemplos, esto es, a los nombres aimaras corrientes por allá. En el Perú: *Cajamarca*, *Chosica*, *Conobamba*, *Moquegua*, *Pomata*, *Wilcanota*, etc.; Ecuador: *Kotopaxi*, *Pichincha*, *Cocagua*, *Ilaya*, *Umagua*, etc.; Colombia: *Cundinamarca*, *Cucuta*, *Cari Cauca*, *Cainari*, *Naya*, etc.; en Venezuela: *Maragua*, *Cara*, *Cama*, *Carca*, *Caralaya*, *Acoyapa*, etc.; en México: *Acapulco*, *Ayar*, *Cuna can*, *China*, *Masahua*, *Sahuaripa*, etc.; en Estados Unidos: *Comanche*, *Missisipi*, *Misuri*, *Omaha*, *Huma*, *Utah*, *Zuni*, etc. Por el sud, llegaron a penetrar en tierras argentinas, chilenas, paraguayas y chaqueñas. Así lo confirma el hecho de existir, también, un gran número de nombres —típicamente aimaras— en los poblados, regiones, ríos, lagos y montañas de los países citados. He aquí los ejemplos: En la Argentina: *Catamarca*, *Tucumán*, *Jachal*, *Acay*, *Gachí*, *Sumampa*, etc.; en Chile: *Aconcagua*, *Maule*, *Iquique* *Quillota*, *Coquimbo*; en el Paraguay: *Caracará*, *Casapá*, *Caapucú*, *Guachis*, *Piripucú*, *Taruma*, etc.

Si a tales coincidencias en la toponimia añadimos el empleo del signo *cordillera* o *escalonado*, la estilización de *cabezas-trofeo*, la similitud en las costumbres, creencias religiosas, totémicas y cosmológicas, así como la analogía de los utensilios pétreos, armas, puntas de flecha y de dardos, etc, fácilmente arribaremos a la conclusión de que el señorío de los kolla-aimaras alcanzaba a todos aquellos países.

Si hasta el presente no se ha podido dilucidar quiénes fueron los primeros pobladores de Europa, Asia y África, tampoco se ha llegado a resolver quiénes habitaron primitivamente el continente americano y, por consiguiente, cuáles fueron los originarios moradores de Tiwanaku. En consecuencia, permanece sin descorrerse el denso velo que esconde su enigmático origen. A pesar de los ingentes esfuerzos realizados por sabios geólogos y demás científicos, escasamente se ha conseguido comprobar la existencia de relaciones y enlaces habidos entre los continentes subsistentes y los desaparecidos como la *Atlántida* y la *Lemuria*. Conexiones debidas al sinnúmero de migraciones e inmigraciones realizadas entre unos y otros, durante miles y miles de años, a través de los océanos, estrechos e istmos.

Empero, para la consecución de los propósitos del presente trabajo, creemos que basta con señalar que, si bien son muy limitados los conocimientos relativos a los primeros hombres de Tiwanaku, no menos cierto es que éstos moraban en los bosques, pliegues y cavernas que el terreno les proporcionaba para su abrigo y protección contra la intemperie y las fieras dañinas. y que, a medida de su evolución paulatina y gradual, abandonaron la vida nómada e independiente y se fueron agrupando en familias, *aillus* (tribus) y en comunidades, bajo la autoridad y protección de

jefes-caudillos: los *apus*, *malkus*, *willkas*, *kurakas*; de sabios, los *amautas*; de médicos, los *kolliris*; de espiritistas, los *chchamacanis*; de adivinos, los *yatiris*; y de perdona-pecados, los *jichuris*, para defenderse de sus enemigos, infortunios, enfermedades y supercherías.

Paralelamente a estos progresos en la organización social, se desarrollaron los de orden, disciplina e instinto religioso; así como también los de las artes y ciencias, en las cuales —posteriormente— llegaron a descollar sobre todos los otros pueblos.

Migraciones.-

De igual modo se ha llegado a establecer que América es uno de los continentes más remotos de la tierra, y que, al final del *Plioceno* y principios del *Pleistoceno*, apareció el hombre (pitecántropo erecto). Por lo demás, diversas especulaciones en materia de paleontología y sobre el origen vario de la especie humana (poligenismo), nos llevan a suponer que en América, por consiguiente, en Tiwanaku, existieron autóctonos. Lo prueba —entre otros vestigios— los cráneos dolicocefalos descubiertos allí y que son considerados como los más antiguos de Europa y América.

Para ratificar lo afirmado respecto de las correlaciones recíprocas habidas entre los diferentes continentes, exponemos los siguientes documentos que, constituyen pruebas concluyentes de que ellas también se realizaron con el nuestro:

1°.- El hallazgo de figuras, cabezas y bustos humanos modelados o esculpidos de cerámica, piedra, madera o metal, los cuales fiel y artísticamente representan tipos de todos los grupos raciales del mundo: abisinios, arábigos, australianos, aztecas, caucásicos, chinos, etruscos, griegos, indostánicos, japoneses, malayos, mongoloides, negroides, pieles rojas, romanos, sumerios y troyanos.

2°.- Iguales encuentros de figuras representativas de animales vivientes y simbólicos, propios de la fauna y mitología de otros hemisferios: bisontes, camellos, cobras, cocodrilos, dragones, dromedarios, grifos, jabalíes, jirafas, osos, pelícanos, unicornios, etc., así como de zoomorfos ignorados o desaparecidos. Asimismo, unos ejemplares —realistas o estilizados— reproducidos en cerámica, piedras, metales y tejidos.

3°.- La semejanza en las creencias mítico-religiosas, colectivas o individuales, en los ídolos, deidades y fetiches; en los sentimientos de veneración, prácticas rituales y sacrificios sagrados; en la similitud de sus ideas animísticas o relacionadas con el *tótem*; en las normas de moralidad, disciplina, costumbres y prácticas sociales primitivas; en el uso de máscaras guerreras, ceremoniales o de danza, así como en lo parecido de sus moradas y construcciones megalíticas y de sus armas, vestimentas y utensilios.

4°.- Los numerosos descubrimientos de reproducciones plásticas, buriladas o grabadas, que representan: budas sentados, dioses alados con cabezas de animales, momias fajadas egipcias y divinidades bárbaras y de instrumentos musicales parecidos a los de los griegos, romanos y otros, como la flauta del dios Pan (zampoña o *siku* aimara), la trompeta, los silbatos, los cascabeles, etc.

5°.- Los descubrimientos de las precolombinas *perlas agri* (compuestas de sílice, potasa y óxido) y de cuentas alargadas de vidrio, fabricadas superponiendo capas vítreas de diferentes colores, las cuales son originarias de la antigua Fenicia, de Egipto y Venecia. Fueron halladas en Tiwanaku y Nazca, a profundidades mayores de 1.50 m., y formaban parte de collares y otros atavíos.

Juzgando que los anteriores testimonios constituyen sobradas y fehacientes pruebas de las relaciones y conexiones que han existido entre unos y otros continentes, cabe ahora preguntarse

quiénes fueron los primeros habitantes de la altiplanicie andina y cuál el idioma que hablaron los precursores de Tiwanaku?

Primeros pobladores.-

Algunos distinguidos escritores, entre ellos el sabio Bandelier (*Las islas Titicaca y Coatí*) y el conocido historiador peruano Cúneo Vidal (*Historia de la Civilización Peruana*) señalan que los primigenios pobladores de la meseta andina fueron los *chullpas*, aduciendo razones que, si bien denotan largo y laborioso estudio, no están basadas en el conocimiento cauteloso de los monumentos prehistóricos y en el de las tradiciones y el lenguaje andinos. Es que estos últimos recursos, por motivos demasiado obvios, por lo general no se hallan al alcance de los extranjeros, los que, por otra parte desconocen —en su integridad— la bibliografía nacional, todo lo cual les impide hacer deducciones ceñidas a lo cierto.

En efecto: a) Si los *chullpas* —nombre dado a sus viviendas, o túmulos funerarios, y, posteriormente, por antonomasia, a sus constructores— hubieran sido los primitivos pobladores del altiplano, necesariamente los cronistas del Coloniaje habrían remarcado esta condición primigenia. b) Sus edificios de barro y paja, otras veces con piedras colocadas sobre las puertas y en las esquinas de las paredes (propios del período de decadencia de Tiwanaku), y otras, de piedras engastadas (peculiares de la época incaica), prueban que sus edificadores no fueron los autores de las obras *megalíticas* de la metrópoli prehistórica. c) En todas las excavaciones efectuadas en el subsuelo tiwanakeño, jamás se han encontrado esqueletos en posición de cuclillas y —mucho menos— dentro de cestos, rasgos característicos de los *chullpas* o *kontata-amaras*, muertos sentados. Entre los descubrimientos a profundidades mayores de un metro, todos estaban echados boca arriba. Lo que prueba su procedencia ajena a la *chullpa*.

Algunos escritores nacionales y extranjeros, suponen y afirman a veces, que los *atlantes*, *mayas*, *asiáticos*, etc., fueron los primeros habitantes del territorio comprendido entre la cordillera Real, de Bolivia, y la Occidental o Marítima, del Perú. De ser así, en todo caso, debió ser por muy breve tiempo puesto que no llegaron a dejar ninguna huella arqueológica o lingüística, ni prueba alguna de que fueran los constructores de la Gran Metrópoli.

Lo que se puede sostener, y con muy buenas razones, es que los *aillus* o *grupos tribales* y las *comunidades* existentes durante el período primitivo, fueron los que —desde su origen— vivieron en dichas regiones o iniciaron y prosiguieron con su primigenia civilización teocrática. Dichos grupos étnicos o familiares, estaban constituidos por: *preantisaimaras* y los *prekolla-aimaras*, a quienes siguieron los *protokollawas* o *kollawawas* (hijos de kollas), hermanos de los *lupakas*, *lupi-jakes* (hombres refulgentes) y los *kollanas*. Todos, del *kollao* o *Kollasuyo*, región de los *kollanaka* o *kolla-aimaras*. Estos continuaron, en ritmo ascendente, el progreso de la cultura heredada y el adelanto del idioma *aimara*.

A las tribus y comunidades anteriores se incorporaron —amigable o forzadamente— las de los *lupakas* (hoy totalmente desaparecidos), los *urus* (de los que sólo restan muy pocas familias dedicadas a la pesca a orillas del río Desaguadero *Jankoake*, *Ira-hito*, etc.), los *chipayas* (sojuzgados por los *kollas*, viven en muy limitado número entre las salinas de Coipasa, Poopó y Aullagas) y posteriormente, los *parias*, *charkas* y *kurawaras*; luego los *pakajes* (*paka-jakes*, hombres-águilas) de la provincia Ingavi, los *umasuyu* (región aguanosa) de la provincia Omasuyos, los *sikasika*, *sukasuka* o *chikachika*, los *karankas*, *atakamas*, *machakas* y otros.

Las anteriores afirmaciones se basan en documentos obtenidos en nuestros numerosos estudios folklóricos y en búsquedas arqueológicas —de cerca de cuarenta años— realizadas en el terreno, y en otros dificultosamente extraídos de fuentes dignas de todo crédito, como son las que a continuación se enumeran:

Antropológicas.-

Tienen su fundamento en las excavaciones efectuadas en Tiwanaku y sus alrededores (Chiripa, Yanariko y Kopajira) y en zonas más alejadas (Viacha, Jokolluni, Takawa, Ayoayo, Kollasuyo y Siripaka), en las cuales se descubrieron cráneos dolicocefalos —chicos y alargados, con y sin deformaciones circulares aimaras— propios de las razas primitivas y típicos de los *kolla-aimaras*. Algunos se encontraron a profundidades mayores de cuatro metros y completamente fosilizados, lo que evidencia su extraordinaria antigüedad y su procedencia kolla.

Lingüísticas.-

Estas se deducen de la no existencia de ningún vocablo perteneciente a lenguas extranjeras que pudieran hacer suponer la presencia y el dominio ejercido por cualquier otra civilización ajena a la *aimara*; la cual —en contrario— ha dejado nombres neta mente suyos en todos los pueblos que sojuzgó e hizo partícipes de su adelantada cultura en el actual territorio nacional, en los países comarcanos y en los más alejados de las Américas del Sud, Centro y Norte. Hasta en Asia, África y Oceanía, donde aún existen vocablos toponímicos privativos del idioma aimara, al cual el gran poligloto Villamil de Rada llamó "La lengua de Adán".

Por lo anteriormente expresado se prueba que los *kolla-aimaras* fueron quienes —antes y después de los cataclismos ocurridos durante los tiempos glaciales— señorearon en la extensa meseta del Ande y que hablaban el idioma de sus abuelos, el *aimara*. Lengua antiquísima que se conserva inalterable hasta nuestros días.

Nombre etimológico.-

Constituye, hasta el presente, un enigma el nombre que tuvo *Tiwanaku*, en los albores de su organización originaria y pensamos que seguirá siéndolo, mientras no se exhiba una prueba de verdadero valor científico que, ampliamente, confirme, lo aseverado. Prueba valedera que consideramos haberla encontrado y que la expondremos en su lugar.

La mayor parte de los historiadores de la Colonia, Cieza de León, Polo de Ondegardo, el P. Valera, Sarmiento de Gamboa, Garcilazo, Montesinos, etc., después de indagaciones, búsquedas y escudriñas en las fuentes de las tradiciones, mitos y narraciones acopiadas de los más autorizados sobrevivientes, nos legaron un crecido número de nombres, cada uno de los cuales era el legítimo para quien tuviera la suerte de haberlo hallado. De ahí proviene la diversidad de nominaciones que —con su propia ortografía— dieron a Tiwanaku, v. gr.: *Huiñaimarca*, *Huayñamarca*, *Taipicala*, *Chucara*, etc.

Chukiapumarka, según Polo de Ondegardo y otros, se llamaba también *Huiñaymarka*, ciudad madre.

Como antecedente ilustrativo presentamos la siguiente lista alfabética, de los diferentes nombres asignados a *Tiwanaku* por escritores antiguos y modernos, con sus respectivas significaciones:

Bravo, Carlos.	Inti Huahuan jake	Hombres hijos del sol.
Coba, Bernabé de	Taypicala.	Piedra de en medio.
Lizárraga, B. de	Taipicala	Piedra de en medio.
Cúneo Vida!, R.	Tia huáñuc	Muertos sentados.
Díaz Romero, B.....	Titihuahuanacu	Los hijos del jaguar.
Durán, Juan.	Tiy-huana-co	Viviendas subterráneas. .
Escobari, I.	Thia huaña jake	Hombres de la costa seca.
Falb, Rodolfo	Tia, ahua, yacu, ana ...	Agua y agua.
Garcilazo.	Tiy huanaco	Siéntate, guanacu.

Gutiérrez, J. R.	Thia huañaco	Borde o costa desecada
Kramer, Pedro.	Es nombre aimara	que debe buscarse.
López, V.F.	Tia huañuk	Luz moribunda.
Oliva, C.P.	Chucara	Casa del sol.
Paredes M., R.	Huina-marca	Que se engulló o llevó el pueblo.
Posnansky, A.	Huiñamarca	Ciudad eterna.
Salas B.,F.	Aymar-Apu	Capitana aimara.
Sanjinés, F. de M.	Huayna-marca	Ciudad nueva.
Taborga M., Monseñor.	Tiaihunabku	País sobre el agua de Dios omnipotente.
Villamil de Rada	Tihuanaca	Esto es de Dios.

Por nuestra parte juzgamos que *Tiahuanacu* o *Tiahuanaco* es de origen *aimara* y que proviene de: *Tiwanaku* (Aquí las piedras paradas) después de haber sufrido el cambio de una letra y los apócopos característicos del *aimara*:

Tiwana	la piedra parada o plantada.
Tiwananaka	las piedras paradas.
Tiwana-akan	aquí, la piedra parada.
Tiwana-naka-akan	aquí, las piedras paradas.

o, en traducción libre: ¡He aquí las piedras paradas!... Exclamación concordante con el grito jubiloso que lanzarían los descendientes de los emigrados *kolla-aimaras*, al arribar a la tierra de sus progenitores y encontrar las pilastras de su antigua Metrópoli, a la que hallaron totalmente destruída por las invasiones enemigas y por los cataclismos ocurridos miles de años atrás. Destrucción de la cual estaban enterados por las tradiciones, relatos y mitos transmitidos verbalmente por sus antepasados.

La anterior prueba toponímica se completa con otra arqueológica, que no admite discusión. Y, es el hecho —fácilmente comprobable— de existir varios lugares que llevan el mismo nombre de *Tiwanaku* y que —para mayor probanza— todos ellos tienen ruinas semejantes a las tiwanakotas del palacio de *Kalasa-saya* (piedras paradas, alineadas) y a las "*Kalasa-sayas*" o *tiwanas* de Keneto, situado en el valle del Virú, departamento Libertad, Perú, verbigracia:

Tiguanaku, situado entre Cohoni, Paica y el Illimani;
Tihuanaku, en las proximidades de Ouerqueta (F.C. Guaqui-La Paz);
Tiahuanaco, en la pampa del Tamarugal (Rep. del Perú);
Carumas-Tiahuanaco, en Ayaviri, Puno (Rep. del Perú).
Ejemplos auténticos que atestiguan y confirman nuestra aseveración.

División.-

La singular e irradiante trayectoria del Imperio de Tiwanaku, se halla estrechamente vinculada con la de *Chukiapu*. Comprende épocas y períodos separados por miles de años:

- 1).- *Época Primitiva* (abarca los *períodos pre y prototiwanaku*).
- 2).- *Época Evolutiva de Tiwanaku* o de la *transición*.
- 3).- *Época del Apogeo de Tiwanaku* o de su *gran apogeo*.
- 4).- *Época de la Decadencia de Tiwanaku* (con los períodos de los *Chullpas*, de la *Piedra Poligonal* y la de *Pirka*).
- 5).- *Época de la Dominación Incaica* (en la cual se originan las construcciones de adobe y de *tapias*).

El Período Pretiwanaku tuvo su principio con la alborada de los hombres primitivos, surgidos durante la *Epoca Glacial*. En consecuencia, sus manifestaciones de vida y de actividad eran completamente embrionarias e inherentes a las de los *troglobitas*, quienes moraban en las quebras o en las cuevas que el terreno les proporcionaba para su abrigo o protección. Al comienzo

de este período, llevaban una vida independiente y nómada, mas, a su finalización, llegaron a la *patriarcal y teocrática*. Su existencia se basa en los mitos y fábulas de la antigüedad, aún subsistentes en los relatos y tradiciones aimaras.

El Período Prototiwanku, se caracteriza por la transformación de los *aillus* o tribus en entidades político-religiosas, por lo embrionario de su cultura y de sus construcciones, hechas de material poco resistente (arenisco, calcáreo y asperón rojo o blanco), apropiado para ser trabajado con herramientas rudimentarias, como sílex y otras piedras duras. Sus edificaciones consisten en pequeñas viviendas cuadrangulares, de dimensiones muy reducidas, trabajadas sobre y debajo del suelo. Se encuentran completamente en ruinas o cubiertas por tierra de aluvión y sedimento. Dentro y en los alrededores de dichas obras se hallan algunas representaciones realistas de cabezas, bustos y figuras antropomórficas groseramente labradas en piedras de escasa consistencia, así como de animales, estilizados o realísticamente ejecutados. Algunos de estos ejemplares poseen —en una sola pieza— dos, cuatro y seis caras humanas cinceladas.

Entre éstas, existe una cabeza escultórica toscamente esculpida en piedra calcárea, de gran valor arqueológico entre las últimamente descubiertas, pues constituye un documento palpablemente probatorio de que los escultores de este período fueron los antepasados de los de la *Epoca del Apogeo*. Esto se descubre claramente al comparar las dos cabezas humanas reproducidas en las figuras ven las de los pumas, en las cuales se trasluce que la idea, la composición y el plasmado obedecen a los mismos principios. Lo cual evidencia que los escultores de ambas obras pertenecieron a una misma raza, aunque separada por milenios: *la aimara*.

Asimismo, se encuentran fragmentos de alfarería simple, con incisiones sencillas o coloreadas y hasta con pictografías de uno, dos y tres colores, sin esmalte alguno. También existen morteros, hachas, piedras boleadoras y arrojadizas, puntas de flecha y de dardo del tipo paleolítico.

Epoca Evolutiva de Tiwanaku. El comienzo de esta época se distingue por el progreso en la cultura social, política y religiosa, por el mejoramiento en el labrado de la piedra, por la mayor resistencia del material empleado en sus construcciones (rocas basálticas, cuarzosas, silíceas y areniscas, y el asperón rojo), que era llevado del *Kenachata*. Estas edificaciones son de dimensiones enormes y técnicamente ejecutadas, como los fundamentos del gran cerro artificial *Akapana* (cuya base tiene una superficie de 32.000 metros cuadrados), la ciclópea escalinata construída con bloques monolíticos de asperón rojo (que mide 8,20 m. de ancho), las pilastras y los cimientos del monumental Palacio de *Kalasangaya* (que mide 135 x 118 m.), el edificio subterráneo con incrustaciones de cabezas ornamentales y los bustos estatuarios del atrio de la iglesia de Tiwanaku, adonde fueron trasladados posteriormente.

Al final de esta época y en los comienzos de la siguiente, aparece el metal de extraordinaria dureza llamado *champi*, equivalente al bronce. El material lítico empleado en sus construcciones es de gran consistencia: roca traquítica, con chispas de obsidiana, procedente de la lava andesítica del volcán apagado *Kjappia*, situado en las inmediaciones de Yunguyo (Perú). Esta ciudad —en la Epoca Glacial— estuvo a orillas del Lago Sagrado pero, debido al descenso de las aguas, dejó de ser lacustre. Desde allí eran transportados los enormes bloques de traquita —en grandes embarcaciones— hasta los muelles de la Metrópoli Prehistórica, distantes 80 kms., donde se los labraba con las nuevas herramientas metálicas y las antiguas de piedra, empleándolos en estatuas y monumentos que nunca fueron terminados, aunque —por las causas que señalaremos luego— se continuaron en las siguientes épocas. En las obras, los bloques grandes estaban trabados con llaves de *champi* de forma de doble T o con cuñas.

La cerámica experimentó palpable desarrollo, especialmente en el modelado y la decoración. Su material plástico mejoró, asimismo, pero continuó poco homogéneo, áspero y con imperfecta cocción.

En los aillus de Chukiapumarka (*Kaikoni Llojeta, Pfutupfutu, etc.*) se han encontrado esqueletos, ídolos de piedra, fragmentos de cerámica, armas y utensilios absolutamente iguales a los de Tiwanaku, de la misma Época. Lo que prueba su coexistencia con éste.

Época del Apogeo de Tiwanaku. En esta esplendente época, la potestad, la cultura y la religión *aimaras* alcanzan su más excelsa culminación, comprendiendo *Chukiapumarka*, casi todo el territorio nacional del presente y gran parte de los países americanos. Su arquitectura, el inigualado bruñido de sus piedras, el esoterismo que fluye de sus ideografías cósmicas y mítico-religiosas confirman su primacía sobre las culturas orientales. Sus depuradas ciencias y artes emiten rayos de influencia que dejan indelebles huellas en las civilizaciones del Cuzco, Nazca, Pachacamak, Chimú, Mochica, Maya, etc., como lo patentizan los hieroglíficos de sus respectivas cerámicas, tejidos y objetos metálicos y de piedra, en los cuales se encuentran reproducidos símbolos y estilizaciones típicamente *aimaras*: el signo *escalonado* o *cordillera*, las representaciones humanas con cuatro dedos en las manos y tres en los pies, (propias del período del apogeo), los ideogramas totémicos del felino, cóndores, simios y ofidios, todos peculiares del Tiwanaku.

En su sistema estético, la estilización triunfa sobre el realismo. El metal vence a la piedra, como utensilio o herramienta. La orfebrería llega a la exquisitez. La magnificencia de la arquitectura y lo portentoso de las obras de ingeniería son las características de esta época. A este propósito, G.E. Squier "ponderando cuidadosamente" sus palabras, dice: "En ninguna otra parte del mundo he visto piedras cortadas con una precisión tan matemática y una habilidad tan admirable como en el Perú; y en todo el Perú, en ninguna otra parte las he encontrado comparables con las que se ven esparcidas en las llanuras de *Tiahuanacu*". Gustavo A. Otero expresa: "Los monumentos de *Tiahuanacu* en el arabesco de las piedras cinceladas, que son verdaderas obras de orfebrería, eternizan el misterio de sus mensajes al futuro". Sus más importantes monumentos son: la fascinante y reveladora *Portada Monolítica*, indebidamente llamada "Puerta del Sol", en la cual se descubre que expertos artífices esculpieron —en su parte superior delantera— ideografías simbolizantes de un *homenaje guerrero*, recordatorio de una gloriosa acción ("Nueva Teoría sobre la Famosa Puerta del Sol de Tiahuanacu", por el Cnl. F. D. de M.), y —en el friso de la inferior— *simbolismos astrológicos* semejantes a los de las grecas cinceladas en las portadas de *Tunka-Punku* (diez puertas), donde podemos admirar bloques que pesan 300.000 kilos, ¡para cuyo transporte y acomodo era necesaria la cooperación de cientos de brazos, de experimentados ingenieros y de complicados artefactos!... Y el ciclópeo palacio de *Kalabaya* —continuado en esta época— del cual hoy sólo quedan sus pilastras, entre cuyos intervalos se levantaban paredes de pequeñas piedras rectangulares, destinadas a sostener el piso superior y cuya entrada era por una gigantesca *escalinata* de más de ocho metros de ancho y las viviendas subterráneas —también cuadrangulares y pequeñas— trabajadas a escuadra y admirablemente pulidas y juntas.

El inesperado final de esta epopéyica era se produjo *súbitamente* como lo evidencia el hecho de haberse encontrado junto a varios edificios en construcción, bloques de piedras en filas superpuestas, completamente labradas y listas como para ser colocadas al día siguiente. Asimismo, esqueletos humanos y de animales mezclados, entre ídolos y piedras comenzadas a trabajar, mixturadas con fragmentos de cerámica y demás utensilios...

¿Cuál fue la causa que motivó esta catástrofe? Juzgamos que ella se debió —única y exclusivamente— al repentino desbordamiento de las aguas del Lago Sagrado sobre el valle y la metrópoli tiwanakota, como lo revela la existencia de una capa *caliza*, analizada por el Dr. Kis, por el Prof. Posnansky y por el Cnl. Diez de Medina, que se encuentra asentada sobre la escalinata de Kalasasaya y otras construcciones. Dicho desborde y su prolongada duración se evidencian con los numerosos hallazgos de moluscos, orestias, paludestrinas y otros. Así como con las huellas dejadas a lo largo del citado valle, que fue cubierto en toda su extensión, abarcando *Tambillo, Laja, Viacha* y las zonas intermedias, hasta llegar a las proximidades de El Alto de La Paz.

Lógicamente, dicha inundación motivó el éxodo de sus habitantes. Miles de años después, sus descendientes, anoticiados del solevantamiento de la cordillera Altiplánica, de la ruptura de las rocas entre Araca y el Illimani por el torrente de las aguas lacustres, que se precipitaron por los barrancos y valles del *Tiwanaku*, *Achokalla*, *Kgenkgo*, *Sapajake*, etc., así como por el consiguiente descenso del nivel del lago, regresaron a la metrópoli erigida por sus antepasados.

La cerámica alcanza el máximo de su desarrollo en la pureza de sus formas, la armonía de sus colores, y en su perfecto e incomparable bruñido.

Época de la Decadencia de Tiwanaku. Como resultado de la catastrófica inundación del período anterior, a la que se añadieron los fenómenos telúricos y atmosféricos y las invasiones de las hordas y tribus procedentes de diferentes países y razas, se produjo el decaimiento total de la cultura precedente, aunque se conservaron la religión, la lengua y la civilización anteriores. Ello demuestra que el dominio del invasor sólo fue transitorio. La cerámica retrogradó al primitivismo. Su forma, la distribución de sus policromías, el pulimento y los ideogramas fueron copiados defectuosamente de tiempos pasados.

Las construcciones degeneraron en las de la piedra poligonal y la de la *pirka*, cuyos vestigios aún quedan en algunos *ailus de Tiwanaku*, en las islas del Sol y de la Luna, en los *chullpares de Sillustani*, *Koana*. Lógica y paralelamente degeneraron las ciencias, las artes y las prácticas social-religiosas.

Esta época finaliza con las cruentas luchas sustentadas entre las diversas tribus de los *kollanas*, *pacajes*, *laricajes*, *machakas*, *puquinas*, *urus*, *pumakanchis*, *atacamas*, etc., comandadas por sus rencorosos *Apus* y *Mallkus*; *Makuri*, *Kari*, *Sapalla*, etc. De estas sangrientas refriegas resultaron unas victoriosas, otras dominadas y algunas exterminadas, como las de los *urus* y los *chipayas*. Finalmente, después de tenaz y porfiada resistencia, los *kolla-aimaras* fueron abatidos por los invasores *kechuas*, quienes llegaron a señorear en las vastas tierras conquistadas.

Época de la Dominación Incaica. En el transcurso de esta época de avasallamiento, el Imperio de los *Incas Orejones* logró afirmar su potestad. Pero sin conseguir imponer su idioma ni su religión adoradora del Sol. En cambio, influyó intensamente en el desarrollo de las ciencias, la instrucción, la agricultura y las artes en las que, si bien aventajaban a las decadentes aimaras no alcanzaban a competir con las del apogeo de Tiwanaku, dedicándose, más bien, a plagiarlas imperfectamente. De ahí que parte de su bella cerámica y sus primorosos tejidos estén copiados de aquella época, tanto en sus variadísimas formas como en sus ideografías y dibujos. Lo mismo se puede afirmar respecto a sus construcciones.

La alfarería *chukiapeña* sufrió igual detrimento e influencia. Los ceramios y fragmentos que se han encontrado en *Llojeta*, *Tembladerani*, *Kaikoni*, y *Chukiaguillo* y otros valles de *Chukiapumarka*, muestran dichos indicios de menoscabo.

Durante el gobierno del Incanato, *Tiwanakumarka* fue residencia transitoria de los monarcas *Incas*, donde se complacían admirando la grandeza de las ruinas, obra magna de sus ilustres antepasados. *Chukiapumarka* reclinada en el pintoresco y templado valle aurífero del Chokeyapu, celosamente custodiado por sus altivos atalayas —el majestuoso *Illimani*, el legendario *Mururata* y el arrogante *Wainapotosí*— era la residencia favorita de los emperadores *hijos del sol*. Maita Kápak fue el primer Inca que vivió en *Chukiapu*. Pachakuthek Inka, durante su larga permanencia en ella, se preocupó de reconstruirla y hacerla progresar. Incrementó la instrucción y la agronomía en sus fértiles valles.

Época Moderna. En tanto que los gobernantes *Incas* consolidaban su señorío sobre los pueblos antipápidos, llevando adelante sus dilatadas conquistas, arribaron las aguerridas milicias de Pizarro a abatir la dinastía de los *hijos del Sol*. El *vasallaje aimara* prosiguió bajo el mandato de

los conquistadores ibéricos. Pero más tarde, los indómitos patriotas alto-peruanos quebrantarían el yugo opresor. Y nacería la República.

Así, infausta y miserablemente, finalizó la gloriosa trayectoria del singular *Imperio de Tiwanaku* y el de sus tradicionales *winaimarkas*: *Tiwanaku* y *Chukiapu*.

Conclusión.-

Fatalmente, ni nombres ni pueblos pueden eludir las leyes que rigen la humanidad. Ya se trate de preponderantes imperios como de exiguos países. Las reglas inmutables que los rigen son inexorables. Bajo la férula de este imperativo universal, fenece el más grande y poderoso Imperio Prehistórico de las Américas. Empero jamás desaparecerían:

La cuna del hombre americano, como la llamó el conceptuoso arqueólogo Profesor Posnansky: *Tiwanaku*.

La lengua de Adán, así clasificado el idioma de los *kollas* por el eximio poligloto Villamil de Rada: *el Aimara*.

La Raza de Bronce, como la denominó el reputado historiador Arguedas: *la Kolla-Aimara*.

CAPITULO V

Nueva Teoría sobre la Famosa "Puerta del Sol" de Tiwanaku.

Simbolismo Guerrero de la gran Portada Monolítica Tiwanakota. Estilización de la Estólida, Dardos, Cabezas-Trofeo, Adornos de Cabeza, etc. en Tiwanaku.

Desde el remoto tiempo en el cual los conquistadores ibéricos desembarcaron sus aguerridas milicias en el continente americano, gran parte de sus historiadores se ocuparon también de la famosa metrópoli prehistórica de TIWANAKU y sus grandiosas ruinas; pero, así como ellos lo hicieron empíricamente o de oídas, los que les siguieron, hasta nuestros días —salvo muy honrosas excepciones— continuaron y continúan, infelizmente, ocupándose de asunto tan importante con igual rutina, pero eso sí con mayor vuelo de imaginación y de jactancia.

La mayor parte de éstos —nacionales y extranjeros— lo han hecho en forma categórica y concluyente, aunque sin utilizar base científica alguna que pudiera probar el valimiento de sus caprichosas e infundadas afirmaciones, sobre las milenarias ruinas tiwanakotas, su origen, edad, o las relativas al simbolismo de los relieves y grabados, esculpidos por manos de acabados artífices, en la tan conocida como infundadamente llamada *Puerta del Templo, del Sol, Santuario, Escritorio del Inca o Puerta del Sol* y de la cual nos ocuparemos en el presente trabajo.

Antes de hacerlo conceptuamos necesario reproducir las opiniones, hipótesis y teorías emitidas al respecto; mas, como éstas son tantas y tan diferentes sólo señalaremos las más originales, para luego refutarlas, basándonos en documentos y razones de indiscutible valía y dejando, en absoluto, de lado pasiones y prejuicios.

Reproducimos —*ad pédem líterae* y por orden alfabético— las siguientes:

Buck (Fritz), refiriéndose a la portada monolítica tiwanakota, afirma: "*En este admirable monumento, he podido encontrar, a base de mis descifraciones, los calendarios Tun y Haab, Luna Tzolkin, Marte y Venus, divididos en ciclos y grupos de períodos más o menos grandes y, en parte,*

desconocidos hasta la fecha" (1) que, las figuras laterales de la misma, "representan sacerdotes de las tres deidades principales, del tiempo del apogeo de Tiahuanacu, que eran el Sol, Venus y Marte" (2).

Díaz Romero (Belisario), considera que es un *mound-builder* (3), en el que está "representada una escena mítica-astronómica. El dios Sol empuñaría el doble cetro del calor y de la luz con que vivifica el mundo de su dominio; a sus costados corren hacia él los demás astros, sus subalternos o planetas, personificados bajo la figura de reyes alados presentándole el cetro único que revela el poder limitado, o la función única que desempeña cada cual en el sistema solar" (4).

D'Orbigny (Alcides), encuentra en su simbología: "alegorías religiosas del sol"... y un sentido político: pues también ve, en la figura central "un Curaca o Príncipe de Tiahuanacu" y en las laterales: "Jefes rindiéndole homenaje".

Falconi (Teófilo), ve simbolizado, en dicha portada, "el dios elevándose al cielo o descendiendo a la tierra"; que, "se halla clavado y encadenado": (5) y que, "Las hileras laterales son tres. La figura de la primera hilera, principiando por la más elevada, representa a Brahama y su esposa. La figura de la segunda hilera a Siva y su esposa"... y, "la última a Vishnú y su esposa" (6) ... que, "la cinta decorativa es netamente funeraria"... "cuyos primeros espacios ocupa el sitio Yama, dios de los muertos": ...el segundo "representa a Brahama"... que "En el tercer espacio simboliza a Maya"... "en el cuarto se tiene a Kama"... "en el quinto se ve el rayo y el relámpago": y, finalmente, que "en el sexto espacio se tiene la divinidad suprema, la trimurti": (7).

Gallo (Abelardo), cree que las anteriores figuras aladas, "como lo manifiestan las descripciones de las planchas, están arrodilladas, no cabe duda al respecto. En efecto aunque las figuras se apoyan evidentemente sobre una rodilla y para mejor conservar su posición; tienen su cetro delante del cuerpo, no faltan sin embargo motivos que hacen pensar que están en movimiento"... "La posición derecha del ala, la inclinación del cuerpo hacia adelante, y la dirección trasera de las franjas del manto, como si estuvieran empujadas por el viento en esta dirección, responden perfectamente a la idea del movimiento. En el museo de Berlín, hay vasijas peruanas—de la región de Trujillo o Chimbote— en que las figuras aladas están representadas en idéntico movimiento acelerado y aún corriendo" (8). Esta última opinión confirma la nuestra, respecto de la actitud de los personajes alados del monolítico tiwanakota.

Imbelloni (José), escribe: "El personaje central de la portada, después de estudios comparativos de Tello y otros, se nos presenta como una de las encarnaciones del tótem felino"... "una transformación de la figura zoomorfa en la humana" y como "un héroe epígono y compósito, resultante de largos procesos de modificación, substitución y compenetración" (9).

Mendoza (Jaime), refiriéndose al mismo monumento monolítico, encuentra que "Allí estaría, simplemente, el símbolo de un ciclo sociológico cumplido en la altiplanicie, hace milenios"... "Pero no obstante en el fondo, nosotros mismos alcanzamos a subir hasta el Sol" (10).

Pizarro y G. (Felipe), juzga que, es "la representación de Wari Willka, con los Mallkus (jefes) fundadores del Kollasuyo" y opina que "la puerta del Sol debe llamarse: Pacha Puncu (puerta del Cosmos) porque en ella está encarnado el espíritu de la tierra" (11).

Posnansky (Arturo), afirma que, "Sobre la parte anterior de ese monumento se halla grabada la idea más perfecta que pueda darse de un calendario de semanas decimales sobre la base de doce meses con cinco días innumerales y seis en los años bisiestos" (12), que "lo principal de la representación sobre la puerta consiste en una figura central con sus treinta trabanes (días) que significa para sus autores "Septiembre", mes de la Primavera y principio de año" (13).

Prada (Francisco G.), asevera: "Es un calendario lunisolar... que, contiene: Un día dividido en 16 horas... los meses en semanas de 3 días; los meses kiolos de 29 días y pleres de 30... Los

años ordinarios tienen 12 meses y 354 días; y los que llevan embolismo, 13 y 384... Existe un pequeño ciclo de 8 años... grandes ciclos de 38, de 76, de 608 y de 1.824 años" (14).

Pucher (Leo), dice que: "*La vida bajo la tierra, del... nefasto gusano, su metamorfosis de gusano en crisálida y mariposa, su prodigiosa multiplicación y su fatal acción destructora, como así también la forma en que su acción dañina era conjurada por los sacerdotes de Tihuanacu. Todo está representado en la Puerta del Sol, (15)... que, este monumento fue erigido para proteger la agricultura de las plagas dañinas entre las cuales aparece en primer término un gusano que aún existe en la región... y que, en la figura central, en el cetro de la mano derecha se representan los anillos del gusano y el cetro de la mano izquierda representa al gusano transformado en mariposa*" (16).

Wiener (Charles), que: "*en el dintel aparece en bajo-relieve el gran Dios Sol y series de figurillas que parecen aproximarse por la derecha e izquierda*" (17).

Ainsworth Means, Falb, Inwards, el Gral. Mitre y Tschudi piensan que: "*son gotas de lágrimas en las mejillas*". Por lo cual, el primero de éstos, califica —al que las lleva— de: "*Dios llorón*" y el segundo de: "*Sol doloroso*".

De Castelnau, el gral. Mitre, Müller, Squier y otros escritores reconocen en ella: "*la imagen del Sol y la de sus adoradores*". A quienes ven unos, "*con las piernas semidobladas*"; otros, "*arrodillados o humillados*"; Rivero y Tschudi: "*en posición de andar*" y, J.D. von Tschudi: "*marchando*".

Más adelante tendremos ocasión de referirnos a las opiniones valiosísimas de Cieza de León, Bernabé Cobo, Garcilazo de la Vega, etc., etc.

Reproducidos los anteriores conceptos, que ponen de manifiesto la enorme disparidad de criterios y de hipótesis existentes, pasemos a refutarlos, haciendo resaltar —paralelamente— la carencia de fundamento sólido y de base científica, en la mayoría de ellos.

Damos comienzo por la admirable portada monolítica de Tiwanaku, la cual juzgamos que —aún sin considerar otros documentos de mayor valía le bastará al lector observar con detenimiento, sentido común y sin prejuicios de ninguna índole, la estructura, los relieves y los grabados que la ornamentan, para llegar al convencimiento de que ésta no constituía un monumento erigido aisladamente, sino que formaba parte integrante del frontispicio de la muralla de un grandioso edificio.

En efecto, el estudio de las superficies de sus frentes laterales, lo da a conocer de manera inobjetable pues, éstas carecen de grabados y otros trabajos que pudieran dar a conocer su calidad de planos frontales lo que indica, que más bien, han sido labradas para ser adaptadas a otros bloques similares, los cuales —como éste— estaban provistos de rebajes y salientes para su ajuste matemático por medio de llaves, cuñas y argamasas especiales.

Comprueba también —de manera evidente— que ellos formaban parte complementaria de bloques adyacentes, el hecho de hallarse cercenadas las figuras simbólicas de personajes, animales y frisos diseñadas en sus extremos laterales: en un tercio la figura de la parte superior de su costado izquierdo y en nueve décimos la de su derecha.

El señor Fritz Buck piensa de igual manera; pero, su adaptación entre los bloques adyacentes no es la imaginada y representada por él, en la Fig. 56, Pág. 159. de su antes citada obra.

Por otra parte, lo relativamente reducido de sus proporciones, con relación a las monumentales de la grandiosa escalinata de acceso al palacio de Kalasasaya —dentro de cuyo recinto se encuentra— juzgamos que también hace ilógica la suposición de que fuera un monumento aislado (18), o correspondiente a ella.

El minucioso estudio de los grabados esculpidos, en alto y bajo relieve, en el pórtico tiwanakense, nos lleva al convencimiento de que en ellos *se halla simbolizada una idea definida y netamente guerrera*.

Pues, en primer término se destaca:

Un gran guerrero, el *Apu-Willka, Mallku-Willka-Siripaka* (19), *Willka-Lamiri, Werajocha* u otro jefe de alta jerarquía, al cual rinden pleito homenaje los *Apus* y *Mallkus del Llipitama* (Generales y Jefes del Ejército), presentándole sendas armas.

Basamos estas afirmaciones en los siguientes fundamentos:

A).- Armas: Estólica y flechas o dardos.-

Porque todas y cada una de esas figuras ideográficas han sido, motivadamente, esculpidas portando —en las manos— sendas armas de proyección: unas, la *estólica* (20); otras, los dardos o flechas (*michis*) y la del centro ambas, exteriorizando —de manera clara y manifiesta— su condición esencialmente guerrera.

La *estólica* es arma primitiva que sirve para lanzar flechas o dardos en una dirección y alcance determinados (21). Se la considera como arma de proyección anterior al arco y, por consiguiente, una de las más primitivas utilizadas por el hombre prehistórico como lo era el *atlatl* de los aztecas, las *tiraderas* o *propulsores* de los antiguos peruanos (Gran Chimú, Ancón, Nievería, Nazca, etc.), de Tiwanaku y la altipampa andina, y, de los actuales esquimales, de los indígenas ecuatorianos, colombianos (valle de Cauca), brasileños (hoyas del Purús y del Amazonas), parte de Australia, islas de Nueva Guinea, Caledonia, Almirantazgo, Fidji, Molucas, Sudán, Congo, Níger, etc.

Hay diferentes clases de ellas, siendo las más comunes las que tienen la forma de bastón, provistas de un *corchete*, *gancho* o *soporte* en la parte posterior y de un *agarrador* o *empuñadura en la anterior*, las de forma de tabletas o varas, parcialmente cilíndricas, que llevan un agujero en lugar del agarrador, para introducir un dedo, el cual reemplaza a éste y, su respectivo *corchete*, y otras de forma y dimensiones varias, con y sin agujero, con uno o dos *ganchos* o *corchetes*, etc.

La *estólica* alargando el brazo de palanca hace que la flecha alcance una mayor distancia. Los dardos se lanzan colocándolos paralelamente sobre el lomo de la misma, de manera que su parte trasera apoye contra el *corchete* y la anterior entre los dedos y el *agarrador*, ejecutando veloz y enérgico movimiento de atrás hacia adelante —por encima del hombro— o haciéndole describir rápidamente círculos sobre y alrededor de la cabeza, se arroja la flecha en dirección del objetivo elegido.

En los pueblos costeros del Perú antiguo la *estólica* era muy conocida. Se la estilizaba de muy diferentes maneras, como se puede apreciar en su tan artística como variada cerámica, igualmente, en sus primorosos y policromos tejidos de lana y de algodón, los cuales impresionan por la finura, arte y precisión con que han sido elaborados. Nazca, Gran Chimú, Palpa, Nievería, Pachacamac, Trujillo, Chimbote, Ica, etc., han enriquecido varios museos arqueológicos del mundo entero, con esta clase de objetos cuyos símbolos son neta mente guerreros, y los cuales constituyen —al mismo tiempo— otras pruebas confirmatorias de que el estilo artístico de esos remotos pueblos estaban marcada mente influidos por el de Tiwanaku.

En nuestra colección, ocupa lugar preferente un hermoso vaso sagrado, de bella factura y policromía, con patente influencia de la cultura tiwanakense. Fue encontrado en Nazca (22). Es una cerámica finísima que tiene hábilmente pintado, un personaje guerrero que lleva en la mano derecha cuatro dardos en fila y en la izquierda la *estólica* acompañada de otro dardo. En el centro

del turbante se halla estilizada una cabeza-trofeo. Ambas manos tienen sólo cuatro dedos y tres en los pies, como en Tiwanaku.

Tanto este significativo detalle como el de la pintura del rededor de los ojos, la forma de la estólíca y de la cabeza-trofeo establece haber sido inspirada su simbología por la clásica de Tiwanaku pues, el turbante de los monolitos que están situados a ambos lados del pórtico de la iglesia de Tiahuanaco y el de algunos de los encontrados en Pokoteampampa (23) son semejantes al vaso nazqueño; y como los cuatro y los tres dedos son propios de las representaciones antropomorfas del segundo período tiwanakota comprueban lo anteriormente afirmado.

El simbolismo guerrero de este vaso sagrado nazqueño es idéntico al del personaje central de la gran portada lítica tiwanakense.

Otro documento que fundamenta nuestros postulados, lo constituye un objeto preincaico, de gran valía etnográfica, existente en nuestro museo: una estólíca excavada en los cementerios —de hueso tallado— representa un busto antropomorfo con incrustaciones de piedras preciosas y conchas, taraceadas en las cavidades orbitarias, en los carrillos y en los rulos de la cabellera. Estas piedras y conchas están adheridas por medio de una substancia resinosa. El busto está incrustado y amarrado entre los 8 y los 3,5 cm. de la parte anterior de la estólíca, a la que se halla unido por medio de una pasta pegajosa, negruzca y resinosa, y fuertemente atada con una cuerdecilla finamente retorcida. El *corchete* está encajado en un rebaje, ad-hoc, practicado entre los 11 y los 22 mm. de la parte posterior, adherido a ella por medio de la misma substancia pegajosa y, firmemente atado con otra cuerdecilla. Es de bronce (*champi*)—semejante a los encontrados en Tiwanaku—.

Estos corchetes o ganchos son tiwanakotas, absolutamente iguales a los que llevan las estólícas peruanas, algunas pertenecientes al museo de San Francisco de California y al nuestro.

La bella y artística estilización del cóndor, esculpida por un científico artífice tiwanakense, es de basalto negro vetado con listas blanquecinas. Ha sido estudiada y reconocida como auténtica por los profesores Paul Rivet y Arturo Posnansky. El sabio Dr. Rivet, al comprobar la existencia de ligeras ranuras, que servían para unirla a la estólíca por medio de finas ligaduras, confirmó ser un *corchete* de una *estólíca tiwanakota*, agregando que era un ejemplar bello y rarísimo. El único —de esa calidad— que había tenido oportunidad de contemplar durante su larga vida de arqueólogo.

La forma y la estilización de este cóndor son técnicamente las mismas que las de las diferentes representaciones de esa ave de presa, dominadora absoluta de la altipampa andina, ya pictografiada en los ceramios o ya grabada en utensilios óseos, líticos o metálicos.

Este significativo y artístico objeto, constituye —por sí solo— un irrefutable documento comprobatorio de que: el personaje central de la llamada Puerta del Sol, es un *guerrero* que lleva en la mano derecha una *estólíca* provista de su respectivo *corchete*. Está constituido por un pequeño cóndor estilizado, como puede fácilmente reconocerse en las estólícas portadas, por la mayoría de los personajes guerreros y grabadas en el gigantesco monolito de la plaza del Estadio "La Paz" y en el portal del que nos venimos ocupando.

El delicado y simbólico grabado, diestramente burilado en la superficie de un porta substancias colorantes o aromáticas, de hueso, excavado en el mismo Tiwanaku es otra prueba más para nuestro aserto pues es la reproducción de la efigie central de la que nos venimos ocupando. Aquélla —como ésta— lleva armas de proyección siendo la de la mano izquierda una flecha doble o *bipartita* (bifurcación sobre la cual nos ocuparemos en seguida). Asimismo, lleva en el centro de los adornos, que rodean la cara de este personaje guerrero, una cabeza-trofeo, muy parecida a la que se encuentra en la parte superior y media de los de aquélla. Los ornamentos de la cabeza varían en el número y en la colocación de los discos y de las cabezas de cóndores y de pumas. Lo mismo sucede con los adornos o *tatuajes* grabados alrededor y bajo los ojos, pues, en

éste rematan en cabecitas de cóndores y no de pumas. También los discos colgantes del cuello son cuatro en lugar de cinco. Variantes que destruyen las hipótesis y cálculos basados en ellos.

Es infinito el número y la variedad de estilizaciones de las cabezas trofeo, comenzando de la más primitiva, tosca y rutinaria hasta la más artística y combinada. En la figura respectiva reproducimos algunas de éstas, de Tiwanaku y del Perú prehistórico. En las de éste se puede apreciar que sus diferentes estilos están profundamente influidos por el tiwanakota.

En la *Esfinge Indiana* —obra antes citada— se hallan reproducidos unos dibujos ideográficos (Figs. 53, 55, 56 y 57) tomados de vasos y de tejidos peruanos, por los conocidos autores Tello, Uhle y Joyce. En ellos se puede ver y apreciar con toda claridad la representación estilizada de la *estólica*, los *dardos*, las *cabezas-trofeo* y los *adornos radiales de cabeza*. En todas estas estilizaciones se transparenta la influencia del estilo y la cultura de Tiwanaku sobre la de los artifices peruanos que las ejecutaron.

Discrepamos de lo afirmado en *Esfinge Indiana* (respecto a la Fig. 53) porque lo que lleva en la mano el personaje enmascarado no es un cetro sino la *estólica*, provista de su correspondiente *corchete*. Lo mismo opinamos sobre la *Pintura de un vaso de Trujillo* de Joyce en la cual la representación humana — también enmascarada— tiene pictografiadas, en ambas manos *estólicas*, y no *bumerangs* (25), como lo confirman los *corchetes* o *ganchos* y la diferencia en sus dimensiones. Para verificarlo basta mirar la pintura respectiva reproducida de las publicadas en los libros de Beuchat y Lehmann y, las que son otras tantas pruebas fehacientes de que la cultura tiwanaka inspiró a los artistas de la costa peruana en la ejecución de esos ceramios.

Con respecto al motivo de la bifurcación de los dardos o flechas, y, como una respuesta al eminente arqueólogo Mr. Max Uhle —quien dice: "*La punta de la flecha es bipartita, no sé por qué*" (25) — expresaremos que hemos llegado al convencimiento de que dicha bifurcación se hacía para significar *pluralidad*, unas veces, o para demostrar que era *bi* o *tripartita* en otras. Por ejemplo: cuando el artista no tenía campo suficiente para pintar varias flechas las representaba con una sola bipartida u horquillada —como en la Puerta del Sol— o bien cuando la flecha era de dos o más puntas, con el fin de producir igual número de heridas (como lo hacían los aztecas, mayas, aimaras, keshwas y otros, y, como actualmente lo hacen, los salvajes de varias tribus existentes en las alejadas selvas del territorio nacional (bororós, tapietes, chulupis, etc.) así como los del Brasil, Perú, Colombia y otros países de éste y los demás continentes).

Pero, las *estólicas* no tenían por qué ni para qué ser en sí *bipartitas*, salvo, para ornamentar alguna de sus extremidades.

Finalmente, todos los anteriores documentos prueban que los objetos que tienen en las manos las figuras del bloque monolítico tiwanakense son armas de proyección: infundadamente llamadas, por unos u otros, como "*cetros calendarios*", "*cetros sacerdotales*": "*cetros que representan al gusano transformado en mariposa*": etc.

B).- Cabezas- Trofeo.-

Por encontrarse grabadas, en la gran portada monolítica, las clásicas *cabezas-trofeo* constituían el distintivo peculiar de los guerreros valientes y vigorosos a quienes proporcionaba tanto mayor respeto, prestigio y ascendiente cuanto mayor era el número de las cabezas-trofeo que llevaba sobre su valerosa personalidad.

De éstas, *dos* se hallan colgando de los codos del personaje principal, *seis* sobre el borde inferior de la *ira* o *kushma* (sayo o ponchillo con mangas y cinturón) (26), *una* en el centro del *llaytu* o *pillu* (adornos de cabeza) y *cuatro* suspendidas de los cabellos por las manos de los cuatro antropomorfos, dibujados en el friso de la misma portada.

En la ilustración referente a las cabezas-trofeo se pueden apreciar las diferentes estilizaciones de cabezas-trofeo: tiwanakota en primer término y, luego, del Perú prehistórico: Nazca, Gran Chimú, Cuzco, etc.

Otra de las ilustraciones presentadas nos muestra palpablemente, tres *cabezas-trofeo*, colgadas del cinturón del *dios Wira-Kocha*, según lo llama el Prof. Bahlis, y las cuales son, en un todo, similares a las seis del borde del *kushma* de la figura central de la famosa portada de que nos venimos ocupando. Podrá alguien discutir que son 3 *cabezas del nefasto gusano?* o *la cuenta de períodos lunares?*.. y no 3 cabecitas-trofeo, semejantes a las que lleva el personaje central del pórtico tiwanakota? ...

C).- Figuras laterales de la Portada.-

Los personajes representados en las figuras laterales —lógica y naturalmente— no pueden ser otra cosa que *guerreros* porque todos ellos están portando sendas armas: los de la primera fila de la derecha y los de la tercera de la izquierda, llevan *estólicas*; las de la primera de la izquierda y los de la segunda y tercera de la derecha, *dardos*.

El número de estos guerreros, *apus* (generales), *mallkus* (jefes) o *michisiris* (arqueros), *no es el de treinta o cuarenta y ocho* —como algunos erróneamente lo afirman— sino el de *cincuenta y uno, a la vista, de éstos treinta (15 a cada lado) están completamente concluidos en su diestra elaboración, no así los restantes que sólo han alcanzado a ser bosquejados, y de los cuales los tres últimos de la derecha están cercenados, mostrando únicamente 3 cm. de los 21 cm. que debería tener la figura completa, así como los tres últimos de la izquierda muestran sólo 18 cm. de los 21.*

Por consiguiente, las *cuarenta y ocho* figuras que dice Buck, ser en total y que, para él, "*expresan las cuarenta y ocho revoluciones calendarias de Marte, que corresponden a 104 años Tun*"... resultan completamente erradas... pues, el autor no ha tenido en cuenta las tres últimas figuras de la derecha, como tampoco las que —sin duda alguna— deberían tener esculpidos los bloques adyacentes. En consecuencia, resultan también erróneas y disminuídas las revoluciones calendarias de Marte... así como —paralelamente— los años Tun... Error y disminución que se incrementan en proporción directa al número de figuras aladas que quisieron representar los artifices tiwanakenses.

Todas las figuras laterales ostentan sendas *alas*, como signos característicos de la rapidez en los movimientos y del *don de ubicuidad*. Las figuras de las primeras y terceras filas son representaciones ideográficas de antropomorfos, las segundas de antropocóndores, mejor dicho, de seres humanos guerreros que llevan cubiertos sus rostros con *khamuñas* (máscaras) simulando cabezas de cóndores estilizadas.

Esa costumbre de cubrirse los rostros por medio de máscaras, a cual más impresionante, guerreros o rituales, era de uso común entre los pueblos prehistóricos de casi todo el mundo y aún, en muchos de la actualidad. Pero, como las que lleva la figura central y las laterales de la portada monolítica, están acompañadas de armas, portadas por los mismos que las llevan puestas, no cabe duda de que no son ceremoniales. Todo lo cual evidencia —máscaras y armas— que se trata de simbolografías de personajes guerreros y no de *sacerdotes, divinidades totémicas, dioses con sus esposas, adoradores, fracciones de tiempo, anillos del voraz gusano, etc.*, etc.

Por otra parte, esos mismos personajes míticos, no están arrodillados ni en actitud adoratriz, como algunos arqueólogos opinan sin haber estado —ni un solo instante— en el sitio donde están ubicadas estas singulares y maravillosas ruinas, o bien, que habiendo éstos, tal vez, permanecido largo tiempo en él, se han dejado sugestionar con las narraciones de leyendas y mitos completamente apócrifos.

Dichos personajes están representados en la característica actitud del desarrollo de un acto social, como muy fácilmente lo puede apreciar el lector si detiene la mirada en la figura correspondiente y se fija en que las rodillas no se hallan tocando tierra —ni siquiera una— sino en la típica actitud del autóctono cuando saluda o presenta sus respetos, así como también en los personajes alados, semejantes a los anteriores, en acción de rendir homenaje y presentar armas. Estas son las clásicas *estólicas*, cuyos extremos rematan en cabecitas de cóndores y de pescados y, que llevan, bien visibles sus respectivos *corchetes*, fielmente estilizados.

La actitud de adoración generalmente se caracteriza por la colocación de las dos rodillas en tierra, como gráficamente se puede apreciar en la fotografía de un *phichi* (alfiler) de plata —de nuestra colección— encontrado en el Cuzco, en cuya parte superior y media se destaca el Sol, de *champi* (28), matemáticamente carabaceado en la plata. En ambos costados se encuentran dos figuras antropomorfas en alto relieve —una mujer y un hombre desnudos—. Este es jorobado y está tocado con *lluchu* (gorro) y aquella cubierta con una larga toca, ambos de rodillas adorando al Sol. En la parte céntrica inferior se halla el sumo sacerdote, vestido y con las manos en el pecho. Estas tienen sólo cuatro dedos (29). Complementan el indiscutible documento —por el cual consta que los del Incario adoraban al Dios Inti— un *wari* (vicuña) situado a la izquierda, un *kututu* (conejo) a la derecha y dos *alpakas* (alpacas) macizas colgadas en los extremos. Mide 345 mm., el ancho de la parte semilunar es de 88 mm. y su peso de 115 gramos.

La hipótesis de que la portada monolítica representa un ideograma heliolátrico carece de base sólida y queda completamente destruida si tenemos presente que no existe o, por lo menos, que no se ha encontrado nada que sea absolutamente verídico respecto a la suposición de que los *kollas* (aimaras) adorasen al Sol, pues, ninguna de las construcciones líticas, grabados, artefactos o utensilios (de piedra, cerámica, hueso, tejido o metal), como tampoco ninguna de las tradiciones, mitos o recitaciones (cantadas o pronunciadas de viva voz), proporcionan dato alguno que evidencie tal suposición. No es así respecto de los *keshtwas*, sobre quienes existen pruebas superabundantes ratificadorias de su idolatría al dios Sol, como la que ha sido expuesta anteriormente.

D).- Adornos de Cabeza.-

Tanto en los pueblos primitivos como en los modernos existe una enorme cantidad de éstos: en nuestra colección arqueológica, poseemos gran número y variedad de reproducciones y de estilizaciones ejecutadas en cerámica, huesos y piedras preincaicas, de cuyo conjunto y estudio se desprende que, ellos o son emblemas de jerarquía, mando, bravura, sexo, o simples adornos para hermohear las cabezas sobre las cuales están colocados.

Para el objeto que nos proponemos y para no extendernos demasiado, sólo nos vamos a referir a los que se ven en las diferentes figuras reproducidas en el presente trabajo:

En la figura correspondiente a la copia de un fragmento de basalto negro —de inapreciable valor arqueológico— se halla hábilmente burilada una figura antropomorfa, absolutamente similar a la deidad guerrera o *jefe supremo de llipy— tama* (ejército) de la portada monolítica de Tiwanaku. Lleva, como ésta, armas y —lo que es aún más revelador— sobre la mano derecha una *cabeza-trofeo* estilizada, demostrando, con ésta y las armas, su indudable calidad de guerrero (30).

Esta figura antropomorfa se diferencia de la central del pórtico tiwanakota en los adornos radiales que circundan a ambas cabezas —los *llaytu* o *pillus* aimaras, similares al *llautu* de los *keshtwas*— y en que las cabezas-trofeo, representadas en la *ira* o *kushma* (sayo) de la figura central de aquella, han sido reemplazados en ésta, por cabezas estilizadas de cóndores.

No es arduo apreciar que el simbolismo guerrero debe ser el mismo que el del pórtico tiwanakota puesto que lleva iguales armas, máscaras y adornos de cabeza, en los que ni falta la

cabecita-trofeo central. Varía únicamente en el número de los discos radiales pues dos han sido reemplazados por cabecitas de cóndor, una a cada lado.

Lo mismo podemos decir con respecto a los personajes guerreros que llevan *khamuñas* (máscaras) adornadas al gusto y capricho de los artistas que las hicieron.

Como anteriormente hemos indicado que existe analogía entre el *llaytu*, *pillu* o *pfuyu-pillu* de los aimaras o kollas, con el *warachucho* o *llautu* de los keshwas, expondremos que estos adornos de cabeza, llevados por la deidad guerrera y los *mallkus* de la portada monolítica, como por sus homólogos de las culturas del Perú prehistórico, han sido estilizados bajo una técnica muy parecida y sugestiva en alto grado. Puede fácilmente apreciarse observando y haciendo, al mismo tiempo, comparaciones entre los ideogramas que se encuentran reproducidos en los ceramios tiwanakenses, con los de la nazqueña, mochica, de Pachakamac, Nievería, Ancón, Trujillo, Ica, Palpa, Majoro-chico, etc.

Juan de Betanzos, asimismo, encuentra que "los *mismos jefes en el Cuzco llevaban adornos como éstos*" y los cuales actualmente se ponen los aborígenes de la meseta andina para realizar sus danzas festivas o mítico-religiosas: provistos de *pfuyus*(plumas), *pankaras*(flores), *kispes* (espejos). etc.

E).- Fortificaciones.-

Del estudio de las tradiciones, mitos y leyendas se trasluce de modo patente que Tiwanaku fue un lugar de grandes luchas y de sangrientos combates guerreros. Ello también se evidencia por el hecho de existir numerosísimas obras fortificadorias, estratégicamente situadas y construidas con conocimiento de principios tácticos, dentro y fuera del recinto de la metrópoli milenaria de la altipampa andina.

Estas fortificaciones (*pukaras*), reductos y demás obras defensivas abarcaban radios de cientos y miles de kilómetros, aumentando en densidad cuanto más próximas se hallaban a la gran metrópoli aimara. Lo demuestra la existencia de las siguientes, aunque de muchas de ellas sólo nos quedan sus nombres o leves indicios de haber existido:

Akapana (aquí sea), *Wila-pukara* (fortaleza roja o de sangre), *Taipy-pukara* (fortaleza del medio), *Tambillo-pukara*, *Lukurmata*, (medida guardada), *Wakullani*, *Laja*, *Pukarani*, *Okomisto*, *Kalamarka*, *Kollokollo*, *Chilla*, *Kollana*, *Chuquiago*, *Tiquina*, *Karaburo*, *Ayoayo*, *Urmiri Hinoko-pukara*, *Warina*, *Italaque*, *Kaquiaviri los Pirapi* (*Hacha*, *Jiska* y *Taipy*), *los Phaasas* (31), *Kunturiri*, *los Sekhe*, *Monterani Hachapukara*, (*Kurawara de Karangas*), *Vilcanota* (*Willkan-uta*), etc. Estas cadenas fortificadorias continúan a través de otros departamentos Y naciones limítrofes.

Esta verdadera red de fortificaciones se extiende por los cuatro puntos cardinales; pero, a medida que se aleja de la metrópoli aimara, se transforma en cadenas radiales continuas, en las que alternan las fortalezas con los puntos de apoyo, recintos defensivos, de observación, etc. Si bien es cierto que este conjunto defensivo parece tener interrupciones, puntos y ángulos muertos —como en el frente de *Kollana-kota* (lago de los kollas)— no menos cierto es, que todos estos puntos están dominados y resguardados por las alturas de los sitios circunvecinos, ya desde las islas o penínsulas lacustres, ya desde las colinas o cerros descollantes de tierra firme.

Se comprueba que, en los puntos antes nombrados, se han realizado grandes y frecuentes combates, desde tiempos inmemoriales, por la existencia de innúmeras puntas de flecha y de dardo (*michi*), lanzas (*chuqui*), boleadoras (*liwi-liwi*), bolas líticas arrojadas (*kalakorawa*), etc. que aún en el día se encuentran en dichas *pukaras*, sus faldas y alrededores (muy especialmente en Tiwanaku, Pukarani (32), Koniri y Viacha).

La ciudad de Viacha es de gran importancia táctica y estratégica desde tiempos remotos. Juzgamos que su nombre deriva de *Wila* (sangre, rojo) y *hacha* (grande, abundante, mucho).

Significa "mucho sangre" o "lugar de sangrientos combates", como lo evidencia el *folklore* y las tradiciones aimaras, poniendo de relieve las sangrientas y numerosas batallas que en su accidentado terreno se desarrollaron, y como lo comprueba también, la enorme cantidad de puntas de flecha, dardo y lanza, boleadoras, discos arrojados, etc., que se encuentran en los contornos y declives de sus múltiples *pukaras*. Entre ellos sólo citaremos las siguientes:

WILAWILA-PATA (altura de sangre abundante).
TCHAKA-PATA (altura de huesos).
SANTAWARA WARAKAYU (pie de Santa Bárbara).
PUMASARA (por donde va el puma).
SEKECKUYU-PATA (altura de muros enfilados).
HACHA-WILA-PATA (altura de mucha sangre).
PALLINA (HACHA, TAIPY Y JISKA).
CHIRKAWA PAKAWA. etc., etc.

F).- Puntas de Flecha y de Lanza, proyectiles.-

Es realmente asombrosa la gran cantidad de puntas de flecha, de dardo y de lanza, así como la de piedras arrojadas —paleolíticas y neolíticas— que existían y aún existen en Tiwanaku y sus alrededores (34). A pesar de haber transcurrido varios cientos y algunos milenios de años de sus remotos tiempos y de no haber turista, arqueólogo o viajero que —al visitar esas grandiosas ruinas— no se hubiera llevado un par, una decena o más, de puntas de flecha tiwanakotas, se encuentran actualmente muchísimos ejemplares de ellas sobre la superficie de sus áridas tierras. Es inútil decir que, al hacer excavaciones, aparecen mayores cantidades de éstas, de piedras arrojadas y de toda clase de objetos bélicos.

En nuestra colección poseemos, entre hachas líticas y metálicas, proyectiles arrojados ojivales, esféricos y discoidales más de 2.300 ejemplares clasificados y catalogados, 1.850 aún no inventariados y cerca de 2.000 incompletos. Con un total que pasa de 6.000.

El material de las puntas de flecha es muy fino y variado: obsidiana (cristalina, blanca, castaña, vetada y negra); ágata, ópalo, pórfido, jaspe, sílex (colores varios), feldespato, diorita, malaquita, cuarcita (diferentes matices), plumbagina, cristal de roca, granito (id), etc. El de las hachas metálicas es el *champi* y el cobre. El de las líticas: sílex, gneis, cuarzo, pedernal, pizarra, caliza, granito (blanco, plomo, azul, colorado, moteado, basalto, feldespato, mármol, arenisca, arcillosa, etc.), Las mazas, cachiporras, boleadoras, bolas perdidas y demás objetos líticos son de estos mismos materiales y, pocos, de hematitas, plomo, meteoritos, y plomo con incrustaciones de champi, plata, oro y estaño.

Antes de finalizar este breve trabajo añadiremos que, como varias veces nos hemos referido a la cultura de Tiwanaku y como, al mismo tiempo hemos sido sorprendidos con las infundadas informaciones del señor J. Imbelloni respecto de ella, así como por los antojadizos conceptos emitidos en su voluminosa obra "*La Esfinge Indiana*"; no podemos dejar de referirnos a ellos, en defensa de aquélla. Desgraciadamente, la índole del presente trabajo y lo limitado del espacio —gentilmente brindado por el distinguido periodista, Dn. Arturo Otero, Director Propietario de "Última Hora"— no nos permite hacer una crítica extensa, la cual, por otra parte, sabemos que prepara el Profesor Ingeniero Dn. Arturo Posnansky (35). Por consiguiente, nos limitaremos a hacer notar que dicho autor está en un error, al pretender negar la existencia de la "*cultura tiahuanaca*" y que va contra la verdad y la ciencia, al afirmar que: "*ni objetos, ni ornatos, ni símbolos constituyen algo nuevo y original del altiplano*"... aceptando, a duras penas, la existencia de "*un estilo Tiahuanaco*"...

Cabe la posibilidad en la existencia de un *estilo* o de un *arte* sin la *cultura* que los haya producido? (36).

Aunque, en extensas páginas trata de explicar el por qué de sus apasionadas opiniones, relativas a *"las oscuras contradicciones de Tiahuanaco"*, no consigue otra cosa que la de hacer gala de su extraordinario eruditismo en casi todas las artes y ciencias antiguas y modernas.

Desde los primeros escritores del tiempo de la Colonia —como el Padre Molina, el Padre Acosta, Cieza de León, el Padre Bernabé Cobo, Polo de Ondegardo, Garcilazo de la Vega y otros— hasta los de nuestros días, con cuyos nombres se pueden llenar varias carillas, ninguno se ha permitido hacer tan infundadas, como apasionadas y contradictorias afirmaciones. Al contrario, cuando éstos se ocupan de las singulares ruinas de Tiwanaku, no encuentran palabras ni adjetivos para expresar aproximadamente su admiración por la *"grandeza"*: el *"arte"* y la *"maestría"* con que han sido ejecutadas esas *"incomparables"* construcciones y *"artísticas esculturas"*: de la *"más remota y sobresaliente cultura"*: la cual, —muchos de ellos— conceptúan ocupa el *"primer lugar"* entre las de los pueblos de lejanas y poco estudiadas épocas.

Hemos dicho *infundadas* afirmaciones, porque para no ser tales, éstas deberían basarse en el conocimiento y estudio del lugar donde se hallan ubicados los restos reveladores de esa admirable cultura o —por lo menos— haber visitado el autor los locales donde se encuentran reunidos y científicamente catalogados múltiples y variadísimos artefactos de la cultura y del arte tiwanakotas. Pero, lamentablemente como el señor Imbelloni no ha estado —ni por un solo instante— en el sitio de las ruinas, ni ha visitado el Museo Nacional "Tihuanaco", ni ninguno de los varios museos existentes en la metrópoli paceña (37), resultan sin fundamento básico y científico alguno sus aventuradas aseveraciones, las cuales, aunque se nos objetara que había recorrido todos los museos del mundo entero, quedarían siempre apócrifas, porque en esos museos apenas si existen muy contados ejemplares que pueden dar luz sobre la cultura prehistórica que floreció —hace milenios de años— en la tan conocida altipampa andina.

Llamamos la atención de dicho escritor sobre la conveniencia de no olvidar que, solamente el estudio detenido y analítico, en lo substancial y accidental, del conjunto de diferentes detalles principales y secundarios de los dibujos representados en varios ceramios, tejidos, etc., puede llegar a determinar el concepto que tuvo el artista al realizar alguno de éstos.

Hemos dicho que también ellas son *apasionadas y contradictorias*, porque su apasionamiento se exterioriza de modo manifiesto, cuando trata de alguno de los puntos relacionados con la antigüedad, el estilo, el arte y la cultura tiwanakense. Procediendo con tanta falta de rectitud y de probidad intelectual —cualidades inherentes a todo hombre de ciencia que se precie de tal— que olvidándose de haber negado la existencia de la cultura de Tiwanaku, exhibe en la carátula de *La Esfinge Indiana* —honrándola y como reclamo— la reproducción del fotograbado de la cabeza monolítica de uno de los más grandes y simbólicos monolitos tiwanakotas... a la cual —con la misma falta de probidad— la hace proceder del "Perú, Titicaca" (38)... siendo así que ella fue excavada a inmediaciones de las prehistóricas ruinas tiwanakenses (39).

Al defender la clásica cultura tiwanakota —sin apasionamiento alguno— defendemos también la tradición histórica, originada por la cultura sudamericana, sobre cuyos pueblos prehistóricos irradió la influencia y las luces del maravilloso TIWANAKU.

En recapitulación de lo expuesto, anotamos:

1°.- *La gran portada monolítica de Tiwanaku, no es un monumento aislado, sino parte integrante del grandioso edificio de Kalasasaya.*

2°.- *Ella tiene ideográficamente esculpida, en su frontispicio, una idea netamente guerrera: Jefes de alta jerarquía rinden pleito homenaje al Jefe Supremo del Ejército, en conmemoración de un hecho glorioso y decisivo para la Nación.*

Basamos lo antes expresado, en los documentos auténticos y fidedignos (40) mencionados en el presente trabajo, por medio de los cuales hemos demostrado:

a) Que, la figura central de la citada portada *simboliza un gran guerrero* por estar provisto de: armas (estólicas y flechas), cabezas-trofeo, corona de mando y máscara mítica.

b) Que, las figuras laterales representan a *Jefes de alta jerarquía* porque todos ellos llevan: armas de proyección (los de la primera fila de la derecha y los de la tercera de la izquierda, sendas estólicas; los de la primera y segunda de la izquierda, así como los de la segunda y tercera de la derecha, dardos o flechas); coronas de mando y alas; y, además, los de las segundas filas, máscaras totémicas.

NOTAS DEL CAPITULO V

- (1) y (2).- Fritz Buck *El calendario maya en la cultura de Tiahuanacu*, Págs. III y 100, respectivamente.
- (3) y (4).- Belisario Diaz Romero, "Ensayo de prehistoria americana", Páginas 73 y 75, respectivamente.
- (5), (6) y (7).- Teófilo Falconi, *Una inmigración indo-fenicia en el Tiahuanaco*, Págs. 7, 8 y 10, resp., tomo II de la Revista Arqueológica del Perú, 1924.
- (8).- Abelardo Gallo, *Las ruinas de Tiahuanaco*, Pág. 95.
- (9).- José Imbelloni, *La esfinge indiana*, Pág. 233.
- (10).- Jaime Mendoza, *El macizo boliviano*, Pág. 57. La Paz, 1935.
- (11).- Felipe Pizarro y G., "Leyendas Kollas", en "El Diario" (La Paz), julio de 1932.
- (12) y (13).- Arturo Posnansky, "El calendario de Tiahuanacu y su adaptación para el hombre de la cultura actual", "La Nación" (Buenos Aires), 2-IV- 33.
- (14).- Francisco G. Prada, *Calendario de Tiahuanacu Calasasaya*.- Boletín de la Sociedad de Geografía e Historia "Cochabamba", septiembre de 1930. Páginas 119 y 120.
- (15) y (16).- "Una nueva interpretación de los bajos relieves de la Puerta del Sol de Tiahuanacu", conferencia leída en la Universidad de La Paz, 1939.
- (17).- Charles Wiener, *Perou et Bolivie*, Pág. 428. (18).- El vano de la portada mide: 0,794 m. de ancho en su frente y 0,82 m. en su espalda; 1,78 m. su altura frontal y 1,82 su posterior. La *escalinata* mide 8,20 m. y su plataforma, 8,25. Sus gradas son seis, de más o menos 35 cm. de altura cada una. Los pilares que la limitan tienen una altura media de 3,50 m. Todas estas dimensiones coinciden, casi matemáticamente, con las tomadas por el estudioso y entusiasta Inspector de las Ruinas de Tiwanaku, Sr. Dn. Max Portugal, pero varían en varios centímetros y decímetros con las del Gral. Mitre, Squier y otros.
- (19).- *Siry Pakha*, según el distinguido aimarólogo Felipe Pizarro, significa "el hombre que dice la verdad o sea la luz de la verdad": quien dio a su pueblo oriundo de Khollasuyo humas huyu, aimara, "una Wipfala —bandera— de forma ajedrezada de distintos colores representando los distintos Ayllus, que constituía el Khollasuyu; con un blasón en el centro en forma de cruz swástica... y ordenó la expedición de dos poderosos llipytamas (ejércitos) al mando de sus más hábiles Mallkus"...
- (20).- El Dr. Max Uhle, en *La estólita en el Perú*, Pág. 123 de la Revista Histórica de Lima, 1907, dice: "Estando probado que el uso de la estólita era común en el periodo y en la civilización de tiahuanaco, el arma que en la mano derecha tiene la figura principal de la gran portada de Tiahuanaco, fácilmente podría explicarse como una estólita. El pájaro sentado en el cabo superior del bastón, podría ser considerado como la indicación del gancho posterior del instrumento".
- (21).- El conocido Profesor, Ingeniero Dn. Arturo Posnansky, en *Leyendas prehistóricas sobre dos kerus*, Tucumán, 1931, escribe: "... *arraea con un arma que puede ser honda o estólita*" (6) y define en esta nota (6): "*Estólita, una arma en forma de madera bipartita en la parte superior, con la cual se arrojaba la flecha*": y *En un detalle muy importante en la Prehistoria Americana*, La Paz, 1932, dice: "*Estólita es un arma para el lanzamiento de flechas; un pequeño catapulto de mano, en forma de bastón, de extremo bipartito*"...Pero, honda, estólita y catapulta de mano son armas tan parecidas como el arcabuz, la ametralladora y el tanque...
- (22).- *Nazca*, se halla situada en el litoral peruano (desde el Norte de Pacasmayo hasta Isca y Santa, al Sud).
- (23).- *Pokotea-pampa*, esta ubicada a 3 km. al Norte de Kalasasaya de Tiwanacu; donde ha hecho excavaciones interesantes y prolíficas el ya citado señor Max Portugal.
- (24).- *Chonta*, planta, madera muy fuerte y fibrosa, de la familia de las monocotiledóneas.
- (25).- *Bumerang*, tableta de madera resistente, de forma angular, empleada como arma arrojada por los autóctonos de Australia y la cual vuelve a la mano del que la arroja con habilidad.
- (25).- Max Uhle, "La estólita en el Perú", Nota (1) de la Pág. 123.
- (26).- El señor Leo Pucher, cree ver en estos grabados: "6 cabezas de gusanos y en la continuación de las cabezas una sección del cuerpo, con sus tres zonas; y no es difícil advertir que *las 6 cabezas son tres parejas, compuestas cada una de macho y hembra*"... No da el por qué de esta afirmación, ni la hemos podido encontrar.
- (27).- *Khena*, especie de flauta de hueso hecha de *pikuru* (tibia humana).
- (28).- *Champi*, aleación de cobre y estaño, a la cual muchas veces se le agrega oro, plata u otros metales —en pequeñas proporciones— y cuya característica de dureza, aun no ha sido científicamente explicada.
- (29).- En próximo artículo nos ocuparemos del por qué los pueblos prehistóricos de Bolivia y el Perú, representaban las figuras antropomorfas con cuatro dedos en las manos y tres en los pies y raras veces con más o menos.
- (30).- Dicho fragmento pétreo lo hemos reproducido en su tamaño natural: mide 74 milímetros de largo por 51 de ancho y 19 de espesor.

- (31).- El distinguido General Blanco Galindo, en *Fortificaciones prehistóricas del altiplano boliviano*, Río de Janeiro, 1930, dice: "A 11 kms. de Achiri de la Prov. Pacajes, se hallan los cerros Pirapi; el gran Pirapi cuya altura es de 4.245 m. sobre el nivel del mar y unos 565 sobre el de su base y el pequeño Pirapi de 4.170. El gran Pirapi, está constituido por un cono truncado coronado por una extensa meseta de 2.150 m. de largo, 100 de ancho. La meseta se halla en parte cortada verticalmente por erosiones naturales del terreno y en otras artificialmente para los fines de su defensa", y en la Pág. 188: "Al S. ya 20 Km. del Gran Pirapi, separado por una extensa planicie, se halla el grupo importante, de las fortificaciones, los Phaasas, cerros semejantes al Pirapi"... "En el Hacha Phaasa y en el Siqui, existen galerías subterráneas"...
- (32).- Fray Antonio de Calancha, en *Corónica moralizada*, Vol. I. Lib. IV, Cap. XII, Pág. 865, dice: "El lugar y asiento que hoy se llama Pucarani donde está la Imagen de la soberana Reyna de los Ángeles se llamó en su antigüedad, i en los tiempos de sus reyes Ingas Quescamarca, que quiere decir: asiento y lugar de pedernales porque son muchos los que allí se crían". El sabio arqueólogo americano A. Bandelier, agrega: "and thus called from the abundance of flint and obsidian fragments (including arrow heads) found there". Pág. 14r Ruins at Tiahuanaco.
- (33).- En "Restos arqueológicos de una lucha milenaria", "La Nación", 14-1-1934, el Prof. Posnansky, escribe: "A pocas leguas de La Paz, Bolivia, se halla Collana la antigua capital de los collas, que fue en su época una formidable e inexpugnable fortaleza"...
- (34).- El gral. Blanco Galindo, en su interesante *Historia Militar de Bolivia*, anota, en la Pág. 8: "tanto en Tihuanacu como en dichas terrazas, se hallan restos abundantes de puntas de flecha, talladas en piedras de diferentes dimensiones, principalmente de obsidiana, cuarcita, sílex, etc., existen hachas, lihúis, puntas de lanza y piedras arrojadas que denotan, por su gran número el carácter guerrero de sus poblaciones".
- (35).- Llevará el título de: *Así habla la Esfinge Indiana*.
- (36).- J. Torres García, renombrado Profesor uruguayo, en *Metafísica de la prehistoria indoamericana* asienta "Habitaron los aymaráes la región del lago Titicaca, y tal raza, una de las más antiguas, ya había fundado otro imperio o centro de cultura: Tiahuanacu". Pág. 8; y en la 21 escribe: "Sea que, unos seres humanos, hayan caído del cielo, hayan salido de las hendiduras de las rocas, o, escapados de cualquier sitio se hayan encontrado formando colonia en cualquier tierra deshabitada; dado esto, al agruparse y atender a sus necesidades, al formar pueblo (y solamente en este caso) es cuando comienza ¡ una cultura".
- Tomás O'Connor d' Arlach, en *Tiahuanacu*, Pág. 720 del Boletín de la Oficina Nacional de Estadística, La Paz -1911, demuestra que: "La cultura del Perú, México y Centro América fue la cultura aymara, que irradió de Tiahuanacu y allí tuvo su origen".
- (37).- Como los pertenecientes a Rada, Posnansky, Buck, Sánchez Bustamante de Urioste, Diez de Medina, San Calixto, La Salle, Prudencio, Peña v. de Iturralde, Don Bosco, P. P. Redentoristas, etc.
- (38).- J. Imbelloni, *La Esfinge Indiana*, Lám. IX, Fig. y leyenda 7.
- (39).- Fue encontrada en Kollokollo, inmediaciones de Tiwanaku, traída a La Paz en 1842 y, después de varios cambios en su ubicación, se halla en la plaza del Stadium "La Paz". Rivero y Tschudi, en *Antigüedades Peruanas*, refiriéndose a ello, dice que fue durante la Presidencia del Gral. Ballivián, siendo Prefecto de La Paz el señor D.M. Guerra.
- (40).- Los cuales los ponemos a disposición de las personas interesadas en consultarlos; Av. "6 de Agosto" 510; Tel. Aut. 3760.

CAPITULO VI

Simbolismo de las Cabezas Trofeo, Interpretación Arqueológica.

(Parte de la tesis para la "Academia Boliviana de la Historia").

En uno de nuestros anteriores trabajos hicimos referencia a las "cabezas trofeo" estilizadas diferentemente en la grandiosa portada monolítica de Tiwanaku; asentando que éstas fundamentaban uno de los elementos probatorios de que los grabados —diestra y artísticamente burilados por hábiles artífices— eran representaciones simbólicas, neta mente guerreras; que, ellas constituían el distintivo característico de los hombres de guerra valerosos y que, cuanto mayor era el número de las que portaban sobre sus denodados cuerpos, tanto más grande era el respeto, prestigio y ascendiente conquistado ante sus colaboradores, sus subordinados y sus adversarios.

Para la consecución del propósito que nos hemos propuesto realizar en el presente trabajo —extractado de nuestra obra en preparación: *Arte y Cultura de Tiwanaku y el Perú Prehistórico*— juzgamos necesario hacer una somera exposición, ya que no la podemos hacer detallada por la índole del mismo, sobre las deformaciones artificiales, tatuaje y mutilaciones del cuerpo humano, entre las cuales, figuran en primer término: *las cabezas y los cráneos-trofeo*.

Son múltiples, y variadísimas y —a veces— hasta contradictorias las opiniones de los hombres de ciencia y aficionados que se han ocupado de tan substancial tópico, con el laudable propósito de desenmarañar algo de nuestro pasado prehistórico, en el cual están involucrados —sin duda alguna— el arte, la cultura y la ética de los primeros pobladores del mundo terráqueo y

en cuyos diferentes continentes existían y aún existen en la actualidad, muchos seres humanos portadores de mutilaciones, tatuaje y deformaciones, practicadas artificial y premeditadamente en distintas partes de sus cuerpos.

Pero, cuyo origen y finalidades no han sido determinadas, hasta nuestros días, con la precisión que muchos desearían y la cual —suponemos— nunca se llegará a obtener pues, lo que en algunos estados, pueblos, tribus o aillus se lo hacía o hace por razones de mimetismo, calología, ornato, jerarquía y vanagloria, en otros se lo realiza por razones de supercherías, ejercicio de prácticas rituales, sanguinarias o de venganza, por adueñarse de las cualidades y fuerzas mágicas del enemigo muerto o por vituperarlo, y también para aterrorizar, humillar y vilipendiar al adversario vivo.

Casi todas estas prácticas y costumbres bárbaras —transmitidas desde tiempos inmemoriales— han desaparecido parcialmente, conservándose todavía algunas que las ejecutan, hasta nuestros días, los salvajes de algunos continentes. Y, aún personas civilizadas!... a quienes vemos llevar perforados los lóbulos de las orejas, depiladas las cejas, pintados los labios, comprimidas las cinturas, adornadas con collares y brazaletes de cuentas vidriosas, y los rostros hermoseados por medio de afeites, coloretos, ungüentos, polvos y demás!...

Asunto tan importante como dilucidado ha merecido el estudio —más o menos verídico, apasionado o fantástico— de los primeros historiadores (Hipócrates, Platón, Aristóteles, Astrabón y otros) como de los del tiempo de la Colonia (P. Varela, P. Guevara, Garcilazo, Gomara, Cieza de León, Montecinos, Arriaga, etc.) y de los tiempos modernos (Prescott, Hower, Spencer, Rivero y Tschudi, Silva Guimaes, Max Ulhe, Lehmann, Nietzsche, Moreno, Simoes da Silva, Amoretti, Hrdlicka, Tello, Hnos. Wagner, Vignati, Imbelloni, Dembo, Karsten, etc.). Todos ellos han sentado principios y conclusiones de distinta índole y trascendencia, legándonos un bagaje científico de inapreciable valor para la Arqueología, Etnología, Antropología y demás ciencias conexas, así como para la verificación de futuros estudios, destinados a recorrer el tupido cortinaje que envuelve nuestro pasado prehistórico.

De tan valiosa contribución, unida a la de nuestros escritores nacionales: Villa mil de Rada, Oral Romero, Paredes, Posnansky, Urquidi, Maravini, Nino, etc. y de los documentos plásticos existentes en el Museo Nacional y en el nuestro particular, hemos compuesto la exposición descriptiva, substanciada en el siguiente gráfico:

Por el anterior cuadro reseñado, se puede ver que todos los elementos constitutivos del cuerpo humano han sido utilizados como: trofeos de guerra, símbolos de valor, jerarquía y mando o como medios religiosos, medicinales, de superstición, odio, revancha u oprobio o, finalmente, empleados con fines utilitarios, estéticos o de ornamentación. Pero, de todos los cuales, solamente nos ocuparemos de las *cabezas-trofeo* y de los *cráneos-trofeo*, por la razón indicada al principio del presente trabajo.

Como en la tan renombrada y admirada portada monolítica tiwanakota, pueden estar simbolizados tanto las *cabezas-trofeo* cuanto los *cráneos-trofeo* (1), vamos a ocuparnos de ambos trofeos bélicos, en general y forma abreviada, acompañándolos de ilustraciones. Para luego, finalizar con la plasmadas en la mencionada portada.

La diferencia primordial entre las *cabezas* y los *cráneos-trofeo* estriba en que aquéllas han sido preparadas previamente —desosadas y descarnadas por el procedimiento "Jíbaro"— y éstas utilizadas con sus huesos y partes carnosas, por los métodos "*Mundurucú*", "*Nazca*", "*Humahuaca*", etc. Entre ellas se diferencian en que unas llevan perforación y otras no, para el paso de las cuerdas que las sostienen en el cuerpo del vencedor o en sus arreos guerreros.

CUADRO DE DEFORMACIONES ARTIFICIALES DEL CUERPO HUMANO

ABLACION, COLORACION, DEFORMACION, MUTILACIONES, TATUAJE, PERFORACIONES, ETC.				
ORGANO	TECNICA OPERATORIA	CLASIFICACION	FINALIDAD	LUGAR - RAZA - TRIBU
CABEZA	<ul style="list-style-type: none"> - Ablación; huesos, partes blandas; Reducción. - Perforación o no de la calavera; con o sin extracción de las partes blandas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cabeza-trofeo o "tsantsa", reducida: 1-4 ó 1-5. - Cráneo-trofeo, esté o no provisto de carne. 	<ul style="list-style-type: none"> - Trofeo guerrero; Fetiche; Ritua; Jerarquía; Poder, Fuerza Mágica; Venganza; Vituperio; Símbolo de: Bravura, Victoria, Mando, Emblema religioso con atributo divino, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cuenca del Maraón; Jíbaros, Canelos; <i>Tiwanaku</i>; <i>Nasca</i>, (1); - Hoya amazónica: Mundurucú, Botocudos; <i>Khollas</i>, <i>Nasca</i>, <i>Chimú</i>, <i>Mochicas</i>, <i>Humahuacas</i>, <i>Parintintín</i>; Chaco; Chiriguano. Tobas, Matacos; N. América, etc.
CRANEO	<ul style="list-style-type: none"> - Deformación artificial e intencional. - Con Perforación o sin ella. - Trepanación 	<ul style="list-style-type: none"> - Circular; Tabular recta; ídem oblicua - Con y sin arreglo previo. - Circular, cuadrada, poligonal, ovóidea. 	<ul style="list-style-type: none"> - Marca tribal, Rito, Embellecimiento, Costumbre. - Signo de victoria y Poder. - Atrofia o aumento de cualidades y de potencias, fetiche, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> - Unos, <i>Aimaras</i>, <i>Urus</i>, <i>Puquinas</i>, <i>Kheshwas</i>, <i>Mongoles</i>, <i>Guaranis</i>, <i>Matacos</i>, <i>Chorotis</i>, <i>Humahuacas</i>, <i>Amarillos</i>, <i>Amazonia</i>; <i>Canadá</i>, <i>Mayas</i>, <i>Aztecas</i>; <i>Maoris</i>; <i>Tahiti</i>; <i>Antillas</i>, <i>Abisinia</i>, <i>Oceania</i>, <i>Europa</i>, <i>Asia</i>, etc.
CUELLO	<ul style="list-style-type: none"> - Alargamiento. - Tatuaje. 	<ul style="list-style-type: none"> - Con anillos. - Coloreado o no. 	<ul style="list-style-type: none"> - Estética; Racial; Rito; Orgullo; Embellecimiento. 	<ul style="list-style-type: none"> - Africa; Birmania; Indochina; Melanesia; <i>Massa</i>; <i>Nueva Guinea</i>, <i>Nueva Zelanda</i>, etc.
DIENTES	<ul style="list-style-type: none"> - Prótesis, Extracción. - Corte y Fractura. - Incrustación. - Perforación; Limadura. - Coloración. 	<ul style="list-style-type: none"> - Horizontal; Oblicua y curva. - Recta; Curva. - Circular y Rectangular. 	<ul style="list-style-type: none"> - Embellecimiento; Adorno. - Ostentación de valor y de triunfo; Racial. - Uso como Amuletos; Fetiches y Medicinales. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Grecia</i>; <i>Roma</i>; <i>Egipto</i>; <i>México</i>; <i>Perú</i>; <i>Aimaras</i>; <i>Keshwas</i>; <i>Guatemala</i>; <i>Jíbaros</i>; <i>Mundurucú</i>; <i>Jujuy</i>, <i>Chorotis</i>; <i>Chulupis</i>; <i>Tobas</i>; <i>Borneo</i>; <i>Congo</i>; <i>Okanda</i>; <i>Tupis</i>; <i>Charrúas</i>, <i>Africa</i>, <i>Australia</i>.
EXTREMIDADES	<ul style="list-style-type: none"> - Mutilaciones intencionales. - Cicatrizaciones. - Coloración; Tatuaje. 	<ul style="list-style-type: none"> - Falanges; Dedos; Manos; Pies; Brazos y Piernas. - Atrofia del pie. 	<ul style="list-style-type: none"> - Punitivo; Venganza; Vilipendio. - Ornamentación; Religioso. - Distintivo; Estética. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Aimaras</i>; <i>Keshwas</i>; <i>Mochicas</i>; <i>Charrúas</i>; <i>Mexicanos</i>; <i>Nicaragua</i>; <i>Amazonia</i>; <i>Chaqueños</i>; <i>Ainos</i>; <i>Chinos</i>; <i>Mongoles</i>; <i>Tártaros</i>, <i>Indochina</i>, etc.
HUESOS	<ul style="list-style-type: none"> - Perforación. - Grabado. - Aguzamiento. - Incisiones. 	<ul style="list-style-type: none"> - Lateral y Longitudinal. - Total o parcialmente. 	<ul style="list-style-type: none"> - Utilitario; Fabricación de aparatos musicales; - Armas; Collares; Amuletos y Fetiches. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Aimaras</i>; <i>Keshwas</i>; <i>Mochicas</i>; <i>Amazonicos</i>; <i>Jíbaros</i>; <i>Norteamericanos</i>; <i>Mexicanos</i>; <i>Tobas</i>; <i>Matacos</i>; <i>Chiriguano</i>; <i>Chorotis</i>, <i>Chulupis</i>, etc.

LABIOS	<ul style="list-style-type: none"> - Perforación. - Alargamiento. - Ensanchamiento. - Mutilación. 	<ul style="list-style-type: none"> - Labio superior, inferior o en ambos a la vez. - Total; Parcial. 	<ul style="list-style-type: none"> - Racial; Estética; Engastes de adornos: discos, tubos, plumas o colgandijos. - Punitiva; Terapéutica. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Aztecas</i>; <i>Khollas</i>; <i>Keshwas</i>; <i>Chimú</i>; <i>Mochicas</i>; <i>Botocudos</i>; <i>Jíbaros</i>; <i>Tupis</i>; <i>Tobas</i>; <i>Bororos</i>; <i>Chulupis</i>, etc. - <i>Dagari</i>; <i>Lobi</i>, <i>Puguli</i>; <i>Maoris</i>.
NARIZ	<ul style="list-style-type: none"> - Perforación. - Achatamiento. - Tatuaje; Cicatrices. 	<ul style="list-style-type: none"> - Alas perforadas. - Tabique perforado. - Ensanchamiento de la base. - Con y sin colores. 	<ul style="list-style-type: none"> - Encaje y colocación de los adornos y de pendientes. - Racial; Costumbre; Signo. - Embellecimiento, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Aimaras</i>; <i>Mochicas</i>; <i>Perú</i>; <i>Ecuador</i>; <i>Brasil</i>; <i>Argentina</i>; <i>Paraguay</i>; <i>Chaco</i>; <i>Beni</i>; <i>Tombuctú</i>; <i>Aleutias</i>; <i>N. Gales</i>; <i>Congo</i>; <i>Malayos</i>; <i>Maoris</i>.
OJOS	<ul style="list-style-type: none"> - Extracción. - Punción. 	<ul style="list-style-type: none"> - Con y sin nervios. - De uno o ambos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Trofeo de Guerra; Símbolo. - Castigo; Odio; Venganza. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Mundurucú</i>; <i>Tapajos</i>; <i>Tupis</i>, etc. - <i>Chaco</i>; <i>Argentina</i>, <i>Bolivia</i>, <i>Paraguay</i>.
OREJA	<ul style="list-style-type: none"> - Deseccación. - Perforación. - Mutilación. - Alargamiento. 	<ul style="list-style-type: none"> - Al sol o con unguentos. - Lobular; Bordes. - Arranque; Corte de una o ambas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Trofeo guerrero; amuleto; Ceremonial; Recuerdo. - Embellecimiento; Aderezo; Marca tribal, etc. - Punitivo; Odio; Vituperio. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Chaqueños</i>; <i>Colombianos</i>; <i>Jíbaros Americanos</i>; <i>Botocudos</i>; <i>Canadá</i>. - <i>Chimú</i>; <i>Tiwanaku</i>; <i>I. de Pascua</i>. <i>Amazonia</i>; <i>Maranhao</i>; <i>Pilcomayo</i>, etc. - <i>Congo</i>; <i>Málaca</i>; <i>Marquesas</i>.
PELO	<ul style="list-style-type: none"> - Depilación. - Arranque. - Tinturado. 	<ul style="list-style-type: none"> - Con y sin cuero cabelludo; Tinte y coloración. 	<ul style="list-style-type: none"> - Trofeo; Utilitario; Uso. - Estética; Costumbre tribal. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Gran Chaco</i>; <i>Chorotis</i>; <i>Guaranis</i>; <i>Tobas</i>; <i>Matahuayos</i>; <i>Caduveos</i>; <i>Zulú</i>; <i>Fidji</i>, etc.
PUDENDAS	<ul style="list-style-type: none"> - Castración. - Circuncisión. - Hipospadía. - Escisión. - Infibulación. - Mutilación. 	<ul style="list-style-type: none"> - De uno o ambos. - Del prepucio. - Perforación uretral. - Del clítoris. - Con anillos. - Parcial; Total. 	<ul style="list-style-type: none"> - Punitiva; Religiosa; Rito. - Costumbre; Ritual; Higiene. - Ceremonial; Hábito tribal. - Impedir la fecundación. - Antigenésico femenino. - Trofeo; Amuleto; Venganza. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Abisinia</i>; <i>Egipto</i>; <i>India</i>; <i>Túnez</i>; <i>Amazonia</i>; <i>Araucanos</i>; <i>Gran Chaco</i>; <i>Chorotis</i>; <i>Guaranis</i>; <i>Matacos</i>; <i>Norte América</i>, <i>Central y Sud</i>; <i>Nueva Guinea</i>; <i>N. Caledonia</i>; <i>Hébridas</i>; <i>Aleutias</i>, <i>Madagasc</i>.
SENOS	<ul style="list-style-type: none"> - Cicatrización. Atrofia. - Extripación. - Tatuaje. Pintado. 	<ul style="list-style-type: none"> - Con, sin color. - De uno o ambos. - Uno o más colores. 	<ul style="list-style-type: none"> - Ornato; Costumbre tribal. - Impedir el amantamiento. - Estético; Terapéutico. 	<ul style="list-style-type: none"> - Centro, Norte y Sud América; <i>Oceania</i>, <i>N. Zelandia</i>; <i>N. Guinea</i>; <i>Borneo</i>; <i>Japón</i>; <i>Madagascar</i>, etc.
TRONCO Y FAZ	<ul style="list-style-type: none"> - Cicatrización. - Tatuaje. Pintado. - Desollación. - Engordé. 	<ul style="list-style-type: none"> - Parcial, Total: Con uno o varios colores. - En vida; muerto. 	<ul style="list-style-type: none"> - Embellecimiento; Distintivo racial; Terapéutico; infundir respeto, terror. - Punitivo; Trofeo; Venganza. 	<ul style="list-style-type: none"> - <i>Esquimales</i>; <i>N. América</i>; <i>México</i>; <i>Brasil</i>; <i>Ecuador</i>; <i>Perú</i>; <i>Chorotis</i>; <i>Tobas</i>; <i>Australia</i>; <i>Africa</i>; <i>Maori</i>; <i>Oceania</i>, etc.

Nota.- Escusado creemos indicar que en el cuadro anterior no figuran todas las prácticas o la numerosísimas finalidades, como tampoco están representadas todas las tribus, ayllus o naciones que las ejercían o ejercitan actualmente — primordiales — por falta de espacio. Las palabras escritas con letra bastarda, en la casilla "Lugar — Raza — Tribu", indican que pertenecen a culturas prehistóricas.

Cabeza-Trofeo "Tsantsa" o Cabeza-Reducida.-

Los *Shuaras* o *Jíbaros* pertenecen a una de las tribus más guerreras e indómitas de Indoamérica. Ellos jamás provocan una acción sangrienta por usurpar territorios de sus adversarios. En cambio, la suscitan —con alevosía, coraje y ensañamiento únicos— cuando se trata de defender su propio terruño o de cobrar deudas de sangre, sean éstas personales, familiares o tribales y, las cuales, les proporcionan la tan anhelada oportunidad de alcanzar la suprema ambición de toda su borrascosa vida: vencer al enemigo, degollarlo y hacer de su cabeza un trofeo bélico, para su vanagloria o beneficio personal y la de sus congéneres.

Los *jíbaros* viven completamente apartados de los blancos, con quienes no mantienen relaciones de ningún género pues los odian sañuda y perpetuamente.

El área de su residencia nómada abarca poco más de un grado geográfico de longitud por uno y un *cuarto* de latitud. Se halla comprendida entre los bosques vírgenes y las orillas de los ríos Santiago, Morona, Manseriche, Pastaza y Huarana (afluentes del río Marañón, en la república ecuatoriana). Dentro de esos límites viven cerca de quince mil indígenas, repartidos entre las tribus *antipas*, *aguarunas*, *achuales*, *záparos*, *huambisas* y *patucos*, enemigos mortales unas de otras (—muy especialmente— la primera con las dos últimas).

Siempre que no lo impidan razones de fuerza mayor, los jíbaros diariamente adiestran a sus descendientes en el arte de la guerra, inculcándoles — paralelamente— la venganza, el odio y el cobro de las deudas desangre, contraídas por ellos o por sus progenitores e incrementadas por las supercherías, el brujerío y los beneficios personales: fama, jerarquía y poder mágico.

Concebida y proyectada, por el *pow-wow* (junta consultiva jíbara), la guerra sorpresiva contra una de las tribus adversarias, enviados expertos espías y exploradores, para la obtención de los mayores datos y detalles sobre el número, calidad, situación, etc. de los enemigos y, aprobado el plan de ataque, éste se ejecuta con el sigilo, rapidez y alevosía endemoniados que, indefectiblemente, los conduce a la victoria. Y en la que proceden con tanta crueldad como cobardía tuvieron al lanzarse sobre un adversario completamente desprevenido, aguijoneados por el acicate de sus cabezas, las cuales les suministrarán los más preciados trofeos bélicos de la lucha sanguinaria y alevosa.

Observados todos los preceptos rituales, relativos al ayuno en las comidas, en las bebidas y en los actos sexuales; así como, en el pintado y colocación de bandas, en la toma de tabaco escupido, etc. y, adoptadas todas las medidas precautelares de los daños, enfermedades y muerte que —el espíritu de los enemigos caídos en la sangrienta pelea— podría enviar, se procede a la: PREPARACIÓN DE LA CABEZA-TROFEO.

Con un cuchillo, bien afilado, se hace un corte longitudinal en la parte posterior de la cabeza degollada. Luego, con gran habilidad, se da comienzo al desuello, separando el cuero cabelludo y la piel de la calavera, con el mismo cuchillo o con puntas de chonta. Los huesos y las partes blandas son arrojadas al río. La piel (dermis y epidermis) así obtenida, se la amarra con cordel de enredaderas y se la sumerge en un pote provisto de agua caliente (2), donde se la deja hasta poco antes de que hierva el agua, para librarla de microbios, iniciar su reducción y darle mayor consistencia. Luego se la saca y coloca en la punta de un palo, afirmado en el suelo, donde se la deja hasta que enfríe.

Entretanto, se forma un aro de *chambira* (fibra de hoja de palmera), de la misma dimensión que la de la circunferencia del cuello, al cual se lo liga, juntando los bordes resultantes del corte primero provisionalmente y después —poco a poco— más firmemente, hasta que llegue a tener el volumen final de su reducción. Luego, por medio de una aguja y un hilo de fibra, se cose lo que se cortó para proceder al desuello.

En seguida, se continúa con la reducción de la cabeza, para lo cual se escogen del río tres piedras pequeñas y redondas, las que se calientan en el fuego. Por medio de un palo provisto de una hendidura, se saca de las brasas una de éstas y —quien cortó la cabeza enemiga— la introduce por la abertura del cuello. Hecho esto, la sacude, para que la piedra queme las partes de sangre y carne que hubieran quedado pegados a la dermis; así como, para mortificar el alma del difunto —coligada al *scalp*— y conservarla acorralada dentro. Luego la saca y vuelve a poner al fuego. Procede de la misma manera con la segunda y tercera piedra.

Se continúa el mismo procedimiento con arena fina caldeada, que es también tomada del río, y se la calienta en un tiesto usado. Cuando ella está caldeada se la vierte dentro de la cabeza, hasta casi llenarla, la cual, nuevamente se la sacude, a fin de que la arena actúe uniformemente sobre todas las partes internas con el objeto de quemar todos los residuos, de adelgazar la piel y de reducir el trofeo (Up de Graff expresa que, al mismo tiempo, se la plancha con piedras calientes) (3).

En cuanto la arena se enfría, se la saca, recalienta y vuelve a verter dentro del trofeo de la victoria. Paralelamente, se raspa el interior con un cuchillo, a fin de quitarle los granos que se le hubieran adherido y —con suma destreza de los dedos— se moldean las facciones, hasta que éstas recuperen sus primigenias formas.

Ejecutando las anteriores maniobras, días y aún semanas, se llega a secar, endurecer y reducir la cabeza, de un cuarto a un quinto de su tamaño natural.

Para facilitar la preparación del trofeo, "tsantsa", los labios de éste son atravesados con tres espinas de chonta, envueltas en hilo fino de algodón teñido de colorado y las cuales se pasan paralelamente una de otra. Estas espinas —en una próxima gran fiesta— son sacadas y reemplazadas por tres hilos pintados de rojo. Como operación final, se tiñe todo el conjunto del trofeo negro, con carbón vegetal.

Mientras se realizan todas estas operaciones anteriores, se tiene especial cuidado con el cabello —parte esencial del trofeo— pues, los nativos tienen la creencia de que en él radica el alma o poder vital y que, el todo del *tsantsa* está cargado del poder sobrenatural y mágico.

La introducción de las tres piedras calientes, la acción de atravesar los labios con tres espinas pintadas de rojo, su reemplazo por hilos entintados con el mismo color y el teñido con negro en todo el trofeo, obedece y está ceñido a un riguroso ritual supersticioso.

Uno de los contados animales que los jíbaros utilizan —aunque muy excepcionalmente— para la fabricación de *cabezas reducidas*, es el perezoso, *uyushi*, (*bradipus torcuatus*), al cual —según sus creencias mítico-religiosas— piensan que los unen vínculos de parentesco; pero, a quienes consideran enemigos. Así también usan a ancianos, por el color parcialmente gris de su pelaje, por la lentitud de su marcha y por su tenacidad para vivir.

El procedimiento para la reducción de su cabeza, es el mismo que para el de la humana, pero, en escala menor y proporcionada a la de su pequeño tamaño. El pelo de la parte superior del cuello, equivale al cabello de la *cabeza-humana-reducida* y en consecuencia, creen que en él también radican su espíritu y poder vital (4).

Cráneos- Trofeo.-

Tanto éstos como las *cabezas-trofeo* han sido conocidos —desde tiempos inmemoriales— por casi todas las naciones o tribus primitivas de las Américas y del orbe entero; como lo atestiguan gran número de representaciones plásticas, pictóricas, líticas y textiles, encontradas en las excavaciones de las invasiones de Atila, Gengis-Kan, etc.; en Roma, Palestina, Egipto, Tiwanaku, Nazca, Paracas, Humahuaca, Parantintín, etc. Todas han tenido similares finalidades, usos y atributos que los de las *cabezas-trofeo* —de las que nos hemos ocupado anteriormente y

especificado en el cuadro gráfico— concordantes con las opiniones de otros escritores y con las emitidas por renombrados arqueólogos, entre éstos con la del argentino Vignati (4), quien afirma que *"el cráneo, las diversas partes del mismo, los cabellos arrancados juntamente con el pericráneo"...* *"han servido para ostentación de valor y proclamación del triunfo"*. *"Finalmente, y ésta sería la aplicación más práctica de los trofeos, los usarían como arma ofensiva de carácter psicológico, ya que supondrían que la vista de los despojos de los vencidos infundiría el pánico entre los futuros enemigos, impidiéndoles combatir con la confianza necesaria para el triunfo"*.

Armonizan con las anteriores expresiones las de los conocidos arqueólogos Ulhe, Sivirichi, Tello y otros, aunque discrepan en algunas de las finalidades o empleos ya que, mientras uno afirma que eran utilizados *"como trofeos de guerra, medicinas o hechizos y ornamentos"* (5), otro distinguido escritor (6) considera *"como un ritual y una costumbre observada desde muy antiguo"* para más adelante concordar con Tello al hacer la siguiente cita:

"que la cabeza ha sido y hoy es en los pueblos que realizan su momificación un símbolo religioso que encierra un atributo divino, como que es y siempre ha sido considerado depositaria de las cualidades superiores".

Preparación de los Cráneos-Trofeo.-

En cuanto se refiere a la forma o manera de prepararlos, antes vamos a establecer su división en: antiguos y modernos. Para determinar la de los primeros, solamente se puede hacerlo a base del estudio objetivo de los cráneos mutilados, desecados, momias, chullpas y osamentas existentes en los diferentes museos o, por medio, de sus representaciones plásticas, pictográficas o grabadas, simbolizadas en tejidos, ceramios, huesos y piedras; pero, los cuales únicamente nos pueden proporcionar datos —más o menos exactos o fidedignos— de la manera como procedían en su elaboración los pueblos primitivos.

En orden a los modernos existen y son utilizados con y sin preparación o arreglo previo. En el primer caso, la maniobra se efectúa extirpando toda la parte carnosa del cráneo. Se conserva éste, la piel y el cabello, el cual, determinadas tribus, adornan con plumas, flores o con los distintivos correspondientes a los de su casta o pueblo. Para facilitar su conducción y su acomodo al cuerpo humano o a las armas del victorioso poseedor se perfora el cráneo o se le provee de un aditamento especial.

Con generalidad, las mutilaciones craneales se presentan —regulares o irregulares— en el foramen mágnum y en la región del occipucio o, parcialmente, a los costados de la sutura de los parietales, es decir, en las partes óseas más delgadas. Por consiguiente, en las más fáciles de ser horadadas por utensilios perforantes rutinarios: *tumis* (cuchillos), cinceles, taladros, de pedernal o metálicos, dichas mutilaciones se hacen con el objeto de extraer la masa encefálica e introducir cuerdas o palos que faciliten el manejo del cráneo enemigo, convertido en trofeo bélico o en fetiche.

Simbolismo de las Cabezas-Trofeo y Conclusión.-

El investigador y detenido examen que se efectúe en la llamada *"Puerta del Sol"*, del legendario Tiwanaku, descubre —clara y evidentemente— un número revelador de simbólicas *cabezas-trofeo-reducidas*; distribuidas de la siguiente manera: *seis* en el falldelín (*ira* o *kushma*) del personaje central, *dos* pendientes de los codos y *una* en la parte superior de la corona (*pillu* o *llaytu*) que circunda su imperial cabeza, *cubierta con una máscara guerrera* (8) y, además, en el bello y emblemático friso de la parte inferior del relieve, *cuatro más, portadas de sus cabelleras por los trompeteros* (*pfuthuthutirinaka*), a quienes se descubre en actitud de hacer producir sonos a sus *pfuthuthunaka* y los cuales se hallan representados de a dos en ambos costados, dándose las espaldas. Con éstas llegamos a un total de *trece cabezas-trofeo*.

Las hemos clasificado a éstas y a las anteriores como cabezas-trofeo-reducidas, teniendo en consideración: su tamaño, su configuración y la manera de ser transportadas pues, todas ellas

han sido fielmente buriladas en una proporción matemática (cuatro o cinco veces menor que la de sus portadores) justamente en las dimensiones relativas a las que actualmente poseen las fabricadas por los *shuaras* o jíbaros ecuatorianos, de la cuenca del Marañón.

Todas ellas forman parte integrante de los personajes guerreros, portadores de sus clásicas armas: la *estólica* y los dardos o flechas (*michinaka*). Lo mismo que se puede apreciar en gran número de monumentos e ídolos tiwanakotas.

Además, ellas tenían un carácter tan trascendental que las encontramos exornando también los cuerpos de seleccionados zoomorfos totémicos, v. gr.: del puma sagrado, representación plástica de un felino tiwanakota, cuyo vigoroso cuello se ve ornado con un par de las típicas *cabezas-trofeo*, colgantes de su amplia testuz.

Si como, algunos artífices primitivos, han reemplazado los discos —que llevan otro inscrito— por *cabezas-trofeo*, humanas o zoomórficas, el número total —anotado anteriormente— se aumenta sobremanera, como podría apreciarse en la figura presentada, reproducida por Bahlis, Spinder y otros. Como ello es innecesario para alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto, no lo tendremos en cuenta.

Ahora bien, como puede distinguirse en la ilustración pertinente, donde se encuentran simbolizadas 28 cabecitas, de las cuales 13 proceden de Tiwanaku y las restantes de Nazca, Ancón y Cuzco, absolutamente similares éstas a aquéllas, fluye —de manera lógica— hacer el siguiente interrogativo: "Siendo diez, cien, mil o más las simbolizaciones utilizadas por diferentes áreas culturales (*Nazca, Ancón y Cuzco*), absolutamente semejantes a las de otro centro cultural (*Tiwanaku*), no es lógico deducir que aquéllas tienen su origen en éste, y, no éste en aquéllas?"

Consecuentemente, surge otro interrogante: Dónde se encuentra el principio de esas distintas áreas culturales? Conceptuamos que él se halla en Tiwanaku, de donde irradió la clásica cultura aimara, imprimiendo en las otras su sello cultural típico.

Muchos escritores al referirse a las áreas culturales, origen de las familias, clanes totémicos, etcétera, y por el hecho de no haber encontrado o no existir (según ellos) documentos materiales fehacientes, desaparecidos —en gran parte— por la acción destructora de milenios, la humedad, el clima y otros factores adversos, han omitido en sus escritos y conferencias a Tiwanaku, sus clanes totémicos, sus *cabezas-trofeo*, mutilaciones, tatuajes, armas, etc., etc.

Por consiguiente, en las respectivas áreas culturales no figura, la *estólica aimara* —llamada también *tiradera* o *propulsor*—, ni los pueblos que la utilizaron, pero, cuya existencia prehistórica la atestiguan los monumentos líticos, los tejidos y los ceramios precolombinos, en los cuales, hábil o torpemente, ha sido reproducida y que —por ignorancia o desconocimiento de dichos autores— no la citan y, más bien, la confunden con otros objetos (como por ejemplo: con el *boomerang*, la *sierpe con cabeza de puma*, el *nefasto gusano*, el *cetno*, el *rayo* y otros).

La *estólica kolla* no sólo se encuentra emblemáticamente representada en la cultura tiwanakense sino en casi toda la andina y la costeña, derivadas de aquélla.

Por todo lo expuesto en los párrafos anteriores, apoyado en documentos antropológicos, étnicos y arqueológicos y, como conclusión, asentamos que el simbolismo de las *cabezas-trofeo*, tan bella como fielmente plasmadas en la inequívoca portada tiwanakota es típicamente guerrera:

a).- Por constituir integralmente un trofeo bélico, clásico emblema de valor, fuerza, jerarquía y prestigio.

b).- Por hallarse siempre acompañando a valerosos guerreros, a hombres-deidades belicosos, a quimeras guerreras y a zoomorfos batalladores.

Finalmente, anotamos que su representación gráfica ha sido copiada o plagiada por los artistas precolombinos de Nazca, Lurín, Pachacamac, Ancón, Nievería, Paracas, Cuzco, Pisac, Atacama, Humahuaca, Los Barriales, etc. Esto demuestra palmariamente que, esas y otras naciones y poblados, estuvieron —durante un lapso aún indeterminado— bajo la férula del poderoso conquistador y de la bienhechora cultura del gran Imperio Aimara, cuyo exponente superlativo es: TIWANAKU.

NOTAS DEL CAPITULO VI

- (1).- Siguiendo la clasificación, universalmente adoptada, llamamos *cráneo* y no *calavera*, como científicamente debería designarse al conjunto de huesos de la cara y el cráneo.
- (2).- B. Flornoy, dice en *agua de boa. Voyages en Haut-Amazone*. -p. 155. -Bs. As. 1943.
- (3).- F.W. Up de Graff. -*Cazadores de Cabezas del Amazonas*. -p. 248.- Bs. As. 1943.
- (4).- Gran parte de los datos anotados, sobre la reducción de las cabezas-trofeo de los jíbaros, tienen como fuente principal la obra del distinguido escritor y hombre de ciencia norteamericano, Sr. R. Karsten: *Blood Revenge, War and Victory, Feast Among The Jibaro Indians of the Eastern Ecuador*. -Washington, 1930.
- (5).- Julio C. Tello.- *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*. -Revista Universitaria. -1918- Lima, Perú.
- (6).- Atilio Sivirichi.- *Prehistoria Peruana*.- Pág. 35. -1930- Lima, Perú.
- (8).- Coincidimos con nuestro sobresaliente ex-alumno, el joven y talentoso investigador Sr. Carlos Ponce de León S., en calificar como *respiraderos* lo que otros —como Ainsworth Means— imaginan ser lágrimas!... Los agujeros circulares que se encuentran sobre y por debajo de los ojos de la careta guerrera, superpuesta al rostro del personaje central de la Puerta del Sol.

CAPITULO VII

Tiwanaku y la Atlántida.

El Suplemento Literario del diario "La Razón", de La Paz en su edición del 26 de febrero de 1950, antes de presentar el trabajo y teoría del Cnl. Diez de Medina, sobre Tiwanaku y la Atlántida, contenía las siguientes líneas de presentación:

Nuestro "SUPLEMENTO" se honrará en el curso del presente año, con una nueva serie de colaboraciones del coronel Federico Diez de Medina, ampliamente conocido y apreciado en el mundo arqueológico —dentro y fuera del país— por sus valiosas aportaciones al estudio e investigaciones de las culturas prehistóricas de los Andes y, en particular, del gran Imperio de Tihuanacu. En una reciente carta, que le dirige el ex vice-presidente del Perú, culto y distinguido americanista, Dr. Dn. Rafael Larco Herrera, al referirse a la labor de nuestro compatriota, expresa:

"Lo admiro y envidio en sus interesantísimas excursiones arqueológicas y mucho me complaceré leer, como hasta el presente, el fruto de sus inteligentes observaciones. Es fascinante la zona del famoso Tihuanacu. Quisiera estar a su lado en esas emocionantes y reveladoras pesquisas, en las cuales aflora el grandioso pasado de nuestra América".

"Bolivia y el Perú debieran estudiar con los mejores hombres lo que pasó en el famoso Titicaca".

"En nuestra región andina y en la cúspide de El Sol (Cuzco), como en los adobes que componen algunas de sus dependencias, existen conchitas marinas".

"Y ya que Ud. cree que hay afinidad entre Tihuanacu y la Atlántida, me permito decirle que la misma semejanza hallo entre los monolitos de esas grandiosas ruinas y los, de la isla de Pascua (Rapa-Nui). Cuando se visita Tihuanacu, la imaginación vuela para hallar la semejanza con las gigantescas estatuas de Pascua, algunas de las cuales llegan a medir 20m! ¿Cómo las levantaron? Es una de las preguntas que surgen. Son sorprendentes sus tablillas habladoras, con signos convencionales dibujados y esculpidos con colmillos de tiburones! Son verdaderas obras de arte, que es posible admirar en unos pocos museos. Cuanto más se penetra en la historia de América, se rodea de más misterio y grandeza, y a Ud. toca el honor de profundizarlos con más inteligencia, tenacidad y alto espíritu".

"En todo lo que me considere útil para colaborarle en sus magníficos estudios, siempre estaré a sus órdenes, estimando un honor poner a su disposición cuanto esté a mi alcance".

El laborioso, culto, metódico y profundo estudio que hoy publicamos contiene ideas, teorías y conceptos totalmente nuevos y de trascendencia. Bástenos citar un ejemplo: En la parte correspondiente, el coronel Diez de Medina trata sobre la comunicación marítima y las correlaciones que existían entre Tihuanacu, el norte de Sudamérica y la Atlántida, en los tiempos remotos de épocas pasadas. Es la primera vez que se habla de esa comunicación directa, ignorada hasta hoy por el mundo investigador.

Por esta y otras razones él piensa que el presente artículo no debe ser leído por los lectores incrédulos, empapados de determinadas teorías o aferrados a nocivos prejuicios.

* * *

Al ocuparnos del animismo, tótems, ritos y supersticiones de los primitivos antis o kolla-aimaras, sentamos el siguiente postulado: "Las embrionarias creencias, cultos y prácticas religiosas de los habitantes de Tiwanaku, nacieron con ellos mismos, en la tupida niebla de las épocas glaciales". Esta manifestación espiritual se produjo —sin duda— a la par que en otros pueblos del mundo, y, en la misma forma como se originó también el concepto por el cual el destino de los humanos estaba regido por seres quiméricos: los *Dioses* y las *Divinidades*.

Entre éstos el Mar, Kota-Mama, en aimara, gozaba de gran valimiento. Muchos arios (1) lo veneraban como a un *Dios*. Los kolla-aimaras como una *Divinidad benéfica*, Kota-Mama Llamputa, cuando estaba en calma, y *maléfica*, Kota-Mama-Kjoltuta, cuando embravecida.

Numerosas tradiciones y leyendas, que entresacamos principalmente en la región de Copacabana, atribuyen a esta Divinidad y al Dios de la Nieve, *Kkunu-Aukisa*, las súbitas crecientes de las azuladas y tranquilas aguas del Titicaca, así como su inmediato desborde por la extensa altiplanicie andina. Narraciones míticas que también nos hablan de terroríficos oscurecimientos, terremotos, diluvios (2) y de otros fenómenos telúricos que tuvieron lugar en la edad del *Turuma* o *Chamaka-Pacha* (tiempo oscuro o muy remoto) durante las primeras épocas de Tiwanaku. Una de éstas nos fue narrada en Siripaka (Copacabana) por el famoso *amauta*, sabio, Lucas Kalani Reza así: "En los muy lejanos tiempos del *Chamakpacha* violentos terremotos fueron seguidos de un catastrófico diluvio (2) cuyas aguas hicieron impetuosa irrupción sobre Tiwanaku, el Lago Sagrado y la Altipampa, haciendo huir a nuestros antepasados hacia las alturas cordilleranas, donde permanecieron muchos siglos, hasta que desbordándose las aguas por las quiebras y valles de Chuquiago, La Paz, bajaron hasta el nivel que hoy tienen".

Similares narraciones nos han sido referidas en Viacha, Tiwanaku, Koana y Kollasuyo, muy parecidas a las que recogieron los cronistas de la Colonia, Acosta, Garcilazo, Valera, Gomara, Cobo, Gamboa, Las Casas, los Molina y otros. Tanto éstas como aquella —substituyendo nombres—son semejantes a las de los antiguos pueblos de Babilonia, Fenicia, Egipto, Grecia, India, igualmente que a las de casi todas las naciones y tribus americanas, aimaras, chiriguano, pata gnanas, mochicas, mayas, dakotas... Dichas relaciones se hallan narradas en el *Génesis* de los hebreos, en el *Mahabbarata* sánscrito de la India, en el *Popol Vuh* quiché de los mayas y de los guatemaltecos, en los códices mejicanos o en los libros de los historiadores medioevales y coloniales.

En la actualidad los cataclismos volcánicos y pluviales, las inundaciones y los derrames acuáticos ocurridos en nuestro altiplano han sido científicamente comprobados, con el detenido estudio realizado por hombres de ciencia, nacionales y extranjeros (3), en los ventisqueros cordilleranos, en las lavas andesíticas y en los estratos y capas sedimentarias de la altipampa andina. Ellos para obtener tales resultados ejecutaron laboriosos y eficientes trabajos, tanto en el

subsuelo de la Gran Metrópoli como en los lagos y costas del Titicaca, Poopó y Coipasa, igualmente que en los salares de este último y de Uyuni.

Por dichas investigaciones y por las que hemos verificado en diversas ocasiones se deduce y comprueba:

—Que las capas de sedimentación, precipitadas por la acción continua y milenaria de las aguas marítimas, se hallan depositadas entre los 30 y los 60 centímetros, más o menos, debajo de las capas de aluvión modernas, llegando aquéllas a tener más de 4 metros de espesor, según sea la situación de los lugares estudiados, ya en las ruinas de *Kalასasaya*, *Puma* o *Tunca Puncu* o ya en las de *Kantatallita* o en los alrededores de cada una de ellas.

—Que, dichas capas sedimentarias contienen moluscos, propios de la fauna marina: *dextrinas*, *ancylus*, *planorbis*, *orestias* y *conchas*, algunos fosilizados. Varios de estos crustáceos los hemos hallado a una profundidad de 3,60 metros en las inmediaciones del muelle prehistórico de Tiwanaku: la presencia de estas variedades de invertebrados evidencia que las aguas que las arrastraron provenían del Mar Glacial u Océano Atlántico.

—Que, los estratos de las costas serranas, circundantes de los lagos antes citados, se hallan visibles en las huellas imperecederas de los diferentes niveles alcanzados por las aguas, durante los largos períodos de quietud que tuvo nuestro planeta en la formación de su superficie. Estas señales estratigráficas nos dan a conocer, con nítida precisión, las distintas épocas que el oleaje dejara impresa en ellas.

De esos rastros los que se encuentran a la mayor elevación patentizan que las aguas glaciales llegaron a una altura barométrica de 3.845 mts. y, como el nivel actual del lago Titicaca es de 3.812 mts. lógicamente se deduce que dichas aguas cubrieron el Gran Puerto aimara y todos los sitios que tenían una menor altura que la primera. Por consiguiente, casi toda la altiplanicie andina —desde los confines de Poopó, Paria y Uyuni hasta escasos kilómetros de El Alto de La Paz— fueron completamente inundados, quedando convertidos en islotes, islas y penínsulas las elevaciones del terreno que sobrepasaban a la altura de 3.812 metros.

La presencia de las aguas glaciales en el altiplano encerrado por la Cordillera de los Andes se constata (dejando de lado otras pruebas) por el hecho de existir en sus capas sedimentarias abundancia de diferentes invertebrados marinos que varían de especie según la profundidad a la que se encuentran los estratos que los contienen. Caso que, sin lugar a duda, evidencia la catastrófica irrupción del mar glacial y la de su milenaria permanencia sobre la Metrópoli tiwanakota y la altiplanicie encerrada por los Andes. Estos en su solevantamiento —ocurrido como en otros continentes y no por vez primera— coincidieron con el hundimiento y la desaparición total de la Atlántida y de otras porciones de nuestro planeta.

Esas elevaciones y hundimientos producidos en la corteza terrestre, desde hace millones de años se debieron, según la opinión de renombrados científicos, al movimiento de las masas gaseosas e ígneas del interior de la tierra que ocasionaron continuas y nuevas modificaciones en la superficie terrestre que las contiene, produciendo en ésta depresiones, pliegues y eminencias que sin cesar cambiaron y seguirán modificando su configuración.

De acuerdo con esas opiniones el origen de nuestro planeta, y el de otros, se debió a tenues conjuntos gaseosos que giraban lentamente, los que en el curso de billones de años aumentaron su densidad y su velocidad giratoria, hasta tomar la forma esférica, dando lugar a la formación paulatina de la corteza terráquea. Según cálculos de Lord Rayleigh, ésta tardó en su formación un millón de millones de años

La disparidad de las apreciaciones hechas por los hombres de ciencia sobre el tiempo que transcurrió en formarse los mares y continentes, las Eras Geológicas... es tal que, si unos

—Walcott, Reed, Osborne...— asignan a la Era Arcaica alrededor de 30 millones de años, otros —como Barrel— la estiman en más de trescientos millones!

A fin de abreviar, y como un apoyo gráfico a nuestras teorías, exponemos los grabados con sus respectivas explicaciones. Por ellas se puede apreciar, con relativa aproximación, las transformaciones que sufrieron los océanos y los continentes en el decurso de millones de años.

Y, si detenemos la vista, fijando la atención en el mapa hipotético representado por el famoso geólogo heleno P. Campanakis, o en su ampliación, nos damos exacta cuenta de que, antes de producirse el solevantamiento de la Cordillera de los Andes y la reemersión del territorio nordeste de Sudamérica —hoy Brasil y las Guayanas— el magnífico puerto de Tiwanaku se comunicaba directamente con la Atlántida por el Océano o Mar Atlántico. Asimismo, se observa que igual conexión existía con los puertos interiores del Ecuador, Perú, Colombia y Venezuela. (Nominamos puertos interiores a los que en aquella lejana edad estaban sobre el Atlántico, para distinguirlos de los situados sobre las orillas del Pacífico).

Milenios después esos puertos dejaron de ser tales cuando se levantaron las tierras del nordeste brasileño y las aldeañas, como inmediata consecuencia de los levantamientos producidos en la corteza terrestre, durante las últimas épocas glaciales. Fenómeno telúrico que, al mismo tiempo, produjo similares trastornos en los puertos de Tiwanaku y de las orillas del Titicaca. Pues, cuando los Andes se solevantaron y las aguas marinas se retiraron o bajaron de nivel, muchos atracaderos y puertos quedaron en seco. Tal ocurrió con el de la capital aimara, que hoy se encuentra a 20 kilómetros de las orillas lacustres.

Las prehistóricas comunicaciones y correlaciones entre los legendarios imperios de los kolla-aimaras y los atlantes se evidencian por el gran número de nombres toponímicos aimaras, que aún después de haber transcurrido millares de años, superviven y se conservan en todas las naciones antes citadas, aunque algunas con ligeras modificaciones gramaticales, como en la actual República de Venezuela que —en los remotísimos tiempos a los cuales nos venimos refiriendo— era la última etapa terrestre de los aimaras en sus viajes al Continente Atlántico, y, tal vez, más allá... (4).

La existencia de ese impresionante número de toponimias típicamente aimaras nos lleva también al convencimiento de la presencia y, sin duda alguna, de la milenaria estadía y del total señorío ejercido por los conquistadores del poderoso Imperio de Tiwanaku en aquellas alejadas regiones nórdicas. Ahora bien, si tenemos en consideración que, entre ese crecido número de toponímicos existen varios que son absolutamente iguales a los de algunas islas y lugares de las orillas del legendario Titicaca (v. gr.: *Cumana*, *Challani*, *Churuni*) no deja lugar posible a dudas el íntimo contacto que hubo entre los puertos del norte de Sudamérica y los del famoso lago de las leyendas en épocas pretéritas.

Las anteriores pruebas lingüísticas constituyen documentos fehacientes que no es posible impugnar ni menos desechar.

A los comprobantes expuestos —históricos, geográficos y lingüísticos— se agregan los que nos proporcionan las representaciones escultóricas de cabezas antropomorfas, que representan a todas las razas del mundo, así como las de la fauna terrestre. La existencia de esas imágenes plasmadas por hábiles artífices aimaras pone de manifiesto el estrecho lazo que unía a los pueblos de Euroasia, África y América con Tiwanaku y entre sí. Esto se explica debido a las frecuentes emigraciones realizadas por los distintos pueblos y razas, a medida que los cataclismos de la era cuaternaria los obligaba a abandonar sus propias tierras en busca de lugares más acogedores. Acontecimientos que están ampliamente documentados por Moreau de Jonnes, A. Braghine, E. Morales, R. Requena, A. Vivante y J. Imbelloni en sus obras: *Estudios Prehistóricos*, *El Enigma de la Atlántida*, *La Atlántica*, *Vestigios de la Atlántida* y *Libro de las Atlántidas* respectivamente.

Esas uniones y correlaciones se confirman, asimismo, por la similitud de varias de sus creencias religiosas, idolatrías, fábulas, supersticiones y tradiciones prehistóricas (5), por la de sus monumentos funerarios y enterratorios, columnas e ídolos antropo-zoomorfos (6), por el uso de armas, artefactos y utensilios semejantes, por la paridad de algunos de sus instrumentos musicales (7), así como por el enorme parecido de sus atavíos, adornos de cabeza, orejas, garganta, brazos y dedos. Esas mismas semejanzas las encontramos con los objetos arqueológicos encontrados en *Tacarigua* (Venezuela) por el Dr. R. Requena (8), incluso las deformaciones craneanas artificialmente hechas, similares a las kolla-aimaras. Es de notar que en ambos lugares también se hallan cráneos y osamentas fosilizados, corroborando su milenaria permanencia debajo de tierra.

Desde los cuatro siglos anteriores a la venida de Jesucristo hasta nuestros días, más o menos dos mil escritores, poetas y viajeros —antiguos y modernos— se han ocupado de la Atlántida, unos a favor y otros en contra de su existencia (9). Hoy en día el fiel de la balanza se inclina del lado de los adictos, a quienes además apoyan eficaz y decisivamente los testimonios y argumentos siguientes:

a) Los recientes descubrimientos arqueológicos, tales como los de Tiwanaku, Takawa (Viacha), Santiago del Estero (Arg.), Paracas (Perú), Esralda (Ecuador), Chichén Itzá (Méjico), Chucuma (Micenas del Peloponeso), Pen. Seward (costa del mar de Behring) y Tacarigua (Venezuela). El Dr. Requena en su importante obra —se ocupa de estos últimos con clara inteligencia y vasta ilustración, encontrando en ellos una gran similitud con los objetos prehistóricos excavados en Egipto, Persia y Fenicia, y piensa —como nosotros— que "el hombre no vino a América sino que fue de América".

A este respecto vamos a exponer otro testimonio irrecusable: el afamado arqueólogo alemán P. Schliemann fue a visitar el museo de Louvre, para observar los ejemplares excavados en Tiwanaku y los halló "*de la misma forma y del mismo material*" que los que su abuelo había encontrado en el valle y cementerio de *Chucuna, Micenas!* (10). Asimismo, en ambos lugares no se ha encontrado objeto alguno de hierro.

b) Los resultados de los reveladores sondeos y de los estudios oceanográficos efectuados en el Atlántico, el Pacífico, el Índico y en los mares del Norte, por los Padres Kirchen y García, por los hombres de ciencia Challenger, Termier, Berget... y por el de los 10.000 sondeos llevados a feliz término por el "Meteor". Mediante éstos y aquéllos se ha llegado a deducir y fijar que las islas del Cabo Verde, las Canarias, Madera y Ares son vestigios patentes del hundimiento de la gran Isla o Continente Atlántida; así como las islas de la Polinesia y la de Pascua (Rapa-Nui) son los rastros de la Lemuria.

c) Las consecuencias que fluyen de las investigaciones relativas a la distribución de la Flora y la Fauna fósil, realizadas por el sabio naturalista L. Germain, P. LeCour, Prof. Gaffarel, el sabio E. Wagner, Dr. Requena, Profs. Posnansky, Ameghino, Sergi y muchos más, quienes establecieron semejanzas o diferencias entre las de los continentes desaparecidos y las de los existentes, lo que ha puesto de manifiesto la remota conexión que existía entre unos y otros. Los profesores Heer, Forrest y Unger asientan lo mismo, basados en sus meticulosos estudios sobre botánica y zoología efectuados en dichas tierras o en los restos de las sumergidas. Incluso la aseveran los renombrados paleontólogos, antropólogos: Ameghino, Arldt, Wegner... Las indagaciones zoológicas realizadas por el sabio británico son irrecusables. El doctor geólogo Burn conceptúa que la Atlántida "no es hoy una fantasía o idea vaga sino un hecho que se puede comprobar con la geología, paleontología y arqueología".

d) Finalmente, por los lazos étnicos columbrados por Quatrefages, Le Plongeon, Bancroft, Baudoin, Wagner..., por los vínculos biológicos cotejados por Schmidt, Kuntze, Bondar... (especialmente entre los animales y los vegetales que se corresponden o no entre unos y otros continentes), por las concordancias ideográficas en el empleo de signos, señales y jeroglíficos que los fenicios, griegos y egipcios usaban para escribir o manifestar sus ideas, juicios y hechos de toda naturaleza, en forma muy semejante a la empleada por los pueblos prehistóricos de Eurasia, África, América y Oceanía (11) y de igual manera que en la de sus representaciones plásticas, en relieve o en forma estatuaria y arquitectural. Así lo patentizan, por ejemplo, las construcciones piramidales desaparecidas con la Atlántida, las pirámides de Egipto y Sakkara, las del Sol y de la Luna en Méjico y Guatemala, la de Akapana en Tiwanaku, las del Perú, etc., según las descripciones hechas por Platón, Herodoto... entre los historiadores antiguos y por Braghine, Morales, Posnansky, da Silva Ramos y otros, entre los modernos.

Las de este último escritor son de tal valía y tan numerosas que nos basta señalar que en su monumental obra *Inscripciones e Tradiciones de América Prehistórica* (12), el Dr. da Silva Ramos expone 2.127 figuras con inscripciones fenicias, griegas, árabes y chinas ejecutadas en rocas, cerámica y otros materiales, de originales hallados en territorio brasileño, casi en su totalidad.

El mismo autor, refiriéndose a la famosa obra del P. Moreux, en la Pág. 467 del T. II, expresa que los egipcios eran posteriores a los "Atlantes de Bolivia", constructores del Templo del Sol, de grandes dimensiones, astronómicamente orientado y acorde con la oblicuidad de la eclíptica, edificado con ciclópeos bloques traídos de 80 kilómetros y tallados con perfección asombrosa. Asimismo asienta que, "los contemporáneos de Europa se contentaban con piedras fracturadas o pulidas, los Atlantes de Tiahuanacu trabajaban los metales". Estas apreciaciones son evidentes, y por ellas se puede estimar el extraordinario adelanto de la capital aimara y la de su remotísima antigüedad, a la cual supone muy anterior a la egipciaca.

Respecto a esta última aseveración cabe manifestar que, en nuestro concepto, no sólo precedió a la de Egipto sino a la de casi todos los pueblos coetáneos y de cultura avanzada, por la razón convincente y comprobable de que si en las excavaciones efectuadas en estos países se han hallado y se hallan objetos arqueológicos de tela, cuero, madera y demás sustancias blandas jamás se encuentran en Tiwanaku ejemplar alguno de esa naturaleza, salvo los contenidos en receptáculos que los han protegido de la acción destructora de los milenios transcurridos y de los agentes perniciosos.

Nuestro íntimo convencimiento sobre la real y efectiva existencia del continente Atlántida nos hace partidarios de las doctrinas del inmortal Platón. Este preclaro filósofo, gran moralista y célebre escritor no podía inventar, contradecir, ni menos engañar a su amado Maestro Sócrates, ni a sus queridos discípulos o adictos y admiradores: Aristóteles, Solón, Proclo, Hiparco, Plinio, Pomponio, Mela, Estrabón, Teopompo, Marcelo, Diódoro, Herodoto, Tolomeo y tantos otros. Sus declaraciones son claras, precisas y concordantes. No contradichas o impugnadas por los antiguos e ilustres sabios; pero sí, por algunos escritores modernos, *notoriamente escépticos, inclinados a la contradicción o ávidos de nombradía*.

Su milenaria existencia constituye un hecho positivo, cierto e histórico, comprobable —como ya lo ha sido— por medio de la geogenia, la geología, la paleontología, la arqueología y la etnografía.

En el incesante correr de los años el caso de haber existido la Atlántida ha dejado de ser un "misterio" o "enigma indescifrable", un "mito problemático", una "fantasía" o un "suelo de Platón" para convertirse en un *acontecimiento real*. Como se evidencia del prolijo estudio de las leyendas, mitos y tradiciones de los egipcios, griegos y romanos; de las explícitas declaraciones de Diódoro, Estrabón y otros, referentes a la Atlántida; de las históricas revelaciones hechas a Solón por los sacerdotes egipcios de Sais, "conservadores de las tradiciones de Egipto", quienes al narrar a

Platón los remotos episodios de su historia y la extranjera, le anoticiaron de un continente o isla "tan grande como el Asia Menor y Libia juntas", que existía desde tiempos muy lejanos en el archipiélago de las islas menores del Atlántico; situada "más allá de las Columnas de Hércules", 9.000 años antes del nacimiento de Solón; que estaba muy poblada por laboriosos habitantes, de casi todas las razas; con numerosas ciudades, poseedoras de maravillosos jardines, bellos lagos, abundantes pastos y extensos bosques de finas y preciadas maderas; cuya capital estaba construida a orillas del mar y mirando al Levante, en una llanura limitada por montañas; que poseía hermosos y monumentales edificios y, numerosos muelles con gran tráfico, gobernada por sabios conductores y cultos sacerdotes... Como lo fue Tiwanaku en la esplendorosa Época del Apogeo.

Estos relatos han sido confirmados por Buffon, Montaigne, Voltaire muchos otros escritores, —por las claras y detalladas descripciones histórico-geográficas de Pompono Mela y Teopompo— y, finalmente, por los tan conocidos y veraces *Diálogos* de Mitreas y el Timeo, en los que no se encuentran conceptos falsos ni contradictorios, como cree encontrar —por lo menos *variaciones*— el Prof. A. Vivante (13) en las aseveraciones hechas por el Abate Brasseur de Bourbourg, respecto a la Atlántida.

Además de ese conjunto de revelaciones, leyendas y tradiciones se infiere y establece que el continente o isla *Atlántida* (*Atlántis*, *Atalantes*, *Poseidonis*) existió siglos antes de la venida de Jesucristo; que en el transcurso del período evolutivo su extenso territorio sufrió varias e intensas convulsiones —análogas a las de Tiwanaku— hasta que en las épocas glaciales acaeció su hundimiento y desaparición en los abismos del Océano Atlántico; que la gran Capital Aimara fue totalmente anegada por las aguas lacustres acrecentadas por las glaciales; que ese colosal cataclismo sepultó íntegramente al Continente Atlántida, junto con millones de habitantes y sus grandes, progresistas y populosas ciudades (14), habitadas por seres de las razas blanca, negra, roja y amarilla; que estaban provistas de puertos amplios y de embarcaderos de intenso comercio, que comunicaban entre sí por un sinnúmero de canales naturales o artificialmente construidos. Los mares —aún en formación— los ponían en contacto con los puertos de los países extranjeros.

Igualmente se deduce que, en las primeras épocas de su existencia dichas poblaciones, situadas en tierras fértiles y de clima suave, estaban empeñosamente dedicadas al laboreo, la agricultura y la ganadería. Más tarde se consagraron al conocimiento de las ciencias y de las artes —las que llegaron a dominar en los tiempos de su mayor esplendor— sobresaliendo entre todos los pueblos primitivos de avanzada cultura. Vida primitiva, desarrollo y encumbramiento de gran semejanza con el de los kolla-aimaras entre los países prehistóricos americanos. Al mismo tiempo se desprende que, engreídos y orgullosos de sus adelantos y riquezas, de sus sabias leyes, de su aguerrido ejército y de su poderosa flota se tornaron vanidosos, altaneros, belicosos y conquistadores. La vida sedentaria, virtuosa y placentera se transformó en disoluta, desenfrenada y llena de calamidades.

Por similares alternativas atravesó el Imperio Tiwanaku en su larga, agitada y gloriosa existencia. Homero confirma y refiere la conquista y destrucción sufrida por los helenos en la feroz invasión realizada por los "Atlantes", que llegaron de lejanos mares y a quienes los esforzados atenienses fueron los únicos que presentaron titánica y tenaz resistencia, hasta ser totalmente abatidos.

Coincidiendo dichos trastornos político-sociales con los catastróficos movimientos sísmicos, las tormentas pluviales y las borrascas marítimas de las épocas glaciales, sobrevinieron los hundimientos del continente Atlántido, de la Lemuria, de parte de Groenlandia, del nordeste del Brasil y de otras tierras. Juzgamos que simultáneamente se produjo el súbito desborde de las aguas marinas sobre la metrópoli tiwanakota, el Titicaca y —junto con éste— sobre las dilatadas llanuras de La Paz, Oruro y Potosí. Dejando huellas y señales imborrables en las costas, lagos y salares del Titicaca, Coipasa y Uyuni, como lo hemos demostrado antes.

Siglos después tuvo lugar el levantamiento de la cordillera de los Andes, del Himalaya, los Urales... y la emersión del territorio nordeste de Sudamérica (hoy las Guayanas y parte del Brasil),

del sud de la Argentina (Patagonia), del África Occidental (desierto de Sahara)... y, como consecuencia, quedaron total y definitivamente destruidos los medios de comunicación directa entre los progresistas, aguerridos y avasalladores imperios prehistóricos de Tiwanaku y la Atlántida.

Si algunos escritores opinan que esos fenómenos se produjeron repentina y coetáneamente con los hundimientos, otros consideran que lo fueron con posterioridad e intermitencias.

Por nuestra parte, estimamos que dichas convulsiones guardan estrecha concordancia con los hechos y sucesos de la prehistoria de Tiwanaku —durante la última Época Glacial y la Postglacial— cual la precipitada huída de los habitantes de la Gran Metrópoli Prehistórica hacia las alturas próximas, para evitar ser ahogados por la irrupción de las aguas lacustres del Titicaca y las marinas del Océano Atlántico. Así como, milenios después, cuando la cordillera andina y su extenso altiplano se solevantaron, con el del regreso de los descendientes de aquéllos que salvaron de tan aciaga catástrofe, al producirse la ruptura y el derrame de esas aguas por los valles y las quebradas de la hoya paceña y el Illimani, lo que —como se ha visto— motivó el descenso impetuoso e intermitente de las mismas, hasta llegar su nivel al de los lagos que hoy existen: Titicaca, Poopó, y Coipasa. De estos acontecimientos deducimos que, dichos movimientos terrestres no acontecieron simultáneamente, sino en épocas y períodos sucesivos separados por millares de años.

Antes de dar fin a esta breve monografía indicamos que al conjunto de razones, principios y documentos puestos de manifiesto, se podrían añadir aún otros dogmáticos y literarios; pero que, por la falta absoluta de espacio no es posible hacerlo, y además, porque creemos suficiente para nuestro cometido con los expuestos, los cuales —por otra parte— desde los tiempos del insigne Platón hasta nuestros días, se han sustentado y sostienen con inusitada pasión e interés geohistórico; y, con cuyo conocimiento no es dable que se pueda negar la existencia real de la Isla o Continente Atlántido.

En la sucesión de las teorías exhibidas sobre las remotas comunicaciones y correlaciones entre Tiwanaku, la Atlántida y otros países prehistóricos, las hemos tratado de exponer con la mayor concisión y acompañadas del mayor número de documentos, que prueban o ratifican las aseveraciones hechas respecto a cada una de ellas, sin habernos apartado de las rígidas reglas establecidas por las ciencias modernas, las que nos han guiado hasta llegar a las conclusiones y resúmenes siguientes:

—Que, Tiwanaku y la Atlántida existieron desde las épocas glaciales, durante su grandioso apogeo, en el que ambas sufrieron el súbito azote de las aguas del Mar Glacial, acompañado del trastorno terráqueo consiguiente.

—Que, la gran Metrópoli Tiwanakota fue inundada y cubierta por dichas aguas. Que, cuando éstas se retiraron a causa de su derrame ocasionado por el solevantamiento de los Andes y la altiplanicie encerrada entre ellos, reapareció totalmente convertida en las gloriosas e imperecederas ruinas, que hoy son la admiración del mundo entero.

—Que, el Continente Atlántido se hundió en los abismos del Océano Atlántico, en cuyo fondo se ha hecho y se siguen haciendo reveladores sondeos que nos proporcionan eficaces datos y detalles para el mayor esclarecimiento de los cataclismos acaecidos en el milenario transcurso de las épocas glaciales.

—Que, por los testimonios exhibidos, es indudable la comunicación y las relaciones que existieron —durante la Era Cuaternaria— entre esos dos poderosos y progresistas imperios y otros pueblos prehistóricos, a los que sojuzgaron e hicieron partícipes de los beneficios de su admirable adelanto en las ciencias y las artes, dejando en ellos imborrables huellas de su tan amplia como elevada cultura.

NOTAS DEL CAPITULO VII

- (1).- Del centro de Asia, Europa, y la India (persas, hebreos, celtas, eslavos, indios, germanos y helénicos).
- (2).- El P. Ludovico Bertonio traduce: *Diluvio*, Uma llokklla.- *Diluvio universal*, Pusi suu uraquero uma hallu apaquiña.- En cuanto al número de diluvios ocurridos, el Génesis determina 1, Jenofonte 5, Nonnus 3, llegando algunos hasta 12 y 15...
- (3).- Ing. Juan B. Minchin, Prof. Ing. A. Posnansky, Dr. B. Diaz Romero, profesores Dr. E. Kiz, K. Bilau, H. Ludendorff, R. Mueller, Rolf, Kolschuter, Becker, etc...
- (4).- Toponímicos aimaras de Venezuela: Chicagua, Calima, Caracas, Coro, Coroni, Cumana, Ocumari, Tacarigua, Teque, Chacopata, Pari, Paria, Chama, Churuni, Acarigua, Tucuragua, Sarasa, Suata, Carapa, Chirgua, Imataca, Sarare, Guajira, Guaica, Guasasapa, Macolla, Siranigua, Aragua, Naiguata, Apa, Uchire, Puri, Putucua, Irapa, Tucani, Tirgua, Tocuyo, Moroturo, Caranaj, Cari, Garicari, Carani, Mucuchachi, Payara, Challarli, Chivapuri, Cuyuni, Caroni, Cunucumuna, Caicara, Lupy, Maraguara, Putucual, Tucupita, Turuaca, Guachi, Caura y una veintena más.
- (5).- "La Civilización Chaco-Santiagueña", Hnos. Wagner, Bs. As., 1934.- "Un Museo de Antiguas Civilizaciones..." H. Kirchoff, "La Prensa", VI-1943.
- (6).- "Armas e Insignias de los Incas y su Procedencia Aimara", Cnl. F. Diez de Medina, "LA RAZÓN", 1-1-1946.
- (7).- "Música e Instrumental Tiwanakota", "LA RAZÓN", 1-1-1947, por Cnl. F.D.M.
- (8).- *Vestigios de la Atlántida* por Rafael Requena, Caracas, 1932.
- (9).- Entre los autores Vivante-Imbelloni y Braghine mencionan más de mil escritores, cartógrafos, códices y papiros.
- (10) *La Atlántida* por Ernesto Morales, Pág. 61, Buenos Aires, 1940.
- (11) La distinguida arqueóloga Srta. Olimpia L. Righetti se ha ocupado - con inteligencia y valiosa documentación - sobre las correlaciones existentes entre las religiones, los símbolos y los instrumentos de los pueblos citados, en "Dos Conferencias", Buenos Aires, 1942.
- (12) *Inscripciones e Tradiciones de América Prehistórica* por B. A. da Silva Ramos, 2 Tomos, Río de Janeiro, 1939.
- (13) Obra citada, página 76.
- (14) -"El ágil y culto historiador Morales dice en *La Atlántida*, Pág. 56 — basado en Gaffarel, Devigne y Donnelly— que era "un pueblo denso, a veces agresivo, conquistador"... "Pobló miles y miles de años antes de Cristo las regiones de ese desaparecido continente". Lo mismo que Tiwanaku en América.

CAPITULO VIII

La Nueva Deidad Monolítica Tiwanakota.

La ininterrumpida serie de tempestuosas granizadas y torrenciales aguaceros, recientemente desencadenados en el territorio nacional —muy especialmente en el Departamento de La Paz— han originado riadas, mazamoras e inundaciones extraordinarias. Todo lo cual, unido al movimiento sísmico del 24 de febrero ocasionaron lamentables desastres en Sapahaqui, Consata, Puerto Acosta, La Paz, Quillacollo, Punata, Trinidad, etc., y la anegación de varias haciendas aledañas a Tiwanaku, donde también se derrumbaron algunas casuchas y paredes, entre éstas una de la casa del Sr. Pascual Sunahua Fernández, situada a pocos pasos de la plaza principal del pueblo.

Al día siguiente, al colocar el cimientito para la pared a reconstruirse, el pico del albañil tropezó con el monolito, que fue exhumado de inmediato y, el cual motiva el presente estudio, encomendado honrosamente por la Universidad Mayor de San Andrés y por la Sociedad de Arqueología de Bolivia.

Reminiscencias.-

Jamás ha pasado por mente alguna poner en duda la pujanza, la bravura y el heroísmo de los conquistadores ibéricos, cuyos capitanes, a más de esforzados eran célebres tácticos y estrategas. Pero, tampoco nadie puede negar que su fanatismo religioso —arrasador de cuanto demostrara culto o reverencia a divinidades ajenas a las suyas— unido a la insaciable sed de gemas y metales preciosos, los arrastraba a la destrucción vandálica de los valiosos tesoros prehistóricos que, encontraban en su victoriosa marcha de conquista y sojuzgamiento de pueblos organizados y densamente poblados, como el poderoso Reino de los Aztecas y el renombrado Imperio de los Incas.

A las numerosas destrucciones realizadas por las avasalladoras milicias de los conquistadores, en la Metrópoli Prehistórica de Tiwanaku, tenemos que agregar la del ídolo monolítico descubierto recientemente (debido a las causas antes señaladas) pues, dicho ídolo manifiesta claramente haber sido partido en dos, por medio de una perforación practicada en la parte posterior, a la altura de los talones (1,10 m. de la base de sustentación).

Derrumbada así la parte superior de la estatua, se puede precisar que los fanáticos conquistadores procedieron a mutilar el rostro —casi en su totalidad— y el final de la coronación del tocado, grabando, a continuación, una cruz cristiana en la frente, y, a la altura del epigastrio, una inscripción que lleva la fecha en la cual se cometió tan bárbaro atentado: El año indicado es el 1577.

Luego procedieron a arrastrarlo, desde el lugar donde se encontraba erigido —posiblemente, en el sector del palacio de Kalasasaya— hasta el punto en el cual lo enterraron y que es el mismo donde se encuentra actualmente. Las huellas producidas por este largo arrastre —alrededor de 500 metros— son tan manifiestas que los surcos paralelos han borrado parte de las ideografías del tocado, del pecho y del cinturón.

Su basamento fue encontrado en la propiedad de otro vecino, Sr. A. Morales, hace algún tiempo. Este señor, sugestionado por sus familiares lo hizo arrojar al terreno abandonado de un antiguo cuartel —situado a unos 70 pasos de la plaza— con el fin de liberarse de los daños, enfermedades y muertes que su maléfica presencia ocasionaba continuamente. La perforación practicada en la base, para separarla de la parte superior, coincide exactamente con la realizada en medio de los talones del ídolo.

Denominación.-

El hermoso ídolo monolítico, como una consecuencia de las supercherías y creencias anotadas y, de otras que circulan en el ambiente popular, ha sido "*bautizado*" por los vecinos con el sugestivo nombre de "*Nankakjoro-aukji*", es decir: Viejo, perverso y maligno (1).

Pero, como resultado de nuestros estudios y observaciones, no se trata de un ídolo masculino sino de una deidad femenina; cuyas mamas destacándose suavemente sobre el pecho, unidas a las características trenzas aimaras y a los femeniles zarcillos colgantes de las orejas, determinan su condición sexual. Las trenzas, artísticamente buriladas, guardan analogía con las de la estatua magna tiwanakota, descubierta por el Dr. Wendel Bennet en 1932 y llamada PACHAMAMA por el Prof. Dn. Arturo Posnansky. Igual semejanza tiene con las de otras deidades. Este ídolo ha sido también nominado "Monolito Suñagua".

Material.-

Esta valiosa obra de la estatuaria tiwanakota, similar a muchas otras de los periodos Primitivo, Evolutivo y del Apogeo de la Gran Metrópoli Prehistórica de Tiwanaku ha sido diestramente esculpida en recio material, de color gris- ceniciento, roca volcánica metamorfoseada, constituida por la lava andesítica del volcán apagado *Kjappía* (aquel agujero), perteneciente a la cordillera peruana e inmediato al pueblo de Yunguyo (Yunkasuyu, Región de los Yunkas); dista más o menos 16 leguas de Tiwanaku, a donde era transportada en grandes balsas aimaras.

Al microscopio se hacen visibles las inclusiones cristalinas de obsidiana, feldespato, peróxidos y otros minerales.

A pesar de la gran distancia que separa Tiwanaku del *Kjappía*, éste era uno de los lugares de donde, principalmente, se abastecían del material pétreo resistente, empleado en las construcciones y monumentos tiwanakenses. El asperón, de poca consistencia, era llevado del Kimsachata, Chuñuchuni, etc.

Debido a la gentileza del sabio Ingeniero Químico Industrial, Doctor Barrande Hesse, en breve contaremos con su colaboración técnica para la realización de nuestros estudios químico-analíticos relativos a determinar la esencia y propiedades características de los materiales pétreos que utilizaban los canteros de la Metrópoli del Kollasuyo (región de los kollas), en la fabricación de los ídolos y demás obras de escultura, ingeniería y arquitectura.

Hallazgos arqueológicos.-

A inmediaciones de la deidad femenina se han encontrado dos cuentitas de turquesa (fosfato de alúmina con partículas de cobre) propias de los collares tiwanakotas. Para la fabricación de estas cuentas y otros adornos se utilizaban piedras semipreciosas, como la malaquita, ágata, coralina, turquesa, lapislázuli, calcedonia y otras. Esta última se la obtenía de las minas prehistóricas cercanas a Turco, distantes de Tiwanaku cerca de dos grados geográficos. Las otras provenían del *Chilla*, *Kimsachata*, *Coro coro*, *Copacabana*, etc.

Asimismo, se ha encontrado en la tierra removida, cerca de la deidad, un pequeño caracol (*molusco gasterópodo*). Este ejemplar unido al centenar de *paludestrinas*, *ancylus orestias*, etc., que poseemos en nuestras colecciones, prueba no solamente la existencia de lagos glaciales sino la de mares, que existieron antes de los hundimientos de la *Atlántida* y la *Lemuria* y del sollevamiento de la Cordillera Andina.

Época en que fue esculpida.-

Para determinar el período dentro del cual los artífices aimaras cincelaron la deidad monolítica —últimamente exhumada— hemos tenido en consideración tres factores primordiales:

- a) El material utilizado,
- b) La calidad de la mano de obra, y
- c) Las ideografías esculpidas.

a).- El material pétreo empleado por los canteros primitivos del Pre y Proto Tiwanaku era de escasa resistencia; principalmente consistía de *piedras areniscas*, *calcáreas* y de *asperón rojo* o *blanco*, fáciles de ser trabajadas con las herramientas rudimentarias que poseían y, las cuales en general, estaban trabajadas en *sílex* (pedernal o piedra de chispa). Los obreros del Período Evolutivo continuaron utilizando estos mismos materiales a los que incorporaron el procedente de las rocas eruptivas, es decir, lavas andesíticas, con las cuales siguieron trabajando durante el Apogeo, época en la cual estimamos fue erigida la deidad femenina, esculpida con dicho material y comenzado su trabajo en el anterior Período.

b).- El trazado y la composición escultural de la figura, la firmeza, habilidad y acabado de los dibujos e ideogramas cincelados, unidos al delineamiento de los brazos extendidos hacia abajo y el de las manos constituídas por cinco dedos nos manifiesta que dicha deidad fue trabajada con herramientas metálicas de gran dureza, como el bronce o *champi*, a fines del Período Evolutivo. Pero, como ya lo hemos dicho y lo diremos luego, ella fue terminada durante la Culminación de Tiwanaku.

c).- Las ideografías fundamentales de la deidad femenina son semejantes a las representadas en la llamada Puerta del Sol, así como a las de otros ídolos y monumentos coetáneos de la de esta Portada Monolítica.

Su tocado lo constituye el turbante peculiar de la estatuaría aimara -cuadrangular -ochavado- propio de las divinidades o de los supremos sacerdotes y, del cual irradian cuellos que, sin duda alguna, remataban en cabezas zoomórficas, pero las cuales no se puede determinar si eran de pumas o de cóndores, por haber sido destruidas. Alrededor del turbante se distinguen representaciones similares a las de los personajes laterales de la mencionada Puerta del Sol.

El rostro presenta la nariz mutilada y varios deterioros en el mismo. Felizmente las sienes y las mejillas se encuentran bastante bien conservadas, por lo cual se puede apreciar que los ojos se prolongan en alas, cuyos extremos rematan en cabecitas de felinos, muy parecidas a las trazadas en la Puerta del Sol. Igual semejanza existe con las dos irradiaciones que salen de los párpados inferiores de ambos ojos.

Las trenzas concluyen en cabezas de aves de rapiña, como en la *Pachamama*, deidad con la cual tiene varias y significativas similitudes. (Por ejemplo: los collares de estas dos divinidades aimaras están formados por cabecitas de las mismas aves, estilizadas de igual manera y ambas constituídas por el mismo número: *diez y seis*).

Las orejas están trazadas en ángulos rectos, característica de la estatuaria de este Periodo. De la parte inferior de los lóbulos se descuelgan, a manera de zarcillos femeniles, sendos cuellos prolongados en forma de U rectangular y cuyos extremos finalizan en cabezas de cóndores.

Sobre el pecho han sido cincelados dos soles aureolados con símbolos astrales, cuya estilización es característica del periodo del Apogeo.

En la región ventral los canteros aimaras —artífices de la piedra— han esculpido un Personaje que guarda analogía con el Central de la renombrada Portada Monolítica, el cual, como éste, lleva en las manos sendas armas estilizadas que, en ambos casos, simbolizan su condición de guerreros, de poderosos o de dignatarios.

Sobrepuesta a esta ideografía, los iconoclastas conquistadores, grabaron la inscripción antes indicada, perpetuando así su marca inconfundible de barbarie y de ignorancia!...

A lo largo del cinturón (*wakja-aimara*, "imperecedera"), sumamente deteriorada, apenas se pueden percibir los trazos del clásico signo escalonado, acompañado de otras figuras simbólicas que lo complementan.

Los muslos en sus partes frontal y laterales, tienen cincelados —a manera de un tablero de damas— ciento ochenta cuadritos, los cuales llevan inscritas líneas simbólicas.

Por los reveladores datos, antes consignados, se deduce que, el reciente descubrimiento de la deidad femenina constituye un valioso eslabón para el esclarecimiento del enigma existente en las creencias, ideas religiosas y prácticas rituales observadas en la Capital del extenso y poderoso Imperio de los kolla aimaras. Sus habitantes si bien es cierto que creían —a semejanza de los cristianos— en la existencia de un Ser Supremo y Creador de todas las cosas, el Dios PACHAKAMAK y conservaban sus mitos religiosos y sus creencias *animistas* y *totémicas* pues consideraban que los animales eran sus antepasados y los *manes* protectores de los ayllús o tribus a que pertenecían.

En la esplendorosa época del Apogeo de Tiwanaku, el *totemismo* aimara alcanzó su culminación, cuyo origen remonta a la Época Primitiva, como lo comprueba el gran número de esculturas, ceramios, pictografías y grabados. Por éstos se trasluce que el *tótem* no sólo se relacionaba con los animales sino con todas las cosas creadas, como cordilleras, cerros, ríos, fuentes, vegetales, etc., e igualmente con las fuerzas naturales, atmosféricas y telúricas.

Lo anteriormente afirmado tiene su confirmación en la lingüística y el folklore, por el hecho de subsistir incalculable número de vocablos que —a pesar de los milenios transcurridos— se conservan incólumes en su significación totémica, verbigracia: *Pumamarca* (ciudad del puma), *Pumakota* (lago del puma), *Titiconti* de *Titi-kjontu* (enterratorio del felino), *Titijawira* (río del felino), *Condoriri* (abundante en cóndores), *Jokolluni* (con renacuajos), *Jampaturi* (con sapos), etc.

Conclusión.-

Del examen y estudio que hemos podido realizar en la nueva estatua monolítica, deducimos las siguientes conclusiones:

- a).- Que no se trata de un ídolo masculino sino de una deidad femenina, como lo confirma el hecho de tener talladas mamas, trenzas y zarcillos, peculiares del sexo femenino.
- b).- Que el material en el cual fue esculpida la deidad monolítica es de roca volcánica metamorfoseada, procedente de la lava andesítica de un volcán.
- c).- Que dicha deidad se comenzó a trabajar dentro del Período Evolutivo. Se comprueba por la factura de las manos con cinco dedos, propias de dicho Período, y, que ella fue terminada durante el Apogeo, como lo atestiguan sus ideografías, características de esta Época.
- d).- Que ella constituye una bella y reveladora exteriorización de las creencias místico-religiosas y totémicas, observadas por los creyentes pobladores de la Metrópoli Prehistórica.

Sugestiones.-

Juzgamos oportuno sugerir a las autoridades encargadas de velar por la conservación de los monumentos nacionales:

- 1).- Ordenar y proporcionar los medios necesarios para que la nueva deidad sea reconstituída sobre su basamento y erigida dentro del amplio kiosco de la plaza de Tiwanaku, para protegerla de lluvias, granizo y demás elementos destructores.
- 2).- Hacer restaurar el monolito llamado *Rayu-kala* (de arenisca cuarzosa con cemento calcáreo), que se encuentra partido en cuatro fracciones —de las cuales tres hemos visto tiradas cerca del citado kiosco y una en la región de las ruinas— y colocarlo dentro del citado cobertizo existente en el legendario pueblo de Tiwanaku. (2).

NOTAS DEL CAPITULO VIII

(1.-) "... en el mismo lugar lo bautizamos aquel día con el nombre de Ñanka-Kjoro-Auki" ... Leo Pucher, "Ultima Hora", 8/3/1947.

(2.-) El hermoso kiosco fue mandado construir por el sabio políglota y gran patriota Dn. Manuel Vicente Ballivián.

CAPITULO IX

Simbología del Puma en un Vaso Sagrado Tiwanakota.

El texto del presente capítulo fue preparado por el Coronel Diez de Medina para la conferencia dictada en la Academia Aimara, y publicada en "Ultima Hora" el 30 de octubre de 1941.

Así como, si no todos, la generalidad de los pueblos prehistóricos, antiguos, modernos y contemporáneos practicaban o practican una determinada religión —considerada ésta en el más amplio sentido de la palabra, llámesela *Animismo*, *Fetichismo*, *Idolatría*, *Brahmanismo*, *Budismo*, *Catolicismo*, *Mahometismo*, o *Protestantismo*— es indudable que las creencias mítico-religiosas de los primitivos poblados aimaras (Antis, Kollas, y Chullpas) de la altipampa andina estaban estrechamente relacionados con el *fetichismo* y el *totemismo individual* o *colectivo*, desde sus orígenes hasta las épocas de su grandioso apogeo y de su nefasta decadencia. Tanto los animales cuanto los cuerpos inanimados eran considerados como los representantes o protectores del hogar, del ayllu, de la comunidad o del estado y con los cuales consideraban estar ligados, hasta por vínculos de parentesco, como claramente lo confirman sus milenarias leyendas y el hecho de llevar gran parte de ellos y sus descendientes —aún en la actualidad— apellidos hereditarios de astros, animales, vegetales, minerales, de fuerzas y de fenómenos naturales y sobrenaturales, como los siguientes:

Los *Pajsi* (luna), *Wara* (estrella), *Nina* (fuego), *Condori* (cóndor), *Mamani* (aquilino), *Poma* y *Puma* (león americano), *Huari* (vicuña), *Amaro* (serpiente), *Huallpa* (gallina), *Jamachi* (pájaro), *Chaiña* (jilguero), *Huaironco* (abejarrón), *Chichillanca* (mosca), *Cori* (oro), *Chaula* (pez). *Collque* (plata), *Champi* (bronce), *Calani* (con piedras), *Yapo* y *Yapu* (sementera), *Tonco* (maíz), *Choque* (patata), *Choquenaira* (ojo de papa), *Lima* (planta acuática), *Janco* (blanco), *Wila* o *Vila* (colorado y sangre o sanguinario), etc., etc., (1).

Cuando uno o varios ancianos autóctonos aimaras, de las haciendas "Siripaca", "Collasuyo" o "Yanarico" (2), dejando a un lado viejos prejuicios religiosos y raciales, hacían llegar a nuestros oídos, en medio de íntimas y reservadas pláticas, nombres mitológicos como TITIWAWANACA (hijos del sol), TITIWAWANHAKHE (hombre hijo del felino), TIWANAKU (altar del wanaku), AYMAYA HAYAMARA, nuestra imaginación no podía menos que llevarnos al campo de las disquisiciones mitológicas, obteniendo como resultado de ellas, variadas ideas sugestionantes sobre el origen del nombre de la gran metrópoli tiwanakense, así como sobre quiénes fueron sus primitivos pobladores, pero, como ellas no son materia de la presente conferencia ni constituyen argumentos de suficiente valía para desenmarañar los arcanos que envuelven estos misterios —carentes aún de luz en nuestra prehistoria— nos limitamos a dejarlas sentadas en el presente trabajo poniendo de manifiesto que asimismo son pruebas complementarias de lo anteriormente expuesto y, de que en el *Totemismo* se basan también los nombres de los clanes, ayllus, tribus y estados que tienen como atributo, o distintivo de ellos al PUMA o al TITI (felinos americanos). Esto indubitablemente se comprueba por la existencia de comarcas y poblados prehistóricos —dentro y fuera del territorio nacional— que hasta en la actualidad llevan nombres derivados de dichos felinos, verbigracia, los que damos a continuación:

Pomata, puma huta, la casa del puma, en la costa peruana del lago Titicaca;
Pumacota, puma khota, lago del puma, cerca de Laja, La Paz;
Pomabamba, puma pampa, llanura del puma, en la provincia Azurduy, Chuquisaca y en el Perú;
Pomahuasí y *Pumahuasi*, la casa del puma, en las repúblicas del Perú y la Argentina;
Pumacanchís, los Khanchis pumas, cerca del Cuzco, Perú;
Pumapuncu, puerta del puma, alrededores de Tiwanaku, La Paz;
Pumasara y *Pomasara*, por donde va el puma, sudeste de Viacha ya diez kilómetros de Ayoayo, respectivamente;
Titicaca, titi khakha, cerro del felino, en la Isla del Sol, Lago Sagrado;
Titini con felinos, al pie del Ouimsa Chata, Tiwanaku;
Titiri, que era del titi, cerca de Jesús de Machaca, La Paz;
Títicachi, cercado del felino, inmediaciones de Copacabana;
Titihuyu, canchón del titi, al pie del Chilla, Tiwanaku;
Titilaya, lugar del titi, Larecaja, La Paz;
Titichaca, puente del felino, cerca de Viacha, La Paz;
Titiphuyu, vertiente del titi, alrededores de Pucarani, La Paz.

En la anterior enumeración hemos citado solamente los nombres de los poblados en cuya composición intervienen el PUMA y el TITI, por estar éstos directamente relacionados con el tema que vamos a desarrollar, prescindiendo de todos aquellos en los cuales forman parte otros animales u objetos inanimados, tanto dentro del país como fuera de él.

El arte coreográfico de los aimaras está también íntimamente relacionado con sus creencias mítico-religiosas, como se puede apreciar en el baile (*Tokho*) de los "*Khenakhenas*" y "*Khellachis*" en los cuales los atavíos de los bailarines (*Tokhoris*) llevan cubriendo sus hombros, pecho y espaldas con cueros curtidos de tigre, porque consideran que sus antepasados eran descendientes de este felino. De igual manera que los "*Chokhelas*" llevan una piel de *Wari* (vicuña) sobre la espalda y *Khamakhes* (zorros) colgados de las manos, porque piensan que lo eran de estos animales lo mismo que los "*Sicuris*" (zampoñeros) del *Suri* (avestruz) y del *Kunturi* (cóndor), etc.

Hemos creído conveniente referirnos a los anteriores fundamentos sobre el folklore religioso de los primitivos aimaras, por conceptualarlos necesarios para la mejor comprensión de la materia que trataremos, brevemente, en la presente exposición. En consecuencia, entramos de lleno a interpretar el simbolismo del PUMA representado primorosamente en el vaso sagrado tiwanakota, cuya reproducción la hemos ejecutado con absoluta fidelidad y la cual ha sido propuesta para servir de emblema a la "Academia Aimara", institución a la que tengo el honor de pertenecer.

Dicho ceramio, que forma parte integrante de nuestra colección arqueológica, está elaborado de fina arcilla mezclada con caolín y tiene un brillo tan resplandeciente que parece haber sido bruñido a fuego. Su color es el de la castaña (rojo, anaranjado oscuro) y mide 162 milímetros de altura. Su diámetro superior es de 131 mm., y el inferior de 78 mm. En el tercio superior tiene una faja en relieve, de 38 milímetros de ancho, sobresaliente un milímetro de la superficie exterior y en la cual lleva matizado como motivo decorativo y simbólico cuatro cabezas antropomorfas, diestramente estilizadas y colocadas unas detrás de las otras. Debajo de éstas se encuentran dos PUMAS simbólicamente pictografiados, uno delante del otro. A uno de ellos nos referiremos en el desarrollo del presente trabajo, pues los dos son matemáticamente iguales.

Después de haber realizado un detenido y minucioso estudio, juzgamos que el simbolismo pictográficamente representado en ese felino es la expresión de ideas abstractas que encierran las cualidades inherentes al mismo, es decir: *Fuerza, Bravura y Agilidad*; y, como él lleva la cabeza ornamentada con la clásica corona tiwanakense (*pillu*), formada por dos irradiaciones finalizantes en sendos anillos anaranjados y separados por un penacho de plumas en forma de cola de ave, manifiesta que le es atributiva la cualidad *dignataria* o de elevada *jerarquía*, y como él está munido de alas, expresa que también posee el don de *ubicuidad*.

Las alas desplegadas por estar acompañadas de irradiaciones terminadas en cabezas de pescados estilizados, así como por llevar en su centro un anillo astral —circunscribiendo al órgano de la visión— significa que ese don se ejerce no solamente en la tierra sino a través de las aguas y de las regiones etéreas, y como tanto las manos cuanto los pies se encuentran representados antropomórficamente, se exterioriza, en forma gráfica, que al mismo tiempo está dotado de las características propias de los seres humanos.

Respecto a la S que, el citado PUMA, lleva pintada en el vientre y a las ESES pequeñas de los cuellos de ambos pescados, suponemos —como lo afirma el Profesor Posnansky, cuando a ella se refiere en algunas de sus obras— que simboliza MOVIMIENTO.

El ojo grande y expresivo, de pupila negra amplia, con esclerótica de nivea blancura y circundado por un anillo anaranjado, alrededor del cual figuran líneas sinuosas, indicadoras de rápidos movimientos, juzgamos ser signos que expresan INTELIGENCIA.

El anillo anaranjado que porta pendiente del cuello, por medio de un cordoncillo ondulado, blanco, pensamos que es la representación de un cuerpo astral y con el cual está ligado por una estrecha relación —lisa y llanamente— sin especificar si es el sol, la luna, mercurio, venus o cualquier otro cuerpo celeste. Nosotros hicimos notar al distinguido antropólogo mejicano, Dr. Dn. Alfonso Caso —mereciendo su espontánea afirmación— que no existe fundamento verdaderamente serio para poder afirmar, de una manera concluyente, que el anillo anaranjado o amarillento pendiente del cuello de algunos pumas o felinos pueda interpretarse —según alguno lo juzga— como el símbolo de la luna. Por consiguiente, el zoomorfo portador del mismo está dedicado a dicho astro por la simplísima razón de llevar muchos felinos, indistintamente, anillos blancos, rojos, plomos o negros; otros, que son portadores de anillos o rectángulos dobles, triples, cuádruples y hasta quintuples, matizados de distintos colores y de diferentes anchos; no pocos, que lo tienen situado en medio de las extremidades inferiores, sobre el dorso, adelante o atrás del cuerpo del PUMA y, finalmente algunos que llevan representada una cruz o policromías, ya simples o ya compuestas.

La cruz o cruces que tienen pictografiadas en el pecho los felinos de los pebetes, llevados por los sacerdotes y feligreses de Tiwanaku, en sus ceremonias o procesiones mítico-religiosas, podemos afirmar-basados en múltiples documentos existentes en nuestro museo particular y en el Museo Nacional "Tiahuanacu"- que dicha cruz, como la que lleva en el pecho el dios egipcio Serapis, es símbolo de SALUD y VIDA.

La representación de la cola, cuyo extremo superior está unido al cuello por medio de articulaciones rectangulares alargadas, policromas e inscriptas las unas dentro de las otras y que concluyen por el extremo inferior en una cabeza anaranjada de felino, completamente apoyada en la línea básica de la pictografía, creemos que quiere significar la relación estrecha que liga a dicho animal con la PACHAMAMA ("madre tierra", en aimara qeshua), y no, como alguien cree ver en esa disposición de la cola baja, un indicio de mansedumbre!...

Consideramos que ello está completamente alejado de lo cierto. Puesto que, así como la cola erguida de un animal, igual la mano levantada de un duelista a sable o florete, significa universalmente *invitación* o *estar listo* para iniciar el ataque; cuando aquella o ésta se baja, como la del PUMA o la del duelista, es para *lanzarse* sobre el adversario o para *echarse a fondo*, respectivamente. Por lo tanto hay un error manifiesto al suponer que dicha actitud pudiera significar mansedumbre o cobardía. A nuestro entender y contrariamente a tal prejuicio, consideramos la interpretación de ASTUCIA, ACOMETIVIDAD y PRESTEZA para la ejecución de un determinado acto vital.

Si reunimos las cualidades deducidas de las que representa el PUMA en sí, con las que nos proporciona la posición de la cola, emanan de ese conjunto las características inherentes al GUERRERO, AUCASIRI, sea éste: APU (general), MALLKU (jefe), MICHISIRI (arquero), KORAWASIRI (hondeador), etc.

Esta calidad de guerrero la encontramos gráficamente simbolizada. Una de éstas nos muestra una bella escultura del PUMA, finamente esculpido en basalto negro; mide 51 milímetros de largo, 17 de ancho y 35 m.m. de alto. Lleva, fuera de otros bajo relieves y grabados, diestramente elaborados, dos cabecitas-trofeo, situadas a ambos lados de recia cruz y unidas a vigoroso occipucio por medio de cuatro cintas sostenes. La segunda, nos hace ver reducida a un tercio de su tamaño natural, la pictografía ejecutada en un cántaro de mediano tamaño, de formas armoniosamente proporcionadas y bellas, que simboliza a un felino con cabeza, ojos, manos y pies humanos, llevando en su mano izquierda un *dardo* estilizado. Y, como tanto las *cabezas-trofeo* cuanto los *dardos* y *demás armas* son —desde tiempos inmemoriales— atributos de los guerreros, no cabe la menor duda de que con ellos se ha querido representar sus cualidades guerreras.

Como conclusión y resumen de lo anteriormente expuesto sentamos que, la simbología del PUMA descripto expresa:

- a) *Dignidad, jerarquía y autoridad*, por llevar corona, el *pillu* aimara;
- b) *Inteligencia* por la forma y expresión de los ojos grandes;
- c) *Relación astral*, por el anillo que lleva colgado del cuello;
- d) *Don de ubicuidad*, por las alas portadoras de astros y pescados;
- e) *Fuerza, bravura y agilidad*, por ser cualidades inherentes a los felinos;
- f) *Astucia, presteza y acometividad*, por la posición de la cola.

CAPITULO X

Máscaras Tiwanakotas,

1.- Origen y reseña histórica.-

El uso de las máscaras se remonta al lejano *período paleolítico*, en el cual los moradores cavernícolas buscaban con avidez las cuevas, cavernas o cavidades para protegerse de la intemperie, de los fenómenos atmosféricos y de los animales feroces que, a cada momento, los conmovían y atacaban. En las paredes de dichas cavernas se hallan grabadas o pintadas inscripciones y leyendas mudas de la vida y costumbres de los trogloditas. Se puede apreciar en ellos hechos de su vida primitiva: creencias, combates y cacerías. En varias de ellas se advierte que algunos de los jefes, mandones y subalternos llevan puestas *máscaras simbólicas*, prueba palpable de su uso y empleo en tan remota edad.

Esas inscripciones representativas son similares a las que, en igual forma, están grabadas sobre las rocas y las piedras de las montañas, de los lagos, lagunas y ríos americanos, europeos, africanos, asiáticos e islas a ellos pertenecientes.

En las cuevas paleolíticas de Europa, por ejemplo en las francesas, se hallan pintados algunos bailarines portando *máscaras* con cabezas de venados y camélidos. Inscripciones y pinturas parecidas se observan en los muros de los templos paganos de la India, del Egipto y de la China, en las que los sacerdotes u otros dignatarios, aparecen con máscaras simbolizantes de sus divinidades, que los amparan de los espíritus malignos y los demonios.

Las *Máscaras*, como es sabido, se usan para encubrir el rostro de los vivos y el de los difuntos. Se las ha utilizado en ambos hemisferios desde los tiempos primitivos, en los que se originó su recia raigambre.

Estamos convencidos de que en la asombrosa e irradiante cultura del poderoso Imperio de Tiwanaku —cuyo origen se desvanece en la lobreguez de épocas muy remotas— se han usado, en primer lugar, las máscaras animísticas y, con posterioridad, las destinadas al culto del totemismo y al ejercicio de las artes mágicas, supersticiosas, maléficas y de brujería. Por ello se puede asentar que tuvieron por base fundamental el *animismo*, seguido del *totemismo* y de sus prácticas religiosas; creadas con fines benéficos de protección para los individuos, aillus, pueblos y naciones del tiempo antiguo. En su uso y variedad de formas son semejantes a las que se utilizan —hoy en día— en casi todos los países del mundo.

Los primitivos kolla-aimaras, intensamente dominados por el animismo, fueron el resultado inmediato y natural de las primeras manifestaciones de la civilización primigenia, en medio de la cual tenían que actuar con sus rudimentarios sentidos y sojuzgados por quiméricos conceptos demoníacos, por espíritus fantasmagóricos, dañinos, malignos y perniciosos, de cuya horripilante vista les era forzoso librarse, ya burlándose de ellos astutamente, ya ofuscándolos mediante artificios o ya convenciéndolos —como ellos lo imaginaban— de que cuando tenían puestas espeluznantes máscaras quedaban libres de sus ataques.

Por otra parte, a los altos dignatarios del grandioso Imperio de los aimaras, *Apus*, *Mallkus* y *Kurakas*, les era obligatorio ponerse máscaras (*son- konaka*) para poder administrar las prácticas requeridas por la justicia y el ejercicio de los ritos religiosos, mortuorios y guerreros, así como también para realizar los actos inherentes a las conmemoraciones y demás festividades, para ejecutar en especial sus variadísimos bailes y danzas e igualmente, para dirigir los juegos deportivos y pronunciar los fallos respectivos, en sus numerosas recreaciones al aire libre (v. gr., en las carreras de ligereza, los *jaltiris*; en la pelea a puñadas, los *tchakusiris*; en el lanzamiento de proyectiles con hondas los *kchorawasiris*; y en el arrojamiento de dardos o de flechas, los *michchisiris*).

2.- División y clasificaciones.-

Las máscaras, mascarones, caretas y antifaces las agrupamos en:

Fúnebres y Mortuorias, máscaras destinadas a recordar y honrar la memoria de los muertos (p. ej.: las que cubren el rostro de los difuntos).

Sagradas, Religiosas y Rituales, correspondientes al culto, a las ceremonias y al rito (p. ej.: las figuradas en los vasos sagrados o libatorios y en el de los sacrificadores).

Rememorativas, Guerreras y de Homenajes, relacionadas con temas bélicos y recordatorios (p. ej.: las portadas por los Apus y Mallkus en la Portada Monolítica).

Protectoras, Totémicas y de Maleficios, usadas contra los demonios, daños y supercherías (p. ej.: las máscaras totémicas y las portadas por los brujos y hechiceros).

Folklóricas, Bailes y Danzas, las de motivos evocatorios, de guerras y de folklore (p. ej.: las llevadas por "La Diablada" orureña, los "Wakatokoris", "Kusillos" y "Chirihuanos").

Musicales y Orquesticas, las usadas en reuniones y conjuntos de varios instrumentos (p. ej.: los grupos melódicos, los "Tuallas" de Curva y de Italajaque).

Teatrales, Cómicas y Dramáticas, sean plácidas o trágicas, serias o jocosas (p. ej. : las que cita J. Lara del Inkanato, "Añansauka", "Ayachuku", "Llamallama" y "Jañansi" o las que usaban los griegos y romanos durante sus representaciones en el teatro).

Ornamentales, Decorativas y Arquitecturales, destinadas al adorno personal y al ornato de edificios y objetos (p. ej.: las caretas de oro y plata cubridoras del rostro de los vivos).

Festivales, Placenteras y Recreativas, para las diversiones, los entretenimientos y el regocijo (p. ej.: las máscaras para Carnaval, *Anata*, de los *Tokori-anatiris*).

Algunas de estas máscaras pueden estar comprendidas en las agrupaciones ya enumeradas.

Dentro de la anterior *División y Clasificaciones* se encuentran contenidas las máscaras *prehistóricas*, las *antiguas* hasta el siglo V, las de la *época medieval* y las *modernas o contemporáneas*.

3.- Materiales empleados en las máscaras.-

Por lo general éstas han sido y son hechas de diferentes substancias, entre las cuales citamos las que van a continuación, por épocas:

En la *Época Prehistórica* las caretas estaban elaboradas en *oro, plata* y — raras veces— en *cobre o bronce (champi)*, en laminaciones muy delicadas y finamente pulimentadas. Ellas se han encontrado y se hallan hoy en las capas sedimentarias, estratos y en cauces o lechos de ríos a profundidades mayores de un metro, tanto en Tiwanaku y sus alrededores como en Escoma, Tarabuco, Cochabamba, Tarija y Chuquisaca. Son similares a las halladas en las sepulturas del Gran Chimú, en su capital Chanchán, en Nazca, Arequipa, Moche y Pachakamak y otras regiones del centro y costas del antiguo Perú. Asimismo, son semejantes a las excavadas en los sepulcros de la Acrópolis de Atenas e igualmente a las primitivas de los mexicanos, guatemaltecos y hondureños.

Todas las máscaras, antes citadas, estaban destinadas a proteger los difuntos de las acechanzas de los demonios, espíritus perniciosos y genios aciagos en sus recorridos por las regiones siderales.

En la necrópolis tiwanakota elaboraban mascaritas auríferas, de 3 á 6 centímetros, para colocarlas sobre la frente, la boca y el pecho de los cadáveres. Cuando éstas no pasaban de uno a dos centímetros las introducían en el canal auditivo, para que los difuntos no escucharan las tretas de los espíritus maléficós; o bien, las metían en las fosas nasales a fin de que no les llegara el tufo mortífero demoníaco.

Las máscaras de *oro, piedra, madera o calavera* taraceada con piedras preciosas, como las mexicanas de Teotiwakán, Guerrero y Oaxaca, eran el máximo de la belleza, del arte y de la eficacia para engañar —alucinando— al príncipe de las tinieblas: el demonio.

Las *máscaras de plata* diestramente repujadas en finas láminas, como las de Tiwanaku y sus contornos, Colkapirua y otros sitios de Cochabamba, El Saire de Tarija, Yamparáez de Sucre y las peruanas de Ancón, Nievería, Trujillo, Moche y otras zonas peruanas eran elaboradas con los mismos fines protectores que las auríferas.

Las caretas *pintadas* o *tejidas* en delicadas telas con uno, dos o más colores servían —de la misma manera— para proteger los cadáveres momificados de los atisbos diabólicos, tanto en los atisbos diabólicos, tanto en Paracas, Chimú, Warmey y otros pueblos del Perú Primitivo, como en algunas momias altiplánicas. En la gran Metrópoli aimara no se han encontrado de esta clase de cubre-faces, porque las catástrofes las llegaron a destruir, y por la misma razón que —en los estratos profundos de la región— no se encuentran sustancias orgánicas, como madera, lana y algodón, por causas químicas de descomposición producidas por diluvios, inundaciones glaciales y otros cataclismos que las deshicieron y transformaron en distintas sustancias, durante el largo e incesante correr de los milenios.

Igual destrucción han sufrido las máscaras de madera, suela y de otras materias orgánicas empleadas en su confección. Sus fines y propósitos eran los mismos que los enumerados.

Respecto al por qué la momia helada del "Príncipe" indiecito, excavado en el picacho de "El Plomo", frente a Santiago de Chile, no tenía *máscara mortuoria* expresamos que, durante el desarrollo de la expedición verificadora al adoratorio del citado picacho, situado en la Cordillera Andina, a 5.400 metros de altura, se comprobó ser auténtico el cadáver helado, su noble vestimenta, los adornos de plata principescos y los utensilios que acompañaban a la momia. Se comprobó, al mismo tiempo, que todo ese valioso conjunto correspondía a la clásica época de los Incas, poniéndose en conocimiento, asimismo, que si a la momia del "Principito" le faltaba la *máscara mortuoria* se debía a que se trataba de un "sacrificado", quien —como tal— estaba bajo la inmediata protección de los "Achachilas", genios y señores del Ande y, quienes de igual modo, velan a las momias o "chullpas" del altiplano Perú-Boliviano.

Las *máscaras esculpidas* en *piedras resistentes* como el basalto, la traquita, el cuarzo y la obsidiana se encuentran primorosamente cinceladas, afiligranadas y pulidas con asombrosa maestría en los sagrados vasos libatorios, en las vasijas rituales de las divinidades y en la renombrada Puerta del Sol; en la que tanto la cara del Personaje Central, "Apu-Mallku-Wirajocho", como la de sus "Mallkus", altos jefes del ejército, están representados con los rostros cubiertos por máscaras antropozoomórficas. El motivo principal reproducido, en casi todas estas máscaras simbólicas es el de "Wirajocho" —aún no divinizado— o la de sus "Apus", generales, quienes se encuentran rindiéndole pleito homenaje, a su regreso de la larga y gloriosa campaña realizada en el Norte y Noroeste del Imperio kolla-aimara, de la que regresaron victoriosos, después de haber librado cruentas y numerosas batallas, dejando en las naciones y pueblos conquistados el sello

indeleble de su adelantada cultura, tanto en las ciencias siderales como en las bellas artes, las cuales transmitieron con asiduidad, esmero y desinterés a los países sojuzgados.

En las *máscaras* o *caras humanas arquitectónicas*, cinceladas en dura traquita, que coronaban el ciclópeo Palacio de Kalasasaya, se advierte el "akullico" ritual o abultamiento debido a la coca. Estaban colocadas allí para precautelar e impedir que los diablos, los genios o los espíritus perjudiciales hicieran daños a sus moradores y al Palacio o Templo del Sol, sito en Kalasasaya.

Los mayas, los aztecas y los quichés, tanto de México como de Nicaragua, usaban máscaras líticas perfectamente cinceladas con el mismo propósito, es decir, evitar los males demoníacos a los que las portaban o colocaban en los sitios sagrados de sus hogares.

Los bajos relieves de los grandiosos monumentos mayas, mexicanos y guatemaltecos, así como los ciclópeos edificios, estatuas y estelas de Chavín, Chanchán, Lurín y Pachakamak, igualmente que los tallados líticos y los wakos simbólicos, de la altiplanicie sudamericana, muestran que el uso de las máscaras no les era desconocido ya que los dioses, los sacerdotes, guerreros y sacrificadores tienen el rostro cubierto con ellas y, muchas veces, acompañadas de vistosos penachos. La mira del arte ritual, entre los pueblos prehistóricos era la de conjurar las supremas fuerzas.

Las *máscaras* tiwanakotas elaboradas en *cerámica*, con gran destreza y resaltante bruñido, son policromas y han sido fabricadas en buena arcilla, mezcladas con caolín, del que se hace la porcelana, inventada por los chinos dos siglos antes de Jesucristo. En varios de esos ceramios se hallan reproducidos los personajes, o mejor dicho, los *jefes* laterales de la gran Portada Monolítica, pintados con brillantes y significativos colores. En otros se reproducen las ficticias faces de divinidades animalísticas o de seres humanos, en forma jocosa, irónica, furiosa o atemorizante. Y muchas de ellas presentan exagerado pragmatismo, junto a narices, bocas y ojos monstruosos. Dentro de las mismas máscaras existen —asimismo— configuraciones de dioses felínicos, de negroides y de chinos o japoneses. Muy pocas, de esta misma clase, exhiben antifaces que cubren la cara del dios puma, de la divinidad pescadora o de cualquier animal bravo. De todas estas representaciones simbólicas existen numerosos ejemplares en los ceramios de Tiwanaku, Cacha bamba, Chuquisaca,... de Nazca, Moche, Cuzco y otros puntos del Perú Prehistórico, del Imperio Azteca y de los pueblos emigrantes de éste a Guatemala y Nicaragua preincaicos.

En todas estas remotas culturas las divinidades, los sacerdotes y los encargados de ejecutar los sacrificios usaban *máscaras*, acatando así los ritos ceremoniales establecidos para ofrendar al dios o la deidad agraviada la víctima propiciatoria (uno o varios seres humanos, fieras o animales domésticos) con lo cual, se imaginaban, detenían la ira celestial. Estas *máscaras* son también semejantes a las que se han encontrado en los estratos primitivos de la Edad de la Piedra, durante las recientes excavaciones hechas en los estados del Sudeste norteamericano y son igualmente similares a las coetáneas halladas en las islas Vancouver, del Caribe, de Australia...

Los *ceramios* tiwanakotas, raras veces, reproducen máscaras protectoras contra la acción de los genios maléficos, perniciosos y contra los amagos de los brujos o de los hechiceros. En general, éstas se encuentran figuradas en los vasos llamados "tchalladores" —rociadores rituales— destinados a la ofrenda de chicha, o licores alcohólicos para la "Pachamama", diosa de la tierra fecunda.

En casi la totalidad de los pueblos y naciones primitivas de América del Sud, además de los ya nombrados, como Argentina, Chile, Venezuela y Ecuador se encuentran en los estratos profundos vasijas, recipientes y diversas modelaciones hechas en *cerámica* de caretas antropomórficas y animalísticas o la combinación de ambas (por ejemplo, las excavadas en las haciendas de Puchues y San Isidro, en Carchi, Imbabura y Manabí).

Las máscaras prehistóricas de *madera, calavera, marfil y hueso* taraceadas e incrustadas con pequeñas cuentas o con pedacitos pulidos de esmeralda, turquesa, calcedonia u otras piedras preciosas son muy raras y de incalculable valor arqueológico. En Oaxaca, Teotihuacán y Chichén-Itza,... México, se han descubierto hermosos ejemplares de esta clase de máscaras (verbigracia, el excavado en el Estado de Guerrero).

Los primitivos pobladores y los indígenas actuales de las numerosas islas de Oceanía, Nueva Caledonia, Tasmania, Nueva Zelandia, Hawai, Nueva Guinea,... usan máscaras hechas de *madera, bambú, corteza de árbol, calabaza y caparazón de quelonios*: tortuga, carey y galápagos. Simples o pintadas de uno o varios colores, están destinadas para el ejercicio del culto y las ceremonias religiosas, así como también, para el alejamiento y rechazo de los espectros perniciosos o de los daños provocados por los magos, brujos y hechiceros.

Luego vienen las máscaras confeccionadas en *telas* de algodón o lanas de alpaca, vicuña y llama. Como ejemplo de éstas citamos las que cubren los rostros de las momias del Paracas peruano, igualmente que de otros lugares primitivos del Alto y Bajo Perú. En Tiwanaku y sus inmediaciones no se han descubierto caretas hechas de este material, debido a las causales que hemos anotado anteriormente, al ocuparnos de la descomposición producida en los estratos hondos de Tiwanaku.

Poseemos en nuestras colecciones arqueológicas *máscaras de madera*, que tienen un apéndice en la parte inferior para introducirlo en tierra; como las encontradas en los cementerios de Pachakamak, Nievería y el Callejón de Huailas, Perú. Son los equivalentes a las cruces de los cristianos que se colocan sobre las tumbas y sepulturas.

Las máscaras del Medioevo se hacían y utilizaban, en primer lugar, para cubrir y proteger el rostro de los caballeros que, en sus renombradas justas, lidias y combates singulares, defendían con fanática bravura su Religión, su Patria y los colores de su Dama. En segundo lugar se usaban, para coadyuvar a los propósitos teatrales, en cuyas representaciones de comedias y dramas los actores trataban de parecerse, lo más aproximadamente posible, a las personas que representaban en dichas actuaciones, para lo cual les era imprescindible el uso de máscaras, pinturas y agregados simbolizantes.

Desde poco antes, durante, y corto tiempo después de la *Edad Media*, las máscaras y las caretas se hacían primeramente de *corteza de árbol, madera, yeso, lienzo, cartón y cera*, varias de éstas reforzadas con *telas*. Luego vinieron las de *maderas duras, de alambres entretreídos, de cerámica y de piedra*, finalmente las *metálicas, de hierro, acero*, muchas mezcladas con *laca* y materias *resinosas*, como las usadas por chinos, japoneses y tibetanos.

Los griegos, romanos, sirios,... las usaban en forma de yelmos largos y agrandados que cubrían toda la cabeza. Se asevera que las helénicas tuvieron su origen, principalmente, en las que portaban los jefes de las ceremonias y ritos fálicos.

En la *época moderna* y en la *actual* las substancias orgánicas empleadas para la elaboración, arreglo y composición de las máscaras son, más o menos, las mismas que las mencionadas en los párrafos anteriores. Las caretas del tiempo presente difieren de las precedentes sólo en su presentación, que es más artística, más delicada y más perfecta.

Los negros africanos del Sur usan mascarones para amedrentar a sus enemigos, para realizar actos rituales, religiosos y de danzas. Son de madera con embutidos metálicos, de marfil, conchas y huesos parecidas a las de la India, Ceilán, Borneo, Tibet y China. En estas últimas aparecen además con horribles budas.

Tanto en los pueblos del *presente* como en las tribus *actuales* del Sud Este (chorotis, bororós, chiriguano,...) se usan máscaras para rechazar el ataque de brujos y genios maléficos,

para disfrazarse en Carnaval y para ejecutar sus danzas. Son similares a las de América, África y Australia. Existen desde modelos simples, de madera pintorroneada con uno o más colores, hasta los complicados con añadidos de nuevas creaciones.

En la elaboración de máscaras y mascarones de gran parte de nuestro continente, los indígenas de Bolivia, Perú, México y Norteamérica sobresalen en la fabricación de éstas, por su mayor belleza, su refinado arte y por la enorme variedad de modelos. Las máscaras de "La Diablada", de Oruro, según el concepto de extranjeros y entendidos en la materia, son las más extraordinarias, impresionantes y atractivas. Participa de esta opinión el público que las juzga imparcial y desinteresada mente, teniendo en cuenta su asombrosa diversidad, su expresivo simbolismo lugareño, su singular ingenio y su extraordinario valor artístico. Todo ello sin descuidar ni menos salir del tema demoníaco, en el cual lo acompañan animales totémicos: el "cóndor", el "sapo", el "gato" y otros felinos.

Esta incomparable mascarada, "La Diablada", está presidida por el rey de los demonios, Lucifer, escoltada por dos satanaces a los que siguen los diablos. Finaliza la comparsa un deslumbrante Arcángel Miguel, portando irradiante casco, flamígera espada y brillante escudo. Toda esta emocionante caravana diablesca baila, salta y se desliza al compás rítmico de una armoniosa música folklórica.

Tan preciadas *máscaras* diabólicas las hemos descrito en otra oportunidad, más o menos en los siguientes términos. Dichas *máscaras* orureñas ostentan bellos y expresivos ojos radiantes, circunscriptos por rizadas e hirsutas pestañas y cejas, ridículas y bipartidas narices, satíricas bocas de voluminosos labios y puntiagudos colmillos felínicos. Todo este macabro aspecto está cargado de terríficos dragones, cuyas devoradoras fauces y vampirescas alas rematan en aguzadas uñas, exhibiendo intercalados terríficos basiliscos, repugnantes batracios con alargadas y ponzoñosas lenguas viperinas, acompañados de otros bichos dañinos y repulsivos. En medio de éstos y sobresaliendo a los prominentes carrillos, a las lustrosas frentes y a la nariz se encuentran pintadas tremendas heridas sangrantes. Coronan este singular semblante colosales y vistosas cornamentas, junto a blondas, blancuzcas y renegridas cabelleras.

Toda la cuantiosa variedad de máscaras, mascarones, caretas y antifaces antes mencionados tiene entre sus principales propósitos ahuyentar los espíritus perniciosos, precaver las enfermedades, evitar los daños domésticos, los hechizos y demás brujeríos. Para lo cual las tribus salvajes y selvícolas de nuestro territorio y del mundo entero usan *máscaras* o *caretas*. De la misma manera que los iroqueses, esquimales y otras tribus norteamericanas utilizan los mascarones y las máscaras totémicas, colocadas bajo los aleros de los techos o tallados en los postes de los tótems. Muchos de estos mascarones representan animales feroces de bocas felínicas, cóndores, águilas y otras aves de rapiña, asimismo Que monstruos con enormes y afiladas cornamentas.

En numerosas tribus nómades, sin cultura, cuando los salvajes carecen de caretas se pintarrajean el rostro, o se lo tatúan con y sin incisiones, por ejemplo, las tribus del Congo y de Nueva Zelanda, como también los pueblos del Tibet chino. Estas pinturas faciales son simples o compuestas y, en general, se las hace con los mismos propósitos de ahuyentar los genios malignos y las enfermedades.

Los salvajes del Chaco, del Beni y Pando, como los indígenas de las tribus norteamericanas (eskimos, iroqueses, sioux, tenglit, islas Vancouver, Nueva Caledonia, Nueva Guinea, Nueva Zelanda) y otras regiones del globo terrestre al pintarse la cara lo hacen valiéndose de signos y figuras simbólicas que representan al dios, al demonio o al animal que quieren representar. La intención que abrigan al elaborarlas es la misma que la que hemos anotado anteriormente. Conocido y aceptado es que, el empleo de la pintura simbólica del rostro tiene mayor antigüedad que el de las máscaras o caretas.

4.- Configuración y arreglo mecánico.-

Por la *configuración y arreglo mecánico* de sus diferentes partes, a esta orden de máscaras las clasificamos en *sencillas, dobles o duplas y triples*. De las *sencillas* ya nos hemos ocupado. Las *dobles* consisten en que cuando se hace funcionar el mecanismo que posee, por ejemplo, accionando una cuerda se abre en dos la primera máscara, dejando a la vista una nueva. En las *triples* la primera careta es —imaginemos— la representación de un cóndor, al que si se le hace abrir el pico, por medio, de otro artificio, deja al descubierto la segunda careta que, suponemos, es la de un pescado, y, cuando a éste se le hace ejecutar la apertura de la boca presenta la tercera, que figura un felino. La mayor parte de estas máscaras están labradas en madera, de distintos tipos (como las de las tribus británicas de Vancouver, de las islas Columbia de Canadá, Alaska, y otras regiones).

En la mayor parte de estas *fingidas faces*, mascarones, los ojos y las mandíbulas se abren o cierran a voluntad, incrementando así ademanes furiosos, satíricos, burlones o la expresión alegre de los gestos y muecas aparentados en ellas.

Dentro de la categoría de los *dobles* incluimos la *máscara* perteneciente a la armadura de un "samurai", guerrero japonés, del siglo XVIII. Esta careta mitológica es de yeso colorado, tiene la mueca y las facciones iracundo-despectivas, las cejas hirsutas y los cabellos escasos que caen sobre las sienes, los ojos son vítreos y torcidos. Sobrepuesta a ella va un antifaz férreo, aunado a una golilla de tiras metálicas unidas con lazos de seda, para proteger la parte inferior del rostro y del cuello. Moviendo un dispositivo especial, se puede notar la nariz chata, la boca fruncida y los bigotes blanquecinos caídos a los costados de la máscara. Esta está situada abajo del casco nipón, al que se halla asegurada la gorguera con varillas de bambú, laqueadas y entrelazadas con finos y multicolores lacitos de seda, lo que permite su unión y libre juego entre ellas. Integran la armadura, el clásico sable nipón curvo y afilado, un largo y arqueado arco, con pinturas lineales rojas y aplicaciones de mimbre, las cuales rematan en puntas metálicas.

Al finalizar la presente monografía a las *máscaras* añadimos que, además de las anteriormente descritas, existe una innumerable cantidad de mascarillas, antifaces, caretas y cubre-faces, peculiares a los que se dedican al ejercicio del arte de la esgrima, del florete y del sable. Además semejantes a los de los cirujanos cuando ejecutan operaciones, a los que producen la anestesia del cuerpo —total o parcial— por medio del cloroformo o de inyecciones anestésicas, a los cuidadores de colmenas para protegerse el rostro de las picaduras. Lo mismo que, a quienes desean evitar los pinchazos de los mosquitos u otras sabandijas.

Y como estas mascarillas y las de los gladiadores, de los miembros de sociedades secretas, etc., no tienen relación alguna con asuntos demoníacos, supersticiosos y de brujerías los hemos dejado para el final del presente trabajo, por cuya razón no trataremos de ellas y pasaremos a sentar las:

Conclusiones.-

1.- Las *mascaras* han sido conocidas y utilizadas, desde *tiempos remotos*, por el hombre que habitaba en las *cavernas*, como lo confirman las inscripciones murales que en ellas se han encontrado. Es casi indudable que las caretas *primigenias* eran de corteza de árbol, de madera y de piel de animales. Luego siguieron las *protohistóricas* hechas de cerámica, piedra y de los materiales nombrados en el texto. Durante la *época medieval* se manifiestan las caretas de los hidalgos ecuestres que, en lides singulares o múltiples, juegan su honor y su vida por su Dios, su Patria y su Dama. Al mismo tiempo aparecen las que usaban los actores en sus actuaciones teatrales.

En la *época moderna* el número de ellas es incontable y su variedad ilimitada, desde los antifaces, caretas y cubre-faces hasta las máscaras y mascarones usadas en todo el mundo,

descollando entre todas esas las simbólicas, empleadas por "La Diablada" orureña, en sus clásicas mascaradas, bellas y tan plenas de agilidad, gracia, colorido y emotividad, y que según el fallo de los entendidos, son atrayentes e insuperables en su género. Cuando el público las presencia queda impresionado vehementemente, al admirar la brillantez de sus suntuosos vestidos, el centelleo de sus fantásticas máscaras, la belleza y agilidad de sus movimientos rítmicos y armoniosos. Imaginamos que, los danzantes al ejecutar estos movimientos excitativos —en especial— el de los brazos y piernas invocan el espíritu de sus antepasados difuntos: los gloriosos y temidos conquistadores aimaras.

2.- El incontable número de *máscaras prehistóricas, históricas y modernas* las hemos reunido en nueve grupos primordiales, con sus correspondientes subdivisiones, en las cuales, como ya lo hemos expresado, puede ser que esté omitida alguna o que ésta no esté comprendida en su propia agrupación, donde se hallan especificadas sus resaltantes características.

3.- En la *época protohistórica* los materiales utilizados en la elaboración de las *máscaras* eran: oro, plata, cobre, bronce y piedra como en el Alto y Bajo Perú. En la protohistórica aparecen las *taraceadas con piedras preciosas*, que son las de mayor valía arqueológica (v. gr., las mexicanas y peruanas). Siguen las *pétreas* y aparecen las de *cerámica*, diestramente elaboradas en fina arcilla mezcladas con caolín. Finalmente, las trabajadas en *madera, telas y tejidos*, como las que se ven en las momias del altiplano andino.

Todas ellas tenían por principal objeto: invocar, atemorizar o ahuyentar a los espíritus perniciosos. Igualmente el de precaver las enfermedades o maleficios a las tribus, aillus y a sus propias personas o la de sus respectivos hogares.

En la *época medieval* se utilizan para la confección de las máscaras, en su mayor parte, los materiales de la época precedente. Descuellan dentro de estos cubre-caras los metálicos, destinados a proteger y ocultar el rostro de los caballeros hidalgos que, en las contiendas, las portaban para defender su Dios, su Patria y su Dama. Las de *cerámica, yeso y tela*, por lo general, eran usadas en las actuaciones teatrales, tanto entre los griegos y romanos como entre los chinos, japoneses y tibetanos.

En la *época moderna* la innumerable variedad de máscaras, caretas, mascarillas y antifaces, utilizadas en todo el mundo, tienen los mismos propósitos que los expresados anteriormente, es decir, ahuyentar, atemorizar e invocar a los espíritus perniciosos, evitar las enfermedades, los daños y maleficios personales o domésticos, para lo cual usan máscaras horripilantes, amedrentadoras y pavorosas. En caso de carecer de ellas utilizan las pinturas y los tatuajes simbólicos, que les desfiguran el rostro y —muchas veces— el cuerpo todo.

De todo lo expresado anteriormente se desprende que, desde el tiempo del hombre de las cavernas se idearon los fantasmas, los duendes y los aparecidos. Aberración mental que hasta nuestros días continúa, cuando se piensa en seres quiméricos fantásticos, en hechicerías y brujeríos, a los cuales se imaginan contrarrestar por medio de la creación y la ayuda de dioses, divinidades y espíritus benéficos, así como con el empleo de las máscaras que los representan.

Conducta fácil de comprender, explicar y hasta justificar siempre que se trate de seres primitivos, de inferior cultura, limitado civismo o carencia de compañerismo, y cuya turbulenta vida está envuelta en un círculo —día adra más estrecho— de espíritus y fuerzas malignas que los acechan sin cesar. Por suerte los adelantos, las industrias, el progreso incesante y la cultura, que caracteriza a los pueblos modernos, va eliminando dichas artimañas, paulatina pero cierta y eficazmente, hasta suprimir la tiranía fantasmagórica y supersiciosa que los abruma.

CAPITULO XI

Animismo, Totems, Prácticos Idolátricos y Supersticiosos de los Antiguos Aimaras.

Las embrionarias creencias, cultos y prácticas religiosas, de los primitivos habitantes de Tiwanaku, nacieron con ellos mismos, en la tupida niebla de las épocas glaciales.

Establecemos este postulado basados en el detenido estudio: a) de fidedignos documentos arqueológicos y folklóricos pertenecientes a nuestro acervo nacional; b) del resultado de la labor de los escritores nacionales y extranjeros en el escudriñamiento de la vida, costumbres y religión de los pueblos que permanecen aún en estado salvaje o semi-bárbaro, y c) de las tradiciones primitivas —a veces contradictorias— transmitidas por los cronistas hispanos, directamente o por medio de las leyendas, narraciones, danzas, canciones, y de las entresacadas por nosotros de los más inteligentes y veraces ancianos del altiplano andino, y que viven alejados de los centros de civilización moderna.

Natural y lógicamente, las creencias e ideas de culto y de prácticas religiosas, observadas por los originarios de Tiwanaku, evolucionaron con el incesante correr de los años y —sin duda— de una manera semejante a la de los pobladores coetáneos del mundo terrestre primigenio.

Los anteriores sentimientos e ideas se fueron desarrollando larga, paulatina y progresivamente, pasando —en idéntica forma y con posterioridad— del individuo a la colectividad, es decir, de la *persona* aislada en la *familia*, de ésta a la *tribu* o *ayllu* (clan totémico), y, de éste a la *comunidad*. (En la misma forma como pasaron de la acción *objetiva* a la *subjetiva*, cuando se compenetraron que la visión material u *objetiva* sólo les permitía apreciar parcialmente la figura externa de un objeto, mientras que la intelectual o *subjetiva* los capacitaba para hacerlo totalmente y hasta para imaginar lo que no les era posible divisar).

Las incesantes calamidades con que eran fustigados los autóctonos, por los fenómenos atmosféricos y telúricos, dentro y fuera de sus refugios ocasionales, los llenaba de terror, abatía sus impresionables espíritus y los hacía sentirse débiles e indefensos contra la acción funesta de las fuerzas perniciosas que —de manera inconsciente— suponían ser producidas por los agentes invisibles de la naturaleza, a quienes consideraban como a seres superiores y a los que se sentían incapaces de afrontar o anular. De esta su propia debilidad e ignorancia y del cúmulo de sus frecuentes desventuras surgieron —de modo espontáneo— los conceptos de *subordinación*, *agrupamiento* y *creación* de los *hados* y *divinidades*, para hacer frente a las *causas* que producían efectos tan adversos a su apacible existencia.

Al mismo tiempo, la labor psicológica e imaginativa del indígena altiplánico dio lugar a la *creencia mítica* —en forma subjetiva— dentro de la familia y la comunidad. De ella emanó el principio fundamental del *animismo*, integralmente basado en la introducción del alma en los cuerpos inanimados, principio dogmático-religioso por el que se dota de espíritu y de personalidad a todo fenómeno terrestre u objeto existente en la naturaleza; de la que tenían formada una idea errada, pues, suponían que en ella ejercían señorío seres inmateriales dotados de razón, espíritus (*ajayus*). A ellos se los consideraban como agentes de los elementos, fuerzas y causas que producían efectos de bienestar, protección, maleficio o destrucción y que —de manera inevitable— los acompañaba desde su nacimiento hasta su muerte.

Por esta su concepción *animista*, los aimaras atribuían *ajayu* o *janchi-wisa*, espíritu, a todo ser humano, animal, vegetal o cosa inanimada, sin excepción o limitación alguna; como a la *mamajallu* (diosa de la lluvia); al *jachatutuka* (dios de los torbellinos impetuosos), al *kurmi* (arco iris, dios maléfico), como a la *illapa* (rayo); al *kjailla* (trueno); al *kjolloauki* (dios serrano); a la *kala*

(piedra); al *jawira* (río); al *jararanku* (lagartija); al *lappa* (piojo)... y hasta a los *amayas* (muertos). De ahí, posteriormente, se originó el *culto a los muertos*, cuyas almas o espíritus imaginaban Que permanecían o volvían a sus propios cuerpos, y la *reencarnación*: las almas emigraban a lejanas regiones o se trasladaban a los de otros seres, superiores o inferiores según hubieran merecido premio o castigo durante su paso por esta vida: transmigración, metempsicosis.

Estas evoluciones en la imaginación de los originarios, intensamente agrandadas por los *samkas* (sueños), originó —como consecuencia inmediata— la creación de las *ofrendas* y de los *sacrificios*, tanto de seres humanos como de animales, ritos y creencias muy parecidos a los de las antiguas metrópolis: Babilonia, Cartago y Egipto.

Asimismo, y como un resultado lógico, fue causa de la invención de dioses defensores y de deidades tutelares, cuyas evidentes manifestaciones las tenemos en: sus *achachilas* (dioses nativos de las montañas) las Que, en general a raíz del solevantamiento de la cordillera andina, eran veneradas y, las más descollantes, adoradas como divinidades protectoras; sus *apachetas*, alturas sagradas de súplicas y de ofrecimientos; sus *laurakes*, ídolos personales y domésticos, etc.; a Quienes consideraban como a potencias activas de amparo, como a intercesores de sus cuitas o como a contrarrestadores de los actos dañinos producidos por sus invisibles enemigos, a quienes reverenciaban y elevaban sus plegarias, a fin de atraer el Bien y alejar el Mal, acompañándolas de sacrificios, dádivas y ofrendas, en proporción a la jerarquía de la deidad y a la importancia de la súplica.

Durante el largo proceso evolutivo de la creencia en los *mitos* —creadores de las leyendas y tradiciones— ella llegó a convertirse en un concepto religioso, el cual —si tenemos presente la singular cultura alcanzada por los kolla-aimaras de esas remotas épocas— no puede ni debe parangonarse con el de las tribus salvajes de la actualidad, ni menos sentarse premisas o conclusiones, deducidas del estudio comparativo entre la vida y costumbres de éstos con las de aquéllos; pues, si bien es muy conocida y comentada la vida de la mayoría de las tribus o clanes actuales, no menos cierto es que los *aillus* de los primitivos aimaras permanece —en gran parte— cubierta por un denso velo, el que día a día se va descorriendo, gracias al eficaz concurso de la etnología, la arqueología y la lingüística.

El carácter o forma especial de conducirse en el verificativo de los actos vitales y religiosos —señalados en los párrafos anteriores y celosamente guardados por los aborígenes de la meseta andina— constituye el fundamento de la religión primitiva de los *antis* o *kolla-aimaras*. Este fundamento durante el milenar desarrollo y progreso del principio mítico-religioso, llegó a compenetrarse de las ideas y de las divinidades animísticas, totémicas e idólatras, estableciéndose —por el mismo— un verdadero *politeísmo*. Sistema religioso que resulta del conjunto de las diversas creencias y sentimientos psíquicos del hombre primitivo, por las cuales:

1) Primordialmente, se rendía culto a los animales, a quienes se consideraba como a sus antepasados y, como a bienhechores y protectores del *aillu* respectivo: al Chachapuma (Dios Felino), al *Mallku Kunturi* (Soberano de los Cóndores), al *Jacha Lakjo* (Gran Gusano), etc. Esto constituye el principio básico del moderno *totemismo*, nombre que proviene de las tribus de América del Norte, del cual se origina el *manismo* o culto a los progenitores.

2) Se deificaba a las *kalanakas* (piedras), a la *chchiarimilla* (papa negra), al *waironko* (abejón), o a cualquier otra cosa que impresionara su ingenua mente, así como al animal mismo: *fetichismo*, culto que indujo a la creación de los *konopas* o dioses protectores del hogar y del individuo.

3) Se reverenciaba a los astros: *sabeísmo*, especialmente a *Inti* (Sol), a *Pajsi* (Luna), a *Chchaska* (Venus), etc., a los que se les dedicaba días especiales de culto aparatoso y solemne, junto con los de regocijo, acompañados de canciones, danzas rituales y grandes libaciones.

Sobre este conjunto de principios religiosos llegó a dominar, singular y soberanamente, el de la veneración a una sola divinidad: al Dios Pachakamak, considerado Dios secundario entre los Incas. El reconocimiento y la adaptación de un Ser Único, Supremo y Eterno el *Akiri* o *Apu Kollan*

Kapak, los consideramos como una clara manifestación del período superior al que alcanzó la civilización del originario Kolla-aimara. A partir de esa *era*, la religión y el gobierno teocráticos se sobreponen a todos los anteriores principios y dogmas religiosos. El dios aimara *Pachakamak* rige soberano en el concierto mítico-religioso, el *Dios de Dioses, Ser Supremo, Todopoderoso, Creador y Conservador de todas las cosas del Universo* (semejante al Dios de los hebreos).

De él dimanaban en jerarquía y potestad un gran número de divinidades y dioses subalternos: *Apu-Wirajocha*, Dios Poderoso y Guerrero; *Tunupa*, Dios Altiplánico, Moralizador y Vengador; *Taika-Pachamama*, (Diosa Madre de la Tierra); *Pajsimama*, Diosa Luna de las Tinieblas; *Apu-Inti*, Dios Sol, que calienta y alumbraba; *Illapa, Kiajlla y Kallisa*, Dioses de las Tormentas Eléctricas; *Kjunu*, Dios de las Nieves y Nevadas; *Chacha-Puma o Chacha-Titi*, Dios Felino de los Guerreros; *Mallku Kunturi*, Dios de las Alturas Niveas; *Jacha-Tutuka*, Dios de los Torbellinos Huracanados; *Ekeko*, Dios Benéfico y Protector, etc., etc.

Algunos escritores del tiempo de la Colonia y, no pocos, de la actualidad, suponen —de manera infundada— que la religión de los aimaras era: la *idolátrica*, la *panteísta*, o la *naturalista*; otros, la *monoteísta*, la *fetichista* o la *heliolátrica*;... Entre los últimos, y para sólo citar a uno de esos escritores, nos referiremos a Mr. L. Angrand. En su "Carta sobre las Antigüedades de Tiahuanaco y el presumible origen de la más antigua civilización del Alto-Perú" vislumbra que los bajos relieves de la infundadamente llamada "Puerta del Sol", se debían a la inspiración de los artistas Toltecas-Nahuas!... quienes, asevera en las páginas 25 adelante, vinieron como "tránsfugas o misioneros aventureros" del "Norte" a Tiahuanaco!... y que el principio fundamental de estas religiones (se refiere a la aimara, a la keshwa y a la tolteca-nahua) es la creencia en "*un poder único, ilimitado en el tiempo y en el espacio, invisible en su esencia, pero sensible en su encarnación universal, y visible bajo la forma del Sol*", (pág. 24)... para luego en la página siguiente, sentar que *Inti era un subordinado del Dios Pachakamak*, juicio manifiestamente contradictorio del anterior... y que "*la religión profesada por los fundadores de Tiahuanaco era la misma que la de los nahuas primitivos*", (pág. 43).

Discrepamos de la opinión de Mr. Angrand y de otras similares, por estar basados en conjeturas carentes de valor y de fundamentos serios. Opiniones que —como la del caso antes expuesto— llegan a ser contradichas hasta por su mismo autor! ...Quien, luego, afirma *a priori* —pues no exhibe documento alguno— que, en Tiwanaku y Cuzco la práctica y el desempeño de las obligaciones y deberes de sus respectivas religiones eran: de adoración al Dios Sol, como en la de los Incas y los Toltecas... Finalmente, (pág. 44) asevera que: "el pueblo que ha erigido los monumentos de Tiahuanaco era una rama de la gran familia Tolteca Occidental, de origen Nahuatl"!... aduciendo como únicas pruebas que: "*los Toltecas-Nahuas descendieron al Sud en la época de las más antiguas migraciones*" y que "*el tipo tan marcado de su fisonomía, sus costumbres,... los aproximaba*"!... juicio que no es posible admitir, puesto que dichas expresiones no constituyen testimonios serios ni documentos científicos.

Al discrepar totalmente de tales ideas, no queremos significar que paralelamente a los sentimientos y prácticas religiosas relativas al culto del Dios Pachakamak, no se ejercitaron también —aislada o colectivamente— otras secundarias que emanaban de las pertinentes a este *Dios o Pachayachachi*, como lo denominaban los cronistas Valera, Acosta, Garcilazo, Sarmiento de Gamboa...

Para la refutación de las opiniones de Mr. Angrand, juzgamos suficiente manifestar que, no existe un solo documento arqueológico o lingüístico que compruebe la supuesta presencia de *Tránsfugas o misioneros aventureros venidos del Norte* a las tierras altiplánicas; pues, ningún objeto de arqueología ni nombre toponímico alguno se encuentra como comprobación de que, los toltecas hubieran estado en la Gran Metrópoli de Tiwanaku, ni —por las mismas razones— que ellos hubiesen sido los constructores de las primitivas edificaciones de Tiwanaku y, por ende, de la famosa Portada Monolítica, conocida con el nombre de "Puerta del Sol" en la cual tan artísticamente ha sido burilada una gloria histórica de los kolla-aimaras.

En contra de las afirmaciones asentadas en los párrafos anteriores, y basados en nuestros estudios del idioma y arqueología, tanto aimara como tolteca, podemos ratificar que en muchos de los objetos tolteca-nahuas primitivos de piedra, cerámica y tela, se hallan —entre otros símbolos típicamente tiwanakotas— el signo *escalonado*, el de movimiento, las manos de cuatro dedos y los pies de tres, la *estólica*, etc... Así como también nos permite afirmar que en casi todo el extenso territorio mexicano se encuentran —con bastante frecuencia— nombres toponímicos propios de la lengua aimara, como los siguientes: *Amaru*, culebra; *Amaya*, muerto; *Apam*, lleva; *Coahuila*, *koa*, roja; *Cala*, piedra; *Cuna*, qué?; *Chalco*, apellido; *China*, trasero; *Huaca*, cosa sagrada; *Ilata*, *Jilata*, hermano; *Jamapa*, su estiércol; *Ma*, *Maya*, uno, primero; *paya*, dos; *Nasa*, nariz; *Totorani*, lugar con totoras; *Waicuni*, con perdices...

Las numerosas e indiscutibles pruebas presentadas en el párrafo anterior son tan paladinas y perceptibles que, racionalmente, no es posible negar la presencia y prolongada estadía de los conquistadores aimaras en esos lejanos territorios.

Por otra parte, manifestamos que, en el frontispicio de la renombrada Portada Monolítica de Tiwanaku no está burilada la simbolización de ningún acto adorativo al dios Inti, divinidad suprema de los Inkas Orejones, de los Toltecas, Nahuas, etc., sino lo que hemos expuesto y probado en "NUEVA TEORÍA SOBRE LA LLAMADA PUERTA DEL SOL", Última Hora, 30-IV-42, que lo ratificamos expresando: En la Puerta del Sol se halla primorosamente simbolizado un fausto pasaje guerrero-religioso de la gloriosa historia de los conquistadores kolla-aimaras, cuyos destacados *Apus* y *Mallkus* (Generales y Jefes Superiores) rinden homenaje a su *Apu Mallku Wirajocha*, Conductor Supremo de pueblos y ejércitos, quienes al regresar de una de sus campañas, plenas de éxitos y solucionadas con las conquistas de los poderosos estados que enseñoreaban el norte y el sur del renombrado Imperio de los aguerridos kollas, esculpieron en dura roca andesítica ese memorable acontecimiento, para proclamar y transmitir a las generaciones futuras, la gloria imperecedera del épico episodio de su tan insigne como milenaria historia.

Símbolos Totémicos del Puma o Titi.-

Los aimaras primitivos no establecían una distinción manifiesta y absoluta entre uno y otro de estos felinos, salvo en algunas de sus representaciones simbólicas, en las cuales el *titi*, tigrillo, gato montés o jaguar americanos, lleva total o parcialmente en la cabeza, cuerpo y extremidades: lunares, manchas o listas características de estos carnívoros, que lo hacen diferenciar del *puma* o león sudamericano. En cualesquiera de estos casos, la figura completa, las fosas nasales, los colmillos y las garras son absolutamente iguales.

Ambos descuellan entre el sinnúmero de dioses secundarios o subordinados de la divinidad suprema *Pachakamak*, pero entre los cuales ocupan un sitio o de preponderancia, ya se trate del jaguar o del león americanos. La confirmación de no existir diferencia entre uno y otro la tenemos —entre otros indicios— en el contenido de la traducción que da Bertonio al vocablo "embravecerse", "*titi pumaqui ccoltutha*".

El puesto de preferencia que ocupan entre los dioses subalternos, es similar al que poseen dentro del *toteísmo aimara* de los tiwanakus, dentro del cual representan la *jerarquía máxima*, como lo atestigua —de manera fehaciente— el hecho de haber sido singular y soberanamente simbolizada su sagrada figura en esculturas pétreas y metálicas, en las policromías de los ceramios y tejidos, en los tallados óseos, etc. Sus representaciones líticas primitivas se hallan toscamente plasmadas en piedras areniscas, calcáreas y asperón rojo o blanquecino y las de épocas posteriores, en duro granito, basalto, pórfido, traquita, etc., así como los dijes y amuletos diminutos en piedras semi-preciosas, calcedonia, lapizlázuli, turquesa, ópalo y obsidiana. Las imágenes escultóricas del felino sagrado de mayor tamaño sobrepasar un metro. En nuestras colecciones poseemos un ejemplar que mide 48 cm. de altura.

En todas estas representaciones plásticas asombra el genio fecundo y la imaginación desbordante de los artífices aimaras, quienes jamás lo simbolizaron en posiciones de mansedumbre, tranquilidad o reposo absoluto, sino en la actitud de guardián celoso, de feroz atacante o en la de rendir culto homenaje a la divinidad suprema, al dios guerrero o a los representantes superiores de las ceremonias rituales y políticas.

El *Puma* o *Titi* de la altipampa del Ande es el emblema mayor del pueblo conquistador kolla-aimara. Es símbolo de la bravura, de la ferocidad, de la fuerza, de la acometividad y de la presteza. Simboliza también autoridad, poderío y dignidad. Por todas estas cualidades y condiciones, su principesca figura ornamenta las testas, rostros y pechos de los dioses, sacerdotes y guerreros *kollas*.

Esta divinidad felina era altamente reverenciada y, en su honra se le tributaban sacrificios humanos y de animales, especialmente consagrados a esta clase de inmolaciones; se le ofrecían también ricos presentes, en medio de grandes libaciones, acompañadas de suntuosas danzas, músicas y cantos. Para la ejecución de algunas de estas ceremonias el *puma* y el *titi* eran especialmente domesticados. Se les edificaban viviendas y destinaban ríos, lagos, campos y cerros para su subsistencia, como lo prueba el hecho claro de existir nombres toponímicos de cosas y de lugares relacionados con los mismos (v. Gr.: *Pomata*, de *Puma-Uta*, casa del *puma*; *Pomabamba*, Puma pampa, Llanura del puma; *Titi* o *Puma-Kollo*, Cerro del felino, *Titi-jawira*, Río del jaguar; *Puma-kota*, Lago del Puma; *Titi-kjontu*, enterratorio del felino).

Su esbelta figura —parcial o íntegramente estilizada— se encuentra reproducida en los objetos dedicados a la prácticas rituales (incensarios y vasos libatorios, fuentes para ofrendas), en las armas de los guerreros (estólicas, hachas, máscaras defensivas y atemorizantes), en los instrumentos y utensilios (cinceles, formones, cuchillos, alfileres), en los adornos personales (collares, orejeras, anillos...), en los objetos supersticiosos (idolitos, amuletos, fetiches) y, finalmente, en los tatuajes y pinturas faciales, corporales y de las extremidades.

Una de las más expresivas estilizaciones del *puma guerrero* es aquella en la que se lo contempla humanizado y portando en la diestra un dardo, atributo simbólico de los guerreros prehistóricos tiwanakenses. Su regia testa está ornada con una singular corona, de la que irradian dos cabezas de cóndores.

Las anteriores enumeraciones ponen en evidencia que casi todas las cosas y objetos de veneración respetuosa y de superchería idolátrica, de los primitivos aimaras, llevan la representación gráfica del *puma*, lo que exterioriza la creencia ciega, impulsiva y arrobadora en la *deidad felínica* y *tótem máximo* de dichos autóctonos, en quien depositaban toda su fe y su confianza, ilimitadamente.

Símbolos Totémicos del Kunturi (Cóndor).-

La rudimentaria mentalidad de los tiwanakus encierra enigmas que no es dable descifrar sino con mucha limitación, como el de la inconsciente agilidad con que se sometían a sus propias creaciones imaginativas; producto de las cuales es la invención del *Mallku Kunturi*, Príncipe Supremo de los Cóndores, quien reina soberano en las niveas crestas de la cordillera Altiplánica y, por antonomasia, de los *Achachilas* que descuellan majestuosos en ella: *el Illampu*, el *Chachakomani*, el *Waina-Potosí*; *el Illimani* el *Mururata*...

Es el símbolo de la ubicuidad, de la fuerza, de la rapacidad y de la visión lejana.

Su regia silueta ha sido artísticamente estilizada en piedra, metal, barro cocido, hueso y tela; pero siempre, en dimensiones menores a las del *puma*, particularmente en sus plasmaciones líticas. Su representación simbólica —con suma frecuencia— adorna la figura de los dioses,

deidades, guerreros y sacerdotes; en todos los cuales, casi siempre, se nos muestra en forma irradiante, como transmitiendo rayos luminosos, calóricos o de sapiencia.

En las bellas representaciones pictografiadas en los *wakos* (ceramios) y telas tiwanakotas, muchas veces el cóndor se encuentra reproducido aisladamente: ya sea devorando cabezas humanas o de animales, ya picoteando o entrelazándose con la superficie terráquea (*orake-pacha*), o acompañando al *puma*, munidos ambos de sus respectivos emblemas de mando y dignidad, de signos astrales, escalonados y de movimientos.

El *Kunturi* era asimismo domesticado para officiar o actuar en los ritos mítico-religiosos, político-sociales, guerreros y de cacerías.

Juega un papel sobresaliente en el totemismo aimara. Sus estilizaciones son múltiples y variadísimas, ya en forma integral y parcial o ya abreviada. Cuando en éllas lleva la testa coronada, indica su condición de autoridad y poderío o su calidad de animal macho. Como el *puma* era domesticado para officiar en las ceremonias rituales o en las de cacería. Un testimonio palpable de su actuación en las partidas de caza, lo tenemos materializado en la bella alegoría bronceada de nuestra colección, en la que un artífice aimara ha figurado a un *kunturiri* (custodia o guardián de cóndores) —semejante al halconero medieval— tocado con especie de turbante y adornado con una banda atravesada desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo, portando en ambas manos —levantadas a la altura de los hombros— una pareja de cóndores: *orko* (macho) el de la derecha y *kachu* (hembra) el de la izquierda. Otra significativa representación ideológica del *Mallku-Kunturi* en una estatuilla perteneciente también a nuestra colección, en la que se lo puede observar arrodillado, ostentando un suntuoso tocado y vestimentas sacerdotales que cubren su cuerpo —humanizado a la vez que sus extremidades— y, en la actitud de ejecutar la succión de los sesos a un niño, echado en el suelo.

La falta de espacio no nos permite, en el presente trabajo, ocuparnos de todos los tótems animalísticos venerados por los aimaras de épocas remotas. En consecuencia, y como conclusión, agregaremos que, todos los animales pertenecientes a la fauna de la altiplanicie andina han sido motivo de culto y veneración por parte de los primigenios aimaras, como lo testimonia —a través de miles y miles de años— la supervivencia de nombres patronímicos derivados de animales, a quienes conceptuaban como los antepasados de los respectivos *ailus* y *comunidades* a los que pertenecían, desde los más grandes y feroces hasta los más pequeños e inofensivos (1).

NOTA DEL CAPITULO XI

(1).- Algunos nombres patronímicos llevados aún por gran número de mestizos e indígenas kolla-aimaras: *Puma* o *Poma* (felino), *Kunturi* o *Condori*; (cóndor), *Mamani* (rapaz), *Kaura* (llama), *Wari* (vicuña), *Taruka* (venado), *Kusillo* (mono), *Guallata* (zancuda), *Jamachi* (pájaro), *Chchaiña* (jilguero), *Kjarachi* (pescado), *Katari* (serpiente), *Amaro* (culebra), *Jararanku* (lagarto), *Huanco* (conejo), *Achaco* (ratón), *Ticono* (gusano), *Pillpinto* (mariposa), ; *Kkuti* (pulga).

CAPITULO XII

El Ekeko, Diosecillo Tutelar Predilecto de los Aimaras.

"De acuerdo con el concepto moderno de la Sociología, los mitos tienen el mismo origen primitivo que la facultad de pensar en las imágenes producidas por los objetos".

Si la generalidad de los pueblos primitivos tuvieron numerosas tradiciones místicas, leyendas, fábulas y otras invenciones alegóricas con fines de protección, moralidad, o extirpación de vicios y malas costumbres, el pueblo aimara —cuya alma estaba colmada de mitología— poseyó un incontable número de ellas; debido, entre otras causas: 1) A su sobresaliente cultura, pues tanto ésta como las prácticas y creencias religiosas alcanzadas por una nación —en ninguna época— pudieron ni podrán ser logradas por las de un país de trayectoria corta o de vida nómada,

como las tribus o los grupos errantes, razón por la cual éstas tienen un número muy reducido de divinidades o dioses falsos; y 2) a la prodigiosa configuración de su extenso y accidentado territorio, en el que imperan dilatadas y sinuosas altiplanicies, interceptadas por elevadas mesetas cruzadas de inúmeros riachuelos y ríos, de azuladas lagunas e inmensos lagos y vastos salares de épocas glaciales. Gigantesco panorama, todo él circunvalado por majestuosas montañas, perennemente coronadas de nieve y en cuyas mitológicas cumbres se originan profundos ventisqueros y corrientes de agua cristalina, que van a pagar su tributo en los alejados océanos Atlántico y Pacífico. ¡Grandioso escenario! dentro del cual se originó y desarrolló una de las más antiguas, poderosas y descollantes civilizaciones prehistóricas del mundo: la del legendario Imperio de Tiwanaku.

A la milenaria acción de tan ponderantes factores míticos y cosmogónicos se debe la creación de un exorbitante número de divinidades, iniciadas por las *animistas*, seguidas por las *tutelares*, *manistas* e *infernales*, y luego, por las *totémicas*. Fundamento por el cual consideramos justa la aseveración hecha por el Inca Garcilazo de la Vega, en el Capítulo IX, de sus "Comentarios Reales", cuando asienta: "Cada Provincia, cada Nación, cada Pueblo, cada Barrio, cada Linaje y cada Casa tenía Dioses, diferentes unos de otros porque les parecía que el Dios ajeno, ocupado con otro, no podía ayudarles, sino el suyo propio; y así vinieron a tener tanta variedad de dioses, y tantos, que fueron sin número".

A dichos factores se debe también la ilimitada cantidad de creencias, ritos, amuletos, fetiches y talismanes que los aimaras guardaron y transmitieron con religiosidad, desde los períodos primitivos hasta la esplendorosa Época del Apogeo y de la nefasta Decadencia del Imperio Tiwanakota. Decadencia que se produjo como consecuencia inmediata de la desastrosa acción de grandes cataclismos terrestres y atmosféricos, ocurridos en épocas glaciales; del funesto resultado de las encarnizadas contiendas sustentadas entre las discordantes naciones y tribus aimaras, capitaneadas por sus famosos caciques los Kari, Makuri y Sapallas; como por las irrupciones de hordas sanguinarias, llevadas a cabo en diferentes épocas y por distintas razas y pueblos: arawakes, atakamas, chunchos, warayos y otros.

Empero, ni con el resultado desastroso de estas feroces luchas, ni con el de las sangrientas conquistas efectuadas —de manera sucesiva— por los Incas Sinchi Roka y Lloke Yupanqui en la cruel y porfiada arremetida al Umasuyu; ni tampoco, con el de las ensañadas tomas y retomas de las *pukaras* y *wiñaimarkas* de *Tiwanaku* y Chukiago por el Inca Maita Kapac; ni, por último, con la del Príncipe Yawar Wakak al ocupar y dominar en su totalidad los poblados del Antisuyo y del Kollasuyo, se logró modificar ni menos cambiar la religión, el idioma, las costumbres, los mitos y las deidades de los pueblos sojuzgados a costa de tanta sangre y de tan cruentos sacrificios.

Este singular suceso se repitió durante la época de la dominación española en América, pues sus fanáticos sacerdotes al catequizar a los indomables aimaras, sólo consiguieron tergiversar el verdadero sentido de parte de las ideas teogónicas y mítico-religiosas concebidas por sus creadores, de la altipampa andina, pero salvándose otras que han llegado hasta nuestros días con y sin alteraciones manifiestas.

Si tenemos en consideración la idiosincrasia y la ética religiosas de los pueblos altiplánicos, conquistados primero por los keshwas y después por los ibéricos, es fácil comprender que sus deidades, mitos y festividades rituales se hubieran incrementado a pesar de todos esos desastres. Juzgamos que ese incremento se debió a que, tanto de los primeros como de los segundos incorporaron muchas de sus prácticas, creencias, y costumbres porque ellas les proporcionaban nuevas fiestas, con nuevos días de regocijo acompañados de grandes danzas, comilonas y reiteradas libaciones.

En cuanto se refiere al por qué los aimaras admitieron ciertos preceptos de la Iglesia Católica, se puede asentar que ello se debió a que sus ministros y demás representantes religiosos encontraron relativa disposición en las ingenuas mentes de los rebeldes neófitos, como

consecuencia natural de la similitud que encontraron en varias de sus principales creencias: la existencia de un Ser Supremo, Todopoderoso, Invisible, Creador de todas las cosas, igual al Dios de los hebreos y, del todo semejante, a la Suprema Deidad aimara: *Pachakamak*. Así como el hecho de existir en ambas religiones un espíritu maligno, representado por el *demonio* entre los latinos y por el *supaya* entre los kolla-aimaras, quienes aunque lo aborrecían intensamente, lo reverenciaban y hasta le presentaban ofrendas.

Existe una notoria divergencia de pareceres entre los historiadores, etnólogos y escritores —antiguos y modernos— sobre si *Pachamama*, *Pachaya-chachik* o *Wirajocha* era el principal Dios de los aimaras o de los keshwas, disparidad que, sin lugar a duda, se origina en las diferentes fuentes donde fueron consultados por unos y otros: los *Anales*, las *Historias* y las *Crónicas* de la Época Colonial. Entre éstos se encuentran —con bastante frecuencia— discrepancias, confusiones y hasta apropiaciones de ideas y conceptos ajenos.

Como resultado de las indagaciones realizadas en documentos escritos —folkloricos y arqueológicos— y previo el largo recorrido y estudio que efectuamos a lo largo de casi toda la altiplanicie de los Andes hemos llegado al convencimiento de que *Pachakamak* era considerado el Ser Supremo, no sólo de los aimaras, sino también de una apreciable parte de los keshwas del Sud y del Centro del Perú Antiguo. Opinión que -en parte- la hemos expuesto y discutido en diferentes publicaciones y conferencias (1).

Volviendo a las divergencias, errores y confusiones que los autores cometen al referirse a los mitos, leyendas o tradiciones mencionaremos —de modo explicativo e incidental— un caso común, en el que salta a la vista el lapsus en que incurrió el serio y esclarecido folklorista Dr. Rigoberto Paredes, al citar en la página 21 de "Ritos, Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia" lo siguiente: "En la cúspide de la mitología de los kollas se encuentra el dios Huirakhocha, a quien se le tiene por el hacedor de la luz, de la tierra y de los hombres"; y luego, en la página que sigue: "Huirakhocha surgió del Lago Titicaca, hizo el cielo, la tierra, creó a los hombres y dándoles un señor que debía gobernarlos regresó al lago". De la lectura de estas leyendas se infiere que, si *Huirakhocha surgió del lago* era porque tanto *este lago* como *la tierra — que lo contenía— ya existían!... o dicho en otros términos que, antes de que Huirakhocha hubiera nacido hubo otro Dios mitológico, que creó la tierra* de la cual *Huirakhocha surgió con posterioridad*. De la misma manera como nacieron las deidades *Apu Inti*, *Pajsimama*, el *Ekeko*, *Kjunu*, *Tunupa*, *Chacha-puma*, *Mallkukunturi* y otros dioses secundarios.

A nuestro juicio, ese Dios Creador era *Pachakamak*, como se deduce y comprueba del tenor de numerosas crónicas, fábulas y tradiciones, así como de la que nos relatara el renombrado amauta de Copacabana, Lucas Kalani, que reza así: "En los tiempos oscuros del *Chamakpacha* apareció el Ser Supremo, Todo poderoso y Creador del Universo, el Dios *Pachakamak* que hizo aparecer de la nada el cielo terrestre y el infinito, *lakampu alajpachampi*; en seguida la tierra, *Pachamama*; luego el *sol lupi*, para que iluminara y diera calor a la superficie de la tierra con sus habitantes, *orakepacha jakenakampi*, y posteriormente, *Pachakamak* fecundó a la *Pachamama*, de cuyo vientre nació el dios menor, *Wirajocha*"... (2).

En la fabulosa corte mitológica de los dioses y divinidades de la teogonía aimara (3) brillan por su atractiva figura, cautivantes hechos y manifiestas virtudes el diminuto Dios de la Fortuna, de la Alegría y del Amor: el EKEKO. Geniecillo mítico hondamente arraigado en el corazón de los kollas en cuyos hogares ocupaba sitio de preferencia y los cuales —desde tiempos muy remotos— tributaban afectuoso homenaje a su simbólica imagen: rebosante de bienestar, bondad y picaresca alegría, de cuerpo rechoncho y robusto, con la cabeza grande y bien adherida al vigoroso cuello, de rostro jovial en el que revienta la carcajada franca y la mueca chacotona, la frente amplia y surcada de lisonjeras arrugas, los ojos claros, vivarachos y plenos de sutileza, presenta los brazos abiertos en actitud de distribuir liberalmente sus bienes. ¡Generosa postura que alienta las esperanzas e ilusiones, esparce la alegría y ensancha los corazones de sus admiradores!

A tan obsequioso geniecillo le ofrendaban los más selectos y singulares frutos de las nuevas cosechas, al mismo tiempo que lo adornaban con ramas y florecillas de *chinchirkoma*, *koa*, *pantipanti*, *chijchipa* y de otras plantas aromáticas y medicinales. A estas significativas ofrendas agregábanse otros simbólicos presentes, constituidos por diminutas manufacturas hechas de cerámica, piedras veteadas y diversos metales, que reproducen toda clase de enseres, vestidos, alimentos, adornos y animalitos de toda especie.

En contraposición a lo amada y reverenciada que era por los kollas esta bienhechora deidad, era odiada y perseguida con saña, diatriba y desprecio burlesco por los clérigos católicos, fanáticos, extirpadores de toda creencia mítica o de cualesquiera de los ritos que acostumbraban realizar los pueblos conquistados de América. Las comprobaciones de las execradas extirpaciones que inducían a los ministros cristianos a cometer tales actos de violencia se encuentran especificadas en las narraciones de gran parte de los escritores del Coloniaje (los RR.PP. Arriaga, Cobo, Molina y Blas Valera —de quien Garcilazo de la Vega y otros cronistas tomaron muchos conceptos—) así como en la crítica y estudio del tan *censurado procedimiento* utilizado, desde el principio hasta el fin de la conquista, cuyo carácter fue —según lo juzga el distinguido escritor y bibliógrafo peruano Dn. Carlos A. Romero— el de "una soldadesca desenfrenada que se desparramó por todo el territorio del Imperio arrasando pueblos y destruyendo templos; esquilmando y aniquilando a la población indígena bajo el dominio de su insaciable codicia de oro y plata. Más bárbaros que los mismos indios"... (4).

No obstante tan pertinaz persecución, el culto al Ekeko sobrevivió, de igual modo que sus festejos privados o públicos. Si bien éstos tuvieron que realizarse, durante varias centurias, de manera encubierta y sigilosa, a fin de no incurrir en las penalidades y represalias establecidas para esta clase de infracciones —como es muy sabido— el Gobernador Intendente de La Paz Brigadier Dn. Sebastián de Segurola, en el año 1781, anuló la prohibición de llevar a cabo la fiesta con que se agasajaba al diosillo kolla, el 22 de diciembre —fecha que correspondía al solsticio de verano y al comienzo del año agrícola de los aimaras— así como en las festividades que, junto a otras deidades, como *Inti* y *Pachamama*, se verificaban en los otros solsticios y equinoccios: *Intip Raimi* y *Situa Raimi*.

Al mismo tiempo el Gobernador Segurola decretó que aquella fiesta se efectuara cada 24 de enero, día festivo de Nuestra Señora de La Paz, en agradecimiento al milagro que realizó la Virgen María al hacer llegar a la sitiada ciudad paceña, en tiempo oportuno, al Comandante General Dn. José de Reseguín y al Gobernador de Chucuito Dn. Ignacio de Pinedo y Montúfar, comandando poderosas tropas que repentina e impetuosamente atacaron por los flancos a los sitiadores, derrotando y poniendo en precipitada fuga a las rebeldes huestes indígenas, capitaneadas por el indómito caudillo aimara Julián Apasa, Tupack Katari, y su mujer la intrépida cabecilla Saturnina Nina. Se dio así glorioso fin al obstinado asedio de la heroica ciudad que —durante más de medio año— soportó con estoica abnegación asaltos, incendios, hambre, enfermedades y la muerte misma (5).

Se supone, con relativo acierto, que la simpática figura del Ekeko: rechoncho, barrigón, mofletudo, risueño y pleno de bondad, estaba copiada de la muy conocida facha del popular Gobernador Segurola, o bien, de la de su suegro el encomendero don Francisco de Rojas. Creemos que tal suposición es relativa porque —como se puede apreciar por el documento fidedigno que presentamos, que data de fines del siglo XVIII— el artista que lo elaboró, con notable habilidad y malicia, parece haberlo hecho con cierto parecido a las personas antes citadas, no sólo en la apariencia física sino también en partes de su indumentaria (por ejemplo: en la camisa blanca de cuello alto almidonado y de pechera con pliegues verticales y paralelos; en el chaleco escotado con mangas largas; y, en la faja de varias vueltas que remata, al costado derecho, en moña con borla, cual divisa de autoridad).

Empero en esa semejanza física no existe otra cosa que una simple coincidencia, porque si se fija la vista sobre la figura que presentamos —que constituye la más antigua e irrefutable prueba de la remota existencia del Dios Ekeko- se verá que la imagen de ésta se encuentra representada en el disco del *topo* o alfiler de plata reproducida en dicha figura. Claramente se advierte en ella que la efigie burilada es la representación simbólica del diosecillo hogareño de los kollas, acompañado de sus atributos peculiares: vientre voluminoso, joroba prominente, carrillos abultados en los que campea el gozo y la sonrisa chacotera; y al que no le faltan las cualidades privativas de su singular persona.

Ello confirma la relatividad de dicha suposición, al mismo tiempo que desbarata las erróneas hipótesis según las cuales se cree que el Ekeko fue trasladado de Europa, u otro Continente a nuestro Altiplano. Hecho que no es efectivo, por la sencilla razón —entre otras muchas— de que el auténtico topo que exhibimos como documento incontrovertible, procede de una estratificación o capa sedimentaria, mucho más profunda que la correspondiente a la llegada de los conquistadores a nuestro territorio, ya que él ha sido hallado a un metro sesenta de profundidad, en Tiwanaku, mientras que los objetos pertenecientes a la época del Colonaje, sin excepción, se encuentran sobre la superficie terrestre o a escasos centímetros de ésta, lo que pone de manifiesto su menor antigüedad.

Confirmando lo que acabamos de evidenciar con el anterior testimonio, existen numerosas y palpables pruebas que le dan aún mayor valimiento. Estas provienen de las exhumaciones efectuadas en los *chullperíos*, *wakas* y *kjontus* (entierros) de casi todas las provincias del Departamento de La Paz y de algunas del interior de la República y del Sud del Perú. Estos objetos diminutos estaban consagrados a las ofrendas y dádivas para venerar y exteriorizar su pasión por el geniecillo protector de la altipampa andina. Nada significa que algunas de esas miniaturas no fueran más que simples juguetes, puesto que otras muchas constituyen ejemplares que sirven para vestir, adornar y asegurar los atavíos y vestidos de los ídolos y fetiches kolla-aimaras. Entre estos objetos tenemos una gran variedad de topitos y alfileres de oro y plata, destinados a sostener los pañitos, *jiskawayos*, y los vestiditos, *jiskaisinaka*, así como pequeñas sandalias, *jiskaojotanaka*, para calzar a las deidades. La sandalita de oro calza bien en los piecitos de dos de los ídolos, lo que prueba que ese era su destino.

Dentro de la enorme variedad de esas diminutas imágenes representativas, se encuentran ejemplares de pie o semiarrodillados, con y sin partes pudendas, particularmente los prehistóricos de metal, de oro, plata y bronce, que simbolizan a las divinidades míticas: la Abundancia, la Prosperidad y la Fortuna distribuidoras de los bienes materiales y espirituales a manos llenas.

Asimismo, en la veneración al Dios Ekeko le ofrendaban *mullus* e *illas* que, desde los tiempos lejanos hasta los actuales elaboran, adquieren y negocian los indígenas herbolarios de Charasani y de Curva, en particular, y que son conocidos con el nombre "Kallawayas", que se deriva de *kolla-awayo*, portador de *atado medicinal*. Cumplen las funciones de los amuletos y talismanes contra los hechizos, las enfermedades y los brujeríos, como también para lograr la fortuna, la felicidad o el amor. Este género de mascotas y fetiches —incluso los *wakankis*— son muy conocidos y han sido ampliamente estudiados y debatidos por distinguidos escritores nacionales y extranjeros. En general, se les atribuye poder para causar bienes y males, preservar enfermedades e infortunios y para conjurar maleficios (7).

El origen del Ekeko es el mismo que el de los *mitos animistas*. Sus fábulas y leyendas son innumerables. Dentro del territorio, ellas varían de una región a otra, en especial las que se refieren a su génesis y jurisdicción mitológicas. En cambio, casi todas concuerdan en que, a causa de los cataclismos, hecatombes, penurias y calamidades miles que soportaba la nación aimara en sus períodos primitivos, *Pachakamak*, el Todopoderoso, al acoger favorablemente las fervorosas plegarias de sus desventurados habitantes, resolvió crear una singular deidad para que acudiera a la tierra a contrarrestar las adversidades que afligían a los kolla-aimaras, así como a curar sus dolencias y llevarles el sosiego, acompañado de felicidad y alegría.

¡Altruista, noble y simpática misión! Sagaz e ingeniosamente cumplida por el geniecillo hogareño de los Kollas cuyas ritualidades y festejos se han conservado hasta nuestros días.

El extraordinario número de fiestas y ceremonias con que los antiguos aimaras honraban a sus dioses y divinidades, puede deducirse que casi en su totalidad se ha extinguido, transformado o mezclado con las del credo o preceptos del cristianismo, a tal punto que la única festividad manifiesta que perdura —no obstante de los millares de siglos transcurridos y de las innumerables vicisitudes— es la del EKEKO.

Muchos escritores confunden a este Dios con "Huirakhocha", "Pachakamak", "Tunupa" u otras deidades, expresando que es su representación, su figura simbolizada o su enviado divino... En nuestro concepto, él era un Dios secundario pero independiente, dueño y señor de sus acciones. Tuvo origen en la imaginativa y supersticiosamente de los primitivos pobladores de la altiplanicie, a un mismo tiempo que las divinidades animistas: los *Achachilas* montañeses, los *Jachas* y *Pachas* meteóricos y telúricos, como *Kjurmi*, *Jallu*, *Illapa* y otros (8), de los cuales unos eran bienhechores y otros perjudiciales.

Entre los primeros llegó a sobresalir el Ekeko, por la notoriedad de sus hechos, acciones, virtudes y cualidades, narrados de unos a otros y de generación en generación, singularizándose por el aplauso, la fama y el prestigio unánime arraigados en el espíritu del pueblo, por la liberalidad de sus dádivas y su entrañable amor a la humanidad, puestos en evidencia con la abundancia de sus favores y la satisfactoria solución de sus penurias, aflicciones y dolencias materiales o morales, sea aliviando sus desgracias, sea mejorando su suerte o bien favoreciendo sus amores y requiebros.

La fama del Ekeko se ha difundido por casi todo el país y llegado a extenderse más allá de nuestras fronteras.

Ya no es únicamente el diosillo favorito de los indígenas o plebeyos, lo es también de las clases privilegiadas, en cuyas vitrinas se le puede encontrar junto a bellas terracotas y porcelanas.

Su prestigio —sea que éste hubiera sido adquirido por sugestión o lo que fuere— es tan considerable que la persona que se encuentra ansiosa de contraer matrimonio, de convertirse en propietaria o de ver realizadas sus esperanzas e ilusiones, no tiene más que adquirir —en la tradicional fiesta de "Alacitas"— una pareja de novios, una casita, un automóvil o el objeto diminuto que simbolice o patentice su anhelo, y colocarlo en los liberales brazos abiertos del geniecillo aimara. Según se asegura, el que procede de esta manera y con toda fe, debe tener por cosa cierta, que en corto espacio de tiempo verá cumplidos sus deseos, por costosos y difíciles que fueran; razón por la cual no es raro, ver al diosillo modernizado, que todo lo puede, cargando fonógrafos, bañitos enlozados, radiolitas y hasta diminutos frigidaires.

Y es que el mito del Dios predilecto de los kollas y sus manifestaciones — como todas las cosas de la vida actual— tenían también que seguir al ritmo acelerado del progreso, modernizándose... pero sin que ello haya cambiado su índole tradicional milenaria.

NOTAS DEL CAPITULO XII

(1).- "Animismo, Totems, Prácticas Idolátricas y Supersticiones de los Antiguos Aimaras", En: "La Razón", 31-X-48; Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz", N°. "70 XII-49, etc.

(2) y (3) A estos y otros dioses, que se encuentran mencionados en las publicaciones antes citadas, se pueden agregar las que nombra Garcilazo de la Vega en el mismo capítulo de sus "Comentarios": "Adoraban lo que verán... Yervas, Flores, Árboles, Cerros, Peñas, Cuevas, Piedrecitas y Piedras Preciosas; a los Pumas, Tigres, Osos por su fiereza, a la Zorra y las Monas por su astucia; al Perro por su lealtad y nobleza; al búho por la hermosura de sus ojos y cabeza; al Cuntur y a las Águilas por su grandeza; al Murciélago por la sutileza de su vista; a las Culebras, Lagartijas, Sapos, Escuerzos, etc.

(4) "Relación de la Conquista Del Perú y Hechos del Inca Manco II por D. Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui Inca. Pág. XXI, Urna.

(5) El Comandante Pinedo, del Marquesado de Haro, no completamente restablecido de la herida que sufrió en el encarnizado combate del Pucarani, donde derrotó a numerosas huestes rebeldes, rápidamente avanzó sobre La Paz y rompió el cerco arremetiendo por Chuquiaguillo, lugar en que recibió nueva lesión que le causó la muerte en 1805, después de haber sido ascendido a Coronel por el Gobernador Segurola.

(6) Elaborado con yeso, cola yagua, y pintado de varios colores; su configuración es como la de los modernos, pero de tamaño menor.

(7) El R.P. potosino Fr. Honorario Mossi en su "Gramática de la Lengua General del Perú llamada comúnmente Ouichua".— Sucre.— Presenta los siguientes significados: *mullu*: concha colorada del mar, chaquiras o coral de la tierra; *Huaccanqui*: unas yerbas o chinitas señaladas de la naturaleza, u otras cosas que engañan los hechiceros, o usa de ellos, o el que se hace amar como el que trae hechizos, o el hombre amado que atrae a sí a todos. Ylla, la piedra bezar grande, o notable como un huevo, o mayor que la traen consigo por abusión para ser ricos y venturosos.

(8) Arcoiris, lluvia y rayo respectivamente.

CAPITULO XIII

Músico e Instrumental Tiwanakotas.

Primordial influencia del arte musical de Tiwanaku en el folklore vernáculo y en el de los países aledaños.— Comparación y relaciones entre el instrumental prehistórico y el moderno.— Descripción del clásico pututu aimara, sikus, pinkillos, silbatos, etc.

(El objeto del presente trabajo es el de reafirmar que la música y su instrumental existieron en el primitivo Tiwanaku, y, al mismo tiempo, dar a conocer los instrumentos musicales encontrados hace poco, su influencia y correlaciones con los vernáculos y los prehistóricos extranjeros).

En la brumosa lejanía del tiempo inconmensurable, irradia la existencia del portentoso Tiwanaku, el cual ha dejado trazada una estela luminosa de su arte y de su cultura, no sólo dentro del vasto territorio boliviano sino en la de los estados limítrofes: Perú, Argentina, Chile, y Brasil, así como en la de naciones más alejadas; Ecuador, Colombia, Nicaragua, México, Estados Unidos, etc., y, posiblemente, más allá del océano Pacífico.

Tanto en el estudio como en la búsqueda de su folklore arcaico, se han engolfado los historiadores ibéricos de la Época Colonial y los escritores de la era moderna —dentro y fuera del país— pero, generalmente, sin dejarnos más huella que la de la polémica y la duda.

A pesar de esos resultados, casi negativos, juzgamos que no es aventurado exponer —basados en recientes hallazgos arqueológicos, en la lingüística y el folklore andinos— que la civilización del poderoso Imperio de Tiwanaku ha influido primordialmente en la música y otras artes de las civilizaciones Chimú, Chimbote, Moche, Chanchán, Nazca, Nievería, Ancón, Cuzco, etc., y de la cual quedan vestigios en la actual música nativa.

Antes de entrar al punto que nos proponemos desarrollar señalamos que, no lo haremos comenzando con la acostumbrada historia y reminiscencias sobre la música mundial o la de algunos renombrados países de los tiempos antiguos, como Grecia, Roma, Egipto o México para abreviar y porque ya lo han hecho otros autores, nacionales y extranjeros; que, tampoco discurriremos sobre la técnica de la música ni de los aparatos musicales modernos de la región andina, porque hace poco tiempo nuestro distinguido amigo, el conocido musicólogo nacional Don Antonio González Bravo, ha publicado (fuera de otros trabajos anteriores) en este mismo diario ("La Razón", VII-46), un estudio sobre dicha materia, con eruditismo y pleno dominio de la técnica musical vernácula; pero sí, que nos referiremos a ésta ya la de determinados países siempre que tengamos que señalar similitudes o correlaciones existentes entre ella y la de nuestra altiplanicie.

Lógica e indudablemente la música y la danza de la región del altiplano andino encuentran su origen en los primitivos pobladores de las últimas épocas glaciales; artes que, en el transcurso de millares de años necesariamente fueron evolucionando, en forma paulatina, hasta llegar a su

apogeo, paralelamente con las otras artes e industrias, junto con las cuales alcanzaron brillo y nombradía las del gran estado de los *antis* o *kolla-aimaras* y la de su esplendorosa metrópoli.

Si tenemos en cuenta la larga y agitada trayectoria de Tiwanaku, a través de las diferentes épocas y de los sucesos acaecidos en el curso de su dilatada vida evolutiva, es obvio suponer que la música, su instrumental, la danza y la poesía tiwanakotas eran de una gran variedad.

Infelizmente, los cataclismos telúricos, las invasiones enemigas e innumerables factores adversos, han hecho desaparecer —casi totalmente— las pruebas de esa cultura tan adelantada. Pero, por suerte; recientes descubrimientos arqueológicos, sumados a los anteriores, nos han proporcionado ejemplares de valor tan inapreciable que, a pesar de su limitado número, son de tal manera reveladores que permiten arribar a conclusiones de trascendental importancia para la ciencia prehistórica y, los cuales —por otra parte— reafirman las teorías que venimos sosteniendo.

El folklore de la música y de la danza del Ande —es sin lugar a duda— uno de los más ricos de toda la América, pleno de vigor y siempre armonioso y original, ya sea que se trate de motivos ritualistas, marciales, satíricos, alegres o aflictivos. El desenfrenado correr de los milenios no la ha modificado substancialmente, pese a la perniciosa influencia en él ejercida por la música y los bailes de los invasores prehistóricos, incaicos e ibéricos del tiempo colonial.

Si bien es cierto que no existen, en el limitado folklore andino, documentos sobre la existencia de los cantos y danzas de épocas pretéritas, no menos cierto es que, si tenemos en consideración la índole probatoria de los instrumentos mismos encontrados, la magnitud y la suntuosidad ciclópea de los palacios y demás obras arquitectónicas de Tiwanaku, podemos asentar que ellos esencialmente existieron y que fueron de una naturaleza tal, que armonizaban con la grandeza de los mismos, como lo confirma la existencia de millares de magníficos perfumadores, de bellas y variadas formas, de acabada técnica, de gran riqueza en el colorido y en la simbología de sus artísticas pictografías.

Y no puede ser de otra manera por tratarse de un estado descollante, tan bien organizado y que contaba con sabios legisladores, versados astrónomos, eximios arquitectos y geniales artistas. Por todo ello es ilógico suponer que un pueblo, constituido por elementos tan valiosos, careciera de música, danzas y poesía... y si no ¿cómo es dable que hubieran podido celebrar sus grandes acontecimientos, sus festividades mítico-religiosas, las de los solsticios y equinoccios, las de sus triunfos bélicos o atléticos, las agrícolas, funerarias, etc.?

Conceptuamos que era imposible realizarlas sin acompañamiento de música y de bailes alegóricos.

La calidad, finura y variedad de los instrumentos musicales últimamente excavados del subsuelo de Tiwanaku y sus inmediaciones, junto con el simbolismo totémico, artísticamente grabado en gran parte de ellos son de tal índole documental que refuerzan las pruebas que poseemos sobre lo que acabamos de afirmar y, las cuales —al mismo tiempo— permiten hacer deducciones lógicas y ciertas en los estudios pertinentes a la arqueología andina.

Al mismo tiempo, la estructura, arte y esmero del trabajo de dichos aparatos musicales, comparado con el de sus similares modernos, nos pone de manifiesto la existencia y la superioridad de la cultura musical prehistórica sobre la nativa actual, así como la de la mayor belleza, sonoridad y calidad del material de que están hechos; pues, la totalidad de los modernos están fabricados de manera rudimentaria, en material de poca resistencia y duración, (como es la cañahueca Tallo de las gramíneas), mientras que los de épocas remotas son de construcción complicada y fabricados en materiales muy resistentes (metales, piedra, hueso y cerámica).

Descripción y comparaciones.-

Comenzamos con la legendaria trompeta aimara, el clásico *pututu* guerrero que señorea en la extensa serranía de los Andes, cuyos roncros y atronadores sonos de alarma, reunión, ataque y victoria eran escuchados en miles de leguas a la redonda por las atemorizadas huestes de los países invadidos por las aguerridas tropas aimaras, organizadas militarmente en falanges, compuestas de *kkorawasiris* (hondeadores) y *michchisiris* (flechadores) para el combate a la distancia y, de *nuwasiris* (peleadores), *jaukkasiris* (golpeadores), *makanasiris* (cachiporreros), etc., para la última y decisiva faz del combate, la lucha cuerpo a cuerpo.

El *pututu* o *kkepa* es el instrumento musical onomatopéyico más antiguo de los aimaras. Su forma primitiva era la tabular rectilínea. Nuestra colección entre los varios ejemplares cuenta con uno de piedra grisácea, pulimentada y que tiene cerca de la parte superior un relieve anular con pequeños círculos. Otro *pututu* de nuestra colección de forma tubular, hecho de barro cocido con engobe plumizo y en cuya parte superior está plasmada una cabeza antropomórfica, llevando incisiones ésta y la parte media. Ambas orejas poseen agujeritos para su suspensión. Posteriormente, la forma tubular recta —con y sin ensanchamiento de boca— evolucionó en la curvilínea y en las zoomórficas, que simbolizan un *chchurupfusaña* (soplador de caracol). Es una de las variedades del *pututu* clásico y similar a los de la costa peruana. Actualmente, los *pututunaka* son de cuerno de toro, de carnero o de caracoles marinos, lo cual se debe a la influencia ejercida por los conquistadores españoles. Algunos de estos *pututus* de asta de toro llevan una abrazadera de bronce con aplicaciones de plata.

Sikus y pinkillos prehistóricos.-

El *siku*, zampona, siringa o flauta del dios Pan, es semejante al *syrinx* griego por su forma y la sonoridad armoniosa de sus tubos. Están hechos de cañas de gramíneas. Su variedad es muy grande, diferenciándose unos de otros por el tamaño y el número de sus tubos sonoros. Miden desde 3 centímetros hasta poco más de 1 m. y tienen desde 3 hasta 16 tubos colocados en 2 filas. Sus nominaciones son diferentes y varían según las regiones o modificaciones hechas en su estructura.

Los sikus prehistóricos son de metal, piedra, cerámica y caña. Sus formas son muy variadas. Gran parte de ellos están fabricados de cerámica. Un ejemplar de éstos de nuestra colección proviene de Nazca (Perú). Su engobe es de color rojo-moreno, muy brillante. Los 10 tubitos que contiene interiormente tienen doble diámetro en la parte superior que en la inferior. El tubo más grande mide 213 milímetros de profundidad y el menor 61. Suena nítida, fuerte y armónicamente. Tiene 2 agujeros de suspensión.

El *pinkillo* (especie de flauta recta) moderno está hecho de caña de gramíneas. Tiene desde 1 hasta 7 agujeritos circulares. Su tamaño fluctúa entre 5 centímetros y algo más de 60. De acuerdo con el número de orificios reciben diferentes nombres: el de 3 se llama *waka-waka* o *kimsa-ppia*, el de 4 *pusi-ppia*... el de 7 *pinkillo* de *carnaval*, etc.

Los pinkillos prehistóricos aimaras de carrizo han desaparecido, como consecuencia de la acción destructora de los milenios transcurridos. En cambio, existen valiosos ejemplares hechos de huesos humanos y de animales. Entre los ejemplares de nuestra colección tenemos un *pinkillo* trabajado en una tibia humana, cercenada a un adversario muerto y usada como *amuleto-trofeo*. Está finamente pulimentado y tiene 4 agujeritos, equivale al *pusippia* moderno. Otro ejemplar de *hueso animal*, bien pulido, posee 3 orificios (*kimsa-ppia*). Un tercero es un bello ejemplar de hueso de llama, completamente fosilizado. Se trata de un *kimsa-ppia* tiwanakota, el cual tiene primorosamente burilada una simbólica serpiente con cabeza antropomórfica, enroscada espiralmente, debajo se encuentra una cabeza humana realista. Otro ejemplar, un *pusi-ppia*, de excepcional valor arqueológico, es de hueso de camélido, íntegramente burilado. En la parte

superior ha sido copiado uno de los personajes laterales de la llamada Puerta del Sol de Tiwanaku y debajo del cual está simbolizado el *puma* del tótem aimara.

Kenas y tarcas modernas.-

Las *tarcas* están hechas del mismo material que los *pinkillos*. Se diferencian de éstos en que siempre llevan 6 agujeros adelante ó 5 delante y otro detrás y no así las *tarcas* que tienen los mismos agujeritos delanteros pero ninguno atrás. Su construcción es también muy diferente, pues éstas están construidas en madera y hechas de una sola pieza.

Figuritas metálicas representando músicos.-

Estas simbólicas esculturas son huecas y están hechas de bronce (*champi*) y proceden de Tiwanaku. Son admirables trabajos de orfebrería, que ponen de manifiesto la sobresaliente cultura tiwanakeña, así como el papel descollante que la música desempeñaba en el gran Imperio de los *kollas* del altiplano andino.

En una de estas figuritas, el personaje músico simbolizado está desnudo. Sólo lleva adornada la frente y la parte posterior de la cabeza. El rostro se encuentra cubierto con una máscara antropomórfica y en la nuca tiene una argollita para su suspensión, desde la cual baja una cinta hasta llegar a la cintura. Con la mano izquierda agarra un *pinkillo* (flautín) en posición de tocarlo, y con la otra mano empuña un *wankara-pfusaña* (golpeador de tambor). Las manos sólo tienen 4 dedos. Son simbólicas y típicas de la época del Apogeo de Tiwanaku. Se halla sentado mostrando su *puenda virorum*. Mide 68 milímetros de alto y 25 de ancho.

Otra estatuita, que simboliza a otro personaje músico, completamente desnudo, pero que lleva en la cabeza una corona con cinco prominencias. En la mano izquierda sostiene un *siku* (zampoña o flauta de Pan) con 4 tubitos en actitud de soplar y en la derecha una *wankara-jaukaña*. Las manos son también de 4 dedos. Está sentado y exhibiendo el miembro viril. Tiene 70 milímetros de alto y 28 de ancho.

Otra pieza interesante es la representada por un puño de bastón de baile, sumamente simbólico y probatorio de la fastuosidad de sus ceremoniales mítico-religiosos. Posee 12 cascabeles distribuidos en 3 series paralelamente superpuestas: los de la fila inferior son huecos, los demás macizos y todos ellos cuelgan de sus respectivas argollitas. Cuatro vigorosas *indiátides* sostienen —con los brazos en alto— una plataforma circular en la cual se encuentran 2 idolitos sentados bajo sendos doceles portátiles y, entre ambos, 2 músicos de pie tañendo sus *kenas* o *pinkillos*.

Silbatos, ocarina y pitos prehistóricos.-

Es considerable la diversidad de silbadores primitivos, tanto por sus formas como por los materiales de que están fabricados. Existen bellos ejemplares de metal, cerámica, madera y caña. Por la amplia variedad de sus tonos, se deduce que con ellos solos —actuando en conjunto— se podían ejecutar sencillas y melodiosas composiciones musicales. Nuestra colección incluye varios de barro cocido. Uno de ellos es ovoide. Está adornado con una cabecita de ave y tiene 2 agujeritos para llevarlo colgado. Los demás son cilíndricos y carecen de agujeros de suspensión.

Una pieza interesante es una representación antropomórfica con las manos en el pecho. Es de cerámica parda con engobe negro, semeja a los silbatos del Chimú (Perú). Existen otros dos de bronce: el primero simboliza un barrigón enmascarado con las manos sobre el vientre, en la nuca lleva una asita de suspensión y más abajo tiene adherido un pajarito del mismo metal.

En forma de *sonajeros* tenemos dos piezas, de las cuales el primero es de plata y sirve de *orejera* que presenta finos grabados de aves estilizadas. El otro sonajero es de cerámica fina

simboliza una calabacita con pinturas de signos similares a los Tiwanakeños. Procede de Nazca (Perú).

La *ocarina prehistórica* es de cerámica. Simboliza una cabeza antropomórfica con grandes orejas y cuyo tocado con 4 prominencias es del estilo de Tiwanaku. Si se tapan los orificios de los ojos y se sopla por la embocadura, emite la nota *do*. Si luego se destapa el ojo derecho y se sigue soplando da la nota *re* y si se destapan los dos la *mi*. Fue encontrada en Trujillo (Perú).

El *silbato* reproducido en el periódico "La Razón" es al mismo tiempo *sonajero*. Es de cerámica engobada de rojo y con dibujos negros. Tiene grabada una cara humana y, en la parte opuesta, artísticamente plasmado un monito cabezón trepando a la parte superior. Internamente el espacio de abajo constituye el silbato y el de arriba el sonajero. Otro ejemplar representa un silbador de barro cocido con engobe blanquecino y representa un roedor en actitud reverente. Es de Chanchán (Perú).

Cascabeles Prehistóricos y de la Época Colonial.-

Basta detener la mirada en estos objetos, para darse cuenta de que la riqueza en las formas de los cascabeles andinos era considerable. A pesar de los milenios transcurridos, la mayoría conserva su sonoridad primitiva. Con excepción de algunos que parecen haber sufrido la influencia del contacto con los conquistadores (españoles), los demás son característicamente de épocas pretéritas.

Uno de los cascabeles en nuestra posesión es de bronce con baño de oro. Fue excavado en Tiwanaku junto con unos bellos y simbólicos adornos para bailar, hechos del mismo metal y los cuales son de muy grande interés para la metalurgia y la orfebrería. Otro ejemplar, muy artístico, está formado por cuatro husos esféricos, dos cabecitas de *wari* (vicuña) y su respectivo suspensorio. Es de bronce y procede de Tiwanaku. Otro cascabelito de primorosa factura tiwanakota, presenta un asa para llevarlo colgado, constituyendo una bella esculturita, que simboliza un inquieto ratoncillo estilizado. Otros dos son *cuentas-sonajas* de plata. Proviene de Nazca (Perú).

Vasos silbadores preincaicos.-

Generalmente esta clase de vasijas tiene la forma lobular o bilobular. Servían para beber la legendaria *chicha* u otro licor y, al hacerlo o agitar su contenido, emite sonidos semejantes a los del animal representado en el silbato que lo acompaña. Uno de nuestros ejemplares, es un ceramio negro del Gran Chimú (Perú). Tiene la forma lobular y en su parte superior ha sido diestramente plasmado un felino del tipo tiwanakota. Al dejar de beber el líquido contenido, el aire —encerrado en su interior— es expelido por el silbato acomodado entre el asa y la nuca del animal representado, produciendo un sonido que imita el rugido del *puma* serrano.

Otro ceramio negro, pero mucho más fino, es bilobular y fue hallado en Tiwanaku. Coronando el tubo para el escape del aire se encuentra artísticamente modelado un monito sentado, dentro de cuyo cuerpo se halla un silbador, el cual funciona —cuando está con líquido— al sacudirlo o dejar de beber, emitiendo un sonido semejante al del monito simbolizado.

Música mochica prehistórico.-

Se trata de un ceramio castaño con engobe blanco y rojo, procedente de Moche (Perú). La expresiva figura escultórica simboliza un músico con doble mutilación punitiva, la cual ha sido practicada en la parte inferior de la nariz y en el labio superior. El personaje se encuentra sentado y en actitud de tocar un tambor (*tinya* en keshwa y *wankara* en aimara). Viste la típica *kushma* (camiseta) ceñida con un cinturón y lleva un tocado que le cubre toda la cabeza, la frente y la barba.

En esta bella escultura se trasparenta el talento artístico del alfarero mochica, diestrísimo en plasmar personajes y escenas de la vida, con todo realismo y perfecto conocimiento de la idiosincrasia de cada individuo.

Conclusiones.-

De los documentos anteriormente expuestos y de otros, no exhibidos por falta de espacio, se deduce:

- a) Que la música e instrumental tiwanakotas han existido desde tiempos prehistóricos;
- b) Que los instrumentos musicales de la Época del Apogeo del Gran Imperio Kolla-Aimara eran de superior calidad, belleza y duración que los modernos;
- c) Que ellos imprimieron el sello indeleble de su cultura musical entre los pueblos que sojuzgaron durante miles y miles de años.

CAPITULO XIV

El Uso de los Espejos en la Descollante Cultura de Tiwanaku,

Breves datos históricos.-

Nada se sabe sobre el origen de los espejos. Su génesis se esfuma en la sombra de los tiempos lejanos. Todo lo que se puede vislumbrar gira en torno del amplio campo de las conjeturas.

Entre éstas se nos presenta una que, gracias a la inventiva creadora, al instinto imitativo y al espíritu de observación que caracterizaba a los hombres primitivos, les permitió advertir que la superficie de las aguas, en quietud, y las facetas de los poliedros mineralógicos tenían la propiedad de reflejar los rayos y las imágenes que se colocaban en su frente.

De estos descubrimientos imitativos, lógica y posiblemente nació la idea de imitar el reflejo de las aguas, puliendo la superficie plana de los adornos metálicos de uso personal —placas y discos individuales— con el propósito de que sirvieran para reflejar las imágenes que se situasen enfrente de éstos, es decir, para que se convirtieran en verdaderos espejos. Por cierto que, análoga idea se originó también en el fecundo ingenio de los kolla-aimaras; dando lugar a la transformación de los adornos que portaban, tanto en sus personas como en sus regias vestiduras: las castas privilegiadas, los dignatarios y los jefes del sobresaliente Imperio de Tiwanaku.

En la mayoría de las tribus y pueblos prehistóricos, sus primitivos habitantes, a todo objeto que reproducía su imagen suponían —por su escasa perspicacia y su excesiva superstición— que era la efigie de su espíritu, *ajayu* en aimara. Lo que dio lugar a la veneración atemorizada ya las prácticas religiosas y de superchería; ejercidas, en general, por las naciones y tribus americanas, africanas y polinesias, que se hallaban dominadas por sus creencias imaginativas y dogmáticas.

En la época de la culminación del legendario Imperio de Tiwanaku, Era en la cual su destacada cultura alcanzó el mayor grado de progreso, el empleo de los espejos llegó a desempeñar un papel de gran importancia, sobre todo, en el desarrollo y la modificación de los usos y costumbres heredadas de sus antepasados.

Milenios después —pocos siglos antes de la Era Cristiana— los historiadores y comentaristas ibéricos, griegos y romanos principian a dar noticias —vistas u oídas— sobre el uso de los espejos entre los troyanos, etruscos, romanos y griegos, acompañándolas de indicaciones relativas a la variedad de formas, diferentes empleos y diversos materiales empleados en su

elaboración. La mayor parte de ellos guardan semejanza con los encontrados en las Américas Precolombinas, incluso los de obsidiana vítrea negra, que reproducen las imágenes con tenue colorido, como los de las remotas naciones de Etiopía, Egipto y Etruria. Este tipo de espejos existía también, en Méjico y Perú antiguos; al igual que en Guatemala, Ecuador, Chile, etc. En este último país se los conocía con el nombre de *lilpu*, vocablo derivado del aimara *lirpu*.

Entre las varias formas de espejos precolombinos figuran, en primer lugar, los de superficie plana; luego los cóncavos, que hoy se los clasifica como "espejos ustorios"; siguen los cóncavos ovalados, esféricos y los piriformes, hallados en la arcaica Palestina.

De las narraciones hechas por los comentaristas anteriores a la Edad Media se ha llegado a saber, que el notable físico griego Arquímedes se valió del tipo de los espejos ustóricos —pero de enormes dimensiones— para incendiar las naves de Marcelo, que se encontraban sitiando el magnífico puerto de Siracusa. Se narra también, que análogo procedimiento fue empleado por el famoso ingeniero y filósofo Proclo, cuando quemó la flota de Vespaciano que bloqueaba Constantinopla.

En la dinastía de los Incas Orejones también se utilizaban los espejos, de cuya aplicación tuvieron conocimiento por sus ascendientes: los *antis* o *kolla-aimaras*. Eran de metales pulimentados: cobre, plata, latón y bronce y de minerales brillantes con facetas negras u oscuras, como la obsidiana y el cuarzo ahumados, igualmente que de piritas de cobre o de fierro. Una buena cantidad de estos espejos, hechos de sulfuros metálicos y de antracita, *chiara- kespikala*, han sido hallados en el antiguo Perú, incrustados en maderas que poseían o no mangos para su manejo. Entre éstos es digno de mención el encontrado en Huacho (1), el cual está formado por una pirita embutida en un sostén de madera, cuyo mango tiene la forma de una mano abierta y en cuyo centro se encuentra una pirita elipsoidal, achatada en sus extremos, con una longitud de 7 centímetros. El sostén está íntegramente tallado: con dibujos de ave en el puño, y geométricos en el dorso de la mano. Mide 26 centímetros.

Durante el Incario, "el Príncipe de los Cronistas" Inca Garcilazo de la Vega, en sus "Comentarios Reales de los Incas", Libro I, Capítulo XXVIII, expresa: "Los espejos en que se miraban las mugeres de la Sangre Real eran de plata bruñida y los comunes de azófar". A continuación comenta: "Los hombres nunca se miraban al espejo, que lo tenían por infamia, por ser cosa mugeril". La primera expresión da a conocer la existencia de los espejos, especificando que éstos eran metálicos, simples o compuestos. La segunda aseveración, presumimos que se refiere a los habitantes keshwas del Incanato, poco antes y durante la época en que éstos fueron sojuzgados por los conquistadores españoles.

Hacemos este juicio o aclaración porque los pobladores de otras naciones —anteriores o coetáneas a las de los Incas— como los de Tiwanaku, Nazca, Moche y Chimú usaban espejos y pinzas para depilarse. Hecho puesto en evidencia por los numerosos hallazgos de esta clase de objetos, encontrados en el interior o fuera de las *wakas* sagradas, cementerios y sepulturas que pertenecían a cuerpos de adultos, masculinos y femeninos.

De dichos espejos y pinzas se ha encontrado una gran variedad, tanto en el tamaño como en la forma y el material de que están hechos. Más adelante nos ocuparemos con detención sobre este punto.

El ilustre indígena don Felipe Guaman Poma de Ayala en su inigualada obra: "La Primer Nueva Coronica I Buen Gobierno" (2), Foja 120, debajo del epígrafe "la primera historia de la reina coia-mama uaco coia" presenta un gráfico tan ingenioso como descriptivo, que no necesita palabras para dar a conocer que la figura central representa a la REINA MAMA HUACO COIA: sentada ya la sombra de un quitasol de plumas, manejado por una sirvienta que se encuentra a su izquierda. Lleva puesto un amplio y largo vestido, ceñido en el talle por un cinturón bordado a cuadros; su cuello está adornado con un fino collarcito de cuentas; de ambos hombros cuelgan sendos topos metálicos. Sostiene en la mano izquierda un espejo provisto de mango; su derecha

está dentro de una palangana, sostenida por una enanita jorobada. Otra sirvienta, situada a la izquierda, peina su cabellera que está partida en dos, y cuyas onduladas greñas se desparraman a los costados. En el espejo se distingue la imagen reflejada de la Reina Coia. Este artístico gráfico confirma el empleo del espejo durante el Incanato.

Descripción y usos.-

Los espejos prehistóricos que se han encontrado —asta el presente— tienen las superficies planas, cóncavas o convexas. Por lo general, los planos son de forma rectangulares y circulares. En ambas variedades existen ejemplares simples o adornados. Estos últimos exhiben relieves y grabados, con y sin aditamentos en los bordes. Varios de ellos muestran una de las caras pulidas, algunos con gran esmero, para que sirvieran de espejos que reflejasen con nitidez las imágenes y los rayos situados frente a ellos. En muchos de los atavíos personales —discos y plaquetas— una de las superficies ha sido bruñida para que, a la vez, sirviera de espejo y de adorno.

Entre los espejos circulares existen varios que tienen formas similares a los hallados en la remota civilización egipcia. Son muy parecidos a los que se han encontrado en nuestra altipampa andina y cuyos trazos —copiados de la "Historia del Antiguo Egipto" (3)— son parecidos a los que se hallan expuestos en el Museo "Tihuanaco" y en el nuestro.

Los de superficies cóncavas eran siempre circulares, y tenían el mismo empleo que los "espejos ustóricos": recibir y reflejar los rayos solares que, al reunirse en el foco, originaban calor capaz de producir fuego en la substancia combustible allí colocada. Caso científico que pone en evidencia el conocimiento de las leyes ópticas en la cultura tiwanacota y su aplicación para producir fuego. Procedimiento que era totalmente desconocido por los pueblos preincaicos, ajenos a la cultura de Tiwanaku; quienes se valían de métodos rudimentarios para poderlo conseguir: friccionando dos maderas de distinta densidad (verbigracia *chonta* y *bambú*) con movimientos rápidos y continuos hasta que se produjeran chispas y con éstas el apetecido fuego. En la actualidad, los salvajes del Chaco y del Beni lo obtienen de esta misma manera o parecida y, asimismo, ciertas tribus de África y de otros continentes.

Dentro de la clase de superficie curva figuran también los convexos, cuya cara frontal tiene la propiedad de esparcir los rayos luminosos, aumentando su campo de reflexión.

Es muy grande la variedad de formas de los espejos rectangulares, ovalados y discoidales que proceden de Tiwanaku, sus cercanías y provincias aledañas.

En cuanto al uso de los espejos (4) creemos que —en tiempos remotos— se debió a la necesidad imperiosa que obligaba a los representantes de las clases privilegiadas —altos jefes guerreros, dignatarios religiosos y autoridades superiores— a distinguirse no sólo por las suntuosas vestimentas, llamativos atributos de mando y poderío, sino en especial, por la bizarría corporal que unida a los característicos rasgos faciales, les daba prestancia y la personalidad propia e inconfundible, condición indispensable para alcanzar el cariño, la admiración y el respeto de sus súbditos y del pueblo en general (5).

Por ello y por lo que se infiere de la observación de los llamados *Wako-retratos*, excavados en Tiwanaku que representan personajes notables, a éstos les era imprescindible el uso de los espejos, para que con su ayuda pudieran conservar permanentemente su atractiva y habitual fisonomía, que los diferenciaba de otros personajes. Para conseguir este propósito les era forzoso valerse del arte de los afeites faciales. Con esta ayuda se les facilitaba el arreglo de los bigotes, barba y cabellera, así como también el pintado y retoque de sus respectivos tatuajes.

Lo que acabamos de exponer comprende —por las mismas razones— a los ceramios antropomorfos hallados en Moche, Trujillo, Paracas y otras regiones del antiguo Perú. En estos lugares arqueológicos fueron extraídos de las *wakas* y cementerios, junto con las pinzas, espejos,

topos y demás utensilios de uso personal, a la par que de objetos bélicos, de pesca y de labranza. Lo mismo que ocurre en los enterratorios prehistóricos de Argentina, Chile, Colombia, Ecuador Y demás países americanos (6). En muchos de cuyos recintos funerarios se han encontrado objetos similares. Del estudio y descripción, de parte de éstos, se han ocupado los distinguidos escritores: Barón de Nordenskiöld, E. Boman, P. Rivet, J. H. Rowe, J.C. Tello, W.C. Bennett, L.E. Barcarcel, E. Muelle, A. Ambrosetti, Gijón y Caamaño, R. E. Latcham y otros autores.

En casi todos los países prehistóricos antes mencionados se han encontrado —entre varios objetos de uso individual— los espejos y las pinzas a que se refieren sus respectivas tradiciones y fábulas. Por las cuales se sabe que, tanto los hombres como las mujeres tenían la costumbre de depilarse: unos el rostro y otros las axilas o el pubis. La depilación de estas últimas regiones del cuerpo humano —en la generalidad de los pueblos antiguos— era obligatoria; para las sacerdotisas consagradas al culto, para las vestales dedicadas a mantener día y noche el fuego sagrado, para las doncellas destinadas a la adoración de las divinidades astrales, zoomórficas y de personas o cosas divinizadas, y también para las *ñustas* o doncellas escogidas y consagradas al culto de la idolatrada *Paksi Mama*, Diosa Luna de las tinieblas.

En la Isla de la Luna o *Koati*, lugar sagrado del lago de las leyendas, existe el palacio de *Iñakauyo*, casa de las vírgenes, donde éstas moraban enclaustradas. Ahora bien, en este sitio de veneración se ha encontrado un crecido número de pinzas de oro, plata, bronce y cobre. Como en él sólo residían mujeres es obvio admitir que estas doncellas empleaban esos utensilios para arrancarse los vellos. Lo que demuestra —de manera evidente— la existencia y el empleo que de ellas se hacía en el reinado de los Incas.

Controversias.-

Limitado número de arqueólogos dudan que hubieran existido pinzas y espejos prehistóricos. No falta alguno (B. Laufer) que dice que los espejos cóncavos habían sido creados por la fantasía del inca Garcilazo de la Vega!

Los profesores R. E. Latcham y M. Uhle niegan que, en la cultura tiwanakense, hubieran conocido los espejos de bronce. Este último, ante un selecto grupo (7) congregado en las ruinas de Tiwanaku, febrero de 1911, trató de impugnar las tesis planteadas por el Profesor Ingeniero Arturo Posnansky: a) Que los discos líticos descartados y con perforación céntrica sirvieron para dar peso a las redes; b) que la no existencia de fragmentos cerámicos probaba que, en el sitio por él indicado, estuvo ubicado el "Muelle del Gran Puerto de Tiwanaku"; y c) que en la civilización tiwanakota existían espejos, *topos*, adornos e instrumentos de bronce.

Estas tesis que quiso refutar el Dr. Uhle, con argumentos carentes de base sólida, fueron —*in situ*— científicamente rebatidas por el Sr. Prof. Posnansky, y —poco después— completamente destruidas con el inmediato encuentro de una diminuta sandalia, un espejo y otros "objetos de bronce" que, momentos después, los obtuvimos en el mismo lugar con el conocido arqueólogo Dr. Salvador Debenedetti.

Pocos meses después de dicho encuentro, octubre del mismo año, estando con el administrador de la hacienda Siripaka Sr. Daniel Iturri y el mayordomo Quispe de la misma finca, cercana al renombrado santuario de Copacabana, al ascender por el escabroso sendero meridional —que va de la casa de hacienda a las elevadas montañas que la circundan— encontramos, a dos kilómetros y medio, un contrafuerte coronado por una pequeña meseta, nominada *Jiskapata* (altura pequeña), en la cual descubrimos vestigios de una *pukara* (fortaleza) prehistórica, que presentaba en su falda occidental restos de un cementerio circular.

En uno de sus hoyos sepulcrales hallamos un cadáver momificado, de una persona adulta, deteriorado por la acción milenaria del tiempo. El cráneo mostraba la deformación artificial característica de los kolla aimaras. El cuerpo de la momia —en partes destruido— estaba en cuclillas y con las manos sobre las rodillas, a la manera de los *chullpas* aimaras de la altipampa

boliviana. Del suelo enlodado extrajimos algunos especímenes de cerámica rudimentaria, casi todos destrozados: Dos eran vasos timbaliformes ornados con pinturas simbólicas tiwanacotas, además un morterito (pekaña), un espejo (lirpu), una pinza depilatoria (kotuña), dos cuchillos semilunares (tumís) y otros objetos. Los espejos, los cuchillos y las pinzas eran de bronce lo que confirma la existencia y el manejo de este metal en el territorio de los kollas, desde las primeras épocas de Tiwanaku.

Elaboración y empleo.-

En los numerosos estudios analíticos que se han realizado (8) sobre los ejemplares prehistóricos, encontrados en casi todo el territorio de la América Meridional, se puede afirmar que gran parte son de bronce, *champi* o *chambi* en aimara (9). En esta aleación de cobre, estaño y —algunas veces— oro en pequeñas cantidades, la proporción en que entraba el estaño era muy variable, y limitada a la cantidad necesaria para que esta mezcla metalúrgica poseyera la ductibilidad, dureza y elasticidad que se deseaba obtener. El porcentaje de estos minerales en la aleación del bronce varía mucho; igualmente, el de los que entran en pequeñas proporciones: bismuto, fierro, níquel, oxígeno, plomo y zinc. Dicho porcentaje dependía del empleo que se le quería destinar. Cuando se trataba de fabricar cinceles o escoplos para esculpir, tallar y grabar o de hachas, cachiporras y otras armas de combate, el tanto por ciento del estaño era mayor que el empleado para los objetos que les tenían que servir de adornos por la razón de que éstos debían ser menos pesados y más dúctiles. Para aquellos la cantidad variable del estaño fluctuaba entre el 3 y el 15 %, y aún más para las partes afiladas de las armas e instrumentos cortantes. La del cobre variaba entre el 14 y el 80 %. En ambos casos, el 3 % restante correspondía a los minerales citados con mínimas cantidades y a los residuos féreos y sulfúreos.

Por otra parte, el porcentaje anotado por Nordenskiöld, Latcham, Bennett y otros arqueólogos, difiere del asignado por Tylor, Ainsworth Means y Ambrosetti, tanto en los discos, plaquetas y topos como en las herramientas, para los trabajos en piedra y materiales resistentes. De la misma manera, él varía según sea el lugar de donde proceden los objetos bronceos.

Procedencia y propagación.-

El preciado estaño ha sido encontrado —desde épocas remotísimas— en las entrañas de los elevados montes que rodean y forman la gran meseta andina o "Altiplano Boliviano" (10). De donde, sin duda alguna ha sido transportado a los países precolombinos que lo precisaban para la preparación de sus metales porque ellos carecían de ese insustituible mineral. En Machu-Pichu se ha encontrado una barrita de estaño fundido —que fuera de duda— fue llevada de las minas altiplánicas o de las "*wairas*" (11) que usaban los primitivos pobladores de Potosí, Oruro y La Paz. Es muy natural suponer que —dada la gran riqueza mineralógica del Altiplano— se hubiera efectuado, de igual modo, análogo acarreo de oro, plata, cobre y plomo en cantidades ignoradas.

Teniendo en cuenta este antiguo y frecuente traslado de minerales, es posible que el conocido Profesor Dr. Ricardo A. Latcham lo hubiese tenido en cuenta, al declarar en su obra (12) lo siguiente: "A nuestro parecer, la metalurgia del bronce tuvo su origen en Bolivia". Opinión que la encontramos acertada pero no así la limitación que la acompaña: "y sólo durante la época de las influencias chinchas o chincha-atacameñas", Esa "limitación", además de ser incompleta, no está de acuerdo con lo que se ha llegado a probar y establecer — por medio de testimonios y razones fundamentales— que esas "influencias" no existieron. Como lo comprueba el hecho de no haberse encontrado, hasta la fecha, vestigio de ninguna índole que constituya prueba de la ingerencia de esas "influencias" en la cultura tiwanacota.

Por otra parte, cabe hacer notar que ese "parecer" del Dr. Latcham, fue olvidado por su mismo autor, pues, en la página 367 de su citada obra, asevera que el pueblo atacameño "indudablemente se mezcló también con elementos bolivianos y peruanos durante la época de las migraciones, con 105 primeros en la época de Tiahuanaco y con los segundos durante la invasión de su territorio por los chinchas".

Por nuestra parte, manifestamos estar de acuerdo con que los atacameños "indudablemente" se mezclaron con los aimaras en la época de Tiwanaku, pero con las siguientes aclaraciones:

a) Que esa mezcla se efectuó durante la dilatada Época del Apogeo, del poderoso y descollante Imperio de 105 kolla-aimaras. Es decir, cuando sus aguerridas tropas invadieron y sojuzgaron —durante milenios— las tierras atacameñas y chincheñas, a la vez que las vecinas.

b) Que si bien es cierto que las huestes cañaris, chincheñas, atacameñas y de otras comunidades limítrofes, irrumpieron en el territorio de los aimaras, no menos cierto es que ello aconteció en la Época de la Decadencia de Tiwanaku, y sólo en forma transitoria que, escasamente, alcanzó a subsistir breve espacio de tiempo, sin dejar rastro alguno de su paso por las tierras altioplánicas.

Las agrupaciones étnicas y tribales, que acabamos de citar, fueron de las primeras en recibir y asimilar el vigoroso impulso cultural del arte y la civilización tiwanakense. Dejaron en todos ellos imperecederas huellas de su prolongada permanencia como lo afirman los numerosos toponimios —que hasta hoy existen— en todos y cada uno de esos lejanos territorios (algunos de ellos con ligeras apócopes o trasmutaciones, pero que no influyen en la esencia de las cosas a las cuales han sido aplicadas) (13).

Al evidente e irrefutable testimonio lingüístico expuesto, se agrega otro arqueológico, de singular valla, que se funda en las reproducciones ejecutadas, con notable fidelidad, de sus símbolos, ornamentaciones y figuras. Estas han sido copiadas con suma precisión en gran parte de sus objetos cerámica madera y metal, al igual que en el tejido de sus bellas telas (excavados en las sepulturas prehistóricas de San Pedro de Atacama, Chiuchiu, Pisagua y otros lugares).

Complementan los testimonios anteriores, la presencia de las puntas de flechas y de dardo, así como de *tembetas* y de objetos líticos para fines guerreros y de laboreo, absolutamente iguales, en sus formas y en el material de que están hechos, a los de Tiwanaku.

Avances culturales, análogos y coetáneos al anterior, fueron realizados por la civilización del Kollasuyo, sobre casi todos los pueblos existentes en el antiguo continente americano. Dichos avances, hacia el Sur, alcanzan hasta la Patagonia, Tierra del Fuego y el Archipiélago de Magallanes; y, por el Norte, hasta México, Canadá y Alaska. Hecho que se comprueba con el apoyo de la toponomastia y de la arqueología, por medio de los nombres toponímicos aimaras (14) y por las formas, signos y atributos simbólicos tiwanakotas imitados en algunos de sus ceramios y tejidos.

Los antiguos atacameños al haber elaborado sus artefactos prehistóricos reproduciendo —con notable exactitud— las figuras y símbolos de las artes tiwanakotas, ponen en evidencia que ellos fueron los que recibieron y asimilaron las influencias culturales del imperio aimara, y no a la inversa.

El vigoroso impulso de la civilización de los kollas, en las de los países nombrados, ha sido tan efectivo y profundo que, como puede observarse en los fotograbados que publicamos, éstos fueron plagiados —íntegra o parcialmente— del Personaje Central y de los laterales de la portentosa y admirada "Puerta del Sol". Lo mismo sucedió con los signos astrales, escalerados y zoomórficos bellamente burilados en ella.

A pesar de considerar estas pruebas —palpables e indiscutibles— suficientes por sí solas para confirmar lo expresado, vamos a incrementarla añadiendo que, en los ceramios y tejidos precolombinos de las tres Américas —también y con gran frecuencia— se encuentran reproducidos los símbolos: "cruz" (en particular la de Tau, la Svástica y la de Malta), "movimiento", "cielo y tierra

", "puma", "cóndor", "lluvia", "cabeza-trofeo" y otros que representan conceptos dogmáticos, míticos y guerreros propios de los aimaras.

Diversidad de formas.-

En atención a que demandaría mucho tiempo y espacio la descripción de la gran variedad de formas, dibujos y tamaños de los espejos pre-colombinos —hasta hoy encontrados— nos concretamos a presentar los tipos más diferentes hallados en Tiwanaku, sus inmediaciones u otros sitios altiplánicos, y cuyas principales formas se han expandido a otros países americanos.

De esta manera damos a conocer los más raros y desconocidos, tanto en la clase de los espejos discoidales como de los rectangulares. De igual procedimiento nos valemos para especificar la enorme variedad de las pinzas destinadas a depilar, levantar o sujetar objetos, y cuyos extremos rematan en puntas, sectores o discos. Por lo general, las pincetas de cobre se encuentran rotas y muy deterioradas y, como es natural, las de bronce bastante bien conservadas.

La mayoría de los espejos y de las pinzas están perforados con uno o dos agujeros para pasar por ellos el hilo de suspensión cuyo frotamiento ha desgastado el metal de muchos ejemplares.

Al terminar la presente monografía damos a conocer el descubrimiento de dos espejos prehistóricos, de incomparable valía arqueológica: Proceden de la Gran Metrópoli Prehistórica, lugar en que fueron excavados de una profundidad mayor a la de un metro y forman parte de nuestras colecciones, donde ocupan sitio de preferencia.

Extraordinario espejo ustórico.-

Por su singularidad y grandes dimensiones consideramos que este espejo es uno de los más raros y de mayor tamaño, entre los que se han encontrado hasta hoy en el mundo prehistórico. Su diámetro mayor mide 65 centímetros. Es de bronce. Aleación constituida por el 9% de estaño, el 88% de cobre y el 3% de residuos sulfúreos y ferruginosos (15). Pesa 7 kilos y 750 gramos.

Tiene la forma de un disco cóncavo-convexo, semejante a la de los "espejos ustóricos". Presenta la superficie anterior bien pulimentada; la posterior ligeramente alisada, en la que se advierten los golpes dados por el martillo que lo forjó. Posee un gran valor intrínseco y una imponderable importancia arqueológica.

Paralelamente al borde, presenta una línea burilada de ornamentación. En su parte céntrica se advierten algunas erosiones, producidas por la acción milenaria del tiempo. Fue extraído de una profundidad que pasa de 1m. 80 cm., por V. Ríos, en 1937.

Apoyados en las leyendas y tradiciones aimaras consideramos que, en los remotos tiempos del florecimiento de la Gran Metrópoli tiwanakota, este extraordinario espejo estaba destinado a producir y mantener el fuego consagrado a sus divinidades, por medio de la convergencia de los rayos solares en su foco. Ello daba lugar a la realización de las prácticas y ritos social-religiosos.

A las anteriores funciones —sin duda— se agregaban las correspondientes a las de los telégrafos ópticos o semafóricos, destinados a la transmisión de señales en reemplazo o cooperación de las "*pfichas*" o fogatas aimaras, que se utilizaban para comunicar o recibir noticias a determinadas distancias.

La existencia y el empleo científico de esta clase de espejos ponen de manifiesto —una vez más— el alto grado de progreso alcanzado por la ciencia en la civilización tiwanakense. Pues, mientras en ésta se obtenía el fuego científicamente, en los otros pueblos primitivos él se lograba

por métodos rudimentarios, como por ejemplo, friccionando rápida y continuamente dos maderas de distinta densidad, hasta que se produjeran chispas y, con éstas el deseado fuego.

Simbólico espejo-ornamental.-

Este magnífico espejo tiene la forma de una plaqueta rectangular. Su borde superior delantero está ornado con un artístico grupo dogmático representado en forma sintética. En su centro resalta la cabeza estilizada de una divinidad protectora de los kollas, cuyas facciones han sido diestramente buriladas en bajo relieve. A sus costados se perfilan, en actitud hierática y de sumisión roedores y viscachas (*Lagidium peruanum*) que con sus hociquillos besan reverentes a la "Pacha Mama", Diosa de la Tierra.

Las finas siluetas de este bello y significativo conjunto, están hábilmente caladas. La superficie que se encuentra debajo de estas figuras emblemáticas está pulimentada, a fin de que sirviera de espejo.

La cara posterior de la plaqueta ostenta un agraciado y expresivo bajorrelieve: formado por una pareja de lagartos totémicos, que levantan las manos en actitud adoratriz, formando ángulos agudos. Los reptiles alegóricos tienen los cuerpos alargados, las cabezas angulosas, las patas cortas y finas, con las manos de tres dedos en cada una de ellas.

En el centro de ambas cabezas —a la altura de las bocas— resalta sobre el plano un vaso votivo timbaloide, de cuyo borde superior surgen cinco líneas paralelas onduladas, como de ofrecimiento. Las mismas se elevan equidistantes hacia *alajpacha*, el cielo inconmensurable simbolizando un voto y, a la vez, una plegaria de amparo contra los daños atmosféricos y los maleficios.

Por cuya razón esta bella placa broncea constituía un preciado amuleto, al mismo tiempo que servía de espejo y de adorno pectoral. Seguramente, pertenecía a un personaje de fortuna pues, los de la gente de escasos recursos eran muy sencillos. Pesa 132 gramos. Mide 112 por 107 milímetros.

Las placas de bronce encontradas en La Paya, (Jujuy); en Aconquija, (Salta); Cata marca y otras regiones que habitaron los diaguitas y calchaquíes o *kalachakis* ("pies desnudos" en aimara-keshwa) son similares a las tiwanakotas, y revelan haber sido imitadas de éstas.

Conclusiones.-

Por los testimonios presentados y otros, que por falta de espacio nos vemos obligados a no exponer, se infiere:

a) Que los espejos existían y eran utilizados por los primitivos aimaras, desde las primeras épocas del Imperio del Tawantinsuyo. Que debido a su intuición y espíritu creador e imitativo surgió la idea de imitar la reflexión de las aguas —en reposo— bruñendo la superficie plana de sus adornos personales, con el fin de que éstos se convirtieran en verdaderos espejos.

b) Que es considerable la variedad de espejos discoidales, ovalados y rectangulares procedentes de Tiwanaku y sus cercanías, así como de las provincias contiguas. Que entre los discoidales se han encontrado varios muy parecidos a los egipcios, etruscos y otras naciones remotas. El material del que están fabricados es de oro, plata, bronce, cobre, obsidiana o cristal de roca ahumados y de piritas ferruginosas, cupríferas o sulfurosas.

c) Que, por lo expuesto, en los párrafos pertinentes, el uso de los espejos tiwanakotas se puede compendiar en la consecución de los siguientes fines: reproducir por reflexión las imágenes (uso de espejos simples), transmitir señales a determinadas distancias (empleo de espejos semafóricos) y producir fuego por medio de los rayos solares (función de espejos ustóricos).

d) Que el objeto principal de los espejos planos era el de ayudar a conservar la fisonomía, el afeitado y el tatuaje típico de cada personaje, así como la prestancia de las castas privilegiadas.

Que también, se los utilizaba para ornamentar los lugares y objetos dedicados a las celebraciones religiosas o sociales.

e) Que la metalurgia de los pueblos y Estados precolombinos de las Américas se originó en la dilatada meseta andina del Altiplano boliviano, como resultado del gran adelanto alcanzado por sus primigenios habitantes: los *antis* o *kolla-aimaras*. Que el principio de la metalurgia altiplánica provino a causa de la exhuberante riqueza y variedad de sus minerales. Y, finalmente, que el arte metalúrgico tiwanakota alcanzó un alto grado de desarrollo, adelanto que irradió a gran parte del continente de América, dejando en él la estela luminosa de su admirable cultura y de su refinado arte prehistórico.

NOTAS DEL CAPITULO XIV

- (1).- Región arqueológica peruana, donde lo excavó un *wakero* o buscador de tesoros prehistóricos.
- (2).- Obra reeditada por el Prof. Ing. A. Posnansky, La Paz, 1944.
- (3).- Por Guillermo Ocken y Eduardo Meyer, Buenos Aires 1943.
- (4).- Espejo: *lírpú* y *kespí* o *kíspe* en aimara; *lírpú* en keshwa.
- (5).- *Apus, Mallkus, Kapaks, Jachchas* y *Wilkas* kolla-aimaras.
- (6).- En *Argentina*; Catamarca, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero, etc. *Chile*: Atacama, Araucanía, Chiuchiu, Pisagua, etc. *Ecuador*: Guayas, Karchi, Imbabura, Cotopaxí, etc. *Colombia*: Cauca, Cundinamarca, Cucuta, Quimbaya, etc. *Venezuela*: Caracas, Cerritos, Aragua, Tacarigua, etc, etc.
- (7).- Formado por miembros del XVII Congr. Int. de Americanistas, diplomáticos y otras personas: Embajador argentino Dr. Dardo Rocha, secretario Dr. Arteaga, Cnl. Obligado, ministro brasileño Sr. Feitosa y Sra., ministro belga, Dn. Manuel V. Ballivián, Srta. Dillenius, Dr. Uhle, Dr. Debenedetti, Dr. F. Tamayo, Cap. F. Diez de Medina y otros.
- (8).- Por Nordenskiöld, Boman Ambrosetti, Posnansky, Bennett, Latcham.
- (9).- Bertonio anota: "Bronce: Isa Yauri: Hanco Yauri".
- (10).- Eventualmente, se encuentra sobre el suelo, en forma de rodados.
- (11) *Waira* o *Wairachchina*: horno primitivo que, en general, se halla situado en la cima de los cerros y tiene entradas para los minerales y para que el viento actúe —como soplete— sobre las llamas que han de fundir las mezclas mineralógicas.
- (12).- "Arqueología de la Región Atacameña", Santiago, 1938.
- (13).- *Antabamba*, llanura del tapir; *Calama*, su piedra; *Chamaca*, oscuro; *Lari*, cimarrón; *Laco*, gusano; *Huancara*, tambor; *Maule*, río y pescado; *Pacha-chaca*, puente o hueso remoto, etc.
- (14).- Sólo citamos 5 de cada nación; advirtiendo que, en los países limítrofes pasan de mil, como en el Centro y Sur del Perú y en el Norte argentino. En otros, como en Colombia y Venezuela exceden de cien y, en los demás de decenas: ARGENTINA: *Acana*, aquí; *Gachi*, secadero; *Calamarca*, ciudad pétrea; *Chuquiaga*, Chukiago; *Jacha*, grande; *Pata*, altura; CHILE: *Aconcagua*, cima blanca; *Cahuí*, oca soleada; *Collo*, cerro; *Chíuchi*, pollito; *Utani*, con casas. ECUADOR: *Cara*, yerba; *Chapi*, espina; *Guagra*, cuerno; *Naya*, yo; *Tatama*, su padre. COLOMBIA: *Cundinamarca*, ciudad coloreada; *Chaca*, puente; *Huaco*, cerámico; *Naya*, yo; *Pucara*, fortaleza. PERU: *Calacoto*, lago seco; *Chancaillu*, tribu de Chancas; *Pachakamak*, Dios Todopoderoso; *Naira*, ojo. VENEZUELA: *Cumaná*, Cumana; *Ocpata*, esa altura; *Churoni* con moluscos; *Coro*, perverso; *Challani* arenoso. PANAMA: *Chucunjaque*, persona callada; *Mali* una planta; *Pacora*, dos yerbas; *Jaque*, persona; *Columa*, agua helada. NICARAGUA: *Cara*, pelado; *Comalapa*, boca limpia; *Masaya*, un descanso; *Muyu*, vuelta; *Pata*, altura. HONDURAS: *Cucu*, duende; *Laca*, boca; *Oca*, desgraciado; *Peque*, cabeza; *Sícu*, zampoña. MEXICO: *Amaru*, vivora; *Amaya*, difunto; *Coahuila*, coa roja; *Maya*, uno; *Nasa*, nariz. ESTADOS UNIDOS: *Comanchi*, Comanche; *Collacan*, aquí kolla; *Mísuri* que rebalsa; *Mísísipi*, dice gato; *Utah*, casa. CANADA: *Anti*, Antis; *Canata*, alumbrado; *Otawa*, casa es; *Misqui* dulce; *Toronto*, ruido al mascar.
- (15).- Análisis cuantitativo realizado por el distinguido Ingeniero Químico de la Universidad de Lyon Dn. José Barrande -Hesse, Jefe de los Laboratorios del Banco Minero, La Paz.

CAPITULO XV

Arte de la Cerámica Prehistórica Boliviana.

Trabajo presentado por el Coronel Federico Diez de Medina al Primer Congreso de Universidades Latino Americanas en 1949 en Guatemala.

Una de las ciencias más modernas y de mayor eficacia para el estudio de la prehistoria es la arqueología, ciencia que —en gran parte— resuelve los intrincados problemas y misterios que rodean las cosas y restos que aún subsisten del mundo remoto. Su conocimiento no sólo comprende las artes, monumentos y ruinas sino también las costumbres, los usos y la vida misma de los antiguos habitantes de nuestro planeta.

Su campo de acción es muy amplio, pues abarca la arquitectura, escultura, cerámica, pintura y dibujo. Por esa razón constituye uno de los más eficaces apoyos de la paleografía, antropología, paleontología y de las historias natural y universal en sus relaciones con todos los seres, pueblos o naciones antiguos y modernos, mediante la configuración, el grabado y la pintura de sus divinidades, héroes, usos y costumbres.

A nuestra manera de apreciar, la cerámica es la más importante de todas las artes prehistóricas, porque si bien es cierto que los monumentos, las esculturas; los relieves y otros testimonios son fidedignos e irrecusables no menos cierto es que no todas las tribus y países los tuvieron. Esto no pasó con la alfarería, conocida y utilizada por casi la totalidad de los pueblos antiguos en su vida doméstica, cívica o religiosa. En el vasto terreno de las investigaciones e interpretaciones, su estudio es fascinante y de trascendental utilidad para el conocimiento de la vida de los hombres del tiempo pretérito.

Al mismo tiempo constituye una rama fundamental de la ciencia arqueológica, pues los decorados y dibujos simbólicos, aunados a los que nos proporciona la plástica alfarera de las representaciones humanas y zoomorfas, son elementos de gran valía para el descifrado de jeroglíficos, escrituras hieráticas y profanas o de cualquier conjunto de ideas representadas gráficamente. Muchas de esas representaciones simbólicas florecieron a tan alto grado en Tiwanaku que irradiaron su belleza y sus símbolos a otros estados.

El arte de la cerámica comprende todo lo producido por la capacidad intelectual y la habilidad manual del alfarero: estatuillas, fuentes, vasijas, platos, instrumentos y utensilios de mesa y cocina elaborados en porcelana, loza y arcilla, conocidos y usados desde tiempos remotos por los artistas chinos etruscos, griegos y egipcios. De idéntico modo como los de arcilla o barro cocido lo fueron por los artífices aimaras del altiplano boliviano, los mochicas de la costa peruana, los keshwas de la altiplanicie Perú-boliviana, por los mayas y aztecas mejicanos y por todos los otros pueblos de la antigüedad que fabricaron sus enseres con la unión de tierra y agua.

En el presente estudio sólo trataremos de los ceramios nacionales elaborados con arcilla cocida, dejando de lado las primorosas obras de arte confeccionadas en loza y porcelana, desde tiempo inmemorial, por los célebres ceramistas chinos y japoneses, de quienes tomaron sus nociones y perfeccionaron su inspirada técnica los asirios, los egipcios y los otros países orientales y occidentales. Dentro de éstos algunos llegaron casi a igualar y hasta superar a sus maestros, los primeros fabricantes, por ejemplo, los troyanos y los etruscos, cuyos trabajos en arcilla tienen muchas afinidades y semejanzas con los kolla-aimaras. La cerámica boliviana se distingue y clasifica: a) por su calidad, dimensiones y forma; b) la técnica de su modelado y moldeado; c) la de su ornamentación y d) la de sus dibujos simples, estilizados o simbólicos.

El subsuelo del vasto territorio boliviano es muy rico en artefactos de cerámica precolombina, tosca o hábilmente elaborados en arcilla o barro cocido, al cual —algunas veces— se lo encuentra mezclado con caolín u otros silicatos. Estas preciadas reliquias se hallan en todos los departamentos de la República, sepultados bajo capas sedimentarias, a diferentes profundidades que concuerdan con la composición y la estructura de los terrenos donde son descubiertos. Principalmente, en los de La Paz, Cochabamba, Chuquisaca, Tarija, y Potosí, es donde las provincias poseen ricos yacimientos arqueológicos y entre los cuales sobresale por la abundancia, calidad y belleza inigualada: TIWANAKU, la gran Metrópoli Prehistórica, milenaria capital del Imperio de los primitivos *antis* o *kolla-aimaras*, situada entre los 18° 34' de latitud sud y los 68° 48' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, a 20 kilómetros del puerto de Guaqui, ubicado éste a orillas del lago Titicaca.

De esta legendaria Metrópoli irradiaron sus artes, ciencias, civilización, idioma y religión a todo el actual territorio nacional y hasta a los más alejados confines de América. Le sigue en importancia alfarera la región abarcada por ese famoso Lago de las Leyendas y en cuyas costas, penínsulas (en especial Copacabana y Taraco), islas, (particularmente la del Sol) y provincias que

colindan con él (Ingavi, Omasuyos y Los Andes) donde existen innumerables depósitos subterráneos que contienen abundantes ejemplares de alfarería, desde los más primitivos hasta los del Incanato. Parte de esta rica y variada cerámica ha sido estudiada y clasificada por los Profesores A. Posnansky, W., C. Bennet y S. Ryden. En 1947 este último y distinguido arqueólogo lo ha hecho con gran acopio de valiosos datos y documentos, así como con talento y dominio de la materia.

Dentro de nuestra clasificación, en la que Tiwanaku figura en primer lugar por la cantidad, calidad, belleza, variedad, colorido y pureza de sus líneas (y de la cual nos ocuparemos más adelante), Cochabamba le sigue en importancia, no sólo por la riqueza y variedad de su alfarería sino también por la manifiesta afinidad que debe haber existido con la tiwanakota. La mayor parte de sus ceramios es la fiel reproducción de su simbología y de sus variadísimas formas. Tanto en la alfarería de sus alrededores (Siripita Moko, Keru Keru...), como en la de sus fecundos valles (Cliza, Punata...) y en las faldas de sus serranías (Killa Kollo, Arani...). En todos estos yacimientos arqueológicos el material prehistórico es copioso y atrayente por la diversidad de sus formas. Entre éstas nos limitamos a citar: los cántaros y jarras con una o dos asas, los globulares, los bi y semiesferoides; las vasijas y vasitos cóncavos, convexos y tronco cónicos. Entre los vasos medianos prevalecen los timbaloformes. Son raros los trípodes y los antropomórficos. En cambio abundan las ollas, fuentes y platos. En el número de los del Incario —que se hallan hasta cerca de los 30 centímetros de profundidad— se destacan los cántaros aríbalos, las jarras semiglobulares de cuello corto o largo y con una sola asa colocada oblicua o verticalmente en ella. Los cacharros de la alfarería primitiva se presentan desde una hondura de 1,20 metros hasta 2 y más metros.

Existe una buena cantidad de ceramios cochabambinos de bellas formas y de fina factura pero, en general, son imperfectos en su configuración, en el pintado de sus policromías y en la calidad de la substancia plástica, debido a la mala clase de su arcilla, a la insuficiencia de sus alfareros y a la defectuosa cocción. El colorido, engobe y pulimento de las vasijas es imperfecto, a causa de la mala calidad de los colorantes y utensilios empleados.

En la mayor parte de los yacimientos arqueológicos de Cochabamba se advierte que la tecnología alfarera es semejante a la de Tiwanaku. Esto —sin duda— se debe al influjo ejercido durante la milenaria dominación kolla-aimara, como lo comprueba la existencia y empleo de los utensilios alfareros similares a los usados por éstos, como ser: las bases líticas para la confección de los ceramios (unas con superficie plana de forma circular y otras de la lenticular, toscamente hechas o pulimentadas), las paletas de hueso y de piedra (para el modelaje), los raspadores pétreos u óseos (para el desbaste), los pulidores lisos o porosos (para el bruñido), y la diversidad de los útiles necesarios para el engobe, la pintura y el decorado de las vasijas domésticas o ceremoniales. La sutil capa de engobe, aplicada con trapo humedecido en el colorante elegido para cada uno, se manifiesta en la totalidad de los ceramios, incluso en los negros con o sin incisiones, así como el pulido para su total acabado.

En el decorado y la pintura de la cerámica cochabambina se han empleado los siguientes colores: blanco, negro, gris, anaranjado y castaño, con sus respectivos matices. Esta variada gama de colores se encuentra colocada sobre el engobe de los cacharros, de los vasos finos y de los tiestos, solos o con armoniosas combinaciones estéticas; unas veces formando dibujos lineales y geométricos, otras componiendo grecas o figuras simbólicas de astros, animales y de representaciones estilizadas prosopocéfalo-antropomorfas.

Allí también se encuentran —entremezclados con otros objetos de uso doméstico y de osamentas— los ceramios dedicados a prácticas ceremoniales o de rito, como los incensarios y los vasos para *chchallar* (oblación ritual) sus ofrendas personales o de conjunto. Ambas clases estaban destinadas a honrar la memoria de sus insignes progenitores, dioses y divinidades, de acuerdo con las reglas acostumbradas para los actos públicos o privados. La existencia de estos recipientes —en absoluto semejantes a los de Tiwanaku— nos revela que, los sacerdotes y el pueblo cochabambino observaban las mismas formalidades que los de la Gran Metrópoli de los kolla-aimaras, para rendir culto a sus deidades y antepasados.

El departamento de Chuquisaca es notable por la discreción, fina pulidez y delicadeza de que han hecho gala los alfareros de Zudáñez, Yamparáes y Camargo, dando preferencia a la forma y al decorado. Poseen una técnica plástica sobrada adelantada, siendo el trazado de sus dibujos y policromías estilizadas bastante aventajado. Su morfología es, generalmente, sencilla y de pequeñas dimensiones, pero de estructura poco delgada. Muchos manifiestan la inconfundible influencia tiwanacota, particularmente la simbología de sus representaciones. Entre éstos predomina el dibujo lineal y el geométrico.

La substancia plástica empleada por los alfareros chuquisaqueños ha sido bastante bien seleccionada. Su modelado y estructura son buenos, lo mismo que su engobe y bruñido. Varios ejemplares poseen una artística y atrayente presentación. Su morfología no presenta formas muy diversas ni numerosas: priman las jarras, los cántaros, las teteras, los vasos cóncavo-convexos y las ollas. Allí también aparecen las vasijas tripodes, pulimentadas y con ornamentaciones geométricas o de figuras simbólicas o parecidas a las de la cultura altiplánica. Los colores empleados son: el blanco, ocre, café y negro, con sus respectivos matices, y algunos acusan la influencia de migraciones o de traslados sociológicos, efectuados en diferentes épocas.

Cerca de algunos ceramios se han encontrado utensilios para el modelado, pintura y bruñido, las bases líticas para trabajar sobre ellas, las vasijas y otros objetos similares. Tienen la forma de discos planos o curvos como las lentejas, de los cuales algunos están pulimentados. Además, paletas raspadores y pulidores de hueso o de piedra y, finalmente, brochas, pinceles y pinturas colocadas en vasitos o tiestos.

Nuestros distinguidos colegas, la culta escritora y arqueóloga Sra. Geraldine B. de Caballero y los Profs. Dick E. Ibarra Grasso y P. J. Vignale se han ocupado y escrito sobre la cerámica y la arqueología de esas regiones muy eficientemente. Anteriormente a estos escritores, la Comisión Científica Crequi-Monfort, E. Nordenskiöld, W. C. Bennet y A. Metraux han realizado parciales estudios sobre la alfarería de determinadas zonas del sud boliviano.

Los yacimientos arqueológicos del departamento de Tarija no les va en zaga a los anteriores, como lo comprueban los valiosos hallazgos excavados en los entierros y en las cuevas de Concepción (Ankón, Chochoka, Cacica...), El Saire, Tarapaya, Chullpayo, y otros muchos lugares cercanos a las orillas del Guadalquivir. El reducido número de ejemplares procedentes de esos sitios, que pertenecen a nuestras colecciones y a las del Museo "Tihuanaco", nos permiten discurrir ajustadamente sobre la técnica, morfología y contextura de la alfarería tarijeña. Mas, como a éstos se han agregado los numerosos datos que teníamos y los que nos proporcionó nuestro distinguido amigo el señor Ivar Zambrana I., hemos podido verificar —aunque no siempre *de visu*— los suficientes estudios comparativos que nos inducen a las deducciones siguientes:

—La tecnología de gran parte de la cerámica tarijeña es rudimentaria, especialmente la del sud, por la mala calidad de la materia plástica, pues contiene mucha arena gruesa, lo que da lugar al agrietamiento y a las disgregaciones que se producen en las paredes, decoraciones y bases de los cacharros. Sus dibujos policromos de uno hasta cuatro colores —blanquecino, ocre, café y negro— forman grecas sinuosas o geométricas, similares a las que adornan los ceramios de Chuquisaca, del norte argentino y de Santiago del Estero. En varios de ellos se advierte el signo escalonado, del movimiento, las cruces y los círculos astrales, sin duda alguna, trasladados por los alfareros del altiplano andino, de la misma manera como llevaron consigo los vasos tiwanakenses allí encontrados (dos de éstos fueron hallados en las inmediaciones del Guadalquivir a más de un metro y medio de profundidad).

Tanto dentro de esa capa profunda como a honduras cercanas a tres metros se presentan a la vista vasos fragmentados de cerámica primitiva rudimentaria, fabricada de arcilla con arena de grano grueso y adornados con groseros relieves e incisiones lineales o circulares y —aunque raramente— con las huellas de los tejidos presionados sobre la materia plástica en estado blando.

Asimismo, aparecen los útiles alfareros primitivos, muy semejantes a los de las culturas antes reseñadas.

Los típicos wakos del tiempo de la dominación Incaica se hallan —de ordinario— hasta los 30 cms. del suelo, en su mayoría fragmentados. En estas mismas capas subterráneas se descubren, con frecuencia, los clásicos cántaros aríbalos, las vasijas hemiglobulares, los platillos con mango y pinturas de llamitas estilizadas, etc.

El subsuelo del departamento de Potosí, de reconocida fama mundial por la clase y variedad de sus metales, también lo es de la geología por la composición, estructura de sus terrenos y la gran diversidad en sus fósiles de origen orgánico en estado mineral o de petrificación, pertenecientes a seres de las grandes divisiones de la naturaleza. De igual modo, lo es para la arqueología, ya que sus numerosos yacimientos —aunque poco conocidos y explorados— ofrecen un amplio campo para los estudiosos y los investigadores.

Los lugares donde se han descubierto mayores cantidades de objetos alfareros son: Yura, Mondragón y Tarapaya. En su mayoría, estos artefactos de barro cocido, hecho con arcilla de arena impura, están toscamente elaborados y carecen de técnica morfológica, de buen cocimiento y de cuidadoso modelado. Los dibujos y pintorreados de uno, dos y tres colores —negro, ocre y gris— son rudimentarios. Algunos demuestran haber sufrido el influjo del arte embrionario de los alfareros pertenecientes a los departamentos aledaños.

Los ceramios, poco más que cacharros, fabricados en las regiones de Yura y Mondragón son los más conocidos y abundantes, pues casi todos los museos nacionales y algunos extranjeros exhiben en sus vitrinas apreciable número de ellos. La variedad de sus formas es muy limitada. En su mayor parte, tienen el aspecto de conos truncados, ligeramente esferoidales en su parte superior, tipos que corresponden a las vasijas medianas y las pequeñas. Varios son globulares con cuello corto y, pocos, semiglobulares con pico y asa-sostén unidos. Todos estos ceramios llevan un engobe del mismo color que el de la arcilla del recipiente. Es generalmente grisáceo o del matiz de ladrillo poco cocido. Sobre este engobe —que ha sido puesto con trapo humedecido en dicho colorante— la mayor parte tiene pintadas por fuera y, a veces, por dentro líneas interrumpidas, sinuosas, rectilíneas, quebradas o angulares, imperfectamente trazadas y de diferentes grosores con uno o dos colores, formando figuras caprichosas, ovaladas, triangulares y escalonadas. Estas últimas se parecen a sus similares de los tiempos primitivos de Tiwanaku. Debido a la mala selección y calidad de la arcilla arenosa y al deficiente cocimiento de las vasijas, éstas se descascaran con mucha facilidad.

El modelado, hecho a mano y con la ayuda de utensilios, es semejante al de las regiones anteriormente mencionadas y al de los pueblos comarcanos. Lo mismo se puede aseverar respecto de la decoración y del bruñido. Se supone que el moldeado no era conocido por los alfareros Potosí nos, pues se ignora la existencia de moldes primitivos.

Los ejemplares alfareros de los departamentos, provincias y lugares anteriormente indicados, así como los de Vallegrande y Santa Cruz, casi en la mayor parte, llevan señales gráficas que ponen de manifiesto la prolongada influencia ejercida por el arte de la cerámica tiwanakota, y cuyos símbolos, signos y estilizaciones de figuras humanas, animalistas o geométricas son semejantes a las peculiares de Tiwanaku.

Su clasificación puede ser incluida en las de los periodos primitivo, de transición y de la dominación de los Incas Orejones, quienes dejaron profundas huellas de su elevada cultura en las ciencias y las artes que, cual la cerámica, es apreciada y conocida por el mundo científico.

En el *Período Primitivo Prototiwanaaku* las capas de sedimentación presentan numerosos fragmentos de cerámica, muy ordinaria de arena gruesa, especialmente la de los cántaros grandes, *jachhawakullanaka*: ellos alcanzan a un total que fluctúa entre el 90 y el 94%. El resto está constituido por algunos tiestos con incisiones rudimentarias, otros con pictografías de uno, dos y

hasta cuatro colores simples, pocos llevan dibujos o grabados simbólicos. Dentro de ellos figuran: el escalonado, la cruz, los astros y las figuras antrozoomorfas, aunque raramente se encuentran ejemplares íntegros y, no pocos, rotos pero completos. Entre todos esos tiestos los de los sahumeros superan en número y factura, ya pictografiados o con incisiones geométricas o animalistas imperfectas. A veces esas hendiduras están coloreadas: los bordes superiores —rectos u ondulados— rematan en su parte frontal cabezas felínicas o de cóndores, artísticamente plasmados en bulto y erguidas sobre robustos cuellos cortos. A pesar de las manifiestas imperfecciones y deficiencias presentadas por estos artefactos aimaras, elaborados en tiempos neolíticos, hoy los alfareros de las tribus africanas o de otros pueblos atrasados, estarían orgullosos de fabricar tales objetos.

En la *Época Evolutiva* o de *Transición* el progreso del arte cerámico es notable, especialmente en el decorado y la modelación, debido a la aparición de los *moldes*, que introdujeron novedades trascendentales en el arte alfarero aimara. Este progreso permitió vaciar el todo, las partes y los complementos decorativos que intervenían en la formación del cerámico ideado por su creador. La fabricación o plasmado a mano y con ayuda del *torno* mejoró visiblemente. La variedad de las formas incrementó de manera considerable. El trazado de los dibujos geométricos, simbólicos, de figuras humanas y de animales prosperó de modo manifiesto. En el colorido de los vasos se advierten nuevos matices: crema, amarillo-ocre, marrón rojizo, gris claro y oscuro. La pasta progresa con la selección de los ingredientes utilizados. El engobe y el bruñido hacen su aparición, lo que mejora el aspecto exterior de los cerámicos. Este importante adelanto vino como consecuencia de la cuidadosa elección de la arcilla, mejora que ayudó también al perfeccionamiento del material plástico, cuya cocción prosperó notoriamente, obteniéndose mayor uniformidad y menor espesor en las paredes, aunque todavía con manifiestas deficiencias. En gran parte, tal progreso se debió al empleo de hornos cerrados, cuyo uso se puede reconocer en muchos de los wackos por la homogeneidad de su cocimiento.

Cerca del cincuenta por ciento de la alfarería fragmentada de esta *Época* es sencilla, primando en ella las vasijas o tiestos simples de bases redondeadas o planas y bordes rectos, las globulares de cavidades y bocas anchas (con una o dos orejas), las ollas achatadas con dos asas, las teteras y cántaros de cuellos largos y angostos, y, los de pescuezo corto y ancho, los pebeteros con y sin incisiones (de bordes rectos y ondulados que rematan en cabezas de felinos o de cóndores, con gorgeras o sin éstas), las tazas, platos, juguetes, rodajas o torteras y los botones, con su respectivo par de agujeritos.

El cincuenta por ciento restante lo forman los cerámicos o sus fragmentos pintados, engobados y con bruñido bastante brillante, tales como: los incensarios de doble cavidad antipuesta y que llevan en la superior —algunas veces— un cilindro hueco para la colocación de la mecha o pabilo, los de cuerpo timbaliforme (lisos o con uno o más relieves anulares), los ovoideos o esferoidales de cuellos largos y cortos, anchos y angostos, las ollas achatadas con amolias bocas y dos asas, las fuentes semiglobulares de bordes anchos y acampanados, las vasijas de formas humanas, de animales, de frutos y finalmente la enorme variedad de sahumeros que llevan en su frente y borde superior, modeladas en bulto, simbólicas cabezas de pumas o de aves de rapiña.

En la *Época del Apogeo de Tiwanaku* el arte de la cerámica que, en la época anterior habra llegado a un alto grado de desarrollo, alcanza su perfeccionamiento, en proporción directa a la evolución de las creencias mítico-religiosas. Al mismo tiempo, irradia haces luminosos y de decisiva influencia sobre la cultura de los pueblos circunvecinos y de los alejados como: Nazca, Wari, Pachakamak, Maya, Komanchi y otros más; influjo que salta a la vista, no sólo por la estética de que hacen gala las formas de sus varias y agraciadas cerámicas sino, también, por la exacta adaptación de los signos e ideogramas que llevan dibujados, pintados o incisos gran parte de éstos, y cuyas preciosas representaciones llevan el sello de los clásicos símbolos y figuras estilizadas de Tiwanaku. Los vasos timbaloides logran alcanzar un acabado perfecto, luciendo suaves relieves circulares que le dan mayor realce, y decoraciones de fascinantes policromías armoniosamente combinadas. Su bruñido, pintura y acabado son excelentes.

Los vasos prosopomorfos o *wako-retratos*, como también se los llama, son verdaderas esculturas que reproducen fielmente los rasgos fisonómicos de los primitivos kolla-aimaras: enérgicos, inteligentes e idea listas. El fisónomo encuentra en estas esculturas amplio campo para el estudio del carácter índole e inclinaciones de cada tipo representado. Muchos portan sus respectivos atributos, otros llevan tatuajes incisos o pintados. Algunos tienen perforados los tabiques nasales, para la colocación de narigueras, plumas o canutos e igualmente los lóbulos de las orejas, para adornarlas con zarcillos u otros aderezos, y los labios horadados para introducir en ellos tembetas de oro, piedras o cerámica.

La profunda infiltración de las reglas y preceptos del arte cerámico en el talento estético de los artífices aimaras se exterioriza, con toda nitidez, en el diseño de las diversas estilizaciones humanas o de animales totémicos que dieron origen a los clanes o *aillus* convencidos de que éstos poseían el espíritu, *ajayu*, de sus antepasados, a quienes acudían para que los protegiera contra los efectos perniciosos de los fenómenos telúricos y de otras manifestaciones aterradoras atmosféricas: Su limitada perspicacia no les permitía explicarse la causa o el porqué de los mismos. Entre las representaciones de los protectores totémicos figuran en primer término: los felinos, las aves de rapiña y los ofidios o reptiles ponzoñosos. En toda clase de figuraciones el método estético de la estilización sobrepasa al realista.

El trazado de las líneas simples, geométricas, fitoformes y zoomórficas formando grecas, festones, frisos decorativos y simbólicos alcanza su completo desarrollo. Esta variedad de adornos es tan grande que en nuestras colecciones poseemos más de 800 modelos ornamentales diferentes, desde los más simples hasta los más complicados. Dentro de esta enorme variedad de ornamentaciones existen tipos que son absolutamente semejantes a las guardas griegas, romanas y etruscas, representadas con suma justeza o con ingeniosas y artísticas variaciones. Este hecho claramente nos habla de las correlaciones que existieron entre las naciones y pueblos de épocas pretéritas.

Los artistas alfareros del Gran Kollasuyo prodigaron su máxima pericia y prolijidad en la confección de los ceramios dedicados al culto, a los actos ceremoniales o funerarios que celebraban en conmemoración de sus egregios antepasados y de sus divinidades. Por dicha razón, Tiwanaku ha sido llamado también "Gran Necrópolis" —con sobrado motivo— pues, en los terrenos sedimentarios de sus asombrosas ruinas se han encontrado y se siguen hallando, día a día, numerosos ejemplares de estas clases. A los adelantos alcanzados en la elaboración de los pebeteros de la Época Evolutiva se añaden los de la presente, como ser: el alargamiento de los cuellos, lo que proporciona mayor esbeltez al ceramio; las bocas entreabiertas provistas de aguzados colmillos, demostrando así mayor fiereza; el frente y los flancos total y bellamente policromados con figuras simbólicas, escalonadas, astrales y zoomórficas prolijamente bruñidos con todo esmero y maestría. En gran parte de estos sahumerios, los vigorosos cuellos están rodeados de gorgueras trapezoidales, atenuadoras del viento sobre la parte superior y de molestias para el sacerdote. Algunos especímenes presentan agujeritos laterales, que sirven para avivar el fuego que quema el incienso colocado en su parte interna.

Sobresaliendo entre la rica gama de las innúmeras policromías con símbolos que expresan hechos, creencias y práctica mítico-religiosas de los kolla-aimaras se presentan en varios ceramios ornamentándolos: el Personaje Central de la "Puerta del Sol", o bien, las figuras aladas que se encuentran a sus costados, rindiéndole pleito homenaje, pero siempre representados aisladamente. A la figura central de esta portada monolítica la conceptuamos como una simbolización del *Apu-Mallku-Wirajocha*, el Gran Jefe Supremo y Conductor de pueblos y ejércitos, así que regresó de las gloriosas campañas realizadas contra los estados que formaban el concierto de las naciones americanas y, antes, repito, *antes* de que este gran guerrero y sabio legislador hubiera sido deificado.

A tan insigne conquistador y a sus célebres Generales, *Apus* y *Mallkus*, los alfareros de numerosos países sojuzgados, honraron su memoria reproduciendo las figuras simbólicas buriladas en la Puerta del Sol, obra arquitectónica que —a mi juicio— fue erigida en recuerdo de sus célebres acciones bélicas.

Al respecto, de este significativo e imperecedero hecho cabe interrogar: Por qué razón dichos alfareros reprodujeron en sus ceramios alegorías recordatorias de personajes kollas, que realizaron actos famosos y totalmente ajenos a la herencia histórica que les legaron sus antepasados? ...Es concebible que tan expertos ceramistas hubieran querido honrar lunas, días y meses lunares o solares, gusanos metamorfoseados en crisálidas y mariposas,... o budas, dioses y divinidades extraños a su vida agrícola, pecuaria o religiosa?

En nuestro concepto, las reproducciones hechas por los artistas extranjeros de los personajes inmortalizados por el cincel de los artífices tiwanakenses en la Portada Monolítica, se debieron no sólo a la férula ejercida por los conquistadores kolla-aimaras, sino también a la acción civilizadora y cultural de los ilustres *amautas*: sabios y notables artistas que acompañaban a las aguerridas tropas de los avasalladores, al mismo tiempo que, al proceso de la dominación misma soportada durante miles de años y aceptada, hasta con beneplácito, por el usufructo de los beneficios que les proporcionaba la elevada civilización de sus sabios conductores, quienes supieron captarse su voluntad, obediencia y adhesión en forma amplia y decisiva.

En la *Época de la Decadencia de Tiwanaku* el arte de la cerámica retrocede casi al estado de los primeros años de su infancia, como lo manifiestan hasta los menores detalles de sus elementos constitutivos. Retroceso que se produjo como consecuencia lógica e inmediata de la catastrófica inundación de las aguas del mar glacial, y de los fenómenos telúricos-atmosféricos que arrasaron todo lo que existía en la metrópoli aimara, dando fin al grandioso progreso alcanzado, y trastrocando lo que se había logrado en millares de años!... Infausto suceso al que no fueron ajenas las hordas invasoras.

La apariencia y la composición de la alfarería de esta época es bastante parecida a la de Transición o Evolutiva. Su clasificación demanda práctica y, en muchos casos, el empleo de microscopios e ingredientes químicos para determinar la naturaleza y la constitución de la arcilla utilizada en su elaboración para indagar si los colores son de origen mineral o vegetal; y, para investigar la técnica empleada en el modelado y cocimiento de cada ejemplar. Por otra parte, es necesario cotejar si los símbolos corresponden a los de la *Época* que se analiza.

En esta clase de ceramios, conocidos con el nombre de "decadentes", se advierte que su simbología y sus estilizaciones están más fuertes, nítidos, y variados en sus matices. Las incisiones son más regulares y —en veces— trazadas con regla, empero la tecnología y configuración general son bastante similares, como también lo es la de su morfología. Para la cerámica negra —con y sin hendiduras— se emplea el mismo procedimiento, teniendo presente que la de esta *Época* está mejor pulimentada.

Época de la dominación Incaica.-

La cerámica del tiempo del Incario se caracteriza por la diversidad de formas, coloración, plástica y técnica decorativa; por el de sus dibujos geométricos, morfológicos, ceremoniales y mítico-religiosos; por su hechura y su ornamentación. Todo ello tomado y adaptado de los diversos modelos pertenecientes a la alfarería de cada uno de los países conquistados. De tan valioso conjunto de modelos seleccionaron y se apropiaron del tecnicismo del modelado, del sentido estético, de la expresión de sus pictografías y hasta de la simbolización de sus ideas, hechos y objetos, reales o creados por su ágil fantasía y vigorosa imaginación artística.

Las principales fuentes que les sirvieron para la elección de sus numerosas imitaciones y aprovechamientos fueron los modelos tomados de ceramios tiwanakotas, nazqueños y mochicas, explotados al gusto y capricho de cada uno de los artistas.

Como productos peculiares del arte alfarero keshwa y que caracteriza esta cultura se distinguen: los *aríbalos* o *ápodos*, sin pies ni bases planas, que llaman la atención por su fina y bella estructura, atrayente colorido y llamativa ornamentación. A estas cualidades dan singular expresión el matizado de los colores y los dibujos finamente ejecutados, ya formando grecas horizontales o verticales —simples o compuestas— ya representando motivos antropomorfos, fitoformes, de insectos, aves y peces. El tamaño de los ejemplares pequeños es de, más o menos, diez centímetros de alto y el de los grandes sobrepasa a un metro.

Son, también, característicos de esta civilización los ceramios globulares y semiglobulares, de bases planas y cuellos muy alargados, artísticamente adornados con fajas de figuras policromas, por el estilo de las que llevan los aríbalos. También pertenecen a esta cultura los hemisféricos con asas grandes verticales u oblicuas que aunque desproporcionadas al tamaño del wako, no desarmonizan con lo bello del conjunto; asimismo, los platillos destinados a las ofrendas personales, de coca, maíz y otros granos rituales, cuya mayor parte presenta mangos que rematan en cabecitas de la fauna americana o en hongos con una cruz policroma; además, llevan en la parte superior adornos ingeniosos con dibujos geométricos, o con finas estilizaciones de llamas o de vicuñas, dispersadas con uniformidad y graciosa armonía.

Casi siempre, en la elaboración de los ceramios de esta época, se ha empleado una clase de arcilla fina y homogénea. El modelado, engobe, y bruñido son bastante buenos y su cocimiento relativamente uniforme.

Cerámica de los llamados "Chullpas".-

Antes de referirnos a los cacharros toscamente elaborados por la gente plebeya o menesterosa aimara, y atribuidos a los "chullpas", vamos a ocuparnos de éstos, sobre cuyo nombre, antigüedad y época en la que actuaron, tanto los escritores del Coloniaje como algunos modernos, están en completa discrepancia: Si unos piensan que eran anteriores a los *kollas*, otros creen que vinieron posteriormente, no faltando quienes afirman que pertenecían a una raza de migrantes llegados del Norte, mientras otros lo rechazan asentando distintas teorías, ajenas a la autoctonía.

El nombre genérico e indeterminado "Chullpa" significa, según el P. Ludovico Bertonio, "*entierro o serón donde metían sus difuntos*". Los diccionarios modernos le asignan el de "*sepultura de los antiguos aimaras*", designación que algunos escritores impugnan, pues suponen que eran fortalezas, *pukaras*, o viviendas. Estas suposiciones las consideramos erróneas y que deben descartarse de plano, por las razones siguientes: que, por el reducido espacio interior de las mismas, no es concebible que pudieran contener un número eficiente de defensores, como tampoco, que toda una familia viviera y cocinara dentro de ellas, por la absoluta carencia de respiraderos, y porque las aberturas de las puertas son muy incómodas, reducidas y colocadas en alturas inadecuadas para el trajín cotidiano y de cada momento.

En nuestro concepto, *chullpa* es el cesto que se hacía de fibras vegetales, confeccionado de tal manera que se adaptase a la forma y al tamaño del difunto o del ser viviente que se quería sacrificar, que, por razones de sinécdoque, el contenido (cadáver momificado) ha sido tomado por el continente (cesto o chullpa); y que, por las mismas razones, al túmulo o túmulos —generalmente contruidos de barro mezclado con paja— se les ha nombrado y no mina actualmente: *chullpa*, *chullperíos* y *gentilares*. Siguiendo con tal sistema de interpretación, se ha llegado a sostener que eran habitaciones!... y hasta a imputar a los difuntos encestados otra raza!... y otra procedencia!... Teorías que las encontramos contrarias a la verdad, por razón de que los cadáveres momificados que se hallan dentro de los cestos pertenecen a seres inanimados aimaras, como lo comprueba la

antropología estudiando la conformación de sus cráneos, en su mayor parte dolicocefalos que presentan la clásica deformación artificial de los kolla-aimaras; pero quienes, en su generalidad, no pertenecían a la clase de los nobles, sabios, sacerdotes o guerreros sino a la menesterosa de los sirvientes, esclavos, mendigos, prisioneros y delincuentes y por cuya razón poseían los cachorros rudimentarios que sus escasos recursos les permitía adquirir. Tales ceramios, a la muerte de sus dueños, eran enterrados con éstos y juntamente con todos los objetos que en vida les pertenecían: vestimentas, adornos y amuletos líticos, bronceos y hasta auríferos.

Dichos ceramios pertenecen a cada una de las diferentes Épocas de Tiwanaku, hecho demostrativo de que sus dueños vivieron y murieron dentro de la época correspondiente a la de su existencia, y no en una determinada. Este hecho también se patentiza, por la existencia de cadáveres momificados de animales pertenecientes a distintas épocas o periodos, encontrados en los túmulos de la altipampa andina.

Hacemos notar que las teorías primiciales, antes expuestas, no tienen correlación con lo expuesto por Garcilazo de la Vega, respecto a los cuerpos momificados de los "Reyes Muertos" (Coment. Reales, Lib. III. Cap. XX) ni con las momias excavadas en Paracas y otros entierros keshwas o chimús, privativas de las clases superiores.

Ahora bien, la cerámica conocida por "chullpa" es bastante fácil de reconocer por lo defectuoso de su configuración, pintado y mala calidad de la pasta de que está hecha, defectos manifiestos que se deben a la ineptitud de sus improvisados alfareros y al de su imperfecto cocimiento. Sus formas son muy poco variadas, y sus dimensiones no sobrepasan a las de uso doméstico. Entre sus clases más comunes y numerosas se pueden citar: las ollas globulares con una o dos asas, las jarras con y sin pico, los cántaros desprovistos de asa o que llevan una o dos orejas, y los vasos, tazas y platos de diferentes tamaños y formas. Una pequeña parte de estos objetos de alfarería presenta incisiones punteadas o lineales rudimentarias, lo mismo que pinturas simples y toscamente ejecutadas. Casi todos estos cacharros, inclusive los destinados al culto, carecen de engobe y bruñido, lo que también facilita su reconocimiento.

Descriptas, en compendio, la cerámica prehistórica del territorio nacional y la de las diferentes Épocas del Imperio de *Tiwanaku*, queda exponer su clasificación especificada y las deducciones derivantes, pero antes rememoraremos que gran parte de las culturas prehistóricas de Asia, África, América y Europa dejaron imperecederas huellas de su inmortal pasado, reveladoras de sus agitadas y gloriosas trayectorias, exhibiendo puntos de analogía entre ellas, particularmente en lo relativo a sus creencias mítico-religiosas y al de sus inquietudes científico-artísticas. Dentro de todas esas culturas sobresale la del continente americano y —de manera singular— la de América Meridional, en cuyo corazón descolló el poderoso Imperio de los *Antis* o Kolla-aimaras. Su legendaria capital TIWANAKU, constituía el centro político y religioso, y el núcleo fundamental de la elevada civilización del *Kollasuyo* altiplánico. En esas remotas épocas, su clima era benigno y tanto su fauna como su flora, la de las regiones ecuatoriales, como lo evidencian las representaciones plásticas de los rostros humanos con bigote y barbas, artísticamente representados en objetos de cerámica y de metal, del mismo modo que las de los felinos carnívoros y sanguinarios (pumas, jaguares y tigres), las de los reptiles ponzoñosos (cobras, boas, caimanes...) y las de otras bestias feroces, propias de las selvas y de lugares cálidos.

En la actualidad la altiplanicie andina —en cuyo centro se halla situada la metrópoli aimara— es cruelmente fría, árida, yerma, y escasa hasta de los recursos esenciales para la subsistencia diaria. Ella está circundada y se extiende entre los dos ramales que del Ande se bifurcan al entrar en nuestro territorio —la cordillera Occidental y la Real u Oriental— hasta su reunión con las del Sur de la República. Las níveas y perpetuas cabelleras que empenachan las erguidas testas del Illampu, Illimani, Waina-Potosí y demás nevados mitológicos, celosos atalayan el sueño milenar de la vetusta urbe aimara.

La Metrópoli Prehistórica de los aimaras, TIWANAKU, posee un alma arqueológica que nos habla de grandezas, poderío y riqueza, y de un cuerpo en ruinas que nos manifiesta y cuenta de

grandiosos monumentos arquitectónicos inconclusos, de gigantescas estatuas, de ciclópeas escalinatas y de artísticas portadas monolíticas. Al mismo tiempo que nos habla de violentos cataclismos telúricos, de impetuosas tormentas atmosféricas y de súbitas inundaciones del Mar Glacial Atlántico!... que arrasaron —en breves instantes— la suntuosa capital kolla!... y dieron repentino fin a la milenaria y descollante cultura que, hasta entonces, había irradiado rayos de ciencia y de arte a los pueblos y naciones de toda la América, y aún a lugares más remotos.

Antes de que se produjera tan inesperada catástrofe, la civilización tiwanakota había alcanzado su máximo desarrollo y esplendor cultural:

1).- En el vasto campo de la ciencia astronómica que le permitía conocer a los astros, sus movimientos y las leyes que los regían entre sí y los otros cuerpos celestes de nuestro sistema planetario; conocimiento que los facultaba para aprovechar de su situación sideral, que beneficiara a la agronomía y a la orientación de sus monumentos y viviendas.

2).- En el de las artes, cuyas manifestaciones plásticas tanto en su cerámica: bella y de variadísimas formas, pura en sus líneas y fascinante en el colorido de sus policromías, como en la de su fina orfebrería: joyas, idolitos, dijes, amuletos y adornos de toda clase. Son superiores en su delicada factura a los de otras culturas que, como la Nazca, Chavín, Chimú, Moche, Pacha-kamak y la de los Incas fueron influidas por el clásico estilo tiwanakense, cual se deduce del estudio comparativo entre los ejemplares de esas civilizaciones y la de Tiwanaku,

3).- En la arquitectura, arte que perpetúa el extraordinario grado de cultura alcanzado por la Metrópoli aimara, cuyos titánicos monumentos produjeron intensa admiración en los cronistas del Coloniaje, admiración que luego se convirtió en el elogio y el asombro manifestados en las historias cronológicas —redactadas en diferentes épocas— por los escritores ibéricos que visitaron las maravillosas ruinas de Tiwanaku.

Eminentes escritores y hombres de ciencia —antiguos y modernos— con igual y aún mayor vehemencia, les consagran frases plenas de ponderación. Entre ellos, Pedro Cieza de León que encuentra los ídolos monolíticos "muy prima mente hechos que parece que se hicieron por manos de grandes artífices y maestros". El Conde Francis de Castelnau categóricamente asevera: "Yo no creo que se pueda hoy día dar a la piedra formas más admirables, bajo e, respecto de la precisión de los contornos, y cuando se piensa que no conocían el uso del hierro"... (Pero en cambio —afirmamos— utilizaban el durísimo *champi*, bronce, en veces aliado con oro). El arqueólogo Squier exclama: "De una vez por todas yo puedo afirmar, pesando con cuidado mis palabras, que en ninguna parte del mundo he visto piedras talladas con una exactitud tan matemática como en el Altiplano de Tiwanaku".

Con análogo énfasis se puede aseverar que los monumentos pre-históricos tiwanakenses descuellan, entre los de América Meridional, por la simetría y pureza de sus líneas ortogonales, hábil y artísticamente cinceladas en dura roca volcánica o de asperón. Cabe igual afirmación respecto de las edificaciones que, bajo el influjo de los conquistadores aimaras, erigieron los pueblos sojuzgados del Cuzco, Machupicho, Saksawaman y otros, a los cuales no se pueden parangonar las poco consistentes construcciones del Chimú, Chanchán, así como las de los valles y llanuras de Moche, Lima, Magdalena, Nievería, etc., construídas de tierra apisonada con paja, de ladrillos hechos con el mismo material o con tepes de escasa duración y solidez.

De igual modo sentamos que, del estudio analítico-comparativo realizado entre el arte alfarero de las civilizaciones citadas y el de Tiwanaku, se comprueba que el de éste supera al de aquéllas por su alto grado de belleza y perfeccionamiento, alcanzado en el Apogeo de Tiwanaku, nunca igualado ni menos superado por el de ninguna nación o pueblo contemporáneo a él.

Si la renombrada "Puerta del Sol" es excelsa y universalmente admirada, su primorosa cerámica no lo es menos, pues, en el mundo arqueológico goza de reconocido prestigio, basado en las razones técnicas que pesaron y pesan en el criterio de los científicos que la estudiaron y estudian en la actualidad. A nuestro juicio, tales razones se pueden dividir en:

1).- *Razones extrínsecas*: atractivo estético y pureza de líneas exteriores; esmero y acabado perfecto del conjunto y de las partes constitutivas; colorido atrayente y armonía en la combinación de los colores y matices; delicadeza y precisión en el trazado de los signos geométricos, anima listas y simbólicos; exactitud en la representación de los rasgos del rostro humano; claridad en la estilización de las cosas animadas o inanimadas y en el de los atributos e insignias de mando, jerarquía y nobleza.

2).- *Razones intrínsecas*: material plástico excelente, sutil, homogéneo, y de sonido metálico; figuración fiel y diestra de seres, objetos, cuerpos celestes y fenómenos atmosféricos; ingeniosidad psicológica para representar ideas cívicas, religiosas y guerreras, así como de enfermedades, mutilaciones y de defectos físicos o morales.

Muchos millares de siglos han transcurrido desde la iniciación del arte alfarero tiwanakense y de su desarrollo hasta arribar a la culminación y caer en la decadencia, estados determinados por testimonios fehacientes que —aunque enterrados miles de años en sus respectivos estratos— evidencia las diferentes etapas de su larga evolución.

Especificación.-

La cerámica de Tiwanaku posee enorme variedad de tipos que se pueden agrupar de acuerdo con su morfología, dimensiones y usos a los que estaban destinados en: grandes, medianos y chicos, *jachchas*, *taipis* y *jiskas*. Las grandes o tinajas de cuello corto y boca ancha —*makjmas* o *muw-jachcha-wakullas*— se les empleaba para guardar cereales, agua y chicha o para la fermentación de ésta. Su material es ordinario, pero muy resistente. Algunos llevan pictografías simples. Los de mayor tamaño pasan de 1.50 metros. Les siguen los de cuello largo y angosto —*urpus* o *jachcha-wakullas*— cuyos usos eran similares, menos el de la fermentación, y a los que se agregaban los rituales, cómodos para inclinar e introducir o verter líquidos. Luego, los cántaros medianos -ta *pi-wakullas*- que, en su mayor parte, tienen dos asas laterales que facilitan su manejo y carguío, destinados a las prácticas ceremoniales o a los usos domésticos. Su material plástico es más fino y su ornamentación atractiva, en particular, los de menores dimensiones. Varios presentan dibujos o bellas representaciones simbólicas, entre las que predominan las totémicas. Y, los cantos ritos —*jiska-wakullas*— además de otros aún más pequeños llamados *tilinkis*, cuya estructura, calidad y formas son notables y características de las del Apogeo, cualidades que desmejoran en las de la Transición y empeoran en las de las otras épocas.

Dentro de la variadísima clase morfológica, sigue la de las ollas —*pfukus*— que se diferencian por su capacidad en: ollas grandes, medianas y chicas —*jachchapfuku*, *taipipfuku* y *jiskapfuku*— dedicadas a usos rituales u hogareños. La pasta de que están fabricadas es semejante a la de los anteriores. Según su empleo algunas tienen tapadera de barro cocido, *kjopitaña*, de trapo con cera, *llupaña*, o de pellejo, *lipichi*. En general sus formas son globulares o semi- globulares, de base plana, con y sin asas laterales. Cuando tenían su diámetro de más o menos 20 cms. finamente elaborados y embellecidos con policromías simbólicas, estaban dedicadas a ritos ceremoniales.

Muy semejante a esta clase, existe la de las fuentes —*lamanas*— que se distingue por sus bordes largos y acampanados, policromados con grecas geométricas o zoomórficas. Las del Apogeo están pintadas y bruñidas tan diestramente que parecen porcelanas. Además existen las ollitas para tostar —*jiukjis*— así como las receptoras de la pasta de maíz mascado para la fermentación, *vichis*. Finalmente, existe un sinnúmero de otras clases que sería largo describir, v.gr.: los vasos rituales negros o policromados, con incisiones o sin ellas; los biglobulares, semejantes a los chimús; los platos hondos y planos, *pfugrus* y *pallallas*; los antropo-zoomórficos y los fito-frutiformes; los musicales: las trompetas, *kjepas*, y las *chchurupfusañas* cuando tienen la forma de caracol; las ocarinas, sonajeras, silbatos y otros muchos. Por último, los amuletos, fetiches, idolillos personales u hogareños y numerosísimos juguetes a cuales más bonitos e ingeniosos, como las cocinitas con uno o dos agujeros —*jiskakkerisma* o *pappiampi*—, los trompitos —*jiska piñokos*—, las bolitas *chuis*, e infinidad de animalitos y sahumeros.

Por su calidad, estética y estructura se distinguen en: 1) muy finos —*sintisuma lurata*— los que tienen apariencia excelente, acompañada de pureza de líneas, armoniosa combinación de colores, fina calidad, bruñido brillante y cocimiento perfecto; 2) finos *sumalurata*, los que presentan buen aspecto y están bien fabricados; 3) mediocres —*niawalilurata*— los que parcialmente reúnen las cualidades anteriores; y 4) ordinarios —*janiwalilurata*— a los que carecen de ellas.

Deducciones.-

Resumiendo los conceptos expresados, asentamos:

—La cerámica desempeña un papel descollante entre las artes prehistóricas, pues aunque éstas constituyen documentos incontrovertibles no todos los pueblos antiguos los tuvieron, mientras que —casi sin excepción— ellos conocieron y utilizaron el fuego y los artefactos alfareros. Asimismo, es un poderoso auxiliar de las ciencias antropológicas, paleografía y paleontología, como también lo es de las historias natural y universal, por las relaciones que los vinculan con los seres, pueblos y naciones de tiempos remotos.

—El subsuelo boliviano es extraordinariamente rico en yacimientos arqueológicos. Todos sus departamentos y la mayoría de sus provincias poseen innumerables reliquias precolombinas, del cuantioso acervo de sus antepasados. Tiwanaku brilla singularmente como emporio de riquezas arqueológicas y como manantial inagotable de los tesoros que, a diario, se extraen de sus fecundas entrañas. Entre éstos sobresalen por su originalidad, belleza y policromías simbólicas los sahumeros ceremoniales, los vasos sagrados antropomorfos y los timbaliformes, cuyo inigualado bruñido resplandeciente, cautivadora gama de policromías y pureza de líneas son la admiración del mundo entero.

—La cerámica de Cochabamba es muy variada y abundante. Posee innumerables ejemplares de la alfarería primitiva, de las culturas posteriores y —muy en particular— de la tiwanakota, con la que guarda estrecha afinidad como lo patentizan los hallazgos de incensarios y de vasos ceremoniales que llevan el sello de su marcada y sugestiva influencia, en su morfología, ideogramas y policromías. Sólo se diferencian de ellos en lo imperfecto de su configuración, en su menor finura y en la inferior calidad de su arcilla.

—La alfarería de los otros departamentos bolivianos es, en general, rudimentaria y participa de las peculiaridades de cada una de las civilizaciones vecinas a su territorio. Empero, en casi todas ellas se advierte el poderoso influjo ejercido por la técnica de los alfareros de Tiwanaku, de quienes asimilaron gran parte de sus símbolos. Los del Incario han dejado también numerosa cerámica de su posterior y limitada dominación, diseminados en las capas superiores del dilatado territorio que llegaron a dominar.

—Los cacharros "chullpas", erróneamente llamados así, no son otros que los fabricados y usados —en su mayor parte— por la clase inferior y menesterosa de los kolla-aimaras, de todas las épocas de la existencia de Tiwanaku. Es decir, por la clase de los sirvientes, esclavos, criminales, mendigos e incapacitados, quienes a su muerte eran sepultados con ellos, repletos de los respectivos alimentos, para que, de acuerdo con sus creencias, sus almas *transmigrantes* a otros cuerpos o astros al *reencarnarse* en sus primitivos cuerpos, encontraran lo necesario para su subsistencia.

CAPITULO XVI

Armas e Insignias de los Incas y su Procedencia Aimara.

Todos los cronistas e historiadores de la Colonia han basado sus escritos e informaciones en lo que, hoy, se llama *folklore*, dentro de la amplitud que le hemos asignado. En el presente trabajo trataremos de las armas e insignias que portaban el Inca Manko Kapaj y los de la familia real, llamados "*hijos del sol*" u "*orejones*" y, las cuales consideramos son de procedencia aimara,

como trataremos de probarlo al correr de las presentes líneas previa una indispensable reseña de los dictámenes emitidos por los escritores coloniales.

El Príncipe de los historiadores españoles, el zarandeado mestizo, Inca Garcilazo de la Vega, en sus famosos *Comentarios Reales de los Incas* como testigo presencial —en múltiples oportunidades— de los sucesos acaecidos en la fastuosa, turbulenta y novelesca vida de los Incas, minuciosamente relata la entrega de armas y emblemas a los "Donceles de Sangre Real". Estos, después de haber pasado por un "noviciado rigurosísimo", al que concurría el Príncipe Heredero —sin prerrogativa alguna— realizaban los ayunos y las prácticas rituales y luego de ser aprobados en los exámenes teóricos, en los conocimientos militares de Táctica, Moral Filosófica, destreza en el manejo de armas, velocidad, resistencia física y en la fabricación de sus armas y calzados, se procedía al *huaracu*, el cual —al decir de Garcilazo— "es de la lengua General : del Perú", y que "suenan tanto como en castellano, *Armar Cavallero*, porque era dar insignias de Varón a los mozos de Sangre Real, y habilitarlos, así para ir a la guerra, como para tomar estado"... (1).

"La Insignia principal era el *horadar las orejas*, porque era Insignia Real y la segunda era poner los pañetes, que era Insignia de varón. El Calzado más era ceremonia"... "Una *Borla* que le ponían sobre la frente, que le tomaba de una sien a otra, la cual tenía como cuatro dedos de caída. No era redonda"... "Era de lana, amarilla, y no la podía traer otro alguno"... "El Rey traía esta misma *Borla*, empero era colorada"... "Traía el Inca en la cabeza otra divisa mas particular suya, y eran dos *plumas del Corequenque*" (p. 205).

"Por última Divisa Real daban al Príncipe un *Hacha de Armas*, que llaman *Champi* con una hasta de mas de braza en largo. El Hierro tenía una cuchilla de una parte, y una punta de Diamante de la otra, que para ser Partesana, no le faltaba mas de la punta, que la Partesana tiene por delante"...

En la página 202 enumera:... "una Arma, a manera de Montante, o digamos Porra, porque le es mas semejante, que se juega a dos manos, que los Indios llaman *Macana*..." "una Pica, que llaman *Chuquí*"... "un Arco y Flechas, una *Tiradera*, que se podrá llamar *Bohordo*"(2)... "una Lanza, la punta aguzada en lugar de Hierro, una *Honda*"... "De Armas defensivas no usaron de ningunas, sino fueron *Rodelas* o *Paveses*, que ellos llaman *Huallcanca*".

Bernabé Cobo expresa: "Las insignias y divisas del primer inca y de que usaba su parcialidad y linaje, son unos plumajes redondos llamados de los indios *purupuro*" (3)... "El *Champi* era cierto género de arma"... "Delante del Inca a los lados del estandarte real llevaban siempre dos *champs* en dos astas largas, y el mismo inca, en lugar de cetro traía en la mano un *champi* corto como bastón, con el cetro de oro" (4). "Los alfileres se llaman *Tupus*"...

Sarmiento de Gamboa describe: "poniéndoles *máscaras*, armaduras de cabeza a que llaman *chucos*"... "cetros a que llaman *yauris* o *chambis*" (5)... "cobertura de cabeza, a que llaman *pillaca llayto*" ... "la borla a que ellos llaman *mascapaycha*" (6)... "en su *guarachico*... horadaron las orejas a Topa Inga Yupangui, que es la orden de caballería nobleza"... "dándoles las armas y demás insignias de guerra"... "un tocado a que llaman *pillu* u *llyayto* u *chuco*"... "Cetros reales que llaman *huaris* o *champs*... de oro macizo"...

Diego de Castro, habla de *tomes* y *cuchillos*. H. H. Urteaga, en la nota respectiva, aclara: *tumi* —cuchillo de cobre, a manera de seguir sin cabo (7) ... "*yauris* que quiere decir cetros"... (Pág. 58 de id.)

Guaman Poma de Ayala cita las siguientes armas: *chasca chuqui*, *zuchoc chuqui*, *sacmana*, *chambi uaraca*, *conca cuchona*, *ayri uallcanca*, *purapura*, *umachuco*"... que el Prof. Posnansky traduce, respectivamente (8): lanza con púas, lanza cilíndrica, manopla, hacha metálica, honda, daga, hacha fina, escudo, plumaje circular y casco... "*masca-patcha*"... Su *llautu* de colorado y su pluma de quitasol y en la mano derecha su *cuncacuchuna* y en la izquierda rodela y *chambi* (9).

Cristóbal de Molina escribe: "trayan de lante sus *yauris*, que eran hechos a manera de cetros de oro" (10)... "bordones que en lo alto de ellos tenían una cuchilla a manera de hacha. Eran de palma, llamavanle en su lengua *yauri*"... "ponían en los bordones que llevaban en las manos un poco de lana blanca atada en lo alto, y en la cabeza de dicha *topa yauri*, un poco de *ycho*" (paja fina). (Ob. cit. Pág. 68).

Montesinos, dice: "*Tumi* era un instrumento de cobre al modo de trinchante de zapatero que se enhastaba en un palo" (11).

Resumen.-

GARCILAZO DE LA VEGA: *Champi* -Divisa Real, Cetro de oro, Hacha de Armas, Partesana; *Chuqui* - Pica; *Hualcanca* -Rodela; *Macana* - Porra o Montante; *Topa yauri*- Lanza Regia.

BERNABÉ DE COBO: *Champi*- Armas en astas largas y cortas (cetros); *Tupus* - alfileres para ropa; *purupuro* - plumaje redondo.

SARMIENTO DE GAMBOA: *Chambi* - *yauri* - cetro; *Pillo* o *llyayo* o *chuco* - *tocado* o *armadura de cabeza*; *mascapaycha* - borla real.

CRISTÓBAL DE MOLINA: *Yauris* -cetros de oro -bordones de palma, en lo alto *cuchilla* a manera de *hacha*; *tumi* -*yauri* -cuchillo de cobre o insignia de mando; *topa yauri* -lanza real.

DIEGO DE CASTRO: *Yauri* -cetro; *tomes* o *tumis* -cuchillos de cobre, a manera de hachas.

GUAMAN POMA DE A Y ALA: *Conca cuchona* o *congacuchuna* -hacha, daga; *champi* o *chanpi* -hacha metálica; *chuqui* -lanza; *chasca chuqui* -lanza con púas; *uallcanca* -rodela; *umachuco* -cubre cabeza; *sacmana* -manopla; *huaraca* -honda; *llautu* -cordones de colores y su pluma; *mascapaycha* - borla, insignia real.

MONTESINOS: *Tumi* -trinchante de zapatero.

La lectura de las anteriores citas nos pone de manifiesto la no coincidencia de los cronistas coloniales al tratar de las armas incaicas y, mucho más, al describirlas y nominarlas. Es indudablemente, debido a deficiencias propias (12) o de las fuentes en las cuales basaron sus escritos e informaciones, pero, primordialmente, a la no posesión de los idiomas y dialectos de los originarios, así como a lo insuficiente del abecedario castellano para representar y reproducir los sonidos de las letras aimara-keshwas.

Y sino, por qué gran parte de los cronistas escribieron *Inga*, *Mango*, *Yupangui*, cuando otros pusieron Inca, Manco, Yupanqui?

La respuesta fluye por sí misma: porque, para aquellos la letra *c* castellana carecía del valor fonético para expresar con precisión el propio del aimara o del keshwa y, creyeron subsanar esa falla al reemplazarla con la *g* gutural, aunque más se acerca a la *k*, casi desconocida por ellos y los diccionarios incompletos de esa época.

La brevedad del espacio de que disponemos, no nos permite entrar en disquisiciones amplias ni en la exhibición de los numerosos documentos probatorios que poseemos. Por el momento, sólo expondremos los que nos demanden menos tiempo y espacio.

Exposición.-

Al lector estudioso e interesado en esta clase de trabajos arduos y faltos de amenidad, como son los de arqueología, no se le habrá pasado inadvertido que en las anteriores citas parte de los historiadores expresa que los *champs* son diferentes de los *yauris* y éstos de los *tumis* o de los *kunkakjuchuñas*, mientras que otra parte indica la similitud de unos y otros o sus discrepancias.

Juzgamos que las causas de tales divergencias provienen además, de haber tomado el todo por la parte o viceversa y, lo intrínseco por lo extrínseco al nominar las insignias, los atributos Y las armas de los conquistadores Incas; las cuales, por otra parte, cambian de nombres según las regiones.

Aún suponiendo —como lo asevera el acreditado arqueólogo Sr. Larrea (13)— que Guaman Poma de Ayala hubiera sido el único de los cronistas que cita el nombre *cunca* o *cungacuchuña* (del aimara -keshwa: *kunka* - pescuezo y *kjuchuña*-cortar) es el más digno de crédito, puesto que él no sólo ha hecho de *visu* descripciones literarias sino las gráficas, en las que vemos representados los Incas portando sus armas e insignias reales.

Nosotros asentamos que los *champs*, *chukys*, *yauris*, *kunkakjuchuñas* y *tumis* son vocablos tanto aimaras como keshwas, dependiendo de las diferentes regiones Perú-bolivianas, donde se las considere para que su significado y pronunciación sean semejantes o dispares. Asimismo éstos no sólo eran atributos de poder o mando e insignias, sino también armas ofensivas y las cuales son de procedencia kolla-aimara, por las siguientes razones:

Históricas.— Porque al decir de los cronistas y de los historiadores modernos: Sarmiento, Cieza, Gamboa, Garcilazo, Pizarro, Poma... Prescott, Middendorf, Villamil de Rada, Díaz Romero, Posnansky, Durand, Svirichi, etc., los conquistadores del valle sagrado del Cuzco (Tamputoko, Pakarektampu, etc.) y fundadores del Imperio Incaico procedían del Sud, de la hoya del Titicaca, de las sierras del Kollao, es decir, del Kollasuyo (zona de los kolla-aimaras).

Y, como consecuencia lógica, se deduce que las armas, insignias y demás atributos portados por los esposos Manko Kapaj o por los hermanos Ayar eran también de origen kolla-aimara.

Lingüísticas.— Sabido es, por la geografía prehistórica del mundo entero y, muy particularmente, por la de Bolivia, Perú y comarcas aledañas que, las denominaciones geográficas de sus montañas, ríos y poblados siempre expresan la esencia misma de los objetos a los cuales han sido aplicados v. gr. *Laramkota* (lago azul), *Kala-kalani* (con mucha piedra, *pedregal*), *Wila-jawira* (río colorado o sanguíneo), *Chullpa-uta* (casa de chullpa).

Nombres que perduran y no se borrarán ni con el transcurso de milenios y, que contribuyen y contribuirán en el señalamiento del paso de una cultura por determinadas regiones, marcándolo con su sello indeleble de conquista y dominación como podemos palparlo con la civilización aimara, cuyos innúmeros vocablos se encuentran esparcidos en casi todo el territorio Perú-boliviano y parte del continente americano.

Si bien es cierto que muchos topónimos han sufrido mutaciones, trastrueques o apócopies, no menos cierto es que nos ayudan a revelar la antigüedad o prioridad de un idioma sobre otro u otros, porque, indiscutiblemente, toda lengua que ha experimentado cambios o supresiones de letras y corrupciones fonéticas establece que su origen es anterior al de la apocopada como sucede con la aimara respecto de la keshwa, por ejemplo: *supaya* (diablo en aimara) se ha convertido en *supay* (demonio en *keshwa*), *karka* (peña) en *ka* o *kaka*, *kunturi*(cóndor) en *kuntur*, *chchuseka* (ave nocturna) en *chusik*, etc.

Con el fin de consolidar las anteriores inducciones vamos a copiar los siguientes juicios del distinguido arqueólogo peruano Sr. Atilio Sivirichi, quien opina que "El aymara presenta vestigios de haber sido lengua general de América. Para nosotros el aymara, es la lengua madre, progenitora del quechua" (16). Del incomparable americanista D. Manuel Vicente Ballivián quien manifiesta "Son muy evidentemente el aymara y el yunca como el padre y la madre del quechua" (17)... "Manco Capac, cuya lengua materna era el aymara"... Garcilazo afirma que esta lengua era el idioma sagrado y privado de la familia real de los Incas.

El reputado lingüista peruano Dr. Juan Durand expresa: "Puede asegurarse que son pocos los puntos del Perú y aún de gran parte de Sud América, donde no se encuentre un lugar con nombre aymara", (18) ..."la raza de ese idioma, confinada en el Callao, habitó aquellas otras regiones muchos años antes que se iniciara la extensión del quechua y de los otros dialectos".

¡Sobrada razón tenía el gran filólogo Villamil de Rada en nominar al aymara como "LA LENGUA DE ADÁN"!

Objetivos.- Pocos meses después de la iniciación de nuestro museo (1908) al efectuar una excavación en la propiedad de nuestros antepasados "*Kollasuyo*", inmediaciones de Copacabana, descubrimos un enterratorio a 1,40 m. de profundidad —completamente en ruinas—. Allí encontramos un cráneo dolicocefalo con deformación aymara, huesos humanos y de animales, tuestos de cerámica tiwanacota y otros objetos, entre los cuales hallamos un alfiler de oro imitando una alabarda. Cuando interrogamos al mayordomo de la finca Lucas Kalani —autóctono octogenario, inteligente y de vigorosa contextura física— nos respondió que dicho objeto era un *kgori-ppichi* (alfiler de oro) y que representaba un *kunka-kjuchuña* (corta pescuezo). El Alcalde y los Jilakatas apoyaron tal aserción. Por ello y por la profundidad en que lo hallamos se trata de una joya aymara.

Años después (1911), en presencia del notable americanista Dn. Manuel V. Ballivián y del conocido arqueólogo argentino Dr. Debenedetti, tuve ocasión de mostrárselo al sabio antropólogo Dr. Max Ulhe, quien confirmó que tal objeto representaba un *kunkakjuchuña*.

En nuestras colecciones poseemos otro similar, pero con el aditamento de un *laurake* (amuleto), idolito masculino de bronce y más de una docena semejantes a las mismas armas o insignias. Entre ellos hay uno, excepcional con cachiporra de cinco puntas y lanza, en cuya parte superior lleva una representación plástica del puma sagrado tiwanakense, es de *champi*. Otro ejemplar extraordinario, descubierto en Tiwanaku a más de 1,80 m. de hondura, simboliza los maxilares y dientes de un paquidermo prehistórico. Tiene dos prominencias y dos agujeros para su ajuste a un asta con el fin de utilizarla como hacha.

Tanto éste como los anteriores constituyen documentos probatorios de lo que venimos afirmando.

El reputado escritor peruano Dr. Juan Larrea en su interesante trabajo —citado anteriormente— hace la explicación descriptiva y gráfica de seis *yauris* y *tupus*, los cuales, son absolutamente similares a los nuestros, que según las opiniones de los cronistas, tanto pueden ser *yauris* como *kunka-kjuchuñas* o *champs*.

Disentimos de las apreciaciones expuestas por el Sr. Larrea en su citado trabajo, respecto al "reducido tamaño y escaso poder de este instrumento" (el *kunka-kjuchuña* o *yauri* como él lo llama) porque al hacer tales suposiciones no ha tenido en cuenta la tan admirable resistencia de la aleación prehistórica de cobre y estaño (*champi*, en aymara) acompañada —en veces— de plata, oro, hierro, arsénico, etc., para darle mayor consistencia y ductilidad.

Asimismo, en que dicha arma sea "tan poco destructora" y un "remedo de tal", pues entre los centenares de hachas metálicas y de piedra existentes en nuestras colecciones, la cuarta parte de éstas tienen el filo de la cuchilla entre 2, 3 y 4 cm., el término medio fluctúa entre 8,9 y 10 cm. y unas tres entre los 15 y 21 centímetros.

Tampoco estamos de acuerdo con el Sr. Larrea en su apreciación: relativa a que el *tumi* (cuchillo) sea un hacha, pues en nuestro museo no existe uno solo de éstos que tenga el final del vástago recto sino encorvado (torcedura que sirve para asegurar el mango de madera, desaparecido por el transcurso de milenios) y, si lo tienen 4 es porque rematan en cinceles. Poseemos más de 80, de los cuales 16 terminan en cabecitas antropomórficas, de llamas (*karwas*), vicuñas (*waris*), falos estilizados, discos, etc.

Otro comprobante de esta afirmación lo tenemos en una de las obras del notable arqueólogo E. Nordenskiöld (19), quien en ella reproduce alrededor de 50 *tumis* y, entre ellos solamente 2 que no tienen la punta encorvada y 3 que han sido enderezados.

Por otra parte y dejando a un lado otras disensiones, numerosos tejidos tiwanakotas contienen estilizaciones de armas típicamente aimaras, análogas a las que nos estamos ocupando, que han sido reproducidas por Joyce, Beuchat, Baessler, Nordenskiöld y otros eminentes escritores.

De las anteriores inducciones se desprende:

Primero.- La pareja o parejas que llegaron y conquistaron el valle sagrado del Cuzco fundando la dilatada dinastía de los Incas procedían: del Sud, de la hoya del Titicaca (Titi-karka-Peña del Felino, en aimara) o de las sierras del Kollao (es decir, del *Kollasuyo* -región habitada por los kollas, aimaras).

Segundo.- Las armas, atributos e insignias reales y de los nobles incas — incluso los aretes de los "orejones" — eran de origen aimara. Sobre éstos, la *maskapaycha* y otros emblemas nos ocuparemos en otra ocasión.

Tercero.- El keshwa procede principalmente del aimara, del cual ha tomado casi la cuarta parte de sus vocablos. Constituía el lenguaje sacro y privado de la familia imperial incaica.

Cuarto.- No se puede afirmar cuál era el verdadero nombre de las diversas armas e insignias del poderoso imperio de los Incas, por razón de que las primordiales fuentes de los escritores modernos se basan en los informes, narraciones e historias de los cronistas coloniales, los cuales —como se ha visto— son dispares y hasta contradictorios. Pero sí, que son de procedencia aimara, cuyo idioma era el de los aguerridos kollas, y cuya capital era la hermosa y monumental metrópoli: TIWANAKU, manantial prodigioso del arte y la cultura de la América prehistórica.

NOTAS DEL CAPITULO XVI

- (1.-) Garcilazo de la Vega, "*Comentarios Reales de los Incas*". Lib. VI, Cap. XXVII, Pág. 204, Madrid, 1723.
- (2.-) Algunos nominan propulsor, bohordo, catapulta de mano, etc., en *Arqueología: estófica*.
- (3.-) Bernabé de Cobo: "*Historia del Nuevo Mundo*". Lib. 111, Cap. IV. (4.-) Bernabé de Cobo, Ob. cit., Cap. XXIV.
- (5.-) Pedro Sarmiento de Gamboa, "*Historia de los Incas*". (31), Pág. 94. (6.-) Sarmiento, Ob. cit., Pág. 115.
- (7.-) Diego de Castro Tito Cussi Yupangui Inca, "*Relación de la Conquista del Perú*", Ed. Lima, MCMXVI, Pág.10.
- (8.-) Phelipe Guaman Poma de Ayala, "*Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno*", Ed. La Paz, 1944, Pág. 64.
- (9.-) Guamán Poma, Ob. cit., Pág. 89.
- (10.-) Cristóbal de Molina, "*Relación de las Fábulas y Ritos*", Ed. Lima, MCMXVI. Pág. 43.
- (11.-) Fernando Montesinos. "*Memorias antiguas e historiales del Perú*", 241 Cap. XXVI, Pág. 153.
- (12.-) "No hubo ortografía en aquel entonces (siglo 16 y 17). La mayor parte de los españoles eran analfabetos, aún el marqués D. Francisco Pizarro, Almagro, etc. Entre los escritores hay semi-analfabetos como Poma de Ayala, cuya obra demanda sutil hermenéutica. Gran número de los cronistas tienen una ortografía sui generis inconsecuente y caprichosa."... León Strube E. "*Técnica etimológica y Etimología Andina*", Córdoba, 1942, Pág. 9.
- (13.-) Juan Larrea, "*El Yauri insignia real*", Rev. del Museo Nacional, Lima, Pág. 28, Tomo X, N°. 1.

- (14.-) Poma de Ayala, Ob. cit. Copia de la foja 96, La Paz, 1944. (15.-) Juan Larrea, Ob. cit., Fig. 3, Pág. 28.
(16.-) Atilio Sivirichi, "*Prehistoria Peruana*", Pág. 239, Lima, 1930.
(17.-) Manuel Vicente Ballivián, Bol. de la Sociedad Geográfica de La Paz, N°. 47, Pág. 70.
(18.-) Juan Durand, "*Etimologías Perú-Bolivianas*", Pág. 8, La Paz, N°. 47, Pág. 70.
(19.-) Erland Nordenskiöld, "*The Copper and Bronze Ages in South America*", Goteborg, 1924.

CAPITULO XVII

Monumentos funerarios y Cementerios de Viacha.

Antecedentes históricos.-

Hace algún tiempo, durante nuestra permanencia —más de tres años— en la guarnición de Viacha, efectuamos estudios detallados sobre los yacimientos arqueológicos de esta zona, rica en prehistoria, tradiciones y folklore. El resultado de esos estudios fue una monografía, cuya parte primordial forma la base del presente trabajo.

En tiempos muy remotos, Viacha constituía uno de los más poderosos baluartes de la Gran Metrópoli Prehistórica, formando la base primordial del cordón fortificadorio y de predominantes atalayas, que entretejían la red defensiva circulatoria de la capital político-religiosa del legendario Imperio de los kolla-aimaras, y que entrelazaba los numerosos puntos de apoyo o resistencia establecidos contra el ataque o avance de las fuerzas invasoras.

Por su privilegiada posición táctico-estratégica, dentro de los contrafuertes de la Cordillera Real de los Andes, fue obligado campo de reñidos y sangrientos combates:

En tiempos prehistóricos, lo fue de un sinnúmero de luchas entabladas con diversos *aillus*, tribus o clanes que, con saña sin igual, pretendían sojuzgar a sus indomables defensores, los *anti-kolla-aimaras*.

Milenios después, fue escenario de las cruentas contiendas promovidas por las bravías huestes de las tribus, pueblos y razas que, a órdenes de los vengativos y sanguinarios jefes: *Makuri, Takwila, Sapalla, Kachiamaya* y otros, los atacaban con impetuosa furia para cobrar añejas deudas de sangre o de oprobio, ambicionando su derrota y destrucción... Desastre que se produjo —casi totalmente— debido a la inesperada y decisiva intervención de los agentes atmosféricos y telúricos! ...

Posteriormente, hace cerca de mil doscientos años, fue campo de la fiera y tenaz resistencia presentada a las tropas invasoras del Incario, ante cuya superioridad numérica y notable estructura bélica —impuesta por el Inca de la leyenda y sus ilustres descendientes, originariamente aimaras— tuvieron que someterse a las condiciones impuestas por el invasor, ya resignarse con los designios de los hados adversos que se ensañaban fustigándolos sin cesar!...

Era Republicana: en el decurso de esta era fue el teatro principal de las operaciones bélicas y de la gloriosa victoria obtenida contra las fuerzas del invasor internacional!... Así como también, fue —antes y después de esta señalada acción— el escenario de dolorosas y estériles guerras fratricidas!...

Los anteriores hechos bélicos, particularmente los prehistóricos, tienen su confirmación en la gran cantidad de *pukaras* (alturas fortificadas), *apachetas* (cumbres vigías y adoratorias); en el extraordinario número de hallazgos arqueológicos: discos y piedras arrojadas a mano, con honda o cordeles adheridos a ellas; en las puntas de flecha y dardo del tipo *paleolítico* (piedra tallada) o interglacial, semejantes a los *chelleanos, acheulianos, monusterianos* y *magdalenianos*, de tipo *neolítico* (piedra pulida) o postglacial, similares a los *tardenoisianos* y *robenhausianos*, en las

hachas, rompe-cabezas e incontable número y variedad de utensilios líticos y metálicos propios de diversas civilizaciones y épocas.

Asimismo, en los campos de Ingavi, Letanías, y otros se encuentran —aunque raramente— proyectiles de fusiles y de cañones anticuados.

Por todo lo anteriormente asentado, es obvio considerar que la denominación de *Viacha* no se originó arbitrariamente, sino que fue el resultado lógico del estado de beligerancia en que vivió durante su milenaria y borras- cosa existencia. Por ello, juzgamos que el nombre de Viacha deriva de las palabras aimaras: *wila* (sangre) y *jacha* (gran cantidad), cuya tradición libre es: “lugar de mucha sangre” o “de grandes combates”. Nombre etimológico que concuerda con los que poseen varios lugares próximos a él (v. gr.: *Wila-wila-pata*, “río sangriento o colorado”).

Datos geopolíticos.-

La ciudad de Viacha, capital de la provincia de Ingavi del departamento de La Paz, cuenta con una población que fluctúa entre 4.000 y 10.000 habitantes, cifra a la que llega y, aún sobrepasa, en los días de sus grandes festividades, a las que afluyen peregrinos, bailarines, comerciantes y turistas, no sólo de comarcas aledañas sino también desde alejadas tierras. Se halla situada entre los 68° 19' de Long. y los 16° 39' de Lat. del Meridiano de Greenwich. Es una de las capitales más elevadas del mundo, pues se encuentra a 3.830 metros sobre el nivel del mar.

Escasos 30 kilómetros la separan de la metrópoli paceña, a la cual está unida por medio de tres vías férreas, un camino modernizado para vehículos y varios otros para peatones y acémilas. Constituye uno de los más importantes núcleos ferroviarios de la república, que contribuye vigorosamente al desarrollo industrial, financiero y político del norte del territorio patrio. Allí convergen las paralelas férreas que lo unen con las costas marítimas de Moliendo, Antofagasta y Anca; por medio de los ferrocarriles "Guaqui-La Paz", "Antofagasta a Bolivia" y "Arica-La Paz", igualmente que con los departamentos de Oruro, Cochabamba, Potosí, Chuquisaca y con la República Argentina.

El sitio donde se halla ubicada la ciudad de Viacha, sus extramuros y alrededores fue asiento de las civilizaciones primitivas de la altipampa interandina, como lo prueban palmariamente la existencia de ruinas, fortificaciones, armas y utensilios propios de esas remotas culturas y de las que llegaron posteriormente: la *chullpa* o de los *amaya-kontatas* (muertos sentados) y la de los "Inkas del Kosko".

Por estos motivos el solar viacheño constituye un centro arqueológico de gran importancia para la antropología, lingüística, etnografía, etc. Y porque en él están palpables las manifestaciones del desarrollo y progreso de cada una de las civilizaciones que han actuado durante la larga y gloriosa existencia del legendario Imperio de los kolla-aimaras.

La topografía y el clima viacheños son los peculiares a todas las regiones del altiplano interandino, en las que predominan las áridas, frías, inclementes e ilimitadas llanuras, salpicadas de exigua vegetación silvestre y, de trecho en trecho, interrumpida por pobrísimos campos de pastoreo, por anticuados sembradíos o por colinas y serranías ligeramente revestidas de paja brava (*iru*), paja fina (*chchilliwa*), paja para adobes (*jichu*), cactus espinosos (*sankayu*, *kakawila*, *sankaichapi*), florecillas silvestres (*waichas muttukala*, *koa*).

Estas encumbradas tierras están incesantemente azotadas por los abrazadores rayos solares, por los vientos huracanados o por las tormentosas lluvias, nevadas y granizadas, siempre acompañadas de fulgurantes relámpagos, de rayos y truenos que repercuten incesantemente en el Ande.

En medio de este ambiente, cruelmente adverso para la vida, los legendarios aimaras —desde tiempos inmemoriales— han morado, forjado y retemplado su indómito carácter, su recia contextura física, su reposado valor, la sobriedad, resistencia a la fatiga y la agudeza de sus

sentidos. Virtudes y cualidades que les ha permitido inmortalizar su raza y su idioma a través de millares de años.

La formación geológica de su terreno es la *devoniana*, en gran parte cubierta por cartas aluviales, de sedimentación, acarreo y *humus*; por entre los cuales serpentean ríos y arroyos que se originan en la Cordillera Real o en sus contrafuertes. De éstos, el *Viachajawira* es el principal, que en su caprichoso zigzaguo rodea parcialmente la ciudad viacheña. Durante su largo recorrido, hasta su desembocadura en el Lago Sagrado, cambia su nombre por los de *Río Grande*, *Tujruni*, *Pallina* y *Colorado*. Sus afluentes son: el *Mono*, *Jilata*, *Río Jawira*, *Kelkata* y otros menores. En sus tranquilas aguas impera el diminuto *ispi* (boquerón).

De trecho en trecho, las planicies por donde corren estos ríos y riachos se encuentran interrumpidas por numerosas lagunas, especialmente en tiempo de lluvias, a las que acuden ordenadas bandadas de patos silvestres, *pariwanas* (flamencos), gaviotas... Sus costados están flanqueados por lomas, colinas y serranías, algunos de cuyos picachos descuellan entre los 4 y 5.000 metros de elevación.

Dentro del panorama topográfico, descrito en los párrafos anteriores, se hallan establecidas las rústicas y primitivas viviendas de sus pobladores, los indígenas aimaras. Sus paupérrimas casuchas poseen corrales y cercos de piedra, destinados al ganado vacuno, porcino y lanar (el más abundante). Las *pircas* también sirven para marcar los límites de las propiedades o de las sementeras, generalmente sembradas con cebada, quinua, ocas, arvejas, papas y legumbres. Estas últimas especies —por lo común— se las cultiva en las faldas de los cerros o en los andenes escalonados de las sierras que los rodean, para protegerlos de los vientos y de las heladas. Dichos andenes o plataformas escalonadas son preincaicas.

Los colonos de las haciendas o de las comunidades son —en su mayoría— agricultores y propietarios de reducido número de cabezas de ganado. Los niños (*Ilokallas*) y las niñas (*tawakus*) hacen de pastores (*awatiris*). Las mujeres son hilanderas (*kapuris*), teñidoras (*waikutiris*) y tejedoras (*sauttiris*) de las telas destinadas para la confección de sus policromas vestimentas y de sus vistosos *awayos*, *Ilijllas* y *kawas* (1). Estos abrigo son originarios de esas frías regiones. Decimos "originarios", y no "importados", como afirma un arqueólogo: "El "poncho" fue traído de España, no era conocido en América", por la razón documental de existir —en nuestras colecciones— ceramios policromos prehispánicos, cuyos personajes portan dicha vestimenta.

Monumentos funerarios Kalkas recientemente descubiertos.-

Dentro del terreno geopolítico, antes reseñado, ya una distancia de 21 kilómetros de la capital viacheña, rumbo Sud, se halla ubicada una serie de sepulcros prehistóricos, erigidos sobre el frente Norte de la serranía de Takawa.

El camino carretero que conduce directamente a esta sierra es el que se dirige de Viacha a Chakoma —colindante con la Hacienda Takawa— el cual al llegar al río Parinkota o Chchusekani deja al viajero en su orilla izquierda, frente a unos 300 metros de las ruinas sepulcrales. Mas, él está casi siempre intransitable en la época lluviosa. Otras vías que se encaminan a las mismas regiones son las que conducen a Corocoro, Coniri y a la casa de Hacienda de Takawa. Pero al llegar a las bifurcaciones que estos caminos poseen a inmediaciones de los montículos de Takawa, hay que continuar por los que van en dirección a Chakoma, rumbo Oeste, hasta arribar frente a las ruinas.

Estos restos de monumentos sepulcrales, destinados a venerar y perpetuar el recuerdo de los difuntos, se hallan erigidos en medio del típico ambiente serrano. Aproximadamente, a 200 metros arriba del pie de la sierra de Takawa, al comienzo de la parte escarpada y peñascosa, en el lugar llamado *Koapata*, cuya altura barométrica es 3.835 metros, se encuentra la primera línea de las construcciones prehistóricas. La segunda está 30 metros más arriba, en *Chchuaiuma*. Ambas líneas han sido —justa y racionalmente levantadas— a pocos metros y debajo de los milenarios bloques agrietados de roca devoniana, a fin de disminuir el trabajo que demanda la traslación de

los grandes bloques rocosos (2), a dichas edificaciones megalíticas, dadas hoy —por primera vez— al conocimiento de la arqueología americana.

El monumento funerario N°. 1, tiene la conformación rectangular, con entrantes y salientes que corresponden a siete hornacinas o alacenas y a la entrada. Ellas y las paredes están hechas de bloques de roca arenisca construidas en ángulos rectos y levantadas verticalmente. El techo es horizontal y formado por seis grandes trozos de la misma roca. El largo interior del sepulcro, incluso las hornacinas laterales, es de 4.80 metros. El ancho, contado de fondo a fondo entre alacenas opuestas, es de 2.40 metros y 1.10 metros entre pilar y pilar. La altura interior mide 1.46 metros y la exterior 2.20 metros.

El corte horizontal hecho imaginaria mente a 0,40 metros del piso interno, permite reconocer que, los constructores de Takawa utilizaron la técnica escalonada tiwanakota. Creemos innecesario describir la entrada, forma de las paredes y otros detalles, porque ellos fácilmente se pueden deducir observando los planos y figuras pertinentes.

Estas edificaciones líticas, consideramos que son coetáneas a las del II Periodo de Tiwanaku; pues, si bien es cierto que los grandes trozos de piedra no están trabajados con el arte y la técnica de ese periodo, no menos cierto es, que ello se debió al material que tenían a la mano, y que, por su textura no correspondía labrarlo de otra manera. En cambio el trazado de los cimientos en forma escalonada y la verticalidad de las murallas, con entrantes y salientes en ángulo recto, son pruebas evidentes de la coexistencia y relaciones entre ambas culturas primitivas, y posiblemente con la de Ancash (Perú) y otras del tipo megalítico (completamente diferentes a las ovals del Perú, a las de pozo y dolmeniformes de Colombia, a las de barro con paja y piedras de los *chullpas* y a las de adobe, *pirkas* y de piedra poligonal de los Incas).

La cultura y la religión de los *antis* o *kolla-aimaras*, se fundamentaba en el concepto de que la vida humana continuaba más allá de la muerte, bien en forma reencarnatoria o bien en la de transmigración de las almas (metempsicosis). De ahí el temor que tenían a la muerte de sus antepasados o sobrevivientes, ocasionado por el miedo a la venganza que ellos podían ejercer, en cualquier tiempo o modo.

Es sabido que, igual concepto primaba en la ideología de la mayor parte de los pueblos primitivos de otros continentes, como sucedía entre los griegos, egipcios, mesopotámicos, chinos, indonesios...De esas creencias mítico-religiosas de los aimaras, también, emanó el culto y la veneración a los difuntos, a quienes se esmeraban en ensalzar e inmortalizar su recuerdo, por medio de construcciones que resistieron el embate de los fenómenos atmosféricos y a la acción destructora del tiempo. Poniendo el mayor empeño en que no les faltara nada de lo que en vida disfrutaban: bebidas, alimentación, semillas, vestimenta, así como las armas y utensilios que de ordinario utilizaban. Lo mismo que, mujeres, seres queridos y sirvientes que —de grado o por fuerza— eran enterrados en relación a los méritos y jerarquía del personaje fallecido.

Las anteriores noticias provienen de nuestras búsquedas folklóricas y de las narraciones que hemos escuchado a originarios octogenarios e inteligentes, que muy poco discrepan de las que nos han legado algunos de los cronistas de la Colonia: Cieza de León, en el Cap. 28 de su "Crónica del Perú" dice: "Cuando los principales morían hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metían bien proveídos de comida y sus armas y oro, si alguno tenía." En el Cap. 38 relata: "Y hay entre ellos una costumbre, la cual es (según me informaron) que si muere alguno de los principales de ellos, los comarcanos que están a la redonda cada uno da al que ya es muerto, de sus indios o mujeres dos o tres, y llévanlos donde está hecha la sepultura, y junto con ella les dan mucho vino hecho de maíz; tanto, que los embriagan; y viéndolos sin sentido, los meten en la sepultura para, que tenga compañía el muerto".

Gonzalo Hernández de Oviedo, en el Lib. V. Cap. 3 de su "Historia General y Natural de Indias" expresa: "Cuando algún cacique se moría, al tiempo que le enterraban, algunas de sus

mujeres vivas le acompañaban de grado o se metían con él en la sepultura"... "E assi acaeció al cacique Behechio, que dos mujeres de las suyas se enterraron con él vivas".

Las relaciones folklóricas escuchadas y las tradiciones dadas a conocer por los escritores del tiempo de la Colonia, antes descritas, hallan prístina confirmación en las —hasta hoy— ignoradas ruinas de Takawa.

Alguien ha supuesto —por simples referencias— que estas ruinas son *pukaras* o fortalezas del tiempo de los Incas invasores!... Radicalmente discrepamos de esta infundada suposición, basados en los fundamentos y razones siguientes: A).- Que, dadas la configuración y lo reducido de sus entradas —0,45 m. X 0,50 m.— no podía entrar ni salir más de una persona, al mismo tiempo; B).- Que la entrada o salida debía efectuarse arrastrándose sobre el vientre, como los reptiles; C).- Que, por razones obvias, no se podían utilizar las armas ofensivas o defensivas: arco, honda o escudo protector; D).- Que la muerte de uno de sus ocupantes, sea a la salida, entrada o al arrastrarse al interior hacía imposible toda comunicación entre el exterior y el interior de dicha construcción, y por consiguiente impedía su defensa o cualquier avance sobre el enemigo.

Contra dicha suposición, nuestro convencimiento es que, por las razones expuestas y por las que añadiremos, esas construcciones prehistóricas constituyen *monumentos funerarios* o *kalkas*. Como lo confirman —además de las razones apuntadas— el hecho de existir solamente esqueletos humanos en su interior; el de pertenecer éstos a individuos de edad avanzada (algunos de los cuales sobrepasan los cien años de vida) y el que junto a ellos no se haya encontrado arma de ninguna clase, sino algunos esqueletos momificados de roedores desaparecidos.

Los huesos de los esqueletos se encontraban esparcidos y mezclados unos con otros, lo que no nos ha permitido determinar la posición en que fueron enterrados los difuntos. Dato de importancia que contribuye a la determinación de su mayor o menor antigüedad, pues, hoy prima la idea de que los cadáveres sepultados horizontalmente datan de épocas anteriores a los colocados en otras posiciones. (p. ej.: a la de los *chullpas* o *amaya kontatas*.) (3). Posiblemente, la mezcolanza de las osamentas se debe a la mano criminal de los "buscadores de tesoros", quienes al adueñarse de los utensilios, vajilla, vestimenta y adornos, han hecho un daño incalculable a la ciencia arqueológica.

Estudiados y medidos los cráneos hallados en dichos sepulcros, nos han proporcionado gran número de valiosos datos antropológicos, de los cuales sólo daremos a conocer lo más sobresalientes:

El cráneo N°. 5, perteneciente al personaje principal. Es dolicocefalo (4), con la deformación artificial circular inclinada hacia atrás, propia de los primitivos aimaras. Su índice cefálico es el término medio de los cráneos aimaras. Es platirrino, estatura 1.68m. Por el desgaste anormal de la dentadura se puede calcular que su edad llegaba a los 58 años. Presenta profundas caries en los molares.

Cráneo N°. 7, pertenece a una mujer anciana. Es dolicocefalo, con la misma deformación intencionada aimara. Los dientes cayeron en vida. Los alvéolos del maxilar inferior están casi totalmente cicatrizados, lo que indica que la edad pasaba de los cien años.

De los otros 4 cráneos, conservados en bastante buen estado —como los anteriores— se infiere que ellos pertenecían a mujeres de la misma raza. Todos dolicocefalos, con deformación artificial aimara y cuyas edades oscilan entre los 40 y los 60 años. Lo que pone de manifiesto que pertenecían a mujeres que formaban parte del harem o serrallo del personaje antes citado. Dos o tres cráneos más, completamente deteriorados integran el total de los hallados dentro del túmulo

Kjontu (enterratorio).-

Se denomina así a toda pequeña elevación de tierra, artificialmente levantada sobre la superficie del suelo por la mano del hombre y destinada a dar sepultura a los muertos en los

campos de batalla y a los fallecidos por epidemias, catástrofes u otras causas. Estos se encuentran, con mucha frecuencia, en el ambiente agreste de casi todo el altiplano interandino. En las llanuras que rodean las sierras de Takawa y Chakoma, se encuentra una cantidad apreciable de ellos.

En la extensa pampa frontera a la serranía donde se hallan los monumentos sepulcrales, antes descritos, hemos podido divisar más de una docena; cantidad que aumenta enorme y progresivamente al aproximarse a Viacha, Laja, Tambillo y Tiwanaku, en cuyas tierras existen más de 500. Casi todos son de escasas dimensiones. Los pequeños no tienen más de un metro de altura por ocho del diámetro básico. Los mayores no alcanzan a 2 m. x 10 m. x 20 m. Sus formas varían entre las redondeadas o de casquete esférico, las ovoideas, rectangulares, alargadas e irregulares.

Al regresar de las ruinas de Takawa, a una distancia de 350 m. de su frente norte, encontramos un pequeño *kjontu*. Tiene la forma de un casquete esférico, de 0.60 m. de alto por 8 metros del diámetro de su base; dimensiones que —sin duda alguna— han debido sufrir variaciones, debidas a la acción de desgaste y acarreo, producidos por agentes atmosféricos en el transcurso del tiempo inconmensurable. Sobre su superficie y contornos se percibe una gran cantidad de fragmentos de cerámica, de épocas pretéritas y del tiempo de los Incas; piedras areniscas de cantos vivos y rodados, grupitos de paja, raquíuticos cactus espinosos y florecillas silvestres.

Al iniciar la zanja de tanteo, después de haber excavado 60 centímetros por unos 30 de profundidad, el pico tropezó contra un fémur humano, junto al cual se encontraban: tres cráneos, varias costillas, omoplatos y demás partes constitutivas de los esqueletos: completamente mezclados y, en gran parte deteriorados. Afortunadamente, dos de las calaveras estaban bastante bien conservadas y una fosilizada, pero incompleta. De estos cráneos el No. 12, presenta las siguientes peculiaridades: dolicocefalia, deformación circular intencional, echada hacia atrás; trepanación quirúrgica frontal de 14 milímetros de diámetro, situada sobre la apófisis orbitaria de la cuenca del ojo izquierdo, ejecutada por un hábil cirujano aimara. Pertenece a un adulto, de 58 años de edad, aproximadamente. Estatura 1.70 m. Desgaste dentario anormal, con profundas caries en los molares de ambos maxilares.

Desgraciadamente, la llegada de una tormenta de granizo nos obligó a abandonar, precipitadamente, el terreno donde iniciábamos —con tanto éxito— nuestras búsquedas arqueológicas!... Sin embargo, por los pocos, pero reveladores ejemplares desenterrados, podemos inferir que: dicho *kjontu* es coetáneo del primitivo Tiwanaku, como lo evidencia la conformación y las deformaciones artificiales, características de los cráneos aimaras de aquellas remotas edades y que, cuando se continúen los trabajos iniciados, se tiene que encontrar —prosiguiendo y profundizando la zanja— cerámica, armas y utensilios pertenecientes a los enterrados. Como ocurre en sus similares de Tiwanaku, Chiripa, Kollasuyo, Koana y otras regiones que, formaban parte integrante del dilatado Imperio de los kolla-aimaras.

Esta misma clase de enterratorios se encuentran —con mucha frecuencia— en los territorios aledaños al Lago Sagrado, tanto en tierras nacionales cuando en las peruanas. De igual manera se hallan en las norteñas de Chile, Puna de Atacama, Antofagasta, Tarapacá e Iquique, e igualmente que en casi toda la zona del norte argentino, en particular, Jujuy, Salta, Catamarca y La Rioja, donde han realizado grandes estudios los hombres de ciencia y arqueólogos: Ambrosetti, Outes, Debenedetti, Serrano, Aparicio, Casanovas y tantos otros científicos argentinos.

Entre estos distinguidos investigadores de la prehistoria americana, el Dr. Casanovas, en sus numerosos e importantes trabajos, describe algunos enterratorios (*kjontus*) semejantes a los de nuestro altiplano interandino por ejemplo: "Titiconte", "Pucara", "Iruya", "Huajra", "Humahuaca", etc. y lo que es sumamente revelador, todos estos denominativos son típicos del aimara; pues, respectivamente, derivan de *Titi* (felino) y *kjontu* (enterratorio), de *Pukara* (fortaleza), de *Iro* (paja) y *uyu* (canchón), de *wajra* (cuerno), de *Uma* (agua) y *Waka* (adoratorio o cosa sagrada).

Nombres toponímicos que -sin lugar a duda- ponen de manifiesto hasta donde alcanzó la dominación de los conquistadores kolla-aimaras y cuán larga fue la potestad ejercida sobre los pueblos sojuzgados.

Reflexiones.-

Como conclusión y síntesis de los trabajos realizados en la serranía de Takawa y la llanura de Parinkota, en comparación a los que verificamos en los parajes vecinos a Tiwanaku, Kollasuyo, Siripaka y Kopakabana, anotamos:

1°.- Que, los *monumentos funerarios de Takawa* fueron erigidos en el Período Primitivo del Gran Imperio de Tiwanaku, con el exclusivo objeto de honrar e inmortalizar la memoria de sus ilustres antepasados: los *Apus, Mallkus, Willkas, Amautas y Kurakas*.

2°.- Que, los ponchos y ponchillos ceremoniales, para las danzas o contra la intemperie, son originarios de Tiwanaku y la altiplanicie interandina y, en consecuencia, que no han sido "importados de España".

3°.- Que, los *kjontus o enterratorios* existentes en la superficie terrestre, estaban destinados a dar sepultura a los caídos en los campos de batalla o a las víctimas de epidemias, cataclismos y otros infortunios y que, corresponden a distintas épocas y períodos de Tiwanaku y del Incanato.

4°.- Que, la afinidad entre las anteriores construcciones, características en casi todo el territorio nacional y en gran parte del de otras tierras lejanas de América, es tan completa que sería contrario a la lógica y la razón suponer que, tanto éstas como aquéllas, no son la manifestación evidente del origen común de ambas. Ello se reafirma con la lingüística que, por medio de los toponimios citados, hace ver que ellos fueron originados durante las avasalladoras conquistas del LEGENDARIO IMPERIO DE TIWANAKU.

NOTAS DEL CAPITULO XVII

(1).- Elaborados con habilidad y gusto extraordinarios y teñidos con gran riqueza de colores indelebles, debido —con seguridad— al secreto heredado de lejanos antepasados y los cuales compiten ventajosamente con los más afamados del mundo.

(2).- Procedentes de rocas areniscas devonianas, con coloración blanquecina o café ferruginoso. Presenta floraciones en forma de sombreritos chinoscos que, según el distinguido profesor señor Barrand Jesse, provienen de la combinación de la calcedonia con el sílex y el agua.

(3).- Estos se hallan de cuclillas y recludos dentro de cestos de vegetales trenzados. Los "fardos funerarios" de Paracas (Perú) están doblados, enfardados y retobados con todas sus vestiduras, junto con las armas, instrumentos y utensilios que usaron en vida.

(4).- Dolicocéfalos por su forma alargada y braquicéfalos por su índice cefálico.

CAPITULO XVIII

El Chimú Prehistórico y sus Correlaciones con Tiwanaku.

Territorio Chimú.-

Los límites y radio cultural de este poderoso Estado han sido indeterminadamente fijados por los cronistas del tiempo de la Colonia, Cieza de León, Garcilazo, Valera, Ondegardo, etc., en cuyas incompletas informaciones han basado y basan sus opiniones muchos historiadores.

En cambio, el estudio del folklore de los *chimús*, su lingüística, sociología, etnografía y demás fuentes, nos proporcionan datos de incalculable valor para la eliminación de las numerosas incógnitas de este intrincado problema arqueológico. En su solución creemos que, además de los

elementos anteriores, sus fuentes reveladoras se encuentran en la investigación minuciosa de las *wakas*, de las viviendas y de los conchales o residuos domésticos (*kjokkenmoddings*) que, día a día, se descubren en las ruinas de sus antiguas poblaciones, templos, cementerios y otros restos prehistóricos. Estos, aunque generalmente se hallan muy deteriorados o semi-cubiertos por la arena —como sucede con los "tiestos"; *jikillatanaka* (en aimara)— surgen como ricos manantiales de nuevas ideologías, en la confirmación de que sus primitivos pobladores eran grandes guerreros, habilísimos orfebres, diestros alfareros (1), productivos agricultores, e ingeniosos pescadores. Así como también, sirven para facilitar la determinación de la superficie que ocupaba el Gran Estado del Chimú.

Con la eficaz ayuda de los mencionados datos, unida a los recopilados por los historiadores coloniales y de los tiempos actuales, junto con los que personalmente pudimos acopiar —durante nuestra estadía en el Perú (1918-19)— podemos señalar que el territorio donde desarrolló sus actividades y cultura ese Estado, estaba comprendido entre el Océano Pacífico y las estribaciones de la cordillera Andina; abarcando de Norte a Sud desde el departamento de Lambayeque hasta los valles de Corongo, Nepeña y Casma.

Su capital era la industrial y belicosa ciudad de Chanchán o Gran Chimú situada a pocos kilómetros de Trujillo, capital del Departamento de Libertad: Según algunos cronistas, dicha capital contaba con cerca de un millón de habitantes, ocupando un área de 50 kilómetros. Fuimos sorprendidos por la rectitud de sus calles paralelas, cortadas perpendicularmente por otras. Aunque, sus ruinas estaban sumamente derruidas o semi-cubiertas por la arena, la intemperie y los milenios transcurridos, pudimos reconocer la existencia de miles de casas: las principales, revocadas con barro mezclado con paja —igual a las edificaciones chullpa-aimaras— pintadas al temple y, numerosos templos. El Gran Palacio estaba ricamente ornado, edificado con esmerado sentido arquitectónico, tanto en su fachada como en la distribución de sus múltiples reparticiones.

Esta extensa faja territorial, comprende las áridas llanuras y los fértiles valles que en ella se encuentran, englobando las cuencas de los ríos Jeque-tepeque, Chicama, Santa, Santa Calatalina, Virú, Chao, Lacramarca y Nepeña. Dentro de esta zona arqueológica, es donde se encuentran ubicadas las famosas ruinas precolombinas de Chanchán, Moche, Huaca, Corral, Santa Rosa, Santa Clara, Kalasaya, Esperanza y luego Chavín, Pachacamac, etc. De parte de las cuales, nos ocuparemos en el presente trabajo:

Origen hipotético.-

Desarrollo evolutivo.- Hasta que no sea veraz y concluyentemente definida la génesis del hombre y, por consiguiente, dilucidado el intrincado enigma del *monogenismo* y su contrapuesto el *poligenismo*, creemos que todos los estudios de indagación que se han hecho en el transcurso de cerca de cuatro siglos y los que se hagan —actual, o posteriormente— sólo juegan y seguirán jugando un papel de relativa importancia, en los nuevos horizontes abiertos a la Arqueología universal y a la del Perú antiguo, en particular; pero que, hasta entonces no podrán gozar de carácter definitivo, por la razón expuesta.

En el logro de los modernos horizontes arqueológicos ha coadyuvado, con sus valiosas contribuciones, una verdadera falange de escritores y arqueólogos peruanos: Rivero, Urteaga, Romero, González de la Rosa, Valcárcel, Tello, Larco Herrera, Larco Hoyle, Sivirichi, Muelle, Villar, Uriel García, Loayza, García Rosell, Pastor, Pardo y tantos otros (así como, la de renombrados autores de otras nacionalidades: Tshudi, Latcham, Disselhoff, D'Harcour, Wiener, Kroeber, Markham, Bandelier, Rivet, Lehman, Nietzsche, Metraux, Uhle, Aparicio, Kimich, Posnansky, Ainsworth, Means, Márquez, Miranda Hnos. Wagner, Sta. Righetti, Bhalis, Kelemen, etc.) se han ocupado amplia y científicamente sobre los orígenes, el arte, y la cultura de los chimús y sus aledaños. Estas naciones se hallaban constituidas por los centros culturales: *Mochica* o *Mochik* (valle de Moche, cercano a Trujillo), *Chicama* (sobre el río del mismo nombre), *Virú* (en la cuenca del Virú, denominación que se afirma originó el nombre del Perú), *Cupisnique*, *Santa*, *Chao* y otros de menor importancia.

Gran parte de los anteriores escritores, asienta, piensa o supone —con mayor erudición, ciencia o imaginación— que la cultura de estos estados procede de las migraciones del continente asiático: la China, Mongolia, Birmania, el Tibet, la Indochina y otras.

Respecto a estas últimas naciones recordamos que, durante nuestra permanencia en Lima, el Dr. Kimich, en uno de sus artículos sobre prehistoria peruana, se arrogaba haber sido el primero en señalar a los indostaní-tibetanos o siam-birmanos como los generadores de la civilización chimú. Ello dio lugar a una interesante polémica, en la que los reputados arqueólogos peruanos señores C. García Rosell y V. Pastor probaron —al citado doctor— haberse anteriormente exteriorizado la antigüedad de la teoría que quería adjudicarse y, la cual —en consecuencia— no le pertenecía, ni científica, ni teórica, ni etnológicamente.

Otra gran parte, discurre y está de acuerdo con algunas de las opiniones y teorías dispares de los cronistas hispanos o, con la de los sabios antropólogos, etnógrafos, y demás científicos que, marcan como procedencia de las migraciones civilizadoras del Chimú: la egipciaca, súmera, hebrea, greco-feniciana, romana, británica, siberiana, mongólica, oceánica, asiática, japonesa, etc.

Finalmente, no pocos, forman en las estrechas filas de los autoctonistas, quienes, afirman ser los chimús originarios de su propia cultura, presentando, entre otras pruebas antropológicas, etnológicas y lingüísticas la existencia de la Gran Muralla prehistórica del Valle Sagrado, construida en tiempos remotos en el territorio chimú y, de la cual nos ocuparemos más adelante.

Por nuestra parte, creemos que la cultura Chimú es originaria; pero, influida por la *kolla*, la *pukina*, la *aruwaky*, posteriormente, por la *keswá*. Sea o no cierta nuestra creencia, juzgamos que, los belicosos chimús estuvieron bajo el poderío militar de sus conquistadores aimaras o kollas del Kollasuyo —cuya capital era la Gran Metrópoli Tiwanaku— y que, durante el *período del apogeo* de esta extensa y poderosa nación, su cultura, artes e idioma, influyeron palpablemente la suya, durante siglos y milenios. Lo prueban clara e indestructiblemente, los testimonios fehacientes enumerados a continuación.

Pruebas antropológicas.-

En las numerosas excavaciones que se han ejecutado, desde la llegada de los españoles —en busca de los preciosos metales— hasta las que efectúan tanto los científicos como los rastreadores de tesoros o *wakeros*, se han extraído de las *wakas*, tumbas y ruinas de los Chimús: cráneos braquicéfalos y dolicocefalos, presentando algunos de ellos deformaciones artificiales, típicas de los aimaras (circular oblicua y tabular fronto-occipital); otros, con trepanaciones intencionales, en parte de las cuales se puede evidenciar la intervención de los expertos cirujanos tiwanakenses.

Pruebas etnológicas: lingüística.-

Muchos de los pueblos, ríos y montañas de esta región, conservan hasta la fecha nombres metonímicos propiamente aimaras, con o sin las consiguientes transmutaciones y apócopos debidas al tiempo corrido. Verbigracia: *Kalasaya*, de *kala* (piedra) y *saya* (puesta verticalmente), construcción primitiva similar a *Kalasaraya* de Tiwanaku (piedras colocadas verticalmente y alineadas); *Moyobamba*, de *Muyu* (vuelta), y *pampa* (llanura); *Huari*, de Wari (vicuña); *Amaru*, de *amaro* (víbora); Huarmey, de *Warmy* (mujer); *Sumaniqui*, de *sumanikiwa* (es bueno, bonito); *Chicama*, de *chica* (mitad) y *ma* (tuya o vuestra); *Urupampa*, de *Uru* (indígena de *Jankojake*, desaguadero; y día), *pampa* (llanura); *Pomabamba*, de *puma* (felino) y *pampa* (id.); *Casamarca*, de *kasa* (desportillo, abra) y *marka* (ciudad, pueblo); *Lacramarca*, de *lakja* (tierra) y *marka* (id); *Saraqwe*, de Sara (saraña, ir) y *jake* (indígena), *Pucará*, de *pukara* (fortaleza), etc.

Pruebas fisiológicas y físicas.-

Basados en la fisiología comparada y en el aspecto de los autóctonos del Chimú, distinguimos que éstos y los aimaras altiplánicos del Ande son notoriamente semejantes, pues, en su presencia y fuerte contextura fisiológica no se encuentran diferencias apreciables. En el término medio de su estatura, 1,65 m. de los hombres y 1,50 m. de las mujeres, en ambos países. El colorido de su tez, el brillo de sus renegridos cabellos, la frente ligeramente inclinada hacia atrás, los ojos con el iris negro, la nariz prominente y alargada (leptorrina), la dentadura fuerte y con desgaste plano, los maxilares salientes (prognatos); así como tampoco, en la expresión fisonómica definida y característica, (naturalmente que, descartando a los alcoholizados y los cocainómanos, como a los cruzados, con aruwaks o keshwas). Finalmente, no hemos encontrado ningún oriundo que llevara el pliegue mongólico.

Pruebas históricas.-

En la estructura cultural de los chimús han intervenido diferentes núcleos somáticos: la de los valles de Moche, Chicama, Santa, Jequetepeque, Virú, Chao, Cupisnique y otros de menor influencia, en los que el arte aimara, arawak y keshwa han dejado —cada uno de ellos— su sello característico e inconfundible.

Algunos opinan que los ceramios negros y, muy especialmente, los vasos silbadores —biglobulares, del mismo color— son exclusivamente originarios de las civilizaciones de los valles de Moche. En contraposición a este concepto anotamos que, en nuestras colecciones particulares poseemos varios ejemplares de estos mismos tipos (excavados a grandes profundidades — 1,40 m., 1,80 m. y más—) tiwanakotas. Siendo únicamente la diferencia en que éstos están mejor pulimentados, más finamente acabados y fabricados con una arcilla de calidad superior, mezclada con fino coalín, como puede apreciarse en los orinales.

Todo ello comprueba que, los ceramios negros excavados en Tiwanaku no son de procedencia mochica o inca primordialmente por la profundidad de la que han sido extraídos. No sucede lo mismo con los de Siripaca, Copacabana, Isla del Sol y otros lugares, excavados a sólo 0,40 m., más o menos y, por consiguiente, propios de la cultura y época incaicas.

Tanto en la cerámica negra, cuanto en la coloreada, como en su sobresaliente orfebrería y primorosa industria textil, es palmaria la influencia del avanzado arte tiwanakota, como puede observarse en el espléndido museo de Chiclín, propio de nuestro distinguido y culto amigo el Dr. Dn. Rafael Larco Herrera, científicamente dirigido por su digno descendiente, Dn. Rafael Larco Hoyle, así como, en el nuestro, influencia cultural que, en el territorio peruano englobó: Chavín, Pachacamak, Lurín, Ancón, Nazca, Ica, Pisak, Cuzco, etc. Lo confirman las variadísimas reproducciones de los ideogramas de la famosa portada de Tiwanaku, en las cuales están copiadas la silueta del personaje central (gran guerrero-legislador, endiosado) y la de los laterales (*apus* o *wilkas* de elevado rango); como también, sus coronas, vestimenta y armas, e igualmente, la actitud divina del gran magnate y la de pleito homenaje de los altos jefes que lo acompañan.

Finalmente, lo mismo ha sucedido con las representaciones estilizadas —fiel o caprichosamente— de las manos tiwanakenses, clásicas por sus cuatro dedos y, con las reproducciones del digno escalonado, escalera o cordillera; de la estólica, dardos o flechas; de los felinos, cóndores, pescados, auquénidos, etc.

Pruebas militares.-

Sabido es, por Montecinos, el Inca Garcilazo (2) y otros cronistas que las cruentas y exitosas campañas ordenadas por el Inca Pachacutec y llevadas a efecto, la primera por su hermano el Inca Capac Yupanqui (3) y las siguientes acompañado de su sobrino, el Príncipe Inca

Capac Yupanqui (3) (de 16 años de edad) fueron decisivas para el incremento de las dilatadas fronteras del Imperio de los Hijos del Sol (4) y, las cuales, después de largos y fastuosos festejos, de dar las respectivas recompensas, descanso y avituallamiento a las tropas fueron continuadas hasta conquistar el engrdeído Estado del Chimú.

Esta campaña fue muy ardua, de larga duración y sumamente sangrienta, debido a la brava y tenaz resistencia opuesta por sus porfiados y aguerridos defensores enemigos. Estos mismos, únicamente al ver medradas y sedientas a sus agotadas huestes, carentes de agua (porque el gran estratega Pachacutec había ordenado cortar las represas y acueductos) y, en cambio, nuevamente reforzadas (con 20.000 guerreros) las tropas incaicas, se vieron en la duraobligación de aceptar las *magnánimas* condiciones de paz, a rendirse y a entregar sus poderosas e inexpugnables fortificaciones.

Estas incomparables obras defensivas, sólo igualadas por las fortificaciones modernas, comienzan desde los valles y serranías de Paramonga (*paramunca*) (5), apoyándose las unas a las otras, como verdaderos *puntos de apoyo recíproco*, para así constituir un conjunto táctico-estratégico con las de Chimbote, Chicama, la pirámide truncada "Obispo", Valle Sagrado, etc. Punto este último poseedor de la Gran Muralla (6) y todas las cuales desempeñan un papel militar, semejante al de las *pukaras* (fortalezas) de los aimaras.

Se diferencian éstas de las anteriores en que —salvo contadas excepciones que han sido ligeramente fortificadas, como las de Akapana, Tambillo, los Pirapi, los Pfasas, etc. (7)— están constituídas por las crestas topográficas de los innúmeros montículos que, el terreno accidentado les proporciona; más, para su utilización como puntos de observación, de transmisión de señales, por medio de *pfichus* (fogatas) y, que prestan el rol de los modernos heliógrafos y semáforos militares. Dichas crestas o cimas son, también *apachetas*, adoratorios dedicados a los manes tutelares kollas.

Este menosprecio de los guerreros aimaras por las eficientes obras fortificatorias, parece que nuestros ejércitos —desde los albores de la República hasta el tiempo presente— lo hubieran heredado de sus antepasados *kollas*... Prueba de ello la tenemos en los campos de batalla de Chacaltaya, La Coronilla, Ayacucho, Ingavi, Alto de la Alianza... acciones donde nuestras denodadas tropas, pudiendo atrincherarse, prefirieron combatir con los pechos descubiertos!.. .

La Gran Muralla Chimú.-

Se ha dicho que ésta fue descubierta por Shippee y Johnson, anoticiados de su existencia por ancianos habitantes de la región, quienes les habían proporcionado informaciones para su búsqueda y posible hallazgo.

Lo cierto es que, dicho descubrimiento, se debió al caprichoso azar y al avezado ojo de Johnson, como se desprende de la siguiente relación, extractada —en parte— del informe de los S.S. Shippee y Johnson, reseñado en "Die Woche" de Berlín, 15/1/1936:

El conocido explorador Mr. Robert Shippee acompañado de su inseparable fotógrafo Johnson, llegados de Estados Unidos en avión, para el desempeño de una comisión científica en el Perú, establecieron su campamento en Trujillo. Estando en el pleno desarrollo de su misión, al efectuar uno de sus vuelos sobre el río Marañón e inmediaciones, y cuando regresaban de esa región, volando por encima del Valle y Río Sagrado, Johnson alcanzó a divisar una muralla semienterrada en la arena y algo que parecía una ruina. Súbitamente, hizo funcionar su máquina fotográfica y al desarrollar las películas, grande fue el asombro que experimentó al encontrar reproducidas en ellas una monumental muralla y una pequeña ciudad en ruinas.

En vista de este descubrimiento, Shippee trasladó su campamento a Chimbote, pequeña población poseedora de una extensa bahía y situada a pocos kilómetros del Valle Sagrado. De los datos folklóricos que pudo obtener de los más ancianos y autóctonos de la comarca, entresacó que

sus abuelos les habían referido que, la construcción de la Gran Muralla, era anterior a la llegada de los conquistadores Incas; que éstos se hablan adueñado de sus ricas tierras; agregando que, de oídas, sabían algo muy vago sobre su existencia, pero que ninguno de ellos la había visto.

De inmediato Shippee y su fotógrafo efectuaron otro vuelo de la desembocadura del Río Sagrado hacia la cordillera. Después de recorrer unos 9 kilómetros por lugares inhabitados durante siglos, descubrieron las ruinas de una ciudad chica y volvieron a encontrar —a distancia— la muralla, bifurcada en dos brazos: uno que tenía la dirección de la costa y el otro la de los Andes. Siguieron el rumbo de la principal muralla; destruida en partes y cubierta por la arena en otras.

En el próximo vuelo hallaron filas de pequeñas fortalezas, circulares y cuadrangulares, a diferentes distancias pero estratégicamente erigidas en las cumbres de las colinas bajas, invisibles desde el suelo del valle, situadas a ambos costados del Río Sagrado, a la derecha y la izquierda de la muralla. Fotografiaron 14 de ellas: la más grande media cerca de 100 metros de largo por 5 de alto su base de 1,60 m. disminuía en la parte superior. Estaba formada por piedras rodadas.

Encontraron una gran semejanza entre ella y la muralla de la China.

A fin de obtener mayores datos, volvieron en un auto Ford, en el cual, después de un recorrido de 5 horas, arribaron a la ciudad casi tapada por la arena, la cual habían descubierto debido a la casualidad. La arena sólo dejaba a la vista unos 2,30 m. de la altura de la muralla —cinco metros—. Dedujeron que esta tendría un alto de 10 metros. Las piedras de la parte superior había rodado por el suelo. La muralla se prolongaba más allá de las famosas fortificaciones de Corongo.

Al recorrer las ruinas de la Gran Muralla, la de los reductos y de la pequeña ciudad —imperceptibles desde tierra, algo visibles desde avión y claramente en las películas— se explica por qué, en el transcurso de cientos de años, nadie las hubiera visto y, en consecuencia, ocupándose de ellas.

Al finalizar el presente artículo sería de desear y esperamos que hasta el presente, —dado el enorme adelanto en las comunicaciones— se hayan realizado estudios y trabajos arqueológicos en dicha zona, por razón de la enorme trascendencia que implica su conocimiento, para apoyados en más amplias y veraces fuentes, seguir escudriñando el nebuloso pasado prehistórico del antiguo Perú y, el cual interesa intensamente a la arqueología del mundo entero.

NOTAS DEL CAPITULO XVIII

(1).- Como lo prueba el haberse llevado los Incas, especialmente Tupac Yupanqui, grandes cantidades de bella orfebrería, de oro y plata, al Cuzco.

(2).- A pesar de lo expuesto en la elevada controversia, sostenida entre renombrados historiadores peruanos S.S. de la Riva Agüero y González de la Rosa, quedó la duda sobre si Garcilazo habla plagiado o nó al P. Varela y, piado a Cieza de León, Ondegardo, Montecinos, Molina, etc. Polémica publicada en la "*Revista Histórica*", Lima, 1908.

(3).- Durante la cual sojuzgaron: las provincias de los Huancas, Tarma, Pumpu, Chucurpu, Ancara y Huayllas.

(4).- En ésta sometieron a las provincias y poblados: Huamachuco, Casamarca, Yauyu, Nanasca, Ica, Pisco, Chinchasuyo, Yungas, Pachacamac, Rimac, Chancay, Huamán, Parimunca y Santa. Con un total de 130 y tantas leguas castellanas en las dos campañas, como lo afirma Garcilazo en sus "Comentarios"

(5).- Descripta militar y científicamente por el General Luis M. Langlois en *Las ruinas de Paramonga*, Revista del Museo Nacional, Lima, 1938.

(6).- Llamada la *Tatarabuela de la Gran Muralla China* por M. Bascaret, En: "*Aquí Está*" de Buenos Aires.

(7).- Cuyas reducidas dimensiones, incluso de la tan mentada Akapana, no permitían el establecimiento de tropas en mayor número de un par de cientos. Sobre estas *pukaras* nos hemos ocupado en artículo anterior.

CAPITULO XIX

El Museo Diez de Medina.

Una de las obras más notables del Cnl. Diez de Medina fue el Museo Arqueológico, formado durante medio siglo, gracias a una labor constante, ordenada y patriótica.

Este Museo, el más rico en piezas tiahuanacotas en el mundo entero, hoy representa para el pueblo boliviano un motivo de profundo orgullo, pues en él se pueden recorrer paso a paso las épocas de mayor gloria cultural que tuvieron los Andes, en lo que actualmente es el territorio boliviano.

La historia del Museo es larga. Actualmente está cerrado al público. Pero vayamos desde el principio:

Al conmemorar las fiestas patrias, el 5 de agosto de 1940, el periódico "Ultima Hora" hacía honor al Museo Diez de Medina con un artículo titulado "Un Tesoro Arqueológico de América", del cual transcribimos algunos párrafos:

"Tiene razón Winckelmann al sostener que la arqueología artística, proyecta más luz sobre el pasado humano que la historia política de los pueblos. El arte aparece cuando el hombre no ha creado leyes ni instituciones. La ordenación de los innumerables restos del arte primitivo, conforme a clasificaciones que agrupan los factores geográficos, sociales, económicos y técnicos de cada civilización, o de cada cultura, es la fuente viva del pretérito que se reproduce en el presente".

"En 1907, regresando de la Argentina donde terminara sus estudios militares, el entonces subteniente Diez de Medina, dolorosamente impresionado al comprobar el intenso tráfico de objetos antiguos y artísticos que salían del país, para enriquecer colecciones particulares de otras naciones, decidió reunir esos objetos con móviles egoístas —dice él— para que también quedase algo en el país de su dispersa riqueza arqueológica".

"Poco tiempo después, en una finca que poseía sobre el Lago Titicaca, denominada "Siripaca", realizó algunas excavaciones extrayendo las primeras piezas valiosas de su colección. Este hallazgo lo entusiasmó. Y lo que el primer momento fue un impulso de defender el patrimonio artístico de la patria, se convirtió rápidamente en una generosa decisión nacionalista para estudiar, organizar y reconstruir su pasado prehistórico,"

"Su museo recuerda el taller de un artista del Renacimiento, donde artista y artesano eran una misma y sola cosa, porque la cabeza y el brazo, en simbiosis maravillosa, trabajan hacia un mismo fin de belleza. Todo es concepción y ejecución suyas. Planeó la sala, las vitrinas, los muebles y las decoraciones. Transcribió los motivos tiwanacotas en versiones de gran belleza plástica, Con algo de escultor y mucho de pintor, ha modelado adornos del museo, ha reproducido en acuarelas las mejores piezas del mismo, ha fabricado personalmente algunos muebles. Decoraciones y estilizaciones murales, de vitrinas, lámparas, piso, etc., llevan el sello de su hábil inspiración de artista, que parece aunar la prolijidad de un bizantino con la finura estupenda de un maestro flamenco. Las decoraciones talladas y pirograbadas en madera, constituyen verdaderas expresiones de arqueología artística."

"Pero donde el Coronel Diez de Medina no tiene rival es en el proceso prodigioso de reconstituir una pieza antigua. Viaja a Tiwanacu o a cualquier punto del altiplano y regresa con un atado que contiene centenares, a veces miles de fragmentos. De muchos viajes y de una labor pacientísima e ingeniosa, buscando el ensamble de millares de fragmentos que la acción erosiva del tiempo borra casi por completo, nacen tres, cuatro, cinco nuevas piezas, que el arqueólogo reconstituye con ciencia suma, pero también con suma probidad, pintando en rojo lacre las partes reconstituídas, para distinguirlas de los trozos auténticos. Verdadero alarde de amor a la ciencia y

de técnica manual, estas reconstituciones constituyen uno de los méritos sobresalientes de este arqueólogo, artista y artesano de su actividad vocacional, que fabrica él mismo sus instrumentos de dominio para señorear el campo inagotable, poético y severo a un tiempo mismo de la reconstrucción histórica."

"Esta labor de reconstrucción de objetos antiguos, de cuidadosa clasificación y ordenación, es verdaderamente imponderable. Obra de treinta y cinco años de tremenda disciplina interior, supera el rendimiento normal humano y sólo se explica por la pasión del hombre de ciencia y la poderosa capacidad de una voluntad que se agiganta en el esfuerzo, haciendo brotar de la nada, o prácticamente de innumerables fragmentos dispersos en la vastedad del altiplano, un mundo de objetos y nociones que dicen más que un millar de libros sobre el pasado americano."

El museo abarca toda la extensión de la prehistoria americana. A través de sus colecciones puede hacerse el estudio y la crítica comparada de las más remotas civilizaciones de que hay memoria."

"El ojo poco entrenado del cronista, advierte sin embargo la agrupación ordenada de restos y vestigios de diferentes culturas: las tres de Tiwanacu, correspondientes al nacimiento, apogeo y declinación, con la cuarta o complementaria más conocida por decadente de Tiwanacu; la mochica, la chimú, la nazca, la de! Cuzco, la pampeana, la maya, la quiché, la kolla, la incaica, etc., incluyendo rastros de civilizaciones todavía anteriores que escapan a la clasificación sistemática."

"Después vienen numerosas manifestaciones de culturas secundarias o derivadas, como las de Quillacollo, Machu-Mocko, Colka-Pirua, Tarija en Bolivia y Nievería, Chán-Chán, Pachacamac, Chimbote y Ancón en el Perú. De las tribus indígenas de Norteamérica y de la América Central, también cuenta con muchas piezas."

"El valor intrínseco como reconstrucción histórica y arqueología artística, escapa a toda ponderación. Es un mundo de culturas, donde alienta el pasado boliviano y la más remota tradición continental."

"Para los bolivianos, esta obra admirable de voluntad, de inteligencia ordenadora y de abnegación, constituye una enseñanza ejemplar, que merece todos los honores de la difusión, por cuanto significa como lección de civismo y como expresión de fuerza creadora."

"Escogemos este día de solemne recogimiento patriótico, para tributar público homenaje al ciudadano meritísimo y al hombre de ciencia, que desde el modesto refugio de un hogar austero, ha dedicado toda una vida de silenciosos sacrificios, al conocimiento y a la estructuración de un pasado varias veces milenario, raíz eterna pero incógnita del alma boliviana."

Cinco años más tarde, "La Prensa" de Buenos Aires, informaba al público argentino sobre el Museo Arqueológico de la Avenida 6 de Agosto de la ciudad de La Paz, cuya fama desde tiempo atrás había cruzado las fronteras de Bolivia.

"Años de estudio de literatura tiahuanacota no podrían proporcionarnos una idea tan cabal y plástica de aquella civilización, como una visita a dicho bien organizado museo, que no sólo reúne material de Tiahuanacu sino de casi toda la extensión de la prehistoria americana, lo cual permite al visitante hacer inmediatamente una crítica comparativa. Desfilan así, delante de nuestros ojos las tres etapas de la historia tiahuanacota: nacimiento, apogeo y decadencia; la cultura de los chimúes, la mochica, la nasca, la incaica y otras. En la colección de objetos tiahuanacotas hallamos representaciones de animales extinguidos, como por ejemplo el plesiosauro, el toxodonte, y la macrauquenia, lo cual prueba los fundamentales cambios climáticos que ha sufrido nuestro continente. Sorprendente perfeccionamiento alcanzaron los artífices del imperio de Tiahuanaco en la estilización de animales, como del puma, el perro, la llama, el cóndor y los venados. Y la sección etnológica del museo es aún más valiosa e interesante."

"Entre las piezas especialmente raras de dicho museo, llama particularmente la atención una cabeza magníficamente tallada en un coco. Se trata de una escultura ya casi petrificada y extraordinariamente expresiva que fue extraída en Nasca, ya la cual se le atribuye una edad aproximada de unos 3.000 años " (1).

Desde el otro lado del continente, sobre las costas del Pacífico, un visitante del Museo Diez de Medina, reflejaba sus impresiones en "La Crónica" de Lima. Presentamos algunos de sus párrafos:

"Después de haber desempeñado los más altos cargos en el Ejército Nacional de Bolivia, se ha acogido al retiro el Coronel Federico Diez de Medina para consagrarse por entero a una de las pasiones fundamentales de su vida: la Arqueología."

"Es sorprendente que ofreciendo Bolivia tan fascinantes problemas históricos como ese misterioso Tiwanaco que floreció en el Altiplano, no haya cundido la vocación por la Arqueología. Posnansky no formó discípulos. Su obra no se continúa."

"Pero, en su residencia señorial de la avenida 6 de Agosto hay un santuario donde minuto a minuto se rinde culto fervoroso al pasado pre-histórico de Bolivia, con la ambición suprema de penetrar en sus misterios y descubrir sus secretos. Allí oficia de Sumo Sacerdote, sin diáconos ni acólitos, el Coronel Federico Diez de Medina. Su fortuna la dedica íntegramente al sostenimiento de ese maravilloso Museo que ha logrado formar, evitando que esas riquezas históricas sean enviadas al extranjero. Y él mismo ha practicado y sigue practicando excavaciones en diversos lugares del territorio de su patria, hurgando en tumbas primitivas y recogiendo cuanto vestigio dejaron quienes, hace quizás milenios, poblaron lo que hoy es Bolivia."

"Visitar La Paz sin conocer el Museo del Coronel Diez de Medina es llevarse una visión incompleta de esa progresista capital y es quedarse ignorando lo que Tiwanaco representa y significa para la cultura americana."

"¡Más de 70 mil piezas arqueológicas!. Ingresamos a la sala de exhibiciones. Maravilla y deslumbra esta sala. La decoración está inspirada en motivos tiwanacotas diestramente estilizadas por él mismo. Y en las vitrinas se exhiben más de ¡setenta mil piezas! prolijamente clasificadas según un hábil sistema ideado por el Coronel Diez de Medina " (2).

Las citas anteriores dan una imagen general de lo que fue el Museo en la Avenida 6 de Agosto y del proceso de su formación. Como se habrá apreciado el Museo Diez de Medina era admirado no solamente en Bolivia sino también en el exterior, e inclusive en países de abundante riqueza arqueológica y que cuentan con museos de notable factura, como es el caso del Perú.

Sin embargo, consideramos que la mejor y más fidedigna descripción del Museo Diez de Medina es aquella hecha por él mismo, para su monografía "Museos Arqueológicos y Colecciones Culturales de La Paz" publicada en 1954. (El texto que presentamos a continuación se limita al Museo Diez de Medina y no incluye los demás museos y colecciones de La Paz).

Preámbulo.-

Uno de los exponentes que pone de manifiesto el grado de cultura alcanzado por una nación o pueblo lo determina: el número, la calidad y la nombradía de sus universidades, de sus escuelas de ciencias, de bellas artes y el de sus institutos educativos e intelectuales; a la par que el de sus bibliotecas, galerías de artes liberales y científicas; así como, de modo especial, el de sus salas y MUSEOS de exhibiciones. A ellos nos referiremos en esta monografía.

Datos históricos compendiados, su acelerado desarrollo y función educativa de las salas de arte y ciencias.-

Es notoria la gran importancia que —con ritmo acelerado— han adquirido los museos en su función educativa, científica, artística e industrial; cuyos edificios en la antigüedad —poco antes de la Era Cristiana— estaban destinados sólo a los eruditos y a los inclinados al estudio de las ciencias, artes y otras ramas del saber humano.

Uno de los museos más antiguos y de mayor nombradía —se asevera— que existía en la heroica y populosa capital alejandrina del Bajo Egipto, conocido con el nombre de MUSEUM y del que formaba parte integrante su Biblioteca, poseedora de más de medio millón de libros manuscritos. Al finalizar la Época Medioeval dicho nombre se cambió por el de MUSEO, que se conserva hasta nuestros días. Se puede también dar por cierto que los primeros museos se originaron en esa época, y que continuaron acrecentándose paulatinamente, pero sin experimentar importantes transformaciones hasta fines del siglo XVII, en el cual éstas se efectuaron debido a la imaginación creadora —personal— de los exploradores naturalistas, en los tres reinos, y que ellos siguieron los buscadores de minas, piedras preciosas y tesoros escondidos; igualmente que, con nuevos y evolutivos aportes, de parte de los misioneros y de los conquistadores.

Unos y otros, al retornar de lejanas regiones a sus añoradas tierras, contribuyeron con novedosos ejemplares botánicos, mineralógicos y zoológicos, así como una gran variedad de objetos antiguos y prehistóricos; a los cuales agruparon por especies en las colecciones que exponían en salas y gabinetes privados y a los que no se permitía el ingreso del público.

Al finalizar el siglo XVIII dichas colecciones —harto incrementadas— se convirtieron en verdaderos museos. Este trascendental cambio se debió, de manera principal, al encuentro y la exposición de nuevos seres, objetos y documentos, etnográficos y folklóricos —de todo el mundo— en la mayoría de los museos europeos y norteamericanos, v. gr.; Copenhague, Goteborg, Paris, Washington, Filadelfia y otras capitales.

Función educativa-cultural de los museos modernos de ciencias y artes.-

Pocas décadas después y como una de las consecuencias de la guerra Mundial del año 1914, se produjo una radical modificación en la estructura y el mecanismo de los mismos, dando lugar al vertiginoso progreso de sus funciones educativas y didácticas. Para ello se tuvo que modificar las salas destinadas a las exhibiciones, agrandándolas y dotándolas de personal idóneo y de nuevos modelos para su moblaje; igualmente que, suministrándoles modernos artificios para que la luz eléctrica —ordinaria o fluorescente— se proyectase en forma indirecta sobre los especímenes y las vitrinas de las salas exhibitorias. Al mismo tiempo, se les proporcionó nuevas comodidades que facilitaron el estudio, la meditación y el examen detallado de cada ejemplar.

Modernizados de esta manera los museos, sus exposiciones adquirieron singular valor didáctico, ilustrativo y científico, a la vez que cooperaron y facilitaron la enseñanza social, material y espiritual de los visitantes —aislados o congregados— para quienes hoy se les destina salones amplios dedicados a la realización de pláticas y disertaciones, las que pueden ser —si fuera necesario— coadyuvadas con la eficiente ayuda de reflectores, altoparlantes y proyectores eléctricos.

Museo Arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina.-

—*Descripción concisa del Museo.*— La sala de exhibiciones se halla ornada —alrededor de la parte superior— con una franja de cuadros simbólicos pintados a mano, que reproducen figuras emblemáticas y siluetas policromas. Debajo de éstas, las paredes ostentan vistosos tejidos incásicos y de la época actual. La limitada amplitud de la habitación, con el enorme aumento de 8.000 objetos adquiridos en los últimos años, no permite presentarla en forma modernizada, lo que haría adquirir a los ejemplares mayor valor ilustrativo y científico, facilitando así su estudio y la investigación detallada.

Prefiriríase presentar menos objetos a fin de que éstos se exhibieran en mejores condiciones; más ello, infelizmente, no es posible por la absoluta falta de espacio.

La sala de exposición ARQUEOLÓGICA comprende las secciones siguientes: Antropología, Cerámica, Etnografía, Metalurgia, Petrografía y Fósiles, Amuletos y Talismanes; Aparatos Musicales, Armas Prehistóricas, Artículos Textiles, Ídolos, Utensilios y Adornos de oro, plata, bronce, hueso y piedra, tanto nacionales como extranjeros. Todo ello se encuentra distribuído con adecuado método museológico en: armarios, vitrinas, cuadros y anaqueles decorados con ídolos y figuras talladas o pirograbadas con motivos del clásico estilo tiwanakota.

La SECCIÓN ANTROPOLÓGICA está constituída por un centenar de cráneos, una docena de cuerpos momificados, "chullpas", y diversas osamentas y huesos fosilizados, procedentes del país: Los más numerosos cráneos son los deformados intencional mente, ya en la forma *circular* o bien la *tabular*, rectos o con oblicuidad, cónicos o cilíndricos y fronto-occipitales. También existen con anomalías, enfermedades y exóstosis; con dientes, muelas y huesos supernumerarios, como los "womeranios", "interparietales" o "del Inka" y otros.

En la vitrina del fondo de la sala es emocionante la vista de una *momia*, a la cual —por evidentes indicios— se la sometió en vida a una *operación cesárea*, como lo comprueba la existencia de tres puntos de sutura en el vientre. En la misma vitrina se exhibe otro ejemplar único: la calavera de un guerrero aimara, que tiene el cuero cabelludo, la oreja y parte del cuello momificados y, en esta última región, presenta una profunda herida causada por arma punzante, otra producida por arma cortante que lesionó hasta el parietal, y aún otra más provocada por el hacha que fracturó el occipital del aguerrido combatiente.

Allí mismo se luce más de media docena de cráneos trepanados, destacándose uno que exhibe diestra trepanación circular, verificada por experto cirujano precolombino. Otro con dos grandes trepanaciones contiguas, que en total miden 10 por 9 centímetros y 1 de cicatrización periferial. Más otro que muestra totalmente cicatrizada la parte trepanada, en una extensión de 49 x 18 milímetros; exteriorizando que la operación no fue posterior a la muerte.

Fomando parte de la sección PALEONTOLÓGICA figura una osamenta singular, compuesta por un maxilar, un omóplato, un húmero y tres pares de costillas que conservan restos de momificación, pertenecientes a un *Paleolama*, considerado anterior en milenios a la vicuña, la llama, el huanaco y la alpaca y cuya existencia data de remotos siglos. Asimismo, forman parte de esa sección varias articulaciones, cornamentas y huesos fosilizados de mastodontes, felinos, ciervos, roedores y otros vertebrados.

La colección de Fósiles —todos nacionales— es bastante completa y consta de un millar de diferentes tipos, órdenes y especies. la mayoría emana de la Edad Primaria, proceden de la península de Copacabana y sus inmediaciones; el resto, de la altiplanicie andina y —muy pocos— del interior de la República. Alfabéticamente mencionamos a continuación algunos géneros, clases y especies que —más o menos— exhiben los museos antes descritos: amonites, braquiópodos, briozoos, caracoles, cauris, cefalópodos, gastrópodos, gusanos, nautilóideos, orthoceros playa fósiles, rinconelas, tetracorales, trilobitas, etc.

La sección de la CERÁMICA está compuesta por más de 2.400 piezas, que despiertan gran interés en los arqueólogos y estudiosos, porque facilitan el examen minucioso y la investigación científica de nuestro vetusto y grandioso pasado; en el que el arte de la alfarería fue conocido y utilizado por los pueblos primitivos de casi todo el territorio boliviano, tanto en los albores de su civilización primigenia como en el transcurso evolutivo de su larga existencia, proporcionándonos —en forma indirecta— datos o sugerencias sobre su vida doméstica, social, bélica y religiosa.

El hombre primitivo del Periodo Pretiwanaku no conoció la cerámica. Utilizaba la piedra para sus utensilios, para la caza y para sus armas de defensa personal, contra el ataque de sus semejantes y de las fieras que lo acosaban a menudo.

Basados en las razones precedentes —reveladoras e incuestionables— conceptuamos que la *cerámica* es un elemento fundamental de la arqueología. El subsuelo boliviano es muy rico en esta clase de artefactos precolombinos, los que, en todos nuestros departamentos, se encuentran cubiertos por capas de sedimentación a diferentes profundidades. Particularmente las provincias de La Paz, Chuquisaca, Cochabamba, Tarija y Potosí poseen cuantiosos yacimientos. Entre todos éstos y los del exterior sobresalen los hallados en Tiwanaku, por la belleza, la calidad y la abundancia de los ceramios descubiertos, razón por la cual nos ocuparemos de éstos primeramente.

Los kolla-aimaras del periodo primitivo *Prototiwanaku* nos legaron apreciable cantidad de fragmentos alfareros, útiles y cacharros que —en general— se encuentran destrozados. Son rudimentarios y elaborados de arcilla con granos gruesos areniscos, provenientes de los estratos sedimentarios de mayor profundidad, y excavados en el subsuelo de la renombrada Metrópoli Prehistórica de los kolla-aimaras. La mayoría de los que se exponen en nuestras colecciones son simples. Pocos presentan incisiones o relieves toscamente ejecutados. Varios llevan pinturas de uno hasta cuatro colores y —limitado número— dibujos o grabados de símbolos escalonados, astrales, cruciformes y de cabezas felinicas, que sobresalen de los ceramios, por ejemplo, los incensarios.

De la *Época Evolutiva* se exhiben varios ejemplares notoriamente superiores en la técnica, el decorado, la modelación, el aumento de colores y el empleo del torno a los ya descritos. La variedad en la forma aumenta en los globulares de bocas anchas con una o dos asas, en las teteras y cántaros de cuellos largos y angostos, así como en los incensarios —con y sin incisiones— de bordes ondulados o rectos que rematan en cabezas felinicas o de cóndores con gorgueras o sin éstas. Mejora la calidad, el bruñido y la policromía de las fuentes, vasijas, tazas, cabecitas de animales y juguetes.

En la *Época del Apogeo* la factura de los ceramios llega a su perfeccionamiento, por la esbeltez de sus formas, colorido y fascinante bruñido concordante con la evolución de sus creencias religiosas y llegando a difundir rayos luminosos y de notoria influencia en el arte alfarero de las naciones vecinas, y aún en el de las lejanas, tanto en la refinada estética de sus agraciadas formas como en la de sus símbolos e ideografías. Los vasos para las libaciones rituales lucen —en gran parte— un acabado perfecto, como el de las fuentes. De éstos los que reproducen caras humanas, conocidos por "*wako-retratos*", son la fiel reproducción de diferentes tipos aimaras, inteligentes y enérgicos, que muestran perforaciones en la nariz, los labios y las orejas o tatuajes de colores e incisiones. Varios de ellos lucen diferentes estilos de bigotes y barbas. Igual perfeccionamiento se advierte en las cabecitas humanas (más de 100) que caracterizan casi todas las razas del mundo.

Observando ambos grupos étnicos, el fisionomista puede estudiarlos detalladamente y sacar conclusiones sobre la índole, carácter e inclinaciones de cada personaje reproducido en ellos.

Más de 550 cabecitas de animales de toda clase y de diferentes épocas forman parte de esta sección, en la que figuran los toxodontes y la macrauchenia y varios animales extinguidos.

Apoyados en sólidos fundamentos, se ha nominado también a Tiwanaku la Gran Necrópolis, por razón de que —como lo hemos expresado— en los terrenos sedimentarios de sus asombrosas ruinas se han encontrado y se siguen hallando, día a día, numerosísimos ejemplares de incensarios.

A los adelantos alcanzados en la Época anterior se añaden los que, en el más alto grado se logró en la Época de la Culminación de Tiwanaku: alargamiento de los vigorosos cuellos a fin de darle mayor esbeltez al ceramio, apertura de las bocas provistas de aguzados colmillos para intensificar la idea de su fiereza y presentación de los flancos total y bellamente policromados con figuras simbólicas, escalonadas, astrales y zoomorficas, prolijamente bruñidos. Algunos de éstos llevan gorgueras trapezoidales, atenuadoras del viento sobre la parte superior y, por consiguiente, de las molestias para el sacerdote que los portaba.

De igual manera llegan al más alto grado de progreso los cántaros grandes o *makachas*, los cantaritos o *yurus*, y los medianos o *wakullas*, los pebeteros o *wikañas*, las ollas ó pfukus, las primorosas fuentes o *lamanas*, los juguetes, las cabecitas animalistas y otros objetos que sería largo enumerar, pero que pueden observarse en el Museo.

Una espaciosa anaquelaría contiene más de 200 ceramios de Cochabamba pertenecientes a diferentes épocas y con características distintas; desde los más primitivos hasta los de la época del Incanato. Figuran en primer término, por su bella estructura, armonioso colorido y pureza de líneas, los vasos y vasijas con manifiesta afinidad a los tiwanakenses. Estos, en gran parte, reproducen con sorprendente exactitud los signos o figuras simbólicas y las variadas formas de la alfarería de Tiwanaku.

Tanto éstos como otros —de culturas ajenas— se encuentran en los yacimientos arqueológicos de Cochabamba, de sus fecundos valles o de las faldas y planicies de sus agrestes sierras. De ellos impresiona la cantidad y la diversidad de formas de los incensarios con cabezas de pumas y de cóndores reales así como los destinados a las oblaciones rituales, los canta ritos y jarras provistas de una o dos asas, los globulares simples y dobles, los esferoidales, las vasijas o vasos cóncavos y tronco-cónicos. Entre los de tamaño mediano, prevalecen los timbaliformes y las tazas o tazones. Los trípodes son escasos, lo mismo que los que tienen figuraciones humanas o de animales. En cambio, existe una gran cantidad de platillos, ollas y fuentes.

Entre todos los vasos sagrados, procedentes de los valles de Cochabamba, sobresale uno muy bello y resplandeciente que proviene de Machu-Moko. Es del tipo clásico del Apogeo de Tiwanaku, ornado con figuras de personajes sentados, que llevan puestas máscaras felínicas y que portan en las manos derechas atributos tiwanakoides.

Los ceramios del tiempo de los Incas, que se encuentran en aquellos yacimientos, se componen principalmente de: cántaros y cantaritos aríbalos, de vasijas globulares y semi-esféricas con cuellos largos o cortos, provistos de un asa oblicua o vertical. La profundidad a la que se encuentran los primitivos yacimientos arqueológicos sobrepasa —siempre que no sea en cuevas— de dos metros. Los del tiempo de los Incas no llegan a 60 centímetros de hondura; los del Coloniaje apenas alcanzan a 10 cmts. o bien se hallan sobre la superficie del suelo.

De las piezas alfareras de Chuquisaca, Camargo, Yamparáez, Tarabuco y Huayllas se exponen —en pequeños anaqueles— pocos pero selectos ejemplares y varios fragmentos. Por ellos se puede apreciar que la técnica, el colorido y las formas plásticas alcanzaron adelanto, al mismo tiempo que dan a conocer la inconfundible influencia de Tiwanaku, particularmente de la simbología empleada en sus ornamentaciones. Sobresalen las teteras con relieves faciales en el cuello y que —al mismo tiempo— llevan dibujos significativos en el cuerpo, los timbaloides pintados con grecas policromas, los canta ritos y los platillos o *chuas*. Ambas clases llevan adornos significativos o líneas rectas y sinuosas combinadas.

Por lo general, la arcilla empleada no está bien seleccionada y la cocción es defectuosa, lo mismo que su engobe y pulimento. Varios ejemplares son notables por la discreción del colorido, fina pulidez y delicadeza empleada por los alfareros de Yamparáez y Zudáñez. Los yacimientos arqueológicos se encuentran en las mismas situaciones geológicas que los de Cochabamba y La Paz así como también en las cavernas de las serranías.

La sección de la cerámica del Departamento de Tarija está limitada a muy pocos especímenes, rudimentarios y de poco interés visual; lo que nos exime de hacer relación de ellos. Pero, por los que hemos visto en otros museos, procedentes de los yacimientos de la capital tarijeña, de las orillas del Guadalquivir, El Saire, Chullpaya y —en especial— de Concepción, se puede expresar que el arte alfarero estaba poco desarrollado, particularmente en el Sud, a causa de que el material plástico empleado contenía arena de grano grueso dando lugar al agrietamiento y a la disgregación producida en las paredes de los cacharros.

Los yacimientos y la profundidad a la que se encuentran los objetos arqueológicos son semejantes a los antes señalados.

La cerámica de Potosí expuesta en la sección respectiva de la sala, está formada por más de 40 ejemplares, procedentes de Yura, Mondragón y Tarapaya. Por ellos se aprecia que su elaboración no ha sido buena, debido a la arcilla arenosa e impura, a la tosquedad de su elaboración y a su defectuoso cocimiento. Por otra parte, la técnica morfológica y la del modelado es deficiente y limitada, la ornamentación es pobre y se reduce a la combinación de líneas rectas, quebradas, sinuosas, angulares y ovaladas para formar las figuras ornamentales, muy rudimentarias; coloreadas de negro, ocre o gris, y colocadas sobre engobes grisáceos o anaranjados de diferentes tonos. Dichos adornos exteriores —muchas veces— se hallan repetidos en el interior de los ceramios.

Los objetos de alfarería provenientes de Yura y Mondragón, se encuentran expuestos en la mayor parte de los museos. Son numerosos pero carecen de variedad en sus formas. Los más comunes son los vasos con apariencia de conos truncados: presentan sus flancos recios o ligeramente cóncavos. Varios ejemplares son globulares y de cuellos cortos. Reducido número tiene contorno semiesferoidal. Raras veces están provistos de pico y asa-sostén aunados. El modelado ha sido ejecutado a mano y con la ayuda de agua, trapos y utensilios similares a los que usaban los pueblos vecinos de quienes también tomaron los motivos decorativos. Existen cacharros en los que aparece el signo escalonado tiwanakota.

Limitado número de piezas alfareras presentan las secciones de Santa Cruz, el Beni y Pando. Empero éstas ayudan al estudio e investigación del pasado de esas tierras; así como dan a conocer las correlaciones que existieron entre los pueblos precolombinos, igualmente que la influencia ejercida por unas naciones sobre otras.

El total de los ejemplares de *Cerámica* pasa de 2.500.

La SECCIÓN EXTRANJERA, exhibe ceramios o "Wakos" de los países limítrofes y de otros alejados. Entre ellos sobresalen los del Perú Precolombino, por su destacada calidad y por el apreciable número de ejemplares que lo constituye, más de 120. Proceden de las "wakas", sepulturas y entierros de las naciones y pueblos primitivos: Chanchán, Chimbote, Trujillo, Chankaillo, Nievería; Nazca, Ica, Arequipa, Cuzco y otros lugares de remoto pasado. Ellos dan a conocer la originalidad y los caracteres distintivos de cada una de esas culturas, con relación a su vida social, religiosa y guerrera; asimismo muestran enfermedades, vicios, aficiones, actividades y productos de todo género, incluso semillas agrícolas.

Cual lo manifiestan los bellos y expresivos ceramios de representaciones neta mente realistas de dioses, seres humanos, animales y frutos, plasmados con gracia y sentido artístico en sus armoniosas formas representativas, están diestramente elaboradas con atrayente colorido y delicado pulimento. Como testimonio y claro ejemplo de ello se puede admirar los "wako-retratos", conceptuados como verdaderas esculturas, que revelan dolencias, mutilaciones y anomalías sexuales; oficios y ocupaciones religiosas, de pesca, de caza y de guerra, en las cuales figuran hombres o mujeres en pleno ejercicio de sus funciones profesionales u hogareñas.

De igual modo lo dan a conocer los "kerus" o vasos de madera con incrustaciones de pinturas resinosas, representando figuras, escenas de la vida, signos emblemáticos y ornamentaciones propias de los tiempos incásicos y coloniales, tallados generalmente en madera de laurel.

Luego, sorprenden las representaciones esculturales de dioses zoomórficos, de personajes mitológicos, religiosos y guerreros portando cachiporras u otros elementos bélicos; los mutilados de labios, narices, manos y pies; de dragones, serpientes, felinos, nutrias, canes, batracios, peces, aves y reptiles.

Llaman también la atención las vasijas nazqueñas globulares y helicoidales, con pinturas policromas que representan divinidades fabulosas de grandes cabezas bigotudas y enormes colas que rematan en cabecitas-trofeo o reducidas, y portando cetros en las manos con sólo cuatro dedos como los del Tiwanaku Culminante.

Entre los ceramios negros producen impresión los biglobulares, cuya original textura permite producir silbidos al dejar de beber, igualmente que las zampoñas, ocarinas, pitos y sonajas. Del mismo modo, se expone una decena de figuritas animalistas, de ambos sexos, que se llevaban colgadas del cuello, para preservar enfermedades, conjurar maleficios y ahuyentar toda clase de desgracias.

Los ceramios de México están representados por 22 selectos ejemplares consistentes en esculturas de bustos y de cabezas antropomorfas, que simbolizan dioses y seres humanos. En medio de éstos se exhibe uno excepcionalmente singular en el que se revela la influencia de la cultura tiwanakota sobre la azteca: una estatuita artísticamente plasmada en fina arcilla con engobe acastañado, que representa un personaje con corona y adornos laterales en la cabeza, en cuclillas, y que luce entre ambas manos un *vaso timbaliforme*, típicamente tiwanakoide. Esto confirma el influjo de la descollante civilización aimara en aquella alejada zona.

Ecuador muestra escasas pero escogidas piezas, entre las cuales descuella: una bella estatuita que figura la divinidad felínica, con corona bisectórica, en cuya boca abierta aparece una cabecita humana; y, dos figuraciones expresivamente pornográficas, elaboradas en fina arcilla y de tenue colorido; un hacha de piedra preciosa, esmeralda, y un bello anillo tallado en hueso.

La SECCIÓN METALÚRGICA sigue en importancia a la de Cerámica, por la alta clase, calidad y número de los especímenes que la constituyen. Ellos establecen rumbos y sugerencias sobre los acontecimientos que, a cada momento descubrimos en las investigaciones arqueológicas proporcionadas por los objetos de oro, plata, bronce o cobre hallados y, primordialmente, elaborados en el territorio nacional, así como —en limitada cantidad— traídos del exterior. Al mismo tiempo, expresan la índole peculiar de los hechos acontecidos y la de sus creadores para utilizarlas en su vida agrícola, social, religiosa y guerrera.

El inmenso número de piezas (aproximadamente 4.000) que se exponen en las vitrinas y anaqueles correspondientes, dan una idea de su valor y de la riqueza de los minerales de Bolivia, nación en cuya meseta andina tuvo origen la metalurgia precolombina, alcanzando alto grado de desarrollo que se extendió a gran parte de América, donde dejó vestigios de su refinado arte y avanzada cultura.

Atraen interés los idolitos desnudos de oro, plata y bronce (entre todos pasan de 200). Unos muestran su sexo y diversos tocados, otros sostienen objetos en las manos. La mayoría son bronceos (más de 120) con diferentes adornos de cabeza; no presentan pies sino una especie de cola al estilo de las que llevan las ninfas; sus manos —de tres dedos— están situadas debajo de los senos a la altura del esternón. Se las nomina "laurakes". En sitio preferente se exhiben dos figuritas fajadas, desde los pies hasta la altura de los brazos, cruzados sobre el pecho, y cuyas

manos cubren ambos senos. Tienen gran similitud con las momias egipcias. También dos pares de idolillos sentados que evocan a los asirios. Otro ídolo amulético de bronce atrae interés, por su singularidad y su significativa representación: está en cuclillas, lleva puesta una corona de esferitas y sobre ella un disco semicircular; además, porta un cetro o cachiporra en la mano derecha y luce larga barba que cubre la garganta. Incluso una atrayente y delicada estatuita simbolizando un guerrero, tocado con casquete que remata en busto de condorcito, agarra en la mano derecha un hacha, en la izquierda un escudo emblemático y en la espalda una cabecita-trofeo.

Los artefactos de oro, que dan un peso aproximado de tres kilogramos, demuestran no sólo arte sino también ciencia en las combinaciones, las aleaciones y los baños, así como en la superposición de capas auríferas sobre metales pobres. Entre éstos atrae la presencia de 14 adornos de bronceos bañados con una fina capa de oro, colocada sobre una mano estilizada de felino, un juego de 10 colgantes —donde figuran plumas— para las danzas, y sobre un artístico cascabel. Finalmente cautiva la belleza artística y la maravillosa factura de un idolito desnudo, de oro fino, que tiene las orejas taladradas y presenta el "picho" de coca en el carrillo izquierdo. Su tocado es semejante al de los persas y mide escasos 3 centímetros.

Es impresionante el pulimento de las placas y el laminado de los zunchos de oro y plata que alcanzan de 6 a 8 metros, con un ancho de 3 a 6 centímetros y un espesor de décimos de milímetro. Por su matemático grosor indican haber pasado entre cilindros paralelos, como hoy se hace en los modernos arsenales.

Es muy variada y crecida la cantidad de adornos, dijes y otros objetos de oro que, en total, pasan de 100. Sobresalen los adornos frontales, pectorales, de cabeza y de brazos. Entre éstos se distinguen las placas con rostros repujados, aliado de zunchos deformatorios del cráneo, que tienen una longitud de 7 metros, por 2 y 4 centímetros de ancho. Asimismo, son sugestivos los aderezos en forma de plumas, cuyas extremidades terminan en cabecitas repujadas, los adornos imitando hojas de laurel, igualmente que los delicados discos y planchas ornamentales.

Al centro de los atavíos de bronce se destaca una placa pectoral, de singular belleza y significado amulético, ornamentado con un grupo dogmático del credo aimara, finamente calado. En su cara frontal muestra una pareja de lagartos estilizados, en actitud de adoración; la posterior, bien pulimentada, servía de espejo personal.

Una de las renombradas orejeras de los "Inkas Orejones" o "Hijos del Sol" brilla en medio de los aderezos faciales de plata. Tienen la forma de cajitas cilíndricas achatadas, en cuyas tapas presentan figuritas estilizadas de aves costeñas, caladas con maestría, formando círculos concéntricos alrededor de otra más grande —de la misma especie— que parece ser la de un alcatrés. Mide 70 milímetros de diámetro.

Los *anillos*, son de formas variadísimas, reproducen figuras de personajes provistos de coronas y collares, algunos de ellos cubriéndose el rostro con la mano. Entre otros ejemplares, figuran animales totémicos, como el escarabajo —similar al egipcio antiguo—, el lagarto y otros zoomorfos.

Los *brazaletes* formados por una simple lámina delgada o un aro encorvado tienen sus extremos separados para abrirlos o cerrarlos a voluntad. Algunos poseen la forma de puños —como los de oro— y miden desde menos de un centímetro hasta más de 10 de ancho. Varios presentan adornos cincelados. De la misma clase los hay de plata, bronce y cobre. Entre éstos sobresale una pulsera muy artística, en la que ha sido burilada un ave con incisiones profundas de cruces malteñas en las alas, y cuyo alargado cuello excede —perpendicularmente— un centímetro del cuerpo. Tiene los ojos perforados como para que algún dijecito quedara colgante.

En la variedad de artefactos *pendientes* se exponen piezas con figuraciones de caras humanas, de animales o de objetos diferentes, como también de cuerpos enteros de cóndores y de bestias extinguidas. Varios de estos tipos se usaban como plumadas, boleadoras y "liwis" o de

adornos colgadizos de los cuales existe una gran variedad: esféricos, ovoideos, cilíndricos y cónicos. Un buen número está ornamentado con dibujos incisos y —muy contados ejemplares— con incrustaciones de distintos metales, semejantes a los embutidos de la conocida casa Eibar. De tan preciada calidad, cuatro se lucen en la vitrina correspondiente. Sin excepción, todos llevan en su parte inferior un eje de suspensión o de amarre.

Los *cuchillos* o "tumis" son —por lo común— semilunares o de sectores esféricos, con ligeras modificaciones en sus extremos o en su parte céntrica, lo cual produce un incalculable número de variedades morfográficas. La mayor cantidad posee un largo apéndice para colocar en él el respectivo mango de madera u otro material. Muy pocos tienen sus propios puños, formando parte integral del conjunto, en cuyo caso rematan éstos en cabezas de seres humanos o de animales y —raras veces— imitando articulaciones óseas. Excepcionales son los cuchillos o tumis de oro, tumbaga, plata y cobre. En su generalidad son de bronce o "champi". Suman entre todos más de 180. Se singulariza entre ellos: uno con mango propio, que termina en cabecita humana, provista de barba bien peinada y tocada con algo que se asemeja a la boina vascongada, debajo del proverbial "llauto" incásico.

La porción más considerable de este conjunto la forman los *alfileres* y *topos* que concluyen en idolitos o cabecitas o en animalitos enteros o sólo en cabezas, y en gran diversidad de vegetales u otros objetos (cantaritos, ollas, conos, cilindros y esferitas macizas o huecas con aberturas longitudinales), o en figuras emblemáticas y de flores; muy raramente en pétalos que alternan con cabecitas de búhos. Estos prendedores pertenecen a épocas prehistóricas, incásicos y coloniales. Entre los alfileres de oro macizo sobresale el que representa la silueta de un animal mítico coronado, con adornos en el cuello, brazos y piernas: presenta larga cola encrespada y levantada en alto, con las manos en postura de ofrecimiento. En un topito simbólico figura una parejita de cóndores arrullándose y otro reproduce un arma incaica el "*kunkakuchuña*" de los kollas, muy parecido a la alabarda española.

Hondamente emociona la visión de un prendedor de plata, que representa un grupo religioso adorando al Dios Sol —figurado por un disco de bronce diestramente incrustado en la plata—. Los implorantes están arrodillados y levantan las manos en actitud de súplica, incluso los animales que lo reverencian: dos alpaquitas en bulto colgadas en los extremos completan el adorno. Aproximadamente, los topos y alfileres llegan a 500 ejemplares.

Las *agujas* de barritas alargadas, cilíndricas o angulares, gruesas o finas y con ojos para enhebrar el hilo, están elaboradas —por lo común— en bronce; las de oro y plata son pocas. Su obra es variada; en ella priman las que tienen el agujero hecho en un canalito, para facilitar el paso de la hebra, semejantes a la Singer. Son muy raras las que llevan dos agujeros. Algunas poseen un adorno en forma de amarre del que sale un arito para el pasaje del hilo. La más grande mide 56 centímetros y la menor 2. Su número alcanza a 120 piezas.

Uno de los instrumentos más antiguos es el *punzón* metálico, originado en el primigenio de hueso. Su forma y dimensión es diversa. La extremidad opuesta a la punteaguda se presenta en forma cilíndrica, cuadrangular o helipsoidal. Algunos de estos útiles muestran sus dos extremos en punta. El más chico mide un centímetro y el mayor pasa de 50. En general son de bronce.

Los *espejos*, existían y fueron de uso personal de los primitivos aimaras, para cuyo objeto tuvieron que pulir las superficies planas de las placas y discos que les servían de adornos. La variedad y el número de éstos es apreciable: se perciben rectangulares, oblongos y discoidales, con numerosas variantes en su formato, tamaño y ornamentación. La generalidad procede de Tiwanaku, sus cercanías y de las provincias aledañas. Muchos de ellos guardan estrecha semejanza con los de Etruria, Egipto y Asiria. El material del que están fabricados es de plata, cobre y bronce principalmente.

Un extraordinario espejo ustórico —de enorme magnitud— atrae la atención por su tamaño y singularidad: es de bronce y de forma discoidal cóncava-convexa. Posiblemente, tiene el mayor

tamaño de los que se han hallado en el territorio nacional y, tal vez, en la mayoría de las naciones americanas. La dimensión de su diámetro es de 65 cms. y la de su circunferencia de 2 metro 10. Pesa 7 kilos y 250 gramos. No cabe duda de que se lo utilizaba para producir fuego particularmente el consagrado a sus divinidades, así como para transmitir señales semafóricas.

Otro espejo de discos tangenciales —uno doble del otro— sobresale entre los demás por la similitud de su forma con los del Egipto antiguo. Es de plata' tiene de longitud 178 milímetros.

Las *pinzas* o *pincetas depilatorias* precolombinas se exponen en la vitrina de los espejos. Eran conocidas por los hombres y mujeres de los pueblos americanos, de las costas del Lago Sagrado y del Altiplano, quienes lo utilizaban para depilarse el rostro y las partes pubianas o para levantar objetos. Es muy grande la variedad de éstas, cuyas partes cóncavo-convexas terminan en forma discoidal, puntiaguda o bien en sectores. Proceden de Tiwanaku, de las islas del Sol y de la Luna, del altiplano boliviano y del peruano. El material con el que están fabricadas es de plata, de bronce y de cobre (éstas últimas casi siempre se hallan muy deterioradas). La más grande tiene 86 milímetros y la menor 1.

Los *cinceles* son muy sencillos, pero de múltiples usos y de formas bastante variadas. Su tamaño fluctúa entre 2 y 24 centímetros. Gran parte de éstos tienen sus dos extremos afilados, particularmente los pequeños. Otra porción menor, presenta la parte opuesta al corte en forma puntiaguda, para ser introducida y asegurada al mango. La menor cantidad, lleva en la extremidad opuesta al filo una argollita o adorno que tiene agujero de suspensión. Algunos cinceles grandes, medianos y chicos muestran señales de haber sido fuertemente golpeados en uno de sus extremos.

El material de que están fabricados es bronceo, por su gran dureza maleabilidad. Excepcionalmente se encuentran piezas de oro o de plata.

Es de gran mérito un cincel que mide 14 centímetros, de los cuales 3 —de la parte superior— son de oro, las restantes de plata unida al oro. En la porción áurea —que remata este valioso ejemplar— lo forma una primorosa esculturita, que simboliza un personaje tocado con corona, de la que irradian 2 cabecitas de cóndores a los costados y otras dos hacia arriba. En la mano izquierda exhibe una cabeza degollada, que la agarra por la cabellera y en la derecha sostiene el puñal decapitador,

Los *puños de bastón* y los *regatones* son numerosos y de diferentes clases, de conformidad con la categoría de los que los manejaban. Es lógico suponer —por lo que hoy se observa en los autóctonos de nuestro país— que sólo los que ejercen autoridad usan bastón de mando con puños y regatones que sostienen latiguillos. Los puños son sencillos, en cambio, los regatones están adornados con repujados en relieve, figurando cabecitas, bustos, caras y cuerpos humanos con brazos y manos de tres dedos, colocados sobre el pecho, como los idolitos,

Tanto de unos como de otros se expone apreciable cantidad, la que se aproxima a 300 ejemplares, de los cuales 16 son de oro y de tumbaga, 10 de plata y el resto de bronce y cobre. Una docena presenta avecitas, flores o flechitas en bulto sobrepuestas a los casquillos. Una veintena imita la forma de las puntas de dardo con sus respectivos garfios.

Es digno de admirar un puño de bastón de mando, ornamentado con cuatro indiatides (permítase el término reemplazado por el de cariatides) que sostienen en sus brazos levantados a dos personajes sentados debajo de palios o doseles entre los cuales dos erguidos músicos tocan sendas flautas, ("kenas") y dos filas circulares sobrepuestas de cascabelitos completan esta significativa ornamentación. Es de bronce y proviene del Cuzco.

Del tiempo Colonial se exponen más de 200 modelos de alfileres. En su generalidad, finalizan en figuritas de seres humanos, de animales, flores y otros objetos. Se destacan los que reproducen hombres barbados montados sobre pumas o caballos, algunos tocando guitarras,

acosando venados, monos bebiendo, avecillas que se arrullan o picotean flores. Son también llamativos por su difícil construcción los que terminan en esferitas huecas o sólidas, en cucharitas y en las que indicamos al tratar de los topos que, como aquéllos son de plata, bronce o cobre y muy contados de oro puro o de tumbaga.

En sitio aparte se exhiben: cruces y medallas religiosas, emblemas de marina, artillería y de regimientos coloniales, así como otros objetos. Igualmente, herramientas agrícolas y para el laboreo de minas y diferentes clases de cencerros, campanillas y cascabeles. Casi todos son de bronce y de cobre, muy contados de plata. En total suman más de 400 diferentes.

Hachas. -La sección de esta clase de armas está formada por modelos muy variados que pasan de 50 ejemplares diferentes: con salientes posteriores en forma de T, con y sin agujeros para su aseguración a los palos o aspás. Generalmente, el filo es elipsoidal o semilunar y, raras veces, el corte ha sido reemplazado por una saliente que termina en punta.

Su uso era vario pues se las utilizaba para servir de atributos de mando, de instrumentos guerreros, rituales e industriales. De los primeros combinados con los segundos se exhibe un ejemplar notable, formado por un hacha con cachiporra estrellada, de 5 puntas. Esta hacha presenta sobre su lomo la figura de un Dios totémico, en bulto: el "*Cachapuma*". De las ceremoniales se exhibe un emocionante ejemplar por su fina y rara forma, pues su configuración semeja la dentadura y los maxilares de la Macrauchenia. Es bronceo y presenta dos agujeros de sujeción.

Entre las hachas de combate sorprende una de configuración semejante a las ibéricas, de los siglos XVI y XVII. Es de bronce, tiene el corte semilunar y posee dos anillos horizontales para que el palo sea introducido en ellos. Además presenta un agujero rectangular para aumentar su ajuste. Mide 12 centímetros; fue excavada en Takakoma, Sorata.

En la sección correspondiente se exponen varias cachiporras en forma de estrellas, cuyas seis puntas rodean un agujero central. Tres de ellas poseen una cuchilla semicircular en reemplazo de una de las puntas. En la misma división figuran las armas contundentes, erróneamente llamadas *pedras arrojadas*. Son de formas de elipses achatadas, y en cuya parte central se han excavado ranuras, para amarrar en éstas las cuerdas o lazos que las han de sujetar.

Por regla general, estos rompecabezas metálicos están fabricados de los bolidos o aerolitos que, con frecuencia caen en nuestro planeta. Son bien pulidos y se asemejan a los "*liwis*" pétreos de los kollas. Excepcionalmente, son de plomo con incrustaciones de otros metales. Se exhiben más de 30 piezas en la sección respectiva.

Los *tejidos* se exponen en marcos giratorios *ad hoc*, en vitrinas y en las paredes de la sala. Están constituidos por tres categorías: 1) precolombinos, 2) incásicos, y 3) modernos. Los del primer grupo no son numerosos y proceden —en su mayor parte— de Nazca, Pachakamak, Ancón, Nievería, y de las cercanías de Lima. Son los más finos, los de mejor y de mayor ingeniosidad en el dibujo, en la belleza y armonía de su colorido. Como ejemplo sobresaliente de ellos, se ostenta en el sitio de preferencia un primoroso tejido —minuciosamente restaurado— procedente de Nazca y gentilmente obsequiado por nuestro distinguido amigo, el renombrado americanista, Don Rafael Larca Herrera. Su técnica, colorido y símbolos son típicamente tiwanakoides, lo que constituye una prueba más de la decisiva influencia del arte aimara en el de los artífices nazqueños, cuyas estilizaciones de signos y figuras han sido inspiradas en los vasos y monumentos de Tiwanaku. Mide 2 metros y 30 cm. de longitud por 1,45 m. de ancho.

De la misma calidad y belleza se exponen, en los cuadros giratorios, más de veinte tejidos provenientes de Nazca y Paracas. Algunos son verdaderos modelos de "filet" o mallas de red, con figuras animalistas o geométricas diestramente ejecutadas, y otros, con figuraciones humanas bordadas con lana de vicuña y alpaca sobre telas de algodón, que reproducen signos tiwanakotas. Entre éstos sobresalen, también, dos preciados adornos para la frente, tejidos con plumas de

vistosos colores, y usados por altos dignatarios del tiempo de los Incas. Cerca de éstos se exhibe un notable "llauto" o atributo real incaico, así como otras insignias nobles.

2) Los tejidos de la Época Incaica son del mismo estilo de los descritos en los anteriores museos y colecciones particulares. Están formados por ejemplares que proceden de Copacabana y sus alrededores, de la Isla del Sol y otros lugares del Altiplano. Allí se encuentran: tocados y adornos de frente y de cabeza, casquetes para el cabello, bolsas para la coca, ponchos, "Ilijllas", fajas y otros atavíos. Entre éstos se destaca un hermoso poncho rojo, finamente elaborado y con adornos de franjas azules y verdes fileteadas con líneas amarillas; rematan sus bordes laterales grecas con signos singulares del "movimiento", delicada y novedosamente estilizados. Procede de Yanariko, Tiwanaku. Despierta interés un cesto de labores que contiene ruelas adornadas y más de 30 utensilios para hilar, varios de los cuales están tallados con significativas figuras. Procede del Perú Prehistórico.

3) Son poco numerosos y generalmente conocidos: Entre ellos sobresale un hermoso poncho, de vivo y armonioso colorido, tanto en las franjas que lo guarnecen como en los simbólicos dibujos que lo engalanan, proviene de Charazani. Asimismo se exponen: sombreros y otros tocados, gorros sencillos o con gorgueras, bufandas, fajas, cinturones y cintillos, así como hondas, látigos y otros objetos para danzas y bailes vernaculares.

Sección Lítica.- Está organizada con más de 7.000 muestras, gran parte procede de Tiwanaku y zonas inmediatas y otra porción emana del interior y exterior de la República.

En esta sección sobresalen los ídolos monolíticos, que miden desde 50 centímetros hasta escasos milímetros y pertenecen a las diferentes Épocas de Tiwanaku. Ellos representan divinidades humanas, totémicas y de personas o animales endiosados por los kolla-aimaras. Entre las primeras se destaca una figura estatuaria de gran parecido con la excavada por el Sr. Profesor Dr. Wendell C. Bennett en las proximidades donde descubrió la "Pachamama", de la cual difiere sólo en el tamaño pues ésta mide 50 cms. y la otra tres veces más. Empero, el rostro, la posición de los brazos en el pecho y las representaciones animalistas, cinceladas en el frente y los flancos son similares, como lo es el material en que han sido burilados: asperón rojo.

Luego se destacan, sobre sus respectivas columnas: el "Chacha-puma", Dios felínico, con la boca entreabierta, arrodillado y con un arma contundente en la mano derecha. Le sigue un monolito cuya factura es semejante a la de "El Fraile". Mide 40 cms. Además hay otros de menores dimensiones, y varios diminutos con caras humanas y cuerpos de animales, ornados con cruces o símbolos esculpidos en ellos.

En un anaquel reducido se exponen primitivas cabecitas rudimentarias, bustos y figuras antropomorfas de caras simples, dobles, triples y hasta séxtuples y de rostros humanos con cuerpos de bestias. En sitio aparente se luce una figura de toxodonte con collar, artísticamente plasmado, de burilado muy fino y tallado en preciado lapisláuzuli.

En otro anaquel se exhibe un lote de figuritas en bulto, que reproducen en forma naturalista: monos, batracios, llamas, cóndores, serpientes y otros animales, incluso extinguidos. Todos pertenecen a los Períodos Primitivos de Tiwanaku. Dentro de una vitrina especial se expone un llamativo conjunto de figuritas de osos, jaguares, pumas, etc., varios de éstos finamente cincelados y bruñidos, como un condorcito de obsidiana oscura y otro de basalto negro con collar de cuarzo blanco. Ambos eran soportes de estólicas.

En otro sitio aparente están los "conopas", que servían para las ofrendas rituales de coca, maíz y demás productos propios del rito de cada pueblo.

El cuantioso conjunto de *armas líticas Precolombinas* sobrepasa a 7.500 ejemplares. La mayor cantidad corresponde a las puntas de flecha, dardos, lanzas y cuchillos prehistóricos, cuya descripción ocuparía no menos de un voluminoso libro. Esta sección presenta especímenes de

todo el territorio patrio, del Perú, Chile, Isla de Pascua, Argentina, Uruguay, San Salvador, Puerto Rico. México y de casi todos los Estados de Norte América, de donde provienen más de 250 piezas. Entre todos esos ejemplares se advierte más de un veinte por ciento idéntico a los de Tiwanaku, en la forma y en el material del que han sido elaborados. Esto nos revela la presencia de los aimaras en aquellas lejanas tierras, hecho confirmado por los numerosos toponimios y otras pruebas que subsisten aún en ese territorio y otros muy remotos.

El estudio y el conocimiento de esta clase de instrumentos líticos constituye una ayuda —de mucha valía— para las investigaciones arqueológicas.

Como su clasificación es de gran importancia enumeramos, cronológica y sintéticamente, los tipos más variados y característicos de los tiempos *prehistóricos* y *protohistóricos*. Gran parte de los ejemplares fabricados por los primitivos autóctonos procedían de los trozos de pedernal, ex - profeso reventados por medio del fuego al que se los sometía y al de su rápido enfriamiento, lo que producía su ruptura en pedazos irregulares de los cuales seleccionaban los que les convenía, para luego elaborar —por medio de concusiones hechas con martillos o percutores apropiados— los instrumentos que deseaban obtener. En todos estos trabajos rudimentarios no es difícil reconocer la intervención de la mano del hombre.

Estos diferentes tipos de objetos, procedentes de terrenos terciarios o cuaternarios, son de pedernal y han sido extraídos del balneario de Viscachani o de sus proximidades: Belén e Ikioko, Viacha, Ayoayo... Son muy raros y escasos. Se los reconoce por su forma conoidal, por sus agrietamientos y por el trabajo a percusión hecho en un solo frente. Son los más primitivos objetos que se conocen. Según el Dr. Bryan las puntas de dardo excavadas en Sandía, Nuevo México, pertenecen al nivel cultural inferior..., "que terminó hará 30.000 años". Muchas de las halladas en Viscachani son del mismo tipo.

Los paleolíticos extraídos de los estratos del cuaternario posterior, conocidos también con el nombre de "chelianos" (de Chelles, Seine et Marne), están tallados en los dos frentes de cada trozo de pedernal. Se puede observar —en las vitrinas y estantes respectivos— las variadísimas formas de esta clase de instrumentos pétreos cuyos contornos denticulares, en general, son almendrados, ovalados, lanceolados, discoïdales, triangulares y circulares, según el empleo que se les quería dar: herir, punzar, cortar, taladrar o raspar, de donde procede el nombre de raspadores, punzones, taladros, aserradores, etc.

Del enorme número y variedad de los tipos antes citados sólo nos es posible presentar los modelos reproducidos en las ilustraciones correspondientes, hallados en Tiwanaku, la altiplanicie y los países anteriormente mencionados, por los cuales se advierte el influjo de las formas tiwanakotas en ellos,

Con referencia a las *hachas líticas* se puede aseverar lo mismo. En escaparates se presenta esta clase de armas: las del tipo paleolítico alcanzan a 130 y las del neolítico pasan de 90. Entre las de este último sobresale una que remata en cabeza de cánido y otra que lleva cinceladas las facciones elaboradas en piedras meteóricas y basálticas, bien pulimentadas y algunas con laboriosos adornos burilados.

Los *proyectiles* para las hondas tienen la forma cilindro-ojival, cónica y esferoidal. Raras veces, presentan figuraciones de caras y calaveras estilizadas. Se hallan expuestas más de 600 piezas, casi todas elaboradas en asperón rojo o blancuzco y varias con el símbolo de la muerte.

Las *armas contundentes*: Cachiporras estrelladas, ovoideas y esferoidales son bastante numerosas. Gran cantidad de ellas han sido trabajadas con el material proporcionado por los aerolitos . Varias están finamente pulidas.

Los *morteros* que se exhiben son de diferentes materiales, formas y dimensiones. Su número sobrepasa de 100. Por las causales aducidas no es posible describirlos. Como tampoco

las *cabezas reducidas* de los Jíbaros, los *tatuajes*, etc. En cambio, aunque insuficientemente, se las puede apreciar observando las figuras que corresponden, que los reproduce con exactitud. Asimismo, representan y comprueben los plagios hechos de las figuras y símbolos de la "Puerta del Sol".

Finalmente, en la Sección *Reservada* se puede observar una treintena de figuraciones fálicas y pornográficas: de seres humanos y de animales, en diferentes actitudes y en distintos materiales líticos y cerámicos que son dignos de estudio e indagación.

La absoluta falta de espacio no nos permite referirnos a nuestra *Sección Artística*, en la que figuran cuadros pintados en vidrio, con sus respectivos marcos de cristales tallados, dorados y coloreados al estilo clásico veneciano; óleos firmados por Melchor Pérez de Olguín, Alessandro Milesi, W. Hanke, H. Osterschmidt, B. Gehard, S. M. Franciscovich y otros. Así como tampoco la *Sala de Armas* coloniales y modernas.

El Museo, descrito líneas arriba por su propio creador, en 1958 comenzó un nuevo destino. El 7 de enero de ese año el Coronel Federico Diez de Medina dirigía la siguiente carta al Señor Alcalde Municipal de la ciudad de La Paz, Dr. Dn. Jorge Ríos Gamarra:

H. Señor Alcalde:

Compenetrado de los deseos que animan, a usted y a los distinguidos colegas del Consejo Municipal de Cultura, para que La Paz cuente con un muestrario completo de objetos de arte y cultura precolombinos, me he puesto al habla con los miembros nombrados por la citada institución, parte de los cuales han venido a verme, como el Sr. Carlos Ponce Sanginés y el Sr. Maxs Portugal, quienes me han comunicado el alto espíritu que alienta a su elevada autoridad, y a los señores vocales de dicha corporación, a fin de materializar la adquisición de mi museo particular.

Con la concurrencia de los señores, antes nombrados, y en sucesivas reuniones, hemos cambiado ideas relativas a la consecución de mis colecciones arqueológicas y los muebles que las contienen; para lo cual les he mostrado, en detalle, el Museo que se halla constituido por —más o menos— sesenta mil ejemplares, sin contar las cajas y cajones repletos de fósiles y tiestos cerámicos. Las diversas colecciones comprenden piezas de cerámica, telas y tejidos, piedras preciosas y comunes cinceladas, momias y huesos, así como metales: ídolos, amuletos, armas, adornos, utensilios, etcétera. Los objetos de oro pasan de dos centenares y los de plata sobrepasan un millar; el peso de los primeros excede de cuatro kilogramos.

Al mismo tiempo les hice notar que el número de piezas no significa nada aliado de la calidad de las mismas, cuando éstas poseen especímenes, como ocurre en mis colecciones, en las cuales se puede apreciar muchísimos objetos que no tienen similares en ninguna de las culturas del mundo entero.

Puse también en su conocimiento que, todo el mobiliario —particularmente los muebles que se prestan a ello— están tallados y pirograbados por mí, representando escenas y signos prehistóricos (v. gr.: las vitrinas, arañas de luz, farolitos, consolas, estantes, bancos con pumas broncíneos en vez de brazos, pedestales, etc.).

En cuanto al valor del Museo les dí a conocer que he tenido y tengo ofertas superiores al precio que recién le he asignado, después de considerar en primer lugar, las razones expresadas por usted y los colegas del Consejo Municipal de Cultura; así como porque nunca he querido que mis colecciones se disgreguen o salgan al exterior o a otros Departamentos nacionales, ya sea Baltimore, Brasil, o la "Foundation Patiño" que deseaba trasladarlas al palacio "Portales", situado en Cochabamba.

H. señor Alcalde y amigo, en consideración a las razones arriba expuestas he resuelto, de acuerdo con mis familiares, rebajar de sesenta a cincuenta mil dólares el valor de mi Museo, con todo su moblaje. El equivalente puede ser en moneda nacional. Esta disminución del precio también la he hecho conocer a los señores miembros del Comité, antes citado.

Finalmente, mi anheloso deseo es el de conservar la Dirección del Museo espiritualmente, y colaborado por un Director Activo; pues, quiero continuar con la organización, conservación e incremento de las colecciones a las que dedicaré todos mis esfuerzos, aliento y entusiasmo como hasta el presente lo he realizado.

Aprovecho de la presente oportunidad para reiterar a usted, H. Alcalde y amigo, mis más distinguidas consideraciones de aprecio y estima personal".

El deseo de Don Federico de conservar la Dirección del Museo espiritualmente se mantuvo, pues su Museo no llegó a venderse mientras él vivió.

Su deceso, acaecido dos días después del solsticio de invierno, en 1962, fue un día funesto y triste para la ciencia y la cultura. ¡El Imperio de Tiahuanaco había perdido uno de sus más grandes Emperadores!

De acuerdo con el relato de sus herederos, inmediatamente después de su muerte, una comisión oficial se hizo presente ante los familiares del Cnl. Federico Diez de Medina L. para informarles que el Gobierno había decidido clausurar el museo, hasta terminar los trámites de expropiación, poniendo un candado y llevándose las llaves correspondientes, Solamente los familiares tendrían la concesión de estar presentes, junto con la comisión nombrada, para realizar el inventario del Museo.

El primer pago de la expropiación se efectuó a los herederos en el año de 1963 y el saldo en el año de 1965. Al cumplirse la cancelación de la suma fijada se efectuó el traslado de la colección (incluyendo los muebles tallados por el propio Cnl. Diez de Medina) al Museo Nacional de Arqueología, ubicado en la calle Tiwanaku de la ciudad de La Paz. Desde entonces, el Museo Arqueológico Diez de Medina ha estado cerrado al público.

Desde 1977, el Museo Nacional de Arqueología (donde se hallan las piezas del Coronel Diez de Medina) también mantiene cerradas sus puertas al público por remodelación.

En el curso de estos años el Instituto Nacional de Arqueología (INAR) de Bolivia ha confeccionado dos documentos mimeografiados con información sobre el Museo Diez de Medina, su compra, inventariación, traslado, catalogación definitiva y proyectos para un edificio propio.

El primero, escrito por Dn. Gregario Cordero Miranda (en ese entonces Director del Museo Nacional de Arqueología) en 1977 lleva el título de: "La Colección Arqueológica Diez de Medina" —Documentos Internos No. 8. En dicho documento, la adquisición de la colección arqueológica Diez de Medina se realizó mediante Resolución Suprema número 120746 de 23 de mayo de 1963.

La primera cláusula del texto de esa resolución reza:

"1°.- Dispónese la adquisición del Museo Arqueológico, perteneciente al que en vida fue Cnl. Federico Diez de Medina, compuesto de 10.667 ejemplares pre-colombinos en la suma de: Doscientos mil 00/100 pesos bolivianos (\$b. 200.000), a que asciende su tasación pericial".

En el punto 4, de tal documento del INAR, referente a la inventariación se lee:

"Es explicable que careciendo de catálogo e inventario la colección, se hubiera consignado la cifra errónea de 10.667 ejemplares en la Resolución transcrita".

El 3 de julio de 1963 según la misma publicación del INAR se dictó la Resolución Ministerial No. 635 disponiendo la inventariación y catalogación del Museo Arqueológico adquirido de los herederos del Cnl. Federico Diez de Medina, a cargo de una Comisión especial. El resultado de la inventariación dio un total de 18.662 piezas.

Posteriormente el documento escrito por el Sr. Cordero Miranda se refiere al Decreto Supremo No. 12144 dictado por el Supremo Gobierno el 31 de diciembre de 1974 en el que se dispone la expropiación de un inmueble en la calle Reyes Ortiz, destinado a exhibir las colecciones Diez de Medina y Buck.

La segunda publicación del INAR de 1981 sobre la colección arqueológica del Cnl. Federico Diez de Medina es el Documento mimeografiado 5/81: "Breve Información acerca de la Colección Arqueológica Diez de Medina", y reproduce el texto del primero, incluyendo algunos datos adicionales. En este segundo documento, la catalogación definitiva dio un total de 20.542 ejemplares, sin contar las 171 piezas de oro y 34 de plata que en el futuro formarán parte del Museo de Metales Preciosos Precolombinos. También indica que esta catalogación definitiva incluye un listado computadorizado con una fotografía de cada ejemplar.

Finalmente ambos documentos del INAR mencionan la creación en 1976 de un Comité Impulsor formado por algunas personalidades de La Paz, para la instalación del Museo Arqueológico Diez de Medina y Buck; y los múltiples esfuerzos de la Dirección del Museo Nacional de Arqueología ante las autoridades pertinentes para la dotación de un local adecuado.

El 3 de octubre de 1977, la empresa Arquitectas Asociadas, a través de su Gerente Arq. Gloria de Terrazas presenta al INAR un proyecto de remodelación del edificio en la calle Reyes Ortiz para el Museo Buck y Diez de Medina luego, mimeografiado e identificado como INAR PROYECTO 34/77, con el título de "Remodelación del Edificio para el Museo Buck y Diez de Medina".

En enero de 1983, antes de poner punto final al presente libro, realizamos un viaje a la ciudad de La Paz, con el fin de conocer personalmente las piezas arqueológicas de la colección Diez de Medina guardadas en el Museo Nacional de Arqueología. Tal objetivo no pudo ser logrado pues el Sr. Max Portugal Ortiz, director del Museo Nacional de Arqueología, se encontraba en la ciudad de La Paz, pero haciendo uso de sus vacaciones. Se nos propuso volver a partir de la segunda semana de febrero, fecha en que el Sr. Portugal se reintegraba a sus labores en el Museo.

A pesar de ello, fuimos atendidos muy amablemente. Nos obsequiaron un ejemplar del Documento mimeografiado 5/81 del INAR y se puso a nuestra disposición el archivo de recortes de prensa sobre arqueología. Nos informaron que las 22.000 piezas del Cnl. Diez de Medina están guardadas en estantes metálicos compradas para tal efecto y catalogadas según un sistema computadorizado y registro de fotografías de cada una de ellas.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1).- Kirchhoff, Herbert. "Un Museo de Antiguas Civilizaciones Americanas en la Ciudad de La Paz". En: "La Prensa", Buenos Aires, 24 de junio de 1945.

(2).- Lizárraga, Eduardo. "Santuario donde resplandece la Milenaria Cultura de Tiwanacu y de la América Pre-Histórica". En: "La Crónica", Lima, 17 de julio de 1949.

Epílogo

Concluimos el Mundo Arqueológico del Coronel Federico Diez de Medina con algunas de las dedicatorias de los visitantes del Museo Diez de Medina:

Del Vice-Presidente del Perú, uno de los hombres más cultos en materias científicas.-

Al Cnl. Don F. Diez de Medina, cuya vasta cultura y espíritu de investigación, le consagran entre los grandes arqueólogos contemporáneos, cordialmente. RAFAEL LARCO HERRERO. Lima, 14 de diciembre de 1940.

Del Sabio Indigenista Norteamericano.-

Bolivia tendrá motivo para recordar y apreciar su gran obra después que muchos de sus contemporáneos hayan pasado al olvido.

El arte que ha tenido Ud. en la clasificación de su colección la encuentro de mayor interés que el de muchas de las colecciones oficiales.

La prerrogativa que se me ha dispensado de visitar el conjunto de su colección constituye el punto cúlspide y más interesante de mi visita a Bolivia.

WILLIARD W. BEA TTY.- Director de Educación.- Oficina de Asuntos Indigenales. Washington. D. C. La Paz, abril 20 de 1942.

Del Sabio Arqueólogo Americano.-

Considero que ha sido para mí un gran privilegio visitar su admirable colección, la cual creo que es, sin duda alguna, la colección arqueológica boliviana más importante y completa que existe en parte alguna.

CHAUNCEY J. HAMLIN, Presidente de la Sociedad de Ciencias Naturales de Búfalo, Nueva York.

Del Sabio Arqueólogo Mexicano.-

Admirable colección, bellamente exhibida y explicada gentil mente por su entusiasta y conocedor propietario.

Dr. Dn. ALFONSO CASO.

Del Destacado Médico y Escritor Peruano.-

El Dr. C. MORALES MACEDO admira y aplaude la obra del Sr. Cnl. Dn. Federico Diez de Medina, quien ha reunido —con devoción científica— los más selectos materiales para el estudio de las antiguas culturas de América, formando un notabilísimo Museo de inapreciable valor para la ciencia.

La Paz, 27 de abril de 1941.

Del Exmo. Señor Embajador de México.-

Para el señor Coronel Federico Diez de Medina, quien con sus meritísimas investigaciones, arqueológicas e históricas no sólo constituye una honra de su Nación, sino de todo el Continente Americano.

Homenaje del Embajador de México, Sr. J. GOMEZ ESPARZA. La Paz, 20 de junio de 1945.

De la Distinguida Intelectual Argentina.-

Ha sido para mí un verdadero deleite y un placer el haber tenido el honor de visitar la magnífica colección de arte y objetos de cultura pre-colombina, que usted con tanto celo y patriotismo ha logrado reunir. Saludo en usted no sólo al hombre de estudio, sino también al patriota, que ha consagrado su vida a la exaltación de los gloriosos vínculos del milenario suelo patrio con la joven República.

NORAH C. MORAS.- Santiago del Estero.

Del Renombrado Escritor Nacional.-

Al distinguido arqueólogo e inteligente escritor Coronel Federico Diez de Medina. Atentamente

RIGOBERTO M. PAREDES.- La Paz.

Del Gran Escritor y Profesor de Antropología de la Universidad de Columbia.-

Con agradecimiento por la ocasión que me ha brindado para mirar la más interesante colección que yo he encontrado en Sud América.

Dr. RALPH LINTON.- La Paz, 1945.

De una Distinguida y Culta Dama.-

¡Esto sr que es el Descubrimiento de América Prehistórica!
NORAH PINES DE VITERBO.- La Paz, 18 de mayo de 1945.

De un Distinguido Intelectual Uruguayo.-

Los ciudadanos que como el Coronel Diez de Medina, dedican una vida apasionada al estudio de las primitivas maravillosas civilizaciones de nuestra América, honran al Continente.
A. MANINI RIOS.- Montevideo.

De nuestro Gran Amigo, el Destacado Político y Escritor Chileno.-

En este santuario de culto a la más elevada progenie americana, evocando esa civilización esplendorosa, orgulloso de ser y sentirse americano, rindo culto fervoroso y lleno de admiración al ilustre Coronel F. Diez de Medina, conservador y artífice de tanta belleza.
Cnl. AOUILES VERGARA VICUÑA.- La Paz, diciembre de 1944.

Del Exmo. Representante de Venezuela en el Comité de Defensa.-

En una hora que he pasado en este maravilloso museo del Coronel Diez de Medina, oyendo sus comentarios, he aprendido lo que ni en un año de lecturas.

E. ARROYO LAMEDA.-

Del Distinguido Político y Escritor Nacional.-

El gran talento y la patriótica paciencia, puestos por el Coronel Diez de Medina en la maravillosa obra de su museo, son una honra y una gloria para Bolivia. Homenaje de Admiración.

HUMBERTO VÁSQUEZ MACHICADO.- Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

De Personajes, Educacionistas, Militares, Poetas, etc., Nacionales.-

—Después de admirar conmovido la obra maravillosa del Coronel Diez de Medina que ha sabido sustraer de las Garras del tiempo las bellezas ocultas de nuestros antepasados gloriosos, lo felicito efusiva mente por su labor patriótica.

VICENTE DONOSO TORRES.-

—Ojalá que Bolivia contara con muchos ciudadanos que dediquen su vida estudiosa a la investigación de la primitiva cultura de su tierra maravillosa que es la nuestra.

FEDERICO LAFAYE y RAFAEL MICHEL Q.

—Estoy maravillado por lo que he visto. El esfuerzo que representa haber conseguido este invalorable material y haberlo clasificado, no parece la labor de un solo hombre.

AUGUSTO SALAMANCA.-

—Homenaje de GREGORIO REYNOLDS al Coronel Federico Diez de Medina, cuya obra de recopilación de maravillas prehistóricas es digna de todo recuerdo.

Del Notable Poeta, Escritor y Conferencista Uruguayo.-

Señor Don Federico Diez de Medina. Apreciadísimo señor: Andan vivas en mi memoria las sabias palabras tuyas tan religiosamente oídas el día que tuve la enorme satisfacción de visitar su magnífico y único museo particular. Desde que llegué a Bolivia me recorren las maravillas de esta tierra privilegiada. Ahora, después de haber sido conducido por usted, señor Coronel, a través de su museo, oyendo sus explicaciones y detalles sobre piezas bellísimas y raras que, lo constituyen, es que comprendo que mi viaje de estudio por Bolivia ha llegado al punto trascendental: el conocimiento de la Cultura de Tiahuanacu.

Debo, señor Coronel, a su gentileza ya sus profundos conocimientos arqueológicos, los momentos de más intensa emoción espiritual que he sentido en los últimos tiempos. Permítame, señor Coronel, reiterarle el más profundo agradecimiento de un poeta uruguayo que guardará de su sabia personalidad un recuerdo imperecedero. Respetuosamente suyo.-

VENANCIO VIERA.-

De una Destacada Pedagoga Italiana.-

El Museo Tiwanacota del Coronel Diez de Medina es una obra casi perfecta, en su género, reuniendo su creador estos requisitos: conocimientos científicos amplios y profundos, sostenidos y alimentados por un cariño, una pasión y una constancia descomunales. "Omnia praeclara rara", etc. (Cicero).

Dra. GIORGINA ARIAN LEVI.

Del Sociólogo Cubano y uno de los Ensayistas de mayor Categoría en el Continente.-

Conocer el museo y admirar la obra de ese ferviente cultor del pasado americano compensa todas las fatigas del viaje, no sólo desde Cuba, sino del otro mundo.

Después de haber tratado con coleccionistas de todas partes, puedo apreciar en toda su magnitud la obra valiosa del Coronel Diez de Medina, que no es simplemente un hombre que acopia y ordena los vestigios de la cultura precolombina sino un científico que pone su pasión y su

vida al servicio de una obra que debe ser reconocida por todos los estudiosos. Bolivia debería esforzarse por dar a conocer mejor esos tesoros en todo el mundo a través de publicaciones de jerarquía con la contribución de las instituciones nacionales.

De esta manera podrá medirse la significación de la cultura boliviana en todas las latitudes. Ese es un deber de patriotismo y un deber americanista.

Sr. FERNANDO ORTIZ.-

De la conocida Escritora Argentina.-

¿Cómo no creer en el porvenir de los estudios del pasado americano después de haber visto las bellas y reveladoras colecciones del Coronel Dn. Federico Diez de Medina?

ELENA HOSMANN.- La Paz, 20 de febrero de 1946.

Del Distinguido Geólogo.-

Durante 20 años de mi estadía en Bolivia no he visto jamás una colección tan maravillosa.
Dr. FEDERICO AHLFELD.- La Paz, 5 de marzo de 1946.

Del Doctor en Ciencias.-

Agradecidísimo por haber podido admirar el mejor museo de Bolivia y prometo no olvidar nunca el tiempo pasado con el señor Coronel F. Diez de Medina.

Dr. GERARD MERTENS.-

Del Hombre de Ciencias.-

El Sr. Coronel F. Diez de Medina por sus singulares colecciones arqueológicas de Tiwanaku ha dejado un patrimonio de incalculable valor científico para todos los futuros investigadores de la civilización humana.

EDGARD ERNALSTEAN.- La Paz, 1946.

Del Renombrado Catedrático de Geología.-

Felicitando al Sr. Coronel Diez de Medina por su obra maravillosa, agradeciéndole su amabilidad y esperando ver su obra importantísima publicada.

Dr. ARNOLD HEIM.-

Del Profesor de la Academia de Bellas Artes de Sucre.-

Es un Museo único en el mundo.
WALTER SANDEN.- La Paz, 20 de agosto de 1945.

Del Renombrado Arqueólogo Francés.-

No sé qué admirar más: los tesoros de belleza de este museo o la disposición maravillosa con que están clasificados los objetos.

Monsieur PAUL RIVET.-

Del Famoso Investigador de Prehistoria Americana.-

Si alguna colección de objetos antiguos puede llamarse "museo", ésta es la del Coronel Federico Diez de Medina. Asombra pensar que un solo hombre hubiera podido, en un espacio relativamente corto de 30 años, coleccionar y clasificar tantas y tan variadas piezas de inmenso valor histórico. Es lo más valioso que se ha reunido en Bolivia en arqueología. Lejos del hacinamiento de otras colecciones, ésta constituye un sistema orgánico y coherente, que abarca desde las armas y utensilios primitivos del hombre americano de las cavernas hasta las manifestaciones superiores de la culminación de la cultura de Tiwanacu.

ARTHUR POSNANSKY.-

Dos generaciones después:

A usted, Coronel Federico Diez de Medina, mi profunda admiración por su trabajo, que dejó fundados los cimientos de la arqueología boliviana.

A sus herederos, mi agradecimiento por haberme honrado con el privilegio de recorrer paso a paso la trayectoria del primer investigador boliviano de nuestro pasado prehistórico.

ROY QUEREJAZU LEWIS.- Cochabamba, 31 de enero de 1983.

© Rolando Diez de Medina, 2010
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)